EL OFICIO DE LA HISTORIA

LA HISTORI EN MIGAJAS

FRANÇOIS DOSSE

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Material protegido por derechos de autor

François Dosse

LA HISTORIA EN MIGAJAS

De *Annales* a la "nueva historia"

UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA
CIUDAD DE MÉXICO
DEPARTAMENTO DE HISTORIA

Título original en francés
L'histoire en miettes. Des "Annales" à la "nouvelle histoire"
Éditions la Découverte, París, 1987.
ISBN 2-266-07063-0

UNIVERSIDAD IBEROAMERICANA
BIBLIOTECA FRANCISCO XAVIER CLAVIGERO

Dosse, François, 1950-
La historia en migajas : De *Annales* a la "nueva historia"

1. Historia – Metodología. 2. Historia – Filosofía. I. Morató i Pastor, Francesc. II. t.

D 16 D5818.2006

DISEÑO DE LA PORTADA: Ana Elena Pérez y Miguel García.
ELABORACIÓN DEL ÍNDICE ONOMÁSTICO: Alejandro Álvarez

Traducción de Francesc Morató i Pastor, para la edición de Edicions Alfons el Magnànim, Valencia, 1988.

D.R. © Éditions la Découverte

1a. edición en español, 2006
D.R. © Universidad Iberoamericana, A.C.
Prol. Paseo de la Reforma 880
Col. Lomas de Santa Fe
01210 México, D.F.

ISBN 968-859-615-9

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

Creative Commons

Distribución exclusiva en América Latina

ÍNDICE

Presentación, por Alfonso Mendiola 9

Prólogo del autor a esta edición 13

Introducción 21

I
CLÍO REVISIONADA

1. La prehistoria de *Annales*
Retorno a los orígenes 27
La era Lavisse 40
El dúo de Estrasburgo 47

2. Los tiempos de Marc Bloch y Lucien Febvre
Historiadores del presente 62
Innovadores 71
Historiadores de lo mental 82
La herencia 91

II
LOS AÑOS BRAUDEL

1. La expansión
La eclosión de las ciencias sociales 99
La pluralidad de los tiempos 107
Braudel el constructor 118

2. El paradigma
La geohistoria 127
¿"Historista" o "economista"? 136
El hombre de en medio 148

III
UNA HISTORIA EN MIGAJAS

1. La antropología histórica 159

2. Una historia serial 172

3. Una nueva clave del tiempo
La historia a través de Malthus 185
¿Lo mental fuera de lo social? 190

4. Una metahistoria del Gulag
Un discurso socioliberal 202
La negación de lo político 213

5. Una historia inmóvil
Un acercamiento estructural 218
La Revolución francesa ha terminado 221

Conclusión 233

Indice onomástico 243

PRESENTACIÓN

Alfonso Mendiola

> *Ellos* [los historiadores] *no quieren que se haga la historia de los historiadores. Desean agotar lo inagotable del detalle histórico, pero no quieren formar parte de lo inagotable del detalle histórico. No quieren estar en el rango de lo histórico. Actúan como si los médicos no quisieran enfermarse y morir.*
>
> Charles PEGUY

Nosotros nos planteamos la misma pregunta que François Dosse se hace en el prólogo de esta edición de *La historia en migajas*: ¿por qué volver a publicar esa obra en 1997, diez años después de su aparición? Y también siguiendo al autor aceptamos que "el paisaje historiográfico ha cambiado en gran medida".

Una de las razones para la edición es el interés que el Departamento de Historia tiene y ha tenido en reflexionar sobre el oficio de historiador. Después de la obra de Michel de Certeau, *La escritura de la historia*,[1] ya no es posible respaldar a Charles Peguy en su crítica a los historiadores. La historia, como saber, también es histórica, esto es, los historiadores sí se enferman y sí mueren, no son inmortales. La metáfora de Peguy significa que las prácticas por medio de las cuales se escribe la historia cambian y se transforman. Por ello consideramos que el presente libro de Dosse muestra una manera de hacer historia de la historia: al estudiar la tradición historiográfica de los *Annales*, Dosse nos muestra una forma de hacer historiografía. De alguna manera, este modo de proceder en la comprensión

[1] Michel DE CERTEAU, *La escritura de la historia*, trad. de Jorge López Moctezuma, 3a. ed., México, UIA-Departamento de Historia, 1993.

de la historia de la historia, como señala nuestro epígrafe, también es histórica. Es decir, estamos ante una manera de explicar el modo en que la disciplina de la historia se puede historizar. Este tipo de análisis nos plantea preguntas que los historiadores debemos contestar, y que, glosando a Kuhn, una de ellas se expresaría de la siguiente manera: ¿cómo realiza sus revoluciones científicas la historia? En *La historia en migajas* se escoge un camino para hacer historia de la historia: el que se podría caracterizar como las luchas entre los distintos saberes por ocupar lugares de poder. La primera generación de *Annales*, según Dosse, debe competir con la naciente sociología durkheimiana; mientras que la segunda, contra el triunfo del estructuralismo en su manifestación etnológica, etcétera. Podríamos caracterizar este tipo de historiografía como un estudio para determinar el lugar que cada disciplina ocupará en el mundo de la enseñanza y de la investigación. Esta clase de interpretación supone una jerarquización de las ciencias. Pero si partiéramos de que el siglo XX, a diferencia del XIX, ya no plantea una jerarquía de las ciencias, sino una heterarquía, esto es, que las bases epistemológicas de las ciencias son incomparables, y en consecuencia producen conocimientos totalmente diferentes unas de otras. Este punto de partida nos invitaría a hacer un diferente análisis historiográfico de *Annales*, que se orientaría por las distintas maneras en que la historia se describe a sí misma; es decir, preguntarnos por las autodescripciones que la historia hace de sí. En fin, el esfuerzo de Dosse nos invita a seguir pensando cómo realiza sus revoluciones una disciplina como la historia. Con respecto a este cuestión, el mismo Dosse nos ofrece nuevas posibilidades de reflexión en su libro *La marche des idées*.[2]

Otra razón para publicar esta nueva edición de *La historia en migajas* es el hecho de que el Departamento de Historia dio a conocer la traducción de la biografía sobre Michel de Certeau escrita por François Dosse.[3] En esta obra se ofrece un modelo novedoso de inteligibilidad del mundo intelectual francés, pues al tratar el caso de un pensador como de Certeau que habita dos instituciones al mismo tiempo –la religiosa, expresada en su ser jesuita, y la universitaria, en tanto que profesor e investigador–, Dosse se ve obligado a repensar la historia de los intelectuales, o como él subtitula *La marche des idées*, "la historia intelectual". En este sentido, los cambios del propio Dosse en su forma de estudiar a las disciplinas científicas se pueden analizar siguiendo sus múltiples publicaciones sobre el espacio intelectual francés.

[2] François DOSSE, *La marche des idées. Histoire des intellectuels-histoire intellectuelle*, París, La Découverte, 2003.

[3] François DOSSE, *Michel de Certeau. El caminante herido*, trad. de Claudia Mascarua, México, UIA-Departamento de Historia, 2003.

Además, si a partir de los años sesenta del siglo pasado la historia ha practicado su cierre cognitivo,[4] esto es, lo que el propio Dosse llama una historia reflexiva, ¿cómo –retomando su prólogo– pensar los cambios en el paisaje historiográfico después de la aparición de su libro? Nos referimos al rico y profundo trabajo que la revista de *Annales* llevó a cabo en 1989 bajo la invitación de Bernard Lepetit. Esta nueva historiografía se puede ver esencialmente en *Les formes de l'experience*,[5] obra que muestra dos grandes cambios, como acertadamente los menciona Dosse en su prólogo: la recuperación del cambio contra la historia inmóvil y la del sujeto contra una historia sólo de estructuras. Un sujeto ya no omnipotente, como lo pensaba la historia anterior a los *Annales*, sino uno que de manera peculiar constituye las convenciones en las cuales actúa. Estamos ante un sujeto situado que tiene un espacio de libertad en un mundo de condicionamientos. Este tipo de sujeto nos remite a la distinción de Michel de Certeau entre táctica y estrategia en *La invención de lo cotidiano*.[6]

Por último, la cuestión de la verdad de los enunciados de la historia se replantea con más claridad en la actualidad. Hoy podemos decir con Niklas Luhmann que la sociedad moderna ha aprendido a vivir con la posibilidad de convertir todo evento social, aun el de los enunciados verdaderos, como contingentes. Ya no tenemos que asustarnos por la propagación del nihilismo por la carencia de verdades absolutas; al contrario, la sociedad se orienta por valores contingentes: la paridad del peso con el dólar, el precio de las mercancías, la opinión pública y... toda verdad como hipotética.

Por lo tanto, podemos concluir diciendo que si algo caracteriza a la sociedad contemporánea es su constante necesidad de interrogarse por lo que no puede ver; esto es, por lo latente. La investigación histórica no puede desentenderse de esa necesidad. La historia como ciencia sólo podrá sobrevivir si asume su reflexividad, y ésta se puede ver en la siguiente cita del propio Dosse:

> El historiador de hoy, consciente de la singularidad de su acto de escribir, busca observar a Clío del otro lado del espejo, desde una perspectiva esencialmente reflexiva. De esto surge un nuevo imperativo categórico que se expresa por medio de una doble exigencia: por un lado, la de una

[4] La noción de cierre cognitivo de Luhmann aplicada a la ciencia de la historia se puede ver en Alfonso Mendiola, "La inestabilidad de lo real en la ciencia de la historia: ¿argumentativa y/o narrativa?", en *Historia y Grafía* (México), año 12 núm. 24, 2005, pp. 97-127.

[5] Bernard LEPETIT (dir.), *Les formes de l'experience. Une autre historie sociale*, París, Albin Michel, 1995.

[6] Michel DE CERTEAU, *La invención de lo cotidiano. 1 Artes de hacer*, trad. de Alejandro Pescador, México, UIA/ITESO/CEMCA, 1996.

> epistemología de la historia concebida como una interrogación constante de los conceptos y nociones utilizados por el historiador de oficio, y por el otro, la de una atención historiográfica a los análisis desarrollados por los historiadores de ayer. Por lo tanto, se ve dibujarse la emergencia de un espacio teórico propio de los historiadores, reconciliados con su propio nombre y que polariza la operación histórica sobre lo humano, sobre el actor y sobre la acción.[7]

Charles Peguy, por lo dicho anteriormente, ya no tendría razón de preocuparse, ¿o acaso a los historiadores nos falta aún mucho por aceptar que también somos históricos?, esto es, que todo lo que decimos también tiene un límite.

Ciudad de México, agosto de 2005

[7] François DOSSE, *L'Histoire ou le temps réfléchi*, París, Hatier, 1999, p. 3.

PRÓLOGO DEL AUTOR A ESTA EDICIÓN

Diez años separan la aparición de *La historia en migajas* (1987) de su publicación de bolsillo (1997). Entre tanto, el paisaje historiográfico ha cambiado en gran medida. ¿Tendría yo que haber actualizado la obra?, ¿o modificado algunos pasajes y tomado en cuenta el recorrido realizado a partir de entonces por parte tanto de los historiadores como del autor mismo?

Debido a que *La historia en migajas* ya no pertenece a su autor sino a sus lectores, esa vía no era la más apropiada. El libro ya es fuente de múltiples apropiaciones, hasta el punto de que su título se ha convertido en expresión convencional para referirse a un momento particular de la escritura de la historia, el de la tercera generación de los *Annales*. Tanto en Francia como en el extranjero, los efectos de la obra no tardaron en hacerse sentir. Por tanto, era indispensable restituirla como tal. Al día de hoy, sigo reivindicando absolutamente lo esencial de las críticas formuladas y la genealogía vuelta a trazar de una escuela formada por las continuidades y discontinuidades entre 1929 y mediados de la década de 1980.

En contraposición, se puede considerar legítimamente que la parte polémica es hoy la más "pasada de moda". El tono marxista del tema aún tiene una actitud de denuncia en nombre de una verdad postulada, de un objeto preconstruido de la historia, de muchas posturas de las que me he desecho poco a poco de acuerdo con el ritmo de mis trabajos de investigación y de mis publicaciones posteriores. De manera similar, me dejé engañar por la visión puramente negativa que transmitió la generación de los fundadores de los *Annales* sobre la escuela metódica que los precedió. No todo se creó en 1929 y Charles Seignobos, chivo expiatorio de Lucien Febre, merece una relectura.[1]

[1] Charles-Victor LANGLOIS y Charles SEIGNOBOS, *Introduction aux études historiques*,

El contexto de crisis y de fragmentación de la nueva historia de los *Annales*, presentido por *La historia en migajas*, se remonta a principios de la década de los años ochenta. A partir de 1980, Pierre Nora guardó su distancia al lanzar la revista *Le Débat*, que volvió a incluir una perspectiva política en el discurso de la historia. Por otra parte y en el mismo momento, Pierre Chaunu mencionaba la época de las aportaciones cada vez menos frecuentes. En lo que se refiere a François Furet, dejó por voluntad propia la presidencia del EHESS* en 1985 para dirigir otra organización totalmente distinta de historiadores y filósofos en el marco del Instituto Raymond Aron, y para promover una historia más conceptual y desligada de su sustrato económico y social. En ese contexto aparece *La historia en migajas*, y a la vez el historiador Georges Duby afirma: "Estamos a punto de algo [...] Siento que me sofoco".[2]

La primera reacción del núcleo que dirigía los *Annales* fue la de negar la crisis. Para poder formar un cordón sanitario capaz de proteger un edificio agrietado, se estableció el principio de nunca citar *La historia en migajas*. Los problemas planteados se percibían como agresiones. Las palabras de Jacques Le Goff son, en este sentido, las más sintomáticas de esa actitud, aunque el lector no pudiera ver crítica alguna de su obra personal en *La historia en migajas*. Adopta de inmediato la postura del guardia de una fortaleza sitiada, y denuncia, en su prólogo a la reedición de *La Nouvelle Histoire*,** un verdadero complot urdido por aquellos que hablan de crisis de la historia. Los presenta como "censores",[3] como "sermoneadores",[4] como "inflados por la amplificación mediática".[5] La mención de las preguntas principales planteadas a la disciplina histórica es el producto de "orquestadores de la crisis de la historia", de "médicos improvisados", pero no hay por qué inquietarse; hay que estar tranquilos porque no es más que un "rumor ruidoso, pero superficial y cambiante del microcosmos mediático".[6] Si bien Jacques Le Goff reconoce que podría haber crisis –en pospretérito–, según él ésta se debe sólo a dos factores: el primero es el éxito mismo de los *Annales*, y el segundo es externo a la disciplina de la historia. Limita la aplicación de la noción de crisis a las otras ciencias sociales, sin darse cuenta de que el programa inicial de los

---

París, Hachette, 1898, reed. París, Kimé, 1992. Véase Antoine Prost, "Seignobos revisité", en *Vingtième Siècle*, núm. 43, julio-sept. 1994, pp. 100-117.

* N. del Tr.: École des Hautes Études en Sciences Sociales [Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales].

[2] Georges DUBY, *Le Magazine littéraire*, 1987.

** N. del Tr.: Publicada en español como *La nueva historia*, Bilbao, Mensajero, 1988.

[3] Jacques LE GOFF, *La Nouvelle Histoire*, Bruselas, Complexe, 1988, p. 11.

[4] *Ibid.*, p. 13.

[5] *Ibid.*, p. 12.

[6] *Idem.*

Annales, que siempre ha consistido en alimentarse de las ciencias sociales, no puede más que llevar a los historiadores al tiempo de las dudas. Parece que no ha llegado la hora de las interrogantes. Jacques Le Goff se adhiere a los "retornos equívocos" que le recuerdan a los aristócratas emigrados de la Revolución francesa, quienes no aprendieron nada y no olvidaron nada, y cuyo ataque debemos repeler.[7] Respecto a las preguntas sobre la narración histórica planteadas por Michel de Certeau, Paul Veyne, Lawrence Stone y Paul Ricœur, éstas se oponen al objetivo de no-recibir: "La historia-narración es, de acuerdo con mi punto de vista, un cadáver que no debemos resucitar, pues tendríamos que matarlo por segunda vez".[8] Si consideramos, a destiempo, la virulencia de esta reacción de negación, podemos afirmar que *La historia en migajas*, al reconstituir la historia de los *Annales* en su aspecto estratégico, lo hizo con demasiados eufemismos. En cambio, se cometieron algunas injusticias aquí y allá, respecto a Pierre Chaunu, por ejemplo, cuando se lo consideró un blanco de ataque en el plan de la crítica ideológica hecha por el autor, quien más tarde tendría la oportunidad de descubrir a un hombre muy lejano de los estereotipos que se le atribuían.[9]

Sin embargo, después de haber evitado cuidadosamente cualquier replanteamiento, la revista de los *Annales* tomó en cuenta, de manera espectacular, la nueva coyuntura al dramatizar el editorial de su número de marzo-abril de 1988 con el título impreso en rojo: "Histoire et Sciences Sociales. Un tournant critique" ["Historia y ciencias sociales. Un giro crítico"], que se refiere a la necesidad de repartir otra vez las cartas y de hacer nuevas alianzas, y pide que se contribuya con base en una redefinición de lo que es la especificidad del enfoque histórico: "Hoy, el tiempo parece venir de las incertidumbres [...] Los paradigmas dominantes, que antes buscábamos tanto en los marxismos o en los estructuralismos como en la esperanzada utilización de la cuantificación, pierden su capacidad estructurante".[10] Este llamado a hacer contribuciones dio lugar a la publicación de un número especial en noviembre-diciembre de 1989 sobre el giro crítico. Todos los temas desarrollados en ese editorial definen un tipo de nuevo programa de orientación de la investigación histórica y anuncian un giro radical y una crítica de las posturas anteriores. En primer lugar, el editorial confirma que el diálogo interdisciplinario, tal como se ha llevado a cabo, tiene el riesgo de hacer que el historiador pierda aquello que fundamenta la identidad de su disciplina: "Debemos defender de manera falsamente paradójica una afirmación de las identidades disciplinarias.

[7] *Ibid.*, p. 15.
[8] *Ibid.*, p. 16.
[9] Pierre CHAUNU y François DOSSE, *L'Instant éclaté*, París, Aubier, 1994.
[10] Editorial, *Annales*, mar.-abr. 1988.

En este proyecto plural, la contribución particular de la historia debe estar constituida por la exploración de los mecanismos temporales".[11] El segundo nivel de la autocrítica consiste en subrayar los peligros de la prioridad concedida a la larga duración que tendía a borrar las rupturas, los cambios históricos, en beneficio de las permanencias: "La metáfora del escalonamiento de los planes de la historia y la preocupación particular de los fenómenos de mayor duración llevan en sí el riesgo de olvidar los procesos mediante los cuales ocurre lo nuevo".[12]

El editorial de los *Annales* admite, además, haber cedido a un cierto positivismo o cientificismo, y abandonado la dimensión interpretativa de la historia: "La historia social fue en seguida concebida como la de lo colectivo y de lo numeroso. Muy pronto se preocupó por medir los fenómenos sociales [...] Así, se reunió y analizó un material enorme. Pero en el desarrollo mismo de la investigación, la acumulación de los datos se anticipó a la ambición, y a veces incluso a la preocupación misma por la interpretación".[13] Ese neopositivismo hizo a un lado la dimensión humana de la historia, la capacidad de autonomía del individuo en relación con todo lo que lo condiciona y que le permite formular e incluirse en lo real a partir de prácticas singulares: "La sociedad no es una cosa. No es casualidad que muchas investigaciones actuales confluyan con el fin de separarse de los dos grandes modelos, el funcionalista y el estructuralista, para hacer análisis en términos de estrategias".[14]

Finalmente, al reconocer implícitamente la pertinencia del tema crítico central de *La historia en migajas*, el editorial menciona los riesgos de fragmentación de la disciplina histórica: "La acelerada expansión del territorio del historiador y la multiplicación de las provincias inéditas se adquirieron a costa de un riesgo inesperado: el de una nueva fragmentación que esta vez ya no estará entre las ciencias sociales, sino en el interior de nuestra disciplina misma, disfrazada de nuevas especializaciones".[15]

La revista *Annales* emprende, por tanto, a partir de 1988-1989, una nueva dirección radicalmente distinta del periodo que la precede. El historiador Bernard Lepetit, entonces secretario de la redacción, desempeña un papel importante en la definición de esas nuevas orientaciones y en la concepción de una nueva alianza "que moviliza la hermenéutica como recurso teórico o, más aún, que ofrece una primera *apertura para traducir* la hermenéutica en el plano del primer giro crítico".[16] Se cristaliza un nuevo

[11] Editorial, *Annales*, nov.-dic. 1989, p. 1318.

[12] *Idem.*

[13] *Ibid.*, p. 1319.

[14] *Idem.*

[15] *Ibid.*, p. 1322.

[16] Christian DELACROIX, "La falaise et le rivage. Histoire du tournant critique", en *Le temps réfléchi, Espaces-Temps*, núm. 59-60-61, p. 97.

paradigma, y hace una doble conversión pragmática y hermenéutica que rompe radicalmente con el periodo precedente, marcado por la primacía exclusiva de los fenómenos de larga duración en Braudel, y de una historia inmóvil en Le Roy Ladurie. Este cambio de orientación afecta a una gran parte de las ciencias humanas dedicadas al proceso de humanización.[17] En el plan "institucional", en 1994, el comité de dirección de los *Annales* incluyó entre los colaboradores a los economistas Laurent Thévenot y André Orléan. La revista cambió significativamente el subtítulo que usaba desde 1946: "Economías, sociedades, civilizaciones", y se convirtió en "Historia, Ciencias Sociales". Bernard Lepetit, el instigador de ese giro crítico en su segundo momento, el de su "conversión pragmática",[18] presta atención especial a la sociedad considerada como categoría de la práctica social. Si partimos del principio de los economistas de las convenciones, según el cual la sociedad produce sus propias referencias y no debe remitirse a ninguna naturalidad profunda, damos prioridad a la cuestión del acuerdo. Para el historiador, la mayor incidencia de esa reorganización de los actores se traduce en una reconfiguración del tiempo y en una revalorización de la corta duración, de la acción situada, de la acción en contexto. Lo que se relativiza es el punto de vista exterior al tiempo. Tal postura, guiada por la noción de apropiación, logra colocar el centro de gravedad de lo temporal en el presente: "Así, el pasado es un presente que se desliza".[19] Este hacer presente, propio en el nivel del discurso histórico que sale de su sueño estructural, tiende a tomar en serio los modelos temporales de acción de los actores del pasado, siguiendo el ejemplo de lo que hacen los economistas de las convenciones en la sociedad que está presente.

En una inversión retórica espectacular y significativa del nuevo momento historiográfico, Bernard Lepetit recomienda un modelo temporal válido para el oficio del historiador que participa "útilmente de la hermenéutica de la conciencia histórica de hoy".[20] En la definición de éste, su referencia es, muy explícitamente, un análisis que se ha tomado prestado a *Tiempo y narración*, y constata así la importancia –nueva para la escritura historiadora– de la obra de Paul Ricœur.[21] El presente sufre una pérdida de sentido, puesto que se encuentra dividido entre un pasado pretérito que no se desea reproducir y un futuro totalmente opaco. Es conveniente evitar que el horizonte trate de huir y (gracias a una herme-

[17] Véase François DOSSE, *L'Empire du sens. L'humanisation des sciences humaines*, París, La Découverte, 1995.

[18] Christian DELACROIX, *op. cit.*, p. 107.

[19] Bernard LEPETIT, *Les formes de l'expérience*, París, Albin Michel, 1995, p. 296.

[20] *Ibid.*, p. 297.

[21] Véase François DOSSE, "Paul Ricœur révolutionne l'histoire", en *Espaces-Temps*, *op. cit.*, pp. 6-26.

néutica histórica) "hacer que nuestras esperas sean más determinadas y nuestra experiencia más indeterminada".[22]

La historia en migajas pretendía, en parte, la reconstrucción de la escritura historiadora preconizada por Pierre Nora en su colección "Bibliothèque des histoires", publicada por Gallimard. Ahí también es necesario un desplazamiento de la mirada, ya que el autor de esta crítica se percató, mientras tanto, de la fecundidad de un replanteamiento de esquemas globales que era necesario reconstruir, puesto que postulaban todos ellos un motor de la historia que daba las respuestas antes de plantear las preguntas a la experiencia histórica. Adicionalmente, el mismo Pierre Nora, después de haber proclamado la fragmentación de la historia, se dedicó al enorme proyecto de los *Lugares de memoria* que puede verse como una reanudación del sentido. Toma en consideración la necesaria fase reconstructiva, con el fin de preservar una mirada distanciada y crítica en relación con el legado de la memoria, pero reinsertado en una perspectiva de apropiación plural.

La noción central de esta escritura histórica, la de la huella, a la vez ideal y material, es el tema esencial de los *Lugares de memoria* de Pierre Nora. Esta noción es el lazo indecible que une el pasado a un presente, convertido en categoría pesada, en la reconfiguración del tiempo, por el intermediario de sus huellas de memoria. Pierre Nora ve ahí una nueva discontinuidad en la escritura de la historia "que no puede llamarse de otra manera que no sea *historiográfica*".[23] Esa ruptura invita a la comunidad de los historiadores a visitar una vez más los mismos objetos de manera distinta, a partir de las huellas dejadas en la memoria colectiva por los hechos, los hombres, los símbolos, los emblemas del pasado. Este desprendimiento / reanudación de toda la tradición histórica por ese momento de memoria que vivimos abre el camino a una historia distinta: "ya no los determinantes, sino sus efectos; ya no las acciones memorizadas ni aún conmemoradas, sino la huella de esas acciones y el juego de esas conmemoraciones; no los acontecimientos por sí mismos, sino su construcción en el tiempo, la destrucción y el resurgimiento de sus significaciones; no el pasado de la manera en la que sucedió, sino sus reutilizaciones permanentes, sus usos y sus abusos, su imposición sobre los presentes sucesivos; no la tradición, sino la manera en la que se constituye y se transmite".[24] Esta enorme obra abierta a la historia de las metamorfosis de la memoria, y a una realidad simbólica a la vez palpable y no asignable, debido a su doble problematización de las nociones de historicidad y de memoria, ejemplifica ese tiempo intermediario definido por Ricœur como puente

[22] Paul RICŒUR, *Temps et Récit*, t. III, París, Points-Seuil, 1985, p. 390.
[23] Pierre NORA, *Les lieux de mémoire*, t. III, vol. 1, París, Gallimard, 1993, p. 26.
[24] *Ibid.*, p. 24.

entre tiempo vivido y tiempo cósmico. Lejos de estar confinado al estatuto de residuo ilusorio, mistificado, de actores manipulados, la memoria invita a tomar en serio a los actores y a sus aptitudes, y recuerda que es ella quien frecuentemente dirige la historia que se hace.

El momento reflexivo que atraviesa la disciplina histórica impone una mirada interpretativa no solamente a los objetos del oficio de historiador, sino también a las evoluciones de su escritura. La historización del paradigma de los *Annales* que hace *La historia en migajas* participa de esta nueva conciencia historiográfica.

Más allá de la coyuntura de la memoria actual, sintomática de la crisis de una de las dos categorías metahistóricas –el horizonte de espera, la ausencia de proyecto de nuestra sociedad moderna–, la disciplina histórica se asemeja a una función vinculada con la acción, con la deuda ética frente al pasado. El régimen de historicidad, siempre abierto hacia el devenir, ciertamente ya no es el envión de un proyecto totalmente pensado, cerrado sobre sí mismo. La lógica misma de la acción mantiene abierto el campo de los posibles, en una reapertura de las potencialidades del presente alimentado por los posibles no comprobados del pasado. La función de la historia permanece, por tanto, viva, y el duelo de los distintos enfoques teleológicos puede convertirse en una oportunidad para repensar el mundo del mañana.

Traducción: Marcela Cinta

INTRODUCCIÓN

Aquel que tiene el control del pasado, tiene el control del futuro

George ORWELL

Clío inspira a un público, cada vez más amplio, ávido por conocer su pasado. Se interesa por el discurso histórico. Los platós de televisión y los estudios de radio acogen a los investigadores que en otro tiempo habrían permanecido en el anonimato de su labor de archiveros, confinados en un cenáculo restringido de universitarios. En vísperas electorales, René Rémond aporta el punto de vista esclarecedor del historiador. Georges Duby es nombrado presidente del séptimo canal de televisión. France-Inter pone su sello multiplicando las emisiones históricas donde se dan cita historiadores de oficio, como Pierre Miquel o Henri Amouroux, aunque, desde el punto de vista horario, la mejor oportunidad la tiene una divulgadora de historia que provoca la fantasía y la evasión, la matinal Eva Ruggieri, la cual en su serial cotidiano hace desfilar a Mazarino, la Castiglione, Cleopatra o Joséphine de Beauharnais ante un público muy fiel que va de 975 000 a 1 200 000 personas. Nadie puede negar el éxito de un Alain Decaux en televisión. Todos los medios de comunicación han invadido el territorio del historiador. Responden a una indudable sed de historia, a una necesidad imperiosa de un público que hace prosperar el mercado del libro y el de las revistas de divulgación, el cual, en estos tiempos de crisis, aumenta un 10% cada año. Una revista de calidad como *L'Histoire* alcanza los 80 000 ejemplares. El recurso a la historia es general. Después del "montaje" del Año del patrimonio (1980), muchos se han refugiado en su árbol genealógico o se han acordado de que un anciano que muere es una biblioteca que arde. Han echado mano de su magnetófono para grabar a las generaciones mayores y conservar palmos de vida que se nos escapan... La historia que se consume se ha convertido en un medio

terapéutico para satisfacer las insuficiencias, romper el aislamiento de arrabales sin memoria del pasado. El historiador hace entonces las veces del conservador: socorre. Se le llama a la cabecera de una sociedad enferma. A falta de un presente entusiasmador y de cara a un futuro inquietante, queda el pasado, lugar investido de una identidad imaginaria a través de esas épocas que, aunque próximas, hemos perdido para siempre. Esta búsqueda es primero individual, después local, a falta de un destino colectivo movilizador. Se desprecian los grandes periodos a cambio de la memoria cotidiana de las gentes de a pie. Una nueva topografía estética ocupa el lugar según se hable de un pueblo, de las mujeres, de los inmigrantes, de los marginales... En este nuevo campo de investigación, la etnología interior se nutre de la crisis de la noción de progreso y se resuelve en un "presente inmóvil".[1] Sin darnos cuenta, hemos pasado de la gran biografía de los héroes históricos, de Luis XI a Napoleón pasando por Carlos V, a las biografías de oscuros héroes cotidianos. Por otra parte, la mediatización de una información que se renueva cada día, de unos acontecimientos rápidos y apresurados que se desarrollan sobre la gran escena mundial, nos ofrece una imagen de la historia que se acelera al mismo tiempo que se nos escapa. Más que vivirla la sufrimos. Nuestra afectividad se siente comprometida, pero estos acontecimientos no dan sentido a nuestra vida; de ahí la búsqueda, para contrapesar nuestra angustia, de épocas de más bonanza, abiertamente medievales, de nuestra identidad. Toda una sociedad rechaza ser huérfana y se esfuerza por recuperarse en su historia. Una encuesta reciente[2] revela el gusto tan pronunciado de los franceses por la historia: el 50.2% de las personas entrevistadas poseen libros dedicados a la historia, y para el 9.6% de ellos forman parte de sus lecturas preferidas. La historia receta; pero, ¿qué historia?

Clío en Francia, tras vivir parasitariamente en la historia puramente comercial, en la historia-mercancía, se encarna, sobre todo, en una escuela que ha conquistado una posición hegemónica: *la escuela de Annales*. Los "annalistas" se han apoderado de todas las plazas fuertes de la sociedad de los *media*. El historiador moderno se ha hecho comerciante al mismo tiempo que sabio, corredor, publicista y gestor, para controlar todos los niveles de la red de difusión de los trabajos históricos. Los responsables de colecciones históricas de la mayor parte de editoriales son "annalistes". Ocupan, pues, un puesto de poder esencial, el de seleccionar las obras consideradas dignas de ser editadas y el de rechazar el resto. Hegemónica como es, esta escuela ha invadido también los órganos de prensa, en los cuales se hace eco de sus propias publicaciones con el fin de asegurarse

[1] J. R. RIOUX, *Le Monde du dimanche*, 7 de octubre de 1975.

[2] *Pratiques culturelles des Français*, Ministerio de Cultura, Dalloz, 1982. Encuesta a 4 000 personas de más de 15 años entre diciembre de 1981 y enero de 1982.

la influencia necesaria para hacerse con un público más amplio. De los laboratorios de investigación a los circuitos de distribución, la producción histórica francesa se ha convertido en un cuasi-monopolio de *Annales*.[3]

Su éxito es el resultante de una estrategia de captación de los procedimientos, de los lenguajes, de las ciencias sociales vecinas, de una notable capacidad para hacerse con el ropaje de otros y revestir así a una vieja dama indigna que se había vuelto antropófaga. Esta conquista es la constante de una escuela que lleva mejor su ofensiva en tanto que desarrolla una estrategia nacida de la enseñanza de un triple fracaso, a comienzos de este siglo, por obtener una ciencia social unificada: el de la escuela geográfica vidaliana, el de la escuela durkheimiana y el proyecto de síntesis de Henri Berr. De entrada se nos presenta como una escuela militante, al margen, que apela a las ciencias sociales como ayuda para desestabilizar la historia historizada dominante, una escuela mártir, víctima del ostracismo para no espantar a sus *partenaires* eventuales. Esta escuela rechaza todo dogma, toda filosofía o teoría de la historia, de ahí su gran plasticidad y movilidad, su tan amplia capacidad de integración en el campo de las investigaciones. La conjunción de una firme estrategia de alianzas con un ecumenismo epistemológico, permite a *Annales* eliminar a sus rivales. Se trata de un gran imperio construido a base de una guerra de movimientos, en la cual los términos de la estrategia militar (fronteras, territorios...) son siempre apuestas hacia la conquista total. Para comprender este triunfo, nos es preciso señalar las etapas. Marc Ferro sugiere que esta escuela supone el advenimiento de una ciencia experimental liberada de ideologías y de concepciones del mundo. Se vuelve una disciplina autónoma, por encima de toda sospecha, de toda influencia. Una concepción así permite no interrogarse por la causa del éxito de esta escuela, por las relaciones que ha mantenido con el espíritu de su tiempo y la función asignada al historiador. Con todo, la historia depende estrechamente del lugar y de la época en que es concebida. Como escribe Michel de Certeau: "La práctica histórica se refiere toda ella a la estructura de la sociedad".[4]

Esta escuela, más que cincuentenaria, posee ya una historia; como decía Lucien Febvre en 1946, "puesto que el mundo marcha, *Annales* también marcha". Es preciso preguntarse, pues, en qué sentido este nuevo discurso histórico responde a una demanda social, sin que ello signifique un estudio mecánico que se limitaría a un juego de espejos entre la sociedad en conjunto y el discurso histórico. Este último posee su propia autonomía, su propia lógica disciplinaria en el campo de las ciencias del hombre. Este segundo parámetro esclarece las rupturas esenciales, las inflexiones de paradigmas de *Annales* entre 1929 y hoy.

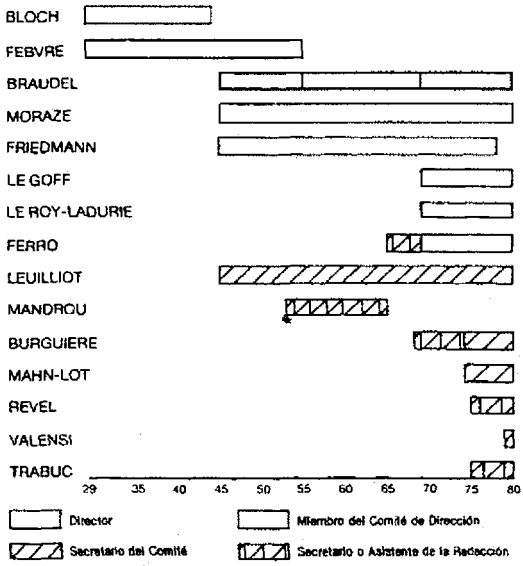
[3] F. DOSSE, "Main basse sur la ville", *Lire Braudel*, La Découverte.

[4] M. DE CERTEAU, "L'opération historique", *Faire de l'histoire*, Gallimard, 1974, t. I, pp. 3-14.

Si la escritura histórica es hija de su tiempo, y en este sentido "no hay historiadores inocentes" (Jean Bouvier), si se la debe resituar en el campo de las ciencias sociales, se la debe confrontar con un tercer punto de referencia, el de la propia disciplina histórica, como disciplina autónoma que posee su propia lógica en tanto que profesión, confrontada a problemas de lugar, de innovación y conservación y, por ello, captar, a partir de una sociohistoria del medio histórico, desde un punto de vista morfológico, la progresión del saber en relación con su institucionalización. Sólo a partir de estas tres miradas situadas en la diacronía se pueden descubrir algunos núcleos racionales de la obra en el discurso de *Annales*.

Quien quiera interrogarse sobre la función del historiador y de la historia no puede ahorrarse una reflexión acerca de la historia de *Annales*. La apuesta resulta importante, se trata de la existencia misma de la historia, de su capacidad para evitar la doble tentación suicida de la huida hacia adelante y la disolución entre las otras ciencias sociales, o el repliegue en sí misma según la vieja historia positivista del siglo XIX. La renovación sólo puede provenir de la superación del empirismo y de un rearme científico. La historia permanece como una ciencia en construcción. El combate por la historia continúa.

Annales: *Comité de dirección*



Fuente: Hervé COUTAU-BEGARIE, *Le Phénomène Nouvelle Histoire*, Economica, 1983, p. 257, tabla.

I

CLÍO REVISIONADA

I
LA PREHISTORIA DE *ANNALES*

RETORNO A LOS ORÍGENES

Sin ceder al rito de la tribu historiográfica que Marc Bloch, después de François Simiand,[1] califica de ídolo de los orígenes, es necesario comprender sobre qué terreno se erigió la escuela de *Annales* para comprender el porqué de su posición hegemónica.

La creación de la revista *Annales* fue el resultado de una doble mutación que trastocó tanto la situación mundial de la primera postguerra como el campo de las ciencias sociales. Por otra parte, volvemos a encontrar esta doble influencia en el origen de cada inflexión importante en la evolución del discurso de *Annales*. Como dijo Benedetto Croce: "Toda historia es historia contemporánea".

Jacques Le Goff se deja llevar un poco por la comodidad cuando escribe: "No es un azar que *Annales* naciese en 1929, el año de la gran crisis".[2] El proyecto de Marc Bloch y Lucien Febvre no se redujo a una respuesta puntual de historiadores frente a una crisis que estalló de manera manifiesta después del *crack* de Wall Street en octubre de 1929, dado que la revista apareció en enero de este mismo año y se remonta como proyecto a la inmediata postguerra. Sin embargo, Jacques Le Goff no va del todo desencaminado, puesto que la crisis, posterior a la creación de la revista, no dejó de influir en el éxito de ésta. Los *cracks* dramáticos de una economía capitalista a escala mundial, que influyeron por igual en América y en Europa, pusieron en entredicho la idea de un progreso continuo de la humanidad hacia una mayor cantidad de bienes materiales. Esta crisis está en la base de cuestiones nuevas que valorizan lo económico y lo social motivadas como están por la inflación, la recesión y el paro. Es,

[1] F. SIMIAND (1873-1935), sociólogo y economista durkheimiano. Profesor del Colegio de Francia de 1932 a 1935.

[2] J. LE GOFF, *La Nouvelle Histoire*, Retz, 1978, p. 214.

pues, en este contexto donde se da una gran necesidad de comprender y actuar, en el que la revista *Annales*, que lleva el título de *Annales d'histoire économique et sociale*, responde por completo a las cuestiones de una época que desplaza su mirada de lo político hacia lo económico. Por otra parte, lo económico no esperó a 1929 para invadir el horizonte político. Los años veinte estuvieron dominados, aquí y allá, por grandes debates, por grandes decisiones de orden económico. Fue en 1921 cuando Lenin afirmó, al introducir en Rusia la NPE, que el socialismo era los soviets más la electrificación; fue en estos mismos años cuando las relaciones internacionales estuvieron dominadas (y minadas) por la cuestión de las compensaciones. Las políticas fueron juzgadas cada vez más a tenor de sus éxitos y fracasos económicos y el programa de izquierda en Francia sucumbió frente al muro de dinero sobre el que se alzaba un Raymond Poincaré, el cual, al restablecer el franco a su paridad oro en 1928, se aseguró un triunfo del cual capitalizaría los resultados acto seguido en el plano electoral. Frente a la crisis, los programas de los gobiernos se decidieron a partir de recetas económicas definidas. Franklin D. Roosevelt debió su elección en 1932 al programa del *New Deal*, la victoria del frente popular se debió en parte a una reacción contra la política inflacionista impulsada por la derecha de Gaston Doumergue o de Pierre Laval. La economía se convirtió en aquello a través de lo cual la sociedad de los años veinte o treinta se pensaba, y fue en este ambiente donde la revista de historia económica y social de Marc Bloch y Lucien Febvre se movió como pez en el agua. Se da ciertamente la intuición manifiesta de dos grandes historiadores, pero se da también un discurso específico que no hace más que adaptarse al mundo social en el cual se enuncia. La crisis lanza un desafío, crea la necesidad de cuantificar las variables económicas y más aún la evolución de los precios. En este ámbito, la historiografía va a ver durante este periodo la aparición de tres libros claves: el de François Simiand, el de Henri Hauser y el de Ernest Labrousse.[3] Fue de hecho a partir de estos estudios cuando se emprendió una historia económica más científica, giro esencial a partir del cual Pierre Chaunu delimita la arqueología de esta forma de historia: "Todo comienza en el horizonte de 1929-1930".[4] "La medida entró en la historia por los precios. La revuelta sobrevino al día siguiente de la crisis de 1929".[5]

[3] F. SIMIAND, *Recherches anciennes et nouvelles sur le mouvement général des prix du XVIe au XIXe siècle* (1932). H. HAUSER *(1866-1946)*, pionero de la historia económica del siglo XVI al estudiar los orígenes del capitalismo moderno en Francia, *Recherches et documents sur l'histoire des prix en France de 1500 à 1800* (1936). E. LABROUSSE (nacido en 1895), profesor de la Sorbona y de la VI sección del APHE, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle* (1933).

[4] P. CHAUNU, *Histoire et science sociale*, SEDES, 1974, p. 56.

[5] P. CHAUNU, "L'histoire sérielle: bilan et perspectives", *Revue historique*, 1970, p. 302.

En el origen de este nuevo discurso histórico codificado por la revista *Annales,* encontramos también el trauma de la guerra de 1914-1918 y sus efectos. Los millones de muertos de esta larga guerra se alzan como en el film de Abel Gance, *J'accuse,* para recordar a los vivos sus responsabilidades. Para el historiador esto significa el fracaso de una historia-batalla que no ha sabido impedir la barbarie. La voluntad resueltamente pacifista de la postguerra (la "der des der"), a veces demasiado pacifista (Munich), incita a superar el relato de una historia puramente nacionalista y patriotera que había sido el credo de toda una juventud después de la derrota de 1870. Por el contrario, se deseaba acercar las gentes, los pueblos, y una nueva finalidad se le aparecía al discurso histórico, que desde entonces fue considerado como el instrumento posible de la paz, después de haber sido el arma de la guerra. Célestin Bouglé hizo en 1935 balance de los esfuerzos de las organizaciones, de los congresos históricos internacionales con el mismo objetivo.[6] La guerra dobló las campanas por la "Belle Époque" en una Europa en la cual se percibían los primeros signos del declive o de la decadencia.[7] Antes de la guerra todo se decidía en Europa. El discurso eurocéntrico de los historiadores se correspondía a la perfección con un mundo unificado por el capitalismo y dominado por Londres y París. Al final de la guerra, Europa se había debilitado por la sangría humana, que elevaba a varios millones el número de los muertos, y las destrucciones materiales, pero sobre todo por el despegue de nuevas potencias mucho más dinámicas como era el caso del Japón y, sobre todo, de los Estados Unidos. La imbricación mundial de los problemas, el estado de dependencia frente al Nuevo Mundo, relativizaba el mensaje universal de los europeos y dirigía el discurso histórico hacia la superación del eurocentrismo, hacia la toma en consideración de los destinos en plural, de las civilizaciones múltiples. Es en este contexto en el que se cuestionan las certidumbres de la preguerra, en el que se comprende el discurso de *Annales y* no solamente en su evolución propia de discurso histórico desligado de la realidad. Como dijo Lucien Febvre: "La crisis de la historia no es una enfermedad específica que sólo afecta a la historia. En una de sus facetas, constituye el aspecto propiamente histórico de una gran crisis del espíritu humano".[8]

Esta crisis global, o crisis de civilización, no afectó solamente al historiador, trastornó las certidumbres de todos los medios intelectuales en plena efervescencia durante los años treinta, tal como lo mostraron Jean Touchard y Pierre Andreu.[9] Encontramos muchos puntos en común entre

[6] C. BOUGLÉ, *Bilan de la sociologie française contemporaine,* 1935, p. 79.
[7] A. DEMANGEON, *Le Déclin de l'Europe,* 1920. O. SPENGLER, *Déclin de l'Occident,* 1920.
[8] L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire,* A. Colin, 1953, p. 26.
[9] J. TOUCHARD, "L'esprit des années 1930", *Tendances politiques dans la vie française depuis*

el discurso de *Annales* y "este espíritu de los años treinta" que animó numerosos movimientos juveniles de ruptura: "La revuelta se apropiaba de lo mejor de la juventud intelectual".[10] Nuevas revistas aparecían en estos años treinta: *Plans*, dirigida por Philippe Lamour; *Esprit*, de E. Mounier; o también *Combat*, *L'Homme nouveau*, *Les Cahiers*, de Jean Pierre Maxence; *Réaction*, de Jean de Fabrègues; *Critique Sociale* y, sobre todo, *L'Ordre nouveau*, de Robert Aron y Arnaud Dandieu, que juntos habían publicado en 1931 *La Décadence de la nation française* y *Le Cancer américaine*. Más allá de las diferencias entre diversos medios intelectuales, se puede hablar de una generación, de una temática en común: "La solidaridad ante el peligro crea entre nosotros una unidad que no han sabido construir ni maestros ni doctrinas, unidad de rechazo frente a la miseria consternadora de una época en la que todo lo que un hombre pueda amar y querer se encuentra arrancado de su origen vivo, como marchito, desnaturalizado, invertido, limado".[11] Tropezamos con los grandes combates por la historia de Lucien Febvre o de Marc Bloch. En primer lugar, "los grandes temas históricos en los años treinta, son temas anti".[12] La razón de ser del discurso de *Annales* arranca de la oposición sistemática, del total rechazo de la historiografía dominante, o sea positivista. La identidad de *Annales* se forja sobre una base de contestación a la generación anterior, la de Lavisse, Seignobos, Langlois. El segundo rasgo diferenciador de estos intelectuales de los años treinta es su rechazo de la política. El juego político, la vida parlamentaria, los partidos políticos se dejan a un lado. El Estado se vuelve sospechoso y se le rechaza por ajeno a la sociedad, cuerpo halógeno que suscita en su contra una reacción violenta: "Sean moderados, radicales, socialistas o comunistas, todos los tenores de la política cuyos nombres se inscriben con éxito en las tribunas o en las cabeceras de los diarios, están marcados por la infamia: una especie de complicidad excluyente, de connivencia malsana, demasiado evidentes en el tuteo de los pasillos o en el codeo de la cantina".[13] La revista *L'Ordre nouveau* llamó a la abstención en abril de 1936: "Se prohíbe votar como se prohíbe escupir en el suelo".[14] Con ello, *L'Ordre nouveau*, vivero de ideas nuevas, creía "abolir la condición proletaria" y sentaba las bases de "la Icaria del siglo XX".[15] El rechazo de la política es del todo manifiesto en Marc Bloch y Lucien Febvre. Tuvieron una trayectoria estructurada sobre lo económico y lo social, dejando a

---

1789, coloquio, 1960; y P. ANDREU, "Les idées politiques de la jeunesse intellectuelle de 1927 à la guerre", *Revue des travaux del l'Académie des sciencies morales et politiques*, 1975, pp. 17-35.

[10] P. ANDREU, *ibid.*

[11] D. DE ROUGEMONT, "Cahiers de revendications", NRF, 20, 1932, p. 51.

[12] J. TOUCHARD, *ibid.*, p. 101.

[13] D. ROPS, *L'Ordre nouveau*, octubre 1933, citado por J. TOUCHARD, *ibid.*, 102.

[14] L'ORDRE NOUVEAU, abril 1936, citado por J. TOUCHARD, *ibid.*, 102.

[15] P. ANDREU, *ibid.*

un lado totalmente lo político, que para ellos se tomaba superfluo, aleatorio, punto muerto en su horizonte. Este espíritu de los años treinta es también una reflexión sobre el declive, la decadencia, la ineficacia de las ideologías, sobre la necesidad de la revuelta, diseñando un lugar para el hombre como personalidad, como singularidad: "En una palabra, se trata de recrear una civilización humana".[16] Esta reflexión conlleva un rechazo de las dos realidades existentes: el capitalismo con sus crisis y contradicciones, que da como resultado millones de parados, y los regímenes totalitarios como el fascismo y el nazismo; pero también la solución de una revolución colectivista de corte soviético: "*L'Ordre nouveau* prepara la revolución del orden contra el desorden capitalista y la opresión bolchevique...".[17] Se trata de la apuesta por una tercera vía. Encontramos en los temas que fundan el discurso de *Annales* esta aspiración de un futuro nuevo, moderno, liberado del Estado. Marc Bloch se pregunta sobre esta Europa amenazada por la presencia indirecta de la historia medieval en su *Societé féodale*. Al igual que preconiza una historia comparada, pertenece de lleno a una generación que multiplica las instituciones capaces de promover diálogos internacionales de especialistas.[18] Marc Bloch y Lucien Febvre participan plenamente de este espíritu de los años treinta al lado de estos "inconformistas", algunos de los cuales acabaron su carrera en la Academia francesa (Thierry Maulnier, Daniel Rops, Robert Aron, George Izard), al igual que los contestarios de Estrasburgo acabarían imponiendo su concepción de la historia a toda la comunidad historiadora.

El otro impulso que el medio historiador recibe, factor de crisis y después de vitalidad, proviene del campo de las ciencias sociales. El cuestionamiento del evolucionismo, la idea de progreso, desplaza la reflexión sobre la historia hacia otros derroteros, exteriores al suyo propio. Este periodo queda marcado por la nuevas ciencias sociales como son la lingüística, el psicoanálisis, la antropología y, sobre todo, aquella ciencia que tiene por objeto la sociedad y que se sitúa en las fronteras inmediatas de la historia: la sociología, la escuela durkheimiana: "La racionalidad burguesa abandona la historia y se retira hacia la economía política, en parte hacia la sociología".[19] Émile Durkheim se había encargado del primer curso de sociología como tal impartido en una facultad, en Burdeos en 1887. Formó escuela y, como ha demostrado V. Karady,[20] consiguió obtener una posición hegemónica en esta disciplina. Pero a la

[16] *Plans*, núm. 1, p. 9.

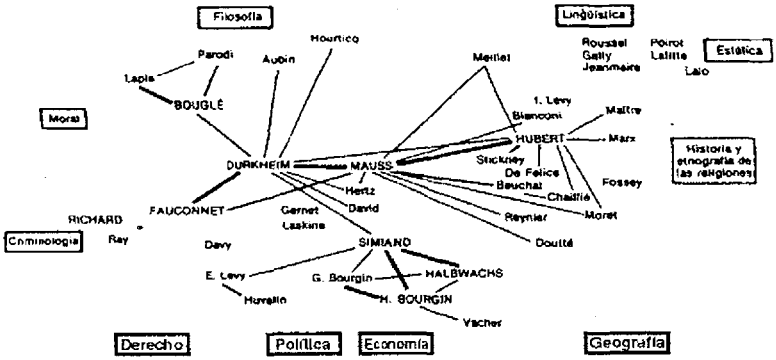
[17] Prospectos de lanzamiento *de L'Ordre nouveau*.

[18] 1930: Institut d'études comparées de Oslo. 1935: Fondation J. Bodin, de Bruselas. Débats entre Allemands et Polonais sur la Silésie.

[19] A. GUERREAU, *Le Féodalisme: un horizon théorique*, Le Sycomore, 1980, p. 142.

[20] V. KARADY, "Durkheim, les sciences sociales et l'université: bilan d'un semi-échec", *Revue française de sociologie*, abril 1976.

Intento de diagrama del equipo, relaciones y especialización



Las líneas que unen a las personas simbolizan las relaciones (de colaboración, de enseñanza, de amistad, etcétera) consideradas de cierta importancia. Son más o menos gruesas según la intensidad de tales relaciones. Los nombres de los principales colaboradores de *L'Année sociologique*, 1ª época, están en mayúsculas.
Fuente: Ph. BESNARD, "La formation de L'équipe de *L'Année sociologique*", *Revue française de sociologie*, enero-marzo 1974, xx.

sociología le quedaba aún mucho camino por recorrer para imponerse sobre las disciplinas clásicas de la universidad. La estrategia de la escuela durkheimiana consistió en ganar terreno en una guerra de movimientos, de conquista sobre el terreno de las vecinas ciencias del hombre, proponiéndoles relaciones de interdependencia, ofreciéndoles sus servicios. La joven sociología durkheimiana se propone explícitamente como meta llevar a cabo la unificación, bajo su batuta, del conjunto de las ciencias humanas, sobre el concepto de causalidad social. Con este fin ataca la fortaleza historiadora, disciplina fuertemente implantada en las instituciones universitarias. Desde 1897 dispone de un órgano para defender sus tesis: *L'Année sociologique*.[21] Émile Durkheim no niega valor a la historia, a la que considera esencial, pero modifica su *status*. El historiador debe de contentarse con proveerse y recoger los materiales de los cuales se servirá el sociólogo: "La historia sólo puede ser una ciencia a condición de alzarse por encima de lo individual; bien es verdad que entonces deja de ser ella misma para pasar a ser una de las ramas de la sociología".[22] El historiador que pretenda comparar, interpretar, se volverá sociólogo, y la historia no será más que una disciplina auxiliar de la sociología. Con el objetivo de la conquista de una posición central y dominadora, los durkheimianos dan prueba de una gran cohesión, unida a una cierta rigidez

[21] Véase cuadro
[22] E. DURKHEIM, *L'Année sociologique* (6), 1903, pp. 124-5.

dogmática que hará fracasar su proyecto. Se lucha contra dos frentes,[23] el organicismo católico de Le Play y el socialismo. A la "división social del trabajo" de Karl Marx, se opone la "división del trabajo social". Se preconiza un pensamiento de consenso engalanado con la modernidad de un discurso cientificista, alimentado, en estos finales del siglo XIX, por el éxito del positivismo filosófico, esfera de saber de donde ha nacido la sociología: "Es preciso que nuestra sociedad vuelva a tomar conciencia de su unidad orgánica... Y bien, señores, creo que la sociología está en las mejores condiciones para restablecer estas ideas".[24] Los durkheimianos ofrecen a los historiadores un nuevo campo de investigación, la sociología religiosa, encarada como posible lenguaje común de una renovación que rompa con la tradición de estudios escolásticos desconectados de lo social. Se benefician además de una coyuntura universitaria favorable.[25] En un sistema universitario en renovación, pueden aspirar a ocupar una plaza en tanto que gozan ya del prestigio de la École normale supérieure y de la agregación de filosofía. También se benefician del éxito del pensamiento de Auguste Comte, del cual Durkheim se vale. Pero Clío está demasiado implantada y unida a los destinos de la República para dejarse marginar. Los durkheimianos atacan igualmente a la geografía, de la cual critican las monografías regionales y desean que sean sustituidas por una morfología social: "No basta con que haya ovejas en un país para afirmar que ese país posee una industria lanar",[26] ironiza François Simiand, fustigando así el determinismo que advierte en los grandes geógrafos de la época: Demangeon, Blanchard, Vacher, Sion... A la descripción geográfica que parte del suelo, del clima, los durkheimianos oponen un replanteamiento que privilegia la búsqueda de causalidades situadas en la sociedad. La geografía debe desaparecer en tanto que disciplina diferenciada. También aquí los sociólogos se mueven sobre un terreno particularmente sólido: la escuela geográfica vidaliana en el apogeo de su gloria. En el periodo de entreguerras, los durkheimianos tuvieron que contentarse con cuatro cátedras en la Sorbona y una plaza en el Collège de France, la de Marcel Mauss. Esta situación no refleja por tanto el esplendor de una escuela de la que Célestin Bouglé decía en 1927 que el centro no estaba en ningún lado y la circunferencia por todas partes.[27] Al fracasar sus intentos por abordar las grandes instituciones universitarias, los sociólogos se replegaron en

[23] Véase D. LINDENBERG, *Le Marxisme introuvable*, Calmann-Lévy, 1975.

[24] E. DURKHEIM, "Leçon d'ouverture du cours de science sociale", *Revue internationale de l'enseignement*, XV, 1888, p. 48.

[25] V. KARADY, "Stratégies de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens", *Revue française de sociologie*, 1/1979 (XX), pp. 49-82.

[26] F. SIMIAND, *L'Année sociologique*, t. XI, 1906-1909, p. 729.

[27] C. BOUGLÉ, "Comment étudier la sociologie á Paris?", *Annales de l'université de Paris*, 1927, pp. 313-324.

la École pratique des hautes études y crearon en 1924 el Institut français de sociologie, en el cual destacan, entre sus cuarenta miembros, todos los padres fundadores del equipo de *L'Année sociologique*.[28] Este semifracaso o este semiéxito de la escuela durkheimiana fue la base del nacimiento en 1929 de *Annales*. Lucien Febvre y Marc Bloch retomaron el programa y sobre todo la estrategia tentacular de los sociólogos. El descenso del número de carreras universitarias en el periodo de entreguerras contribuyó al abandono de disciplinas jóvenes aún no asentadas, como es el caso de la sociología, y las disciplinas con más raigambre desplazaron a las innovaciones.[29] La renovación que se impuso provino de la vieja disciplina histórica: "*L'Année sociologique* fue para Marc Bloch poco más o menos lo que *Annales* para la gente de mi edad".[30] Uno de los padrinos de la línea de *Annales* resultó ser Émile Durkheim, de quien Marc Bloch se reconocía deudor: "Nos enseñó a pensar con más profundidad, a tocar más de cerca los problemas, a pensar, me atrevo a decir, con buenos resultados".[31]

Una bomba de efectos retardados estalló en 1903 en la nueva revista de Henri Berr: *Revue de synthèse historique*; la había preparado un joven sociólogo de treinta años, François Simiand. Su explosivo artículo, "Méthode historique et science sociale", constituye el desafío más radical que la disciplina histórica haya conocido, una verdadera OPA. Se encuadra dentro de un dispositivo global de ofensiva conducido por la sociología, la cual emplaza a los historiadores a rendirse ante sus argumentos, someterse a su problemática y convertirse en recolectores empíricos de materiales interpretables por la sola ciencia social con vocación nomológica, la sociología. Tomando por esencial la obra metodológica de Charles Seignobos aparecida en 1901, *La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*, François Simiand arroja al charco un guijarro devastador. Invita a los historiadores a liberarse de sus oropeles para renovar y retomar la metáfora de Bacon acerca de "los ídolos de tribu de los historiadores". Son tres, todos ellos inútiles. En primer lugar, "el ídolo político, o sea el estudio dominante, o al menos la perpetua preocupación por la historia política",[32] a él se añaden "el ídolo individual o la costumbre inveterada de concebir la historia como historia de los individuos", y, por fin, "el ídolo cronológico, o sea la costumbre de perderse en los estudios de los orígenes".[33] Así, pone abiertamente en entredicho la capacidad de esta

[28] Bouglé, Fauconnet, Davy, Halbwachs, Mauss, Simiand.

[29] J. HEILBRON, "Les métamorphoses du durkheimisme: 1920-1940", *Revue française de sociologie*, abril/junio 1985, p. 226.

[30] G. DUBY, prefacio a *L'Apologie pour l'histoire*, de M. BLOCH, A. Colin, ed., 1974, p. 8.

[31] BLOCH, *Apologie pour l'histoire*, p. 27.

[32] F. SIMIAND, "Méthode historique et science sociale", *Revue de synthèse historique*, 1903, recogido en *Annales*, 1960, p. 117.

[33] *Ibid.*

vieja disciplina instalada que es la historia para constituirse en modo de conocimiento positivo. Por el contrario, la joven sociología pretende ser "el *corpus* de las ciencias sociales".[34] Invita a los historiadores a pasar del fenómeno singular al regular, a las relaciones estables que permiten entresacar leyes, sistemas de causalidad. Les conmina a desplazar su observación de lo individual a lo social. En efecto, a comienzos del siglo XX la literatura historiográfica se confina en la esfera política, a la que se dedican más de la mitad de las tesis y más de las tres cuartas partes de los DES y de las tesinas. Por lo que se refiere al ídolo individual, los estudios biográficos contabilizan hasta 1904 más de la mitad de las tesis, pero desde la postguerra decrecen sensiblemente para no representar más del 17% durante el periodo 1919-1938.[35] Esta intervención de François Simiand constituye una pieza más de un conjunto de debates y controversias que afecta a todas las ciencias humanas y especialmente a las de carácter histórico o sociológico, las cuales se disputan el control del mismo campo de saber. Desde 1894, Pierre Lacombe publica una primera edición de *L'Histoire considerée comme science*. Le asigna a la historia una perspectiva sociológica, una búsqueda de leyes. Antes de que lo hiciese Simiand, invita a los historiadores a distanciarse de los acontecimientos, de todo aquello que se presenta con carácter de único o singular, pues es propio de una ciencia establecer paralelismos y constantes. El director de la *Revue historique* pareció sensibilizado por las críticas formuladas y manifestó su deseo de una historia renovada que se abriese a lentos movimientos y a condiciones económicas y sociales más propicias a la elaboración de leyes. Pero una tal evolución no fue secundada por el *establishment* histórico. Al contrario, éste se reagrupó en torno de un libro-manifiesto, que quería ser una contraofensiva a la ofensiva de los sociólogos, *La Méthode historique appliquée a les sciences sociales*, de Charles Seignobos, aparecido en 1901. Seignobos niega a la sociología el primer lugar en el seno de las ciencias sociales y considera a los historiadores como los únicos dirigentes. Con este libro se declara la guerra. Es en este contexto en el que François Simiand emprendió la lucha y lo hizo en un combate que al principio pareció un "error táctico"[36] para una escuela durkheimiana que más bien tenía por costumbre promover relaciones de complementariedad. Esta ruptura supuso más bien un repliegue de la comunidad de historiadores en sí misma. Además, con ello Simiand se privó de un aliado virtual, los historiadores renovadores tipo Paul Mantoux, Gabriel Monod, etcétera,[37] en relación al

[34] R. CHARTIER y J. REVEL, "L. Febvre et les sciences sociales", *Historiens et géographes*, 2/1979, p. 430.

[35] O. DUMOULIN, *Profession historien: 1919-1939*, tesis de tercer ciclo, EHESS, 1984, pp. 233-6.

[36] Ph. BESNARD, "L'impérialisme sociologique face à l'histoire", *Journées annuelles de la Société française de sociologie*, Lille, 6/1984.

[37] P. MANTOUX (1877-1956), tesis de 1906, *La Révolution industrielle au XVIIIe siècle en*

otro eje de su polémica que le opuso a una economía conceptual desligada de los hechos. Hay que inscribir la intervención de Simiand tanto contra el ideografismo de los historiadores como contra el nomotetismo de los economistas. Este artículo conocería un importante éxito en la medida en que la escuela de *Annales* retomó punto por punto su programa para combatir la historia historizante y promover una historia nueva. De esta diatriba de 1903, *Annales* obtuvo lo esencial de su aspecto renovador: de la historia-problema a la promoción de investigaciones colectivas, pasando por la construcción de modelizaciones, rigiendo sin embargo la historia y no la sociología.

Este texto "aparece como una especie de matriz teórica".[38] Habría influido profundamente en la generación de Marc Bloch y Lucien Febvre, el cual reconocía, cosa rara, "la influencia paralela" que François Simiand habría ejercido sobre él.[39] Marc Bloch y Lucien Febvre reaccionaron contra esta marginalización de la disciplina histórica preconizada por Simiand, y no lo hicieron acogiéndose a posiciones hasta entonces ocupadas por su disciplina, sino conduciendo a la propia historia al campo de las ciencias sociales. La respuesta de 1929 al desafío durkheimiano consistiría, pues, en cumplir el programa de Simiand. Para mostrar que la lección ha sido asimilada, que los ídolos persisten, la revista *Annales* volvió a publicar en 1960 el artículo de Simiand.

Hay además otro impulso particularmente vital a comienzos de siglo; proviene de una disciplina tradicionalmente próxima, en Francia, a los historiadores, la geografía. Paul Vidal de la Blache fue al principio un historiador que a partir de 1872, después de la derrota francesa, se orientó hacia la geografía para afrontar el desafío de una Alemania más dedicada que Francia al estudio del mundo contemporáneo. Su sistematización del objeto geográfico sirvió de modelo a la futura escuela de *Annales*. La geografía nacida en Francia alrededor de los años 1880 se constituyó, como más tarde *Annales*, como reacción contra el positivismo de la escuela histórica. Pretendía dejar a un lado el acontecimiento, lo político, anclarse en lo actual e interesarse en lo que permanece en el presente, en lo estable que constituye el trazo de nuestros paisajes, los territorios de finales del siglo XIX y comienzos del XX. Esta orientación valoriza cierto número de nociones que caracterizan la geografía vidaliana, tales como "medio", "género de vida" o "cotidianidad". Esta geografía pretende ser sobre todo ciencia de lo concreto, de lo observable. Encontramos aquí los orígenes profundos de la inspiración de *Annales*. Se da una contradicción

Angleterre. G. Monod (1844-1912), profesor del Colegio de Francia en 1905, fundador en 1876 de la *Revue historique*.

[38] J. REVEL, "Histoire et sciences sociales: les paradigmes des *Annales*", *Annales*, 11-12/1979, p. 1362.

[39] L. FEBVRE, *Pour une histoire à part entière* (1940), 1963, SEVPEN, p. 311.

en el hecho de que los historiadores utilicen una ciencia que privilegia "lo que es fijo y permanente".[40] Ciertamente, Vidal de la Blache no estableció un nexo mecánico entre el medio natural y la sociedad humana, la cual dispone de diversas soluciones para adaptarse al medio. Sin embargo, los límites asignados al hombre son estrechos y "el hombre no triunfa sobre la naturaleza más que con la estrategia que ella le impone y con las armas que ella le facilita".[41] El objeto de la geografía vidaliana sólo es el hombre incidentalmente; ésta es sobre todo una ciencia de los lugares, de los paisajes, de los efectos visibles en la superficie terrestre, de los diversos fenómenos naturales y humanos. El hombre humaniza la naturaleza al mismo tiempo que se da una naturalización del hombre. La geografía vidaliana quiere ser ante todo descriptiva. La pareja visible/invisible funciona aquí reificada en una imagen perceptible por medio de la cartografía, de la fotografía o de la simple excursión sobre el terreno.[42] El orden del discurso vidaliano corresponde al orden de las cosas en un proceso identitario. Comprender no es para Vidal de la Blache nada más que localizar y comparar. La geografía vidaliana se afirma pues como disciplina del presente contra la historia historizante.[43] La geografía vidaliana se inspira en conceptos biológicos que utiliza para redefinir nuevas clasificaciones y construir una geografía humana. En la economía del discurso vidaliano, la comunidad se asimila a la célula, el pueblo rural o urbano a un tejido celular, la región a un órgano y la nación a un organismo.[44] No puede haber sino una relación de complementariedad en aquello que se da como organismo, los componentes del cual aseguran el buen funcionamiento del ser vivo. Al igual que las partes son solidarias en un organismo, por lo que se refiere al cuerpo social los diversos elementos concurren al desarrollo armonioso del conjunto. La reproducción de lo mismo pertenece a la normalidad, pero elude las operaciones dialécticas. Privilegiar lo permanente incita al desarrollo de la geomorfología, lo cual permite conceder valor a las estructuras estables de los paisajes. A esta elección metodológica se añade además un De Martonne, yerno de Vidal y su sucesor en la Sorbona en 1909. En el mismo espíritu, los vidalianos privilegian la historia rural y apuestan por los rasgos permanentes. Hombres del campo más que de ciudad, prefieren la tierra a las fábricas, las zonas de cultivo a las ciudades tentaculares, las inmovilidades pastoriles a los cambios industriales. Otro rasgo notable de la trayectoria vidaliana, que se vuelve a encontrar en *Annales*, consiste en desafiar toda construcción teórica demasiado rígida

[40] Vidal DE LA BLACHE, Tableau géographique de la France, 1911, p. 385.
[41] Vidal DE LA BLACHE, "La géographie politique", *Annales de géographie*, 1898, p. 102.
[42] J. M. BESSE, "Idéologie pour une géographie", *Espaces-Temps*, núm. 12, 1979.
[43] C. GRATALOUP, "Après l'empirie, le beau temps", *Espaces-Temps*, núm. 30, 1985, p. 53.
[44] Ph. BACHIMON, "Physiologie d'un langage", *Espaces-Temps*, núm. 13, 1979.

y, en su lugar, preferir la descripción, la observación. Se multiplican entonces las monografías regionales, que alcanzan su época gloriosa.[45] Se está sembrando la literatura de *Annales*, puesto que se abren al historiador los paisajes, lo permanente, y se permite al especialista en historia salir de sus archivos, de sus pergaminos, de sus cartularios, para encaminarse a los campos. Lucien Febvre reconocía esta paternidad: "Podría decirse, en cierta medida, que fue la geografía vidaliana quien engendró esta historia que es la nuestra".[46] Subraya además, en sus primeros artículos en la *Revue de synthèse historique*, la aportación de estas monografías regionales. La escuela geográfica tenía la ventaja sobre la escuela durkheimiana de una mejor implantación universitaria. De Martonne fue el organizador de esta escuela vidaliana, multiplicando el número de cabezas visibles de la nueva geografía no sólo en París, sino también en provincias. Los geógrafos están no sólo provistos de una revista que hace las veces de órgano oficial, *Annales de géographie*, desde 1891, sino que multiplican en los años veinte y treinta las revistas de geografía regional para ampliar sus estudios monográficos. Además, De Martonne funda la Asociación de geógrafos franceses, obtiene la apertura del Instituto de Geografía de París en 1923, preside en 1921 la creación de un Comité nacional de geografía y ve cómo la Unión Geográfica Internacional le confía en 1931 la organización del Congreso Internacional de París, "punto culminante de la escuela geográfica francesa".[47] El itinerario de un historiador de *Annales* como es Pierre Vilar da cuenta del esplendor que ejerció la escuela vidaliana. Fue geógrafo en primer lugar. M. Sorre le aconsejó que fuese a estudiar lo que sería su especialidad: Cataluña. Realizó su tesis bajo la dirección de Albert Demangeon, el cual le haría conocer a Marc Bloch. Último punto fuerte de la geografía que retomaría *Annales* es la estrecha relación con los que han de tomar decisiones, una reflexión sobre la crisis.[48] Albert Demangeon colaboraba en numerosos comités consagrados a proyectos de inversiones a largo plazo. Esta relación entre los estudiosos y el poder se concretaba y beneficiaba a una geografía que respondía a una demanda social, aún más cuando la historia en estos años se encontraba totalmente desconectada del presente.

Se comprende la fuerza del desafío lanzado por los geógrafos a los historiadores en tanto en cuanto la historia en estos momentos no está a la altura de las circunstancias. Precisa esperar aún un poco para ver la

[45] 1905: La Picardie, de A. DEMANGEON. 1906: La Flandre, de R. BLANCHARD. 1907: La Basse Normandie, de FELICE. 1908: Le Berry, de VACHER, y Le Poitou, de PASSERAT. 1909: Les paysans de Normandie orientale, de J. SION. 1913: La notion de paysage dans les Pyrénées méditerranéennes, de M. SORRE.

[46] L. FEBVRE, *Annales*, 1953, p. 374, nota.

[47] N. BROC, *Au berceau des Annales*, Presses de l'université de Toulouse, 1983, p. 248.

[48] A. DEMANGEON, *Le Déclin de l'Europe*, 1920.

consagración de los esfuerzos de los geógrafos cristalizar en la creación de una cátedra de geografía en 1941; la progresión, en términos de puestos universitarios, se dejaría notar rápidamente. Si en 1914 se contaba con un profesor universitario de geografía por cinco profesores de historia, la relación sólo es de uno a tres en 1938. Esta ascensión tiene lugar sobre un fondo de crisis del oficio de historiador, un descenso de carreras, un estancamiento del número de puestos. Si, como señala Charles-Oliver Carbonnel,[49] el número de plazas de historia aumentó mucho a finales del siglo XIX (más del 50% entre 1875 y 1905), siendo entonces muy baja la edad media de los universitarios historiadores (la mitad de ellos tenía menos de 42 años en 1900), las plazas fueron ocupadas por un largo periodo. En relación a esta edad de oro, el periodo de entreguerras conllevó una grave crisis para el oficio de historiador.[50] Mientras que entre 1919 y 1939 el número de cátedras de la facultad de París pasó de 39 a 59, el número de las de historia (12) continuó siendo el mismo, a pesar del constante afluir de estudiantes hacia esta disciplina. La carrera universitaria de los historiadores se tornó una puerta estrecha con riesgo de que se cerrara frente a ellos; y así, se dejó traslucir un envejecimiento general del cuerpo de estudiantes (la edad media de la Sorbona en 1934 era de 62 años). La carrera historiadora, que pronto había conseguido sus credenciales de nobleza, se resintió. Fernand Braudel, catedrático de instituto desde 1923, debió esperar hasta 1938 para que una institución marginal, aunque dotada de una cierta legitimidad intelectual, la IV sección de la EPHE, lo acogiese después de un rodeo por el liceo de Argel y la universidad de São Paulo en el Brasil. Georges LeFebvre, a pesar de la notoriedad que le valió su tesis, tuvo que probar suerte tres veces en la Sorbona y sólo lo consiguió en 1937, ¡a los 63 años!, con una cátedra de Historia de la Revolución francesa.[51] En la cima de la jerarquía se encuentra el Collège de France y al respecto son bien conocidos los desengaños sufridos por los dos promotores de *Annales*, Marc Bloch y Lucien Febvre, muy significativos respecto al descenso de carreras. Lucien Febvre fue aceptado por el Collège de France el 13 de noviembre de 1932, después de dos fracasos y apoyándose en una tradición, la de la enseñanza de la historia moderna, lo que puede parecer paradójico en un renovador como él, pero lo esencial era hacerse con un puesto. Marc Bloch, más desafortunado, jamás accedió al Collège de France a pesar de sus dos candidaturas.[52] Sus posiciones

[49] Ch-O. CARBONNEL, *Au berceau des Annales*, Presses de l'université de Toulouse, 1983, pp. 89-104.

[50] O. DUMOULIN, *Profession historien: 1919-1939*, *op. cit.*

[51] *Ibid.*, p. 89.

[52] M. Bloch se presenta en dos ocasiones: el 20 de enero de 1929 y el 13 de enero de 1935. Al contrario de L. Febvre, M. Bloch juega la carta de la innovación, eligiendo primero una historia comparada, aplicándose después a la historia económica.

renovadoras, en un mercado saturado, jamás pudieron tener una salida institucional del más alto nivel.

Falta por añadir otra fuente de la cual bebieron los historiadores de esta época: la propia evolución del espíritu científico. "Nuestra atmósfera mental no es la misma. La teoría cibernética del gas, la mecánica einsteiniana, la teoría cuántica han alterado profundamente la idea que hasta ayer todos nos hacíamos de la ciencia".[53] ¿En qué sentido esta evolución científica pudo modificar la perspectiva de la historia? Lucien Febvre y Marc Bloch argumentaron contra la historia historizante que fetichiza el documento escrito hasta convertirlo en explicación histérica. Ellos vieron en la teoría de las probabilidades, en la relatividad de la medida temporal y espacial, la posibilidad de que la historia pretendiese, con el mismo derecho que las ciencias exactas, el *status* de ciencia, a condición de que fuesen criticados los testimonios del pasado, se elaborasen pautas de lectura, probasen hipótesis y se pasase de lo dado a lo creado en un quehacer más abierto y más activo: "La investigación histórica, como tantas otras disciplinas del espíritu, hace su camino a través de la gran vía real del cálculo de probabilidades".[54] La explicación histórica puede apoyarse en las investigaciones causales por medio de la crítica de documentos, aunque a los ojos de los promotores de *Annales* debe precaverse de toda metafísica, de todo monismo causalista. El otro referente científico que sirvió de modelo para *Annales* fue la *Introduction à la médecine expérimentale*. Con Claude Bernard se opera en el campo de la medicina un desplazamiento de lo visible a lo invisible: "De alguna manera la historia sigue el mismo itinerario".[55] Lucien Febvre y Marc Bloch trataron de sustituir la historia general tradicional por una historia experimental que no tuviese por objeto el conocimiento inmediato, sino el conocimiento mediatizado en tanto que es estudio de casos.

LA ERA LAVISSE

En el momento de la creación de *Annales*, la definición de historia no había conocido modificaciones sustanciales desde Tucídides. En 1694 el diccionario de la Academia francesa definía la historia como "la narración de acciones y de cosas dignas de memoria"; la octava edición de 1935 tenía el mismo sentido: "El relato de acciones, acontecimientos, cosas dignas de memoria". La historia-relato (*récit*) reina todavía en los años treinta.

[53] M. BLOCH, *Apologie pour l'histoire*, A. Colin, 1974 (1941), p. 29.
[54] M. BLOCH, *ibid.*, p. 107
[55] M. FERRO, *L'Histoire sous surveillance*, Calmann-Lévy, 1985, p. 135.

Los historiadores guardan distancias con respecto a las otras ciencias y delimitan un territorio restringido, pero específico de sus trabajos. Frente a las ciencias que buscan la construcción de leyes, el objeto de las cuales es la repetición y la regularidad de los fenómenos, la historia se constituye como disciplina ideográfica que busca lo particular, lo singular, lo que no se repite, dejando que sean las ciencias nomotéticas las que descubran las leyes de la naturaleza. Esta concepción de la historia hizo progresar la investigación atendiendo especialmente a las fuentes y a su clasificación, desarrollando la erudición. Este progreso de la erudición, en el caso de la escuela francesa, durante el siglo XIX, descansó sobre el aparato del Estado. Desde mucho antes, el historiador había estado al servicio del poder real, remitiéndole una imagen complacida de sí mismo. En el siglo XIX, el Estado facilita las investigaciones al financiar numerosas instituciones de carácter histórico. Así, creció el número de historiadores remunerados funcionarios del Estado. "El Estado se vuelve historiador".[56] Guizot creó el Comité de trabajos históricos, la Comisión de monumentos históricos, fundó en 1846 la École française d'Athènes, etcétera. La investigación histórica se organiza y se racionaliza. Se trata de una indiscutible revolución metodológica realizada desde el interior de un Estado del que permanece vasalla: "¿Cómo no iba a ser, desde entonces, el discurso de los historiadores un discurso sobre el Estado?".[57] Europa estaba entonces imbuida del ideal nacionalista que predomina en los análisis. En la primera parte del siglo XIX, la misión del historiador francés consiste en reconciliar la nación, superar los desgarros nacidos de la revolución de 1789, legitimándola, instituyéndola como fundadora de los tiempos nuevos en que las contradicciones y los conflictos se desvanecerían gracias a la realización de las aspiraciones de un pueblo reunificado. Así, historiadores como Thiers, Mignet o Guizot legitiman la revolución de 1830 y el poder de Luis-Felipe frente a los ultras, pero, a la vez que advierten de eventuales conflictos, no hacen mención de la lucha de clases. En el centro de esta legitimación del poder se da una reflexión sobre la revolución. *L'Histoire de la Révolution française,* de Mignet (1824), se convierte en el breviario de las revoluciones liberales, será traducida a veinte idiomas. Mignet toma parte en las Trois Glorieuses, revolución que juzgaba ineluctable. El nuevo poder le gratifica con el cargo de secretario general perpetuo de la Academia de Ciencias Morales y Políticas. Pero la revolución de 1848, que desbanca a la monarquía para transformar a Francia en una república, atemoriza a Mignet, que renuncia a su visión determinista y global de la historia para retornar a una descripción de los hechos puramente factual, según el relato biográfico despojado de toda

[56] Ch. O. CARBONNEL, *L'Historiographie,* QSJ, PUF, p. 94.
[57] *Ibid.,* p. 95.

concepción filosófica de la historia. En cuanto a Guizot, sitúa en el centro de la evolución social la lucha de clases, "el más fecundo principio de desarrollo de la civilización europea".[58] La modernidad ha nacido, según Guizot, de los antagonismos de clase, fuentes de progreso y de superación. Pero una vez que Guizot ha fundamentado la legitimidad del poder de Luis-Felipe y su propio poder como cabeza de gobierno, entonces quiere asentarlo definitivamente y proclama que la lucha de clases se ha vuelto anacrónica y que ya no tiene razón de ser: "Todos los grandes intereses han sido satisfechos... Ya no hay lucha de clases".[59] La historia escribe el poder, es su horizonte, su espejo, su sentido, le es consustancial. El Estado asienta su fuerza durante el siglo XIX que, como constata Gabriel Monod, es "el siglo de la historia".[60]

Se constituye una nueva escuela, hija de Sedán y de la voluntad de reconquistar Alsacia-Lorena: la escuela metódica. Se la califica, impropiamente, de "positivista". Se agrupa alrededor de la *Revue historique* lanzada por G. Monod en 1876. Pretende fundar una "ciencia positiva"[61] que eluda el subjetivismo. El historiador debe de someterse a las bases de un aparato crítico para establecer la verdad de los hechos relatados, sin prestar atención a ninguna teoría filosófica. Sin embargo, de hecho, estos autores se ofrecen a un poder republicano patriótico que cuentan con afianzar frente a la contestación monárquica que, en el campo de la historia, tiene su órgano de expresión en *La Revue des questions historiques*, formada por ultras realistas, legitimistas, tales como el marqués de Beaucourt, el conde H. de l'Épinois o el conde Hyacinthe de Charencey. La *Revue historique*, por el contrario, se compromete con la república moderada y anticlerical, aglutinando así un medio laico, republicano, homogéneo en sus aspiraciones políticas y científicas.[62] Próxima al poder, la escuela metódica domina el medio de la historiografía y aún más. Contribuye activamente a la obra escolar de Jules Ferry, a la reforma de la enseñanza superior; sus miembros ocupan las cátedras universitarias, dirigen las colecciones de historia (*Histoire de France*, Ernest Lavisse; *Histoire générale*, A. Rambaut; *Peuples et Civilisations*, Halphen y Sagnac) y modelan la enseñanza de la historia desde la primaria. El "Petit Lavisse", publicado en 1884, alcanza su 75ª edición ¡en 1895! Todos estos historiadores tienen el mismo objetivo que el poder del Estado: reunir a los franceses alrededor de la patria, convertida en base del consenso nacional, portadora de estabilidad y eficacia frente a los alemanes. Tal es el sentido que G. Monod asigna a la historia

[58] GUIZOT, *Histoire de la civilisation en Europe*, 7ª lección, 1828.

[59] GUIZOT, 1847, citado por G. MAIRET, *Le Discours et l'historique*, Repères, 1974, p. 29.

[60] G. MONOD, *Revue historique*, núm. 1, 1876.

[61] *Ibid.*, p. 36.

[62] En el comité de redacción de la *Revue historique* en 1876 encontramos a V. Duruy, Renan, Taine, Boutaric, Fustel de Coulanges, G. Monod, Lavisse, Guiraud, Bémond y Rambaut.

al lanzar la *Revue historique:* "Los acontecimientos que han mutilado la unidad nacional, lentamente creada a lo largo de los siglos, nos obligan a despertar en el alma de la nación la conciencia de sí misma a través de la profundización de su conciencia histórica".[63] Bajo el fardo de archivos del historiador, la bandera tricolor. La historia de finales del siglo XIX y de comienzos del XX sirve ante todo para hacer la guerra. Así pues, si la historia aparece como un instrumento del poder y centra su atención en los fenómenos políticos-militares, G. Monod aspira a ampliar el campo del historiador: "En historia estamos demasiado acostumbrados a centrarnos sobre todo en manifestaciones brillantes, rimbombantes y efímeras de la actividad humana, grandes acontecimientos o grandes hombres, en lugar de insistir en los largos y lentos movimientos de las instituciones, de las condiciones económicas y sociales".[64] Estos propósitos parecen anticipar la futura ruptura epistemológica llevada a cabo por *Annales.* De todas formas, las intenciones de G. Monod, en este sentido, se quedan en papel mojado, sacrificadas en el altar de la patria. Hasta 1926, o sea durante cincuenta años, la orientación de la revista se mantuvo, fundamentalmente, tradicionalista, lugar de paso obligado hacia el *establishment.* Consagraba a la elite corporativista. A pesar de sus proclamas en favor de un trabajo colectivo, a pesar de su voluntad renovadora de una apertura en el abanico de las investigaciones históricas, la *Revue historique* permaneció cerrada a las influencias y a los numerosos cuestionamientos de *L'Année sociologique,* de la *Revue de synthèse historique,* de Henri Berr, y también de la geografía vidaliana. La fascinación por la descripción del hecho político pudo más, como lo muestra la investigación sobre la *Revue historique* realizada por Alain Corbin.[65] Parece ser que la *Revue historique* no evolucionó sensiblemente hasta 1926, conservando un acercamiento tradicional a la historia. Entre 1901 y 1926 dos tercios de los artículos se consagran a lo biográfico, lo político o lo militar. "El francocentrismo de la *Revue historique* es evidente, puesto que una media del 54.14% de los artículos trata de la historia de Francia".[66] La economía y la sociedad juegan en la revista un papel irrelevante y su periodo preferido, deliberadamente alejado de la sociedad contemporánea, es el periodo calificado de moderno (siglos XVI-XVII): "Me gustaría que nuestra historia interior se detuviese en 1875, al promulgar la constitución republicana, que quedasen fuera los liceos, la vergüenza de Panamá y el boulangismo".[67] Es verdad que la *Revue*

[63] G. MONOD, *Revue historique,* núm. 1, p. 38.

[64] G. MONOD, *Revue historique,* 7-8/1896, p. 325.

[65] A. CORBIN, investigación realizada con ocasión del centenario de la *Revue historique,* 1976, "Lundis de l'histoire", *France Culture,* 21 de diciembre de 1976, y A. CORBIN, *Au berceau des Annales, op. cit.,* pp. 105-7.

[66] *Ibid.,* p. 119.

[67] G. MONOD, *Revue historique,* 1900, p. 309.

historique conocería una profunda renovación a partir de los años treinta, sobre todo con la sustitución de Christian Pfister y la ascensión a la cúpula de la revista de Charles-André Julien y Maurice Crouzet en 1932.[68] Pero hasta entonces representó de manera caricaturesca el culto de los ídolos que cuestionaría François Simiand.

La escuela metódica definió así sus métodos, sus propósitos, en la *Introduction aux études historiques*, redactada por Charles Langlois y Charles Seignobos en 1898, dirigida a los estudiantes de historia. Esta guía es de alguna manera un texto-manifiesto de la escuela metódica. La historia se presenta ante todo como instrucción cívica: "Los acontecimientos son buenos instrumentos para la educación cívica, instrumentos más eficaces que el estudio de las instituciones".[69] Unidos en la acción, los dos historiadores quisieron someter las exigencias de la ciencia a las de la pedagogía cívica. Los dos autores definieron cuatro etapas en la investigación histórica. El historiador debe, en primer lugar, acumular documentos y clasificarlos; en segundo lugar, proceder al tratamiento de los documentos mediante una crítica interna de los mismos; posteriormente, por deducción y analogía, esforzarse en relacionar los hechos entre ellos, cubrir las lagunas; y finalmente, organizar los hechos en una construcción lógica. Este procedimiento restringe las ambiciones del historiador al campo de lo visible, de lo dado; hace de él un esclavo del documento escrito: "La historia no es nada más que la puesta a punto de los documentos".[70] Los dos autores de este manual insisten en la prioridad del fenómeno singular e individual: "En sentido estricto, todo hecho es único".[71] El historiador no debe investigar la causalidad de los fenómenos que describe: "Toda historia de acontecimientos es un encadenamiento indiscutible de accidentes".[72] El azar desplaza a la necesidad, lo contingente deja a un lado las leyes. Así, Enrique II debe su muerte a la lanza de Montgomery, el advenimiento de los de Guisa a que el poder se ha hecho accesible gracias a la muerte de Enrique II, y así sucesivamente... En esta codificación del trabajo histórico el territorio se ciñe a la trama factual política y militar sin nexo de necesidad. Así, para Charles Seignobos, las revoluciones del siglo XIX no fueron más que accidentes. Carlos X fue imprudente y dio lugar a los "rayos de

[68] C. PFISTER (1857-1933), medievalista y especialista en Lorena; decano y, posteriormente, rector de la Universidad de Estrasburgo, 1919-1931. Ch. A. JULIEN (nacido en 1891), historiador socialista. Participa en el Congreso de Tours (1920). Decano de la Facultad de Letras de Rabat: *Histoire de l'Afrique du Nord* (1931), *Histoire de l'Algérie* (1964). M. CROUZER, inspector general de Educación Nacional.

[69] Ch. SEIGNOBOS ante la Sociedad Francesa de Filosofía, 1908, citado por A. GÉRARD, *Au berceau des Annales*, *op. cit.*, pp. 84-5.

[70] Ch. LANGLOIS y Ch. SEIGNOBOS, *Introduction aux études historiques*, 1898, p. 275.

[71] *Ibid.*, p. 204.

[72] *Ibid.*, p. 253.

julio"; Luis-Felipe se obstinó, un disparo al azar partió del bulevar des Capucines y la monarquía cayó. Por lo que se refiere a la crisis mundial de 1914, Charles Seignobos la reduce al clima coyuntural de la época, ésta le obliga a "reconocer hasta qué punto los fenómenos superficiales de la crisis política dominan los profundos fenómenos de la vida económica, intelectual y social".[73]

Una de las grandes figuras de esta escuela historizante, autor de un breviario leído por varias generaciones de alumnos, es Ernest Lavisse. Fue el artífice de la sagrada unión de todos los franceses para recuperar Alsacia-Lorena. Deseó en principio llevar a cabo esa unión en torno a la idea imperial, bajo Napoleón III. El ministro de Instrucción pública, Victor Duruy, le nombró jefe de su gabinete. Se elevó a la cima del Estado al convertirse en preceptor del príncipe imperial. Su acercamiento al régimen republicano fue un hecho tardío. Durante mucho tiempo esperó una restauración bonapartista; sólo defendió el régimen republicano con motivo de la crisis boulangista y permaneció a la expectativa cuando el asunto Dreyfus. Sus cartas al príncipe imperial entre 1870 y 1877 testimonian sus reticencias frente a la república renacida: "El radicalismo es una vieja máscara tras la cual sólo hay bajas pasiones. El centro-izquierda carece de sexo. ¿Qué hacer de todo ello?... Sólo en torno a vos puede llevarse a cabo la reunificación".[74] Su discurso se transformó, por la fuerza de los hechos, a tenor de la solidez de las instituciones republicanas. Ernest Lavisse se convirtió entonces en el servidor de una tercera república que él había execrado, pero lo que sobre todo le interesa es la revancha que todos los franceses deberían tomar frente a los alemanes. Su manual de historia exalta las etapas magnificadas de la edificación del Estado nacional, cada momento se encarna con un hombre-héroe, verdadero semidiós: "Este manual de historia tiene el aspecto de un museo de pintura".[75] La historia, según Ernest Lavisse, es una llamada, un aperitivo de la movilización general. El *poilu** de Verdún se sentiría el digno heredero del combate de Vercingetórix. La historia debería fortificar el estado del espíritu guerrero, entresacar algunos rasgos generales constitutivos de un super-yo nacional:

> Si el escolar no lleva consigo el vivo recuerdo de nuestras glorias nacionales, si no sabe que sus antepasados han combatido por nobles causas en mil campos de batalla, si no ha comprendido cuánta sangre y cuántos esfuerzos ha costado la unidad nacional y por tanto la obtención de leyes

[73] Ch. SEIGNOBOS, *Histoire politique de L'Europe contemporaine*, 1924.

[74] E. LAVISSE, carta al príncipe imperial, 18 de febrero de 1877, citada por P. NORA en la *Revue historique*, 6/1962, p. 79.

[75] G. BOURDÉ y H. MARTIN, *Les Écoles historiques*, Le Seuil, 1983, pp. 158-9.

* Soldado francés de la guerra del 14 (N. del T.).

que nos hacen libres del caos de nuestras instituciones envejecidas, si no se convierte en un ciudadano, provisto de sus deberes y un soldado que ama su fusil, entonces el maestro habrá perdido su tiempo.[76]

El otro gran artífice del consenso nacional de la época, Fustel de Coulanges, quedó también marcado por la derrota de 1870, ya que fracasó al rehacer su carrera esplendorosa durante el Imperio, puesto que Victor Duruy le había encargado un curso de historia en la École normale e invitado a pronunciar conferencias ante la emperatriz Eugenia. El desastre de Sedán condujo a Fustel a separar la historia de Francia de sus orígenes germánicos y a reconducir sus raíces hacia el mundo romano. Afirma entonces el valor científico del discurso histórico cuando se corresponde con los cánones de funcionamiento de la escuela metódica. La historia "no es un arte, sino una ciencia",[77] pero una ciencia a remolque de los documentos y que pretende eliminar toda forma de subjetivismo: "El mejor de los historiadores es aquel que se mantiene lo más cerca posible de los textos, que los interpreta con la máxima precisión, que ni escribe ni piensa más que según ellos".[78] Tras este biombo de cientificidad, hay una obra que, al igual que la de Lavisse, tiene por objeto solidificar la comunidad nacional contra la población alemana, el enemigo hereditario. El pueblo germánico nos es presentado como pueblo invasor. Para resistir, los franceses deben recuperar sus querellas y estar orgullosos de su herencia común, tanto de la labor del Antiguo Régimen como la de la Revolución. Los franceses son llamados por Fustel a respetar su pasado prerrevolucionario, sus tradiciones, con el fin de afirmar su potencia nacional y superar sus divisiones internas: "El verdadero patriotismo no es el amor del suelo natal, es el amor del pasado, el respeto por las generaciones que nos han precedido".[79] A partir de esta reconciliación nacional, la historia puede jugar un papel eficaz y guardar "las fronteras de nuestra conciencia nacional y los accesos de nuestro patriotismo".[80] En este momento la historia es difícilmente separable del poder del Estado, pero también se identifica con la idea de nación.

El historicismo francés se nutre en gran parte de la escuela historiográfica alemana, de las tesis de Leopoldo von Ranke de mediados del siglo XIX, que influyeron poderosamente en los historiadores franceses que de allí tomaron sus bases teóricas. Encontramos en Ranke la mayor parte de presupuestos de los Langlois, Lavisse, Seignobos, Fustel: el rechazo de

[76] E. LAVISSE, prefacio a la última edición de su manual, 1912.
[77] FUSTEL DE COULANGES, *La Monarchie franque*, 1888, pp. 32-3.
[78] *Ibid.*
[79] Fustel DE COULANGES, *Questions historiques*, 1893, pp. 3-16.
[80] *Ibid.*

toda reflexión teórica, la reducción del papel de la historia a una colección de hechos, la afirmación de la pasividad del historiador frente al material con que trata. La escuela historicista francesa parece haber captado bien la doctrina cientificista de Ranke con tal de adquirir la eficacia alemana, manifestada en el desastre que supuso para Francia 1870.

EL DÚO DE ESTRASBURGO

Alejada la guerra, la escuela metódica de Ernest Lavisse se vio enfrentada a una contestación que le venía de diversos horizontes. Por una parte de los durkheimianos, con su revista *L'Année sociologique,* pero también de los geógrafos vidalianos, que creían superar la noción contingente de accidente y estudiar así las relaciones del hombre con su medio. Se da también un progreso del acercamiento socialista a la historia, el cual valoriza los conflictos sociales, las fluctuaciones económicas, para comprender los efectos políticos, en *L'Histoire socialiste de la révolution française* (1901-1908), dirigida por Jean Jaurès. La historia económica penetra en el templo universitario de la Sorbona a través de la cátedra de historia económica de Henri Hauser y la tesis de Paul Mantoux, *La Révolution industrielle au XVIIIe siècle (1906)*... Todos estos fenómenos son ya la señal de un desplazamiento de los lugares de observación de los historiadores. Son también signos precursores de la ruptura de 1929. Así pues, veintinueve años antes de la creación de *Annales,* otra revista pretendió ofrecer una respuesta a los renovadores y agruparlos en torno a ella a partir de la crítica radical de la historia historizante; fue la *Revue de synthèse historique,* lanzada por Henri Berr en 1900. En sentido amplio, la historia de *Annales* comienza aquí, en los albores del siglo XX.[81] Henri Berr, que paradójicamente no poseía una formación histórica, sino literaria y filosófica, profesor de literatura en el Henri IV, realizó en 1898 una tesis de doctorado de naturaleza filosófica.[82] Este francotirador venido de otra parte estaba en mejor posición que nadie para situarse al margen de las normas institucionales y corporativas, para reclamar que se derruyesen las barreras y se llevase a cabo una síntesis entre todos los esfuerzos científicos. Consideraba la historia como una ciencia de ciencias cuya esencia era de naturaleza psicológica. La historia es para él el instrumento de síntesis que reclama, pero una historia nueva tal y como la conciben los durkheimianos. La *Revue de synthèse historique* ataca el fetichismo del hecho, el reduccionismo de la escuela metódica.

[81] Georg. G. IGGERS, *New Directions in European Historiography,* Wesleyand University Press, p. 51.

[82] H. BERR, *L'Avenir de la philosophie: esquisse d'une synthèse de la connaissance historique,* 1899.

Henri Berr preconiza una historia-síntesis, una historia global que tenga en cuenta todas las dimensiones de la realidad, de lo económico a las mentalidades, en una perspectiva científica. Al respecto, retoma las ambiciones durkheimianas de la investigación de leyes causales. Así, la *Revue de synthèse historique* será considerada por los historiadores como "el caballo de Troya de los sociólogos".[83] Por ello, Henri Berr se separa de los durkheimianos a propósito del privilegio excesivo concedido a los hechos sociales. Es lo que expresa en *La Synthèse en histoire, essai critique et théorique,* aparecida en 1911: "Cuando [los durkheimianos] quieren introducir todos los fenómenos históricos en un mismo marco, interpretarlo todo con la misma mirada, no hacen ciencia, tienden a constituir una nueva filosofía de la historia".[84] Henri Berr rechaza toda forma de dogma, de marco teórico demasiado rígido; su revista se convirtió hasta la primera guerra mundial en el instrumento de un debate muy ecuménico entre todas las ciencias humanas. Por otra parte, pretendió renovar el lazo deshecho por la escuela metódica entre el presente y los estudios históricos. Para él, las preocupaciones contemporáneas deben orientar los trabajos de investigación. Todas estas orientaciones anuncian directamente el discurso de *Annales*. Además, Lucien Febvre, todavía joven normalista, colaboró muy pronto en la revista, desde 1905, fecha de su primer artículo, y se convirtió rápidamente en miembro de la redacción encargado de la sección "Les Régions de la France". Esta experiencia hizo de él el heredero inconfundible de Henri Berr. Se encuentra en los dos hombres el mismo activismo científico, la búsqueda de apoyos políticos, el gusto enciclopédico. En 1914, Henri Berr anunció su intención de lanzar una historia científica universal, y en 1925 creó un Centro internacional de síntesis. Su heredero, Lucien Febvre, dirigiría más tarde una Enciclopedia francesa propuesta por De Monzie. Encontramos en ambos el placer por el combate, el debate polémico, la importancia concedida a las críticas, a la historia-problema, al dominio de lo psicológico, la misma ambición de síntesis y finalmente la búsqueda de una historia total del pensamiento infrarracional preconizada como límite del marxismo. Marc Bloch se inició en la *Revue de synthèse historique en* 1912 con un largo artículo sobre la Isla de Francia: "La óptica del joven historiador Bloch, su misma terminología, eran notablemente similares a las de H. Berr".[85] El paralelismo con Marc Bloch es también notorio incluso en sus comunes desengaños en relación a sus sucesivas candidaturas al Collège de France. Henri Berr se presentó por primera vez en 1905 y fue elegido Gabriel Monod; se volvió a presentar en 1912 defendiendo una ponencia que versaba principalmente sobre el

[83] M. SIEGEL, *Au berceau des Annales, op. cit.*, p. 206.
[84] H. BERR, *La Synthèse en histoire*, 1911, p. 43.
[85] M. SIEGEL, *Au berceau des Annales, op. cit.*, p. 208.

método en historia y volvió a fracasar; los guardianes del templo impedían el paso a este agitador interdisciplinario.

¿Por qué, pues, apareció *Annales* en 1929 si ya existía una revista similar? Esto se debía principalmente a ciertas insuficiencias en el proyecto de transformación de Henri Berr, de las cuales Lucien Febvre y Marc Bloch sacaron partido. En primer lugar, Henri Berr no quiso constituir una escuela a su alrededor como habían hecho los sociólogos en torno a Durkheim. Este rechazo confinó su discurso a la periferia a partir del momento en que él no estaba por una estrategia de conquista de puestos, de ocupación de cátedras universitarias. Se había llevado a cabo la revolución de las ideas; faltaba lo esencial: la base institucional para su difusión. Además, la guerra de 1914-1918 provocó en Henri Berr una reacción germanófoba y triunfalista que le hizo echarse atrás, en parte, de sus primeras ambiciones. Habla[86] del "despertar francés" y desea "una ciencia viril". Proclama la superioridad de la nación de Descartes y convierte la victoria de 1918 en victoria del espíritu francés.[87] Este reflujo de la voluntad de renovación hace posible el proyecto de *Annales* a partir de la postguerra. Desde este momento, Lucien Febvre tiene un proyecto concebido. Nada, por tanto, predestinaba a la historia a un papel rector entre las ciencias sociales. Por el contrario, la renovación parecía que iba a venir de los sociólogos: "La originalidad del movimiento del que Marc Bloch y Lucien Febvre son iniciadores atiende más a su manera de afirmar su programa que al propio programa".[88] En efecto, la ambición de realizar una síntesis pluridisciplinar es reivindicada, desde cierto momento, a la vez por la escuela durkheimiana, la escuela geográfica y la *Revue de synthèse historique*. Lucien Febvre y Marc Bloch retomarán por su cuenta la estrategia ofensiva de los durkheimianos, debilitados por la desaparición de su maestro, evitando el dogmatismo que había sido la base de su fracaso. A esta estrategia de conquista añaden el ecumenismo de Henri Berr, para obtener de todo ello las diversas componentes de las ciencias sociales y conseguir su reunificación bajo la bandera de una historia renovada y rectora. Al valorizar las monografías regionales, consiguieron el acercamiento de los geógrafos. Los dos directores de *Annales* comprendieron que para ganar la partida no era suficiente un entendimiento cordial con el resto de ciencias sociales; para triunfar precisaban realizar el *Anschluss*. Este aspecto es fundamental, y aún se vuelve a encontrar en cada etapa del discurso de *Annales* esta facultad tentacular de apertura, de recuperación, de captación. Para no asustar a sus *partenaires y* absorberlos mejor era preciso no atemorizarlos dema-

[86] H. BERR, prefacio a la reaparición de la revista en 1919.

[87] H. BERR, *Le Germanisme contre l'esprit français*, 1919.

[88] A. BURGUIÈRE, "Histoire d'une histoire: la naissance des *Annales*", *Annales*, 11/1979, p. 1350.

siado. Contrariamente a lo que había hecho Durkheim sosteniendo un combate frontal, consiguiendo en el ámbito de la sociología una posición dominante, *Annales* va a cultivar aquello que forma parte de su leyenda, de su mito fundador: la marginalidad y el antidogmatismo. Lucien Febvre y Marc Bloch se enfrentaron como enanos a un gigante que era la escuela historicista y pidieron ayuda para suplantarla. El proyecto de *Annales* es, pues, indisociable de su dimensión estratégica: "Todo proyecto científico es inseparable de un proyecto de poder... La voluntad de convencer y la voluntad de poder están unidas como la luz y la sombra".[89] Aunque hace falta que la coyuntura sea propicia para un tal objetivo anexionista. Es lo que sucede en los años treinta, en un momento en que la economía se encuentra confinada en las facultades de derecho, la escuela durkheimiana dispersa y repartida entre las facultades de derecho y las de letras, y la escuela geográfica francamente desalentada: "La plaza estaba lista para tomar, *Annales* la tomó".[90] La voluntad hegemónica de *Annales* nos remite a lo ideológico, a los grandes temas de este periodo, al espíritu de los años treinta, puesto que "una historia que se quiere dominante no puede ir en contra de la ideología dominante".[91]

Los dos fundadores de la historia de *Annales* no fueron, como ellos y sus herederos gustan de presentarse, marginales. Ambos fueron profesores en la universidad de Estrasburgo; de nuevo francesa desde 1920, ésta, con la reconquista de Alsacia, se convirtió en una universidad-modelo. Debía mostrar a los alemanes aquello de lo que eran capaces los investigadores franceses.[92] Estrasburgo fue entonces la segunda universidad, después de París, por la importancia de sus profesores. Encontramos una serie de científicos de diversas especialidades que más tarde colaborarían con *Annales:* el geógrafo Baulig, los sociólogos Maurice Halbwachs y Gabriel Le Bras, el psicólogo Charles Blondel, los historiadores André Piganiol, Charles Edmond Perrin y Georges LeFebvre y, por supuesto, Lucien Febvre y Marc Bloch, que ocuparon una posición estratégica en el seno de este rico vivero intelectual. Al lado de las disciplinas tradicionales se crearon cátedras nuevas más modernas. En Estrasburgo corría un nuevo espíritu que se asemejaba al de la *Revue de synthèse historique*, una voluntad de desenraizamiento y de apertura saludada por Henri Berr desde 1921. Los encuentros del sábado permitían la reunión de filósofos, sociólogos, historiadores, geógrafos, juristas y matemáticos que así instituyeron un diálogo regular e institucionalizado alrededor de tres temas (filosofía y orientalismo, historia de las religiones, historia social). Esta universidad fue un enclave parisino, distanciada, además, de las realidades locales

[89] *Ibid.*, p. 1353.
[90] *Ibid.*
[91] H. COUTAU-BÉGARIE, *Le Phénomène nouvelle histoire*, Economica, 1983, p. 126.
[92] Hacerlo mejor que la Kaiser Wilhelms Universität (1872-1918).

alsacianas, cuyos miembros sólo aspiraban a poder llegar a la capital: "Es preciso resignarse, tendremos la gloria de ser la antecámara de la Sorbona", concede su decano Christian Pfister en 1925.[93] Esta universidad de Estrasburgo dispone además de una biblioteca modélica, instrumento incomparable de trabajo, al menos si la comparamos con las de otras universidades de provincia. También se beneficia de mayores medios financieros gracias a la caja de investigaciones científicas, la cual subvenciona las publicaciones de la facultad de letras de Estrasburgo. Otra estimulante particularidad de Estrasburgo era su facultad de Derecho, que recogía a la elite de los juristas franceses preocupados por llevar a cabo estudios pluridisciplinares y comparados, lo que otorgaba a la facultad el título original de Derecho y Ciencias políticas. El jurista sociólogo Gabriel Le Bras permitió contactos fructuosos entre las diversas ramas literarias y la facultad de teología al realizar investigaciones comunes en materia de derecho canónico y de sociología religiosa. "No es un azar que la chispa del genio de *Annales* saltase en Estrasburgo antes de inflamarlo todo".[94] Marc Bloch y Lucien Febvre, a pesar de su diferente temperamento, estaban particularmente unidos a Estrasburgo. Los dos institutos, el de historia medieval y el de historia moderna, estaban contiguos y la puerta que los separaba siempre estaba abierta. De un lado, un erudito más a sus anchas en la escritura que en la oralidad: "Bloch, de hablar brusco, parecía bastante frío, distante incluso, sus afirmaciones estaban matizadas de reservas y de dudas que desconcertaban un poco a los novicios ávidos de certidumbres".[95] De otro, un pedagogo, un orador cáustico e inteligente: "Febvre arrebataba desde el principio a sus oyentes por su temperamento fogoso y su talento pedagógico que no temía recurrir a procedimientos casi físicos".[96] Marc Bloch y Lucien Febvre gozaban ya en 1929 de una notoriedad confirmada, puesto que participaron en la *Revue de synthèse historique*. Lucien Febvre había escrito ya dos libros notables: su tesis, *Philippe II et la Franche-Comté* (1911), y su obra sobre *Martin Lutero* (1928); también era miembro del comité de dirección de la *Revue d'histoire moderne et contemporaine*. En cuanto a Marc Bloch, ocho años más joven, hijo de uno de los mejores especialistas de la historia romana, Gustave Bloch, autor de una tesis leída en *1920*, *Rois et Serfs*, era ya el autor de un libro innovador y ensalzado: *Les Rois Thaumaturges* (1924). *Su curriculum* universitario estaba, pues, lejos de la marginalidad, y además, poco después de la aparición de la revista, emprendieron sucesivamente el camino de París; el de la consagración para Lucien Febvre en 1933, fecha

[93] PFISTER, 1925, citado por F. Gh. DREYFUS, *Au berceau des Annales, op. cit.*, pp. 11-9.
[94] M. THOMANN, *Au berceau des Annales, op. cit.*, pp. 33-6.
[95] Ph. DOLLINGER, *Au berceau des Annales, op. cit.*, pp. 65-7.
[96] *Ibid.*, p. 65.

de su entrada en el Collège de France, y el de la semiconsagración para Marc Bloch, que se convirtió en 1936 en profesor de historia económica de la Sorbona, donde sucedió a Henri Hauser. Entronizado en los medios políticos, Lucien Febvre verá cómo el ministro de Educación Nacional (1932-1934), De Monzie, le ofrece el proyecto de una enciclopedia francesa, de la cual sería secretario general y director, o sea el jefe dirigente de seiscientos colaboradores científicos y doscientos universitarios. Gracias al cuadro realizado por el propio Febvre, tanto sobre sus raíces intelectuales como las de *Annales* en general, se aprecian con claridad sus filiaciones (véase cuadro). Se ven círculos más o menos alejados del centro en que él se sitúa; tres grupos gravitan en torno a él: *La revue de synthèse*, *L'Année sociologique* y *Annales*. Sus condiscípulos de L'École normale Jules Sion, Henri Wallon, J. Bloch, Augustin Renaudet y Charles Blondel están en la inmediata proximidad; encontramos luego otras influencias como la escuela geográfica de Vidal de la Blache, la lingüística de Antoine Meillet y, por supuesto, Henri Pirenne, a quien llamó para apadrinar el proyecto de *Annales*. Lucien Febvre tenía desde la postguerra el proyecto de lanzar una revista innovadora: "Al día siguiente de la guerra, apenas desmovilizado, concebí la idea de una gran revista de historia económica internacional".[97] El aspecto esencialmente económico de esta nueva historia se manifestó, pues, muy pronto. Aún es más claro en la carta que Lucien Febvre envía a Armand Colin a comienzos de 1928, en la cual propone como título de la nueva revista: "La Evolución económica, revista crítica de historia económica y social".[98] En el proyecto de la revista se afirma la voluntad de abrir las disciplinas, de realizar una ciencia social unificada esta vez por la historia, y la preocupación de responder a los interrogantes que plantea el presente. La revista debía "establecer una relación permanente entre grupos de trabajadores que, las más de las veces, se ignoran y permanecen encerrados en el estrecho campo de su especialidad: historiadores propiamente dichos, economistas, geógrafos, sociólogos o investigadores preocupados sobre todo por el mundo contemporáneo".[99] Se trata de alguna manera de trasplantar el modelo de Estrasburgo a escala nacional. Sin duda, Marc Bloch fue el que orientó la revista hacia el estudio social, sociologizante y no solamente económico como era el caso del proyecto de Lucien Febvre en la postguerra: "Tenemos en cuenta lo social. Subrayo este aspecto (estudio de la organización de la sociedad de las clases, etcétera) al lado de lo económico", escribe Marc Bloch a André Siegfried.[100]

[97] L. FEBVRE, anuncio del lanzamiento de *Annales*, 11/1928, en *Combats pour l'histoire*, *op. cit.*, p. 398.

[98] L. FEBVRE, borrador de una carta a A. COLIN de 29 de febrero de 1928, *Catalogue de l'exposition sur L. Febvre*, Bibliothèque nationale, p. 39, 11/1978, p. 39.

[99] *Ibid.*

[100] M. Bloch, carta a A. Siegfried del 29 de enero de 1928, citada en el artículo de P.

La revista apareció por fin el 15 de enero de 1929 bajo el título de *Annales d'histoire économique et sociale* con un comité de redacción que anuncia su papel unificador de todas las ciencias humanas bajo la dirección de dos historiadores. Marc Bloch y Lucien Febvre son los dos directores, y sus miembros son el geógrafo Albert Demangeon, que hizo de excelente intermediario con el editor, el sociólogo durkheimiano Maurice Halbwachs, el economista Charles Rist, el politólogo André Siegfried, los colegas historiadores: André Piganiol, de la antigüedad; Georges Espinas, del periodo medieval; Henri Hauser, del periodo moderno (siglos XVI al XVIII), a los cuales hay que añadir la eminencia gris de la operación: el historiador belga Henri Pirenne.[101] Se ha olvidado un poco la importancia del papel de este último. Desde el fin de la primera guerra, cuando Lucien Febvre desea lanzar una gran revista de historia económica internacional, tiene la intención de ofrecer la dirección a Henri Pirenne, "cuya autoridad era incomparable".[102] Henri Pirenne conoció muy pronto la escuela historizante y sus insuficiencias. Desde 1898 sostenía contra Charles Langlois y Charles Seignobos el carácter cambiante de la ciencia histórica, tributaria de la época, del espíritu del momento. Después de dos años de cautividad en Alemania, durante los cuales escribió una *Histoire de la Belgique*, conoció una gran celebridad; encontró a Marc Bloch y Lucien Febvre el primero de mayo de 1920: "El rechazo de la especialización, la originalidad de sus puntos de vista en historia económica y social, la insistencia en afirmar la necesidad de una historia comparada, impresionaron a sus jóvenes

---

LEUILLIOT, "Aux origines des *Annales d'histoire économique el sociale*", 1928, en *Mélanges en l'honneur de F. Braudel*, Privat, 1972.

[101] A. DEMANGEON (1872-1940), geógrafo vidaliano, profesor de Lille, después de la Sorbona (1911), *Le Déclin de l'Europe* (1920); tesis de 1905: *La Picardie et les régions voisines: Artois Cambrésis, Beauvaisis.*

M. HALBWACHS (1877-1945), sociólogo durkheimiano, profesor en París desde 1935, *Les Causes du suicide* (1930); *Morphologie sociale* (1938); *Esquisse d'une psychologie des classes sociales* (1939).

Ch. RIST (1874-1955), economista, vicepresidente del Banco de Francia (1926-1929), *Histoire des doctrines économiques, depuis les physiocrates jus qu'à nos jours* (1909); *Histoire des doctrines relatives au crédit et à la monnaie depuis John Law jusqu'à nos jours*, 1938.

A. SIEGFRIED (1875-1959), uno de los fundadores de la sociología política, profesor del Colegio de Francia, *Tableau politique de la France de l'Ouest*, 1913; *Tableau des partis en France*, 1930.

A. PIGANIOL (1883-1968), historiador, especialista de la Roma antigua, profesor del Colegio de Francia (1942-1954). *Essai sur les origines de Rome*, 1917; *La Conquête romaine*, 1928; *Histoire de Rome*, 1939.

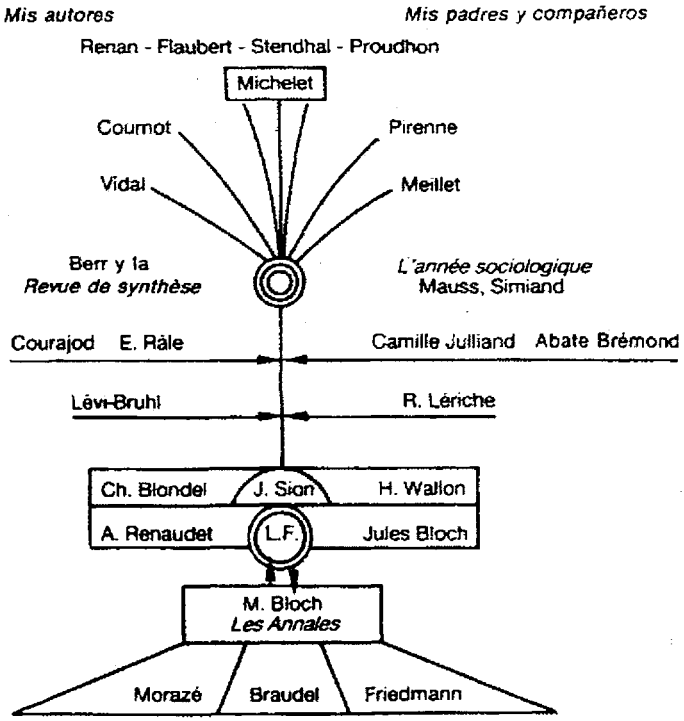
G. ESPINAS (1869-1948), historiador medievalista, especialista en historia urbana, *Les Origines du capitalisme* (1933-1949), *La Vie urbaine à Douai au Moyen Âge*, 1913.

H. HAUSER, véase nota 3.

H. PIRENNE (1862-1935), historiador belga, profesor de Gand, *Histoire de la Belgique* (1899-1932).

[102] L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire, op. cit.*, p. 398.

Las relaciones intelectuales de Lucien Febvre



Fuente: Archives Mme. Febvre, Exposition Bibliotheque nationale, 1978.

colegas estrasburgueses".[103] El diálogo y la colaboración no se alterarían jamás entre los tres, bien fuese en los congresos internacionales, en el seno de la revista *Annales* o en la universidad de Gand. La muerte de Henri Pirenne ofreció la ocasión de expresar la deuda contraída con este padrino en la sombra: "Fue para nosotros mucho más que un consejero y que un garante, la divinidad tutelar que nos daba, en los momentos difíciles, la fuerza y la audacia para perseverar y que, en las horas bajas, nos devolvía la fe".[104]

[103] R. DEMOULIN, *Au berceau des Annales, op. cit.*, p. 274.

[104] L. FEBVRE, "H. Pirenne: 1862-1935", *Annales d'histoire économique et sociale*, 1935, t. VII, p. 529.

La ruptura entre el discurso historicista y el discurso de *Annales* fue inmediata y puede constatarse confrontando la naturaleza de los artículos de esta revista con la *Revue Historique*. Es lo que ha hecho el historiador holandés Jean-Louis Oosterhoff.[105] Su estudio cuantitativo de la distribución de artículos de las dos revistas durante el primer periodo, 1929-1945 (ver cuadros), muestra en *Annales* una caída espectacular de la historia política, que no representa más que el 2.8% de los artículos de este periodo, mientras que, en el mismo momento, constituye el 49.9% de los artículos de la *Revue historique*. Se confirma la orientación económica de *Annales: los* artículos dedicados a este tema representan un 57.8% del total, contra el 17.5% de la *Revue historique*. Por lo que se refiere a la historia cultural, su peso es aún modesto e inferior al de la *Revue historique:* 10.4% en *Annales*, contra el 16.9% en la *Revue historique*. Los temas "annalistas" van ganando a esta última, situada en las antípodas de sus postulados teóricos. Los temas tradicionales, que han sido el éxito de la *Revue historique*, decaen lentamente en beneficio de una historia más abierta a la economía y a la sociedad. La historia biográfica desciende inexorablemente. Menos espectacular, la historia política conoce un proceso de erosión, aun permaneciendo como tema preferido.

Tras estas cifras se inscribe el éxito de *Annales* frente a la historia-batallas. El historicismo acumulaba plazas y honores. Es en su lucha contra él donde *Annales* encuentra su impulso. Cada nuevo número de la revista era una nueva pieza de artillería contra la escuela historicista. Las reseñas, la sección "Débats", son sendos trampolines para conducir la polémica de una revista que adopta así un aire militante. Lo que mantiene agrupados a sociólogos, geógrafos, psicólogos e historiadores en *Annales*, lo que funda su unidad, es su común rechazo del historicismo. La designación del adversario afianza la cohesión del grupo. Los ataques formulados contra la escuela historizante se dirigen en principio al aspecto estrechamente político de sus investigaciones. *Annales* se definirá en primer lugar como hostil al discurso político, al análisis político. Se da así una caída en picado de la historia política. *Annales* propone una ampliación del campo de la historia que, al desertar del terreno político, conduzca el interés de los historiadores hacia otros horizontes, bien sea la naturaleza, el paisaje, la población, la demografía, los intercambios, las costumbres...: "Así se constituye una antropología material y se define el concepto de materialidad histórica".[106] Con el concepto de materialidad convertido en central se da un desplazamiento de las fuentes del historiador, que ya no puede contentarse con la exégesis de los documentos escritos provenientes de

[105] J L. Oosterhoff, parte considerable del artículo de H. L. Wesseling "The *Annales* School and the Writing of Contemporary History", *Review*, 1, invierno-primavera 1978.

[106] B. Barret-Kriegel, "Histoire et politique", *Annales*, 11 de diciembre de 1973.

la esfera política. Se debe ampliar el número de fuentes y de métodos integrando la estadística, la demografía, la lingüística, la psicología, la númismática, la arqueología...:

FIGURA 1

Porcentajes del número de páginas de los artículos dedicadas a los diferentes periodos en Annales, RH *y* RHMC *(1929-1976)*

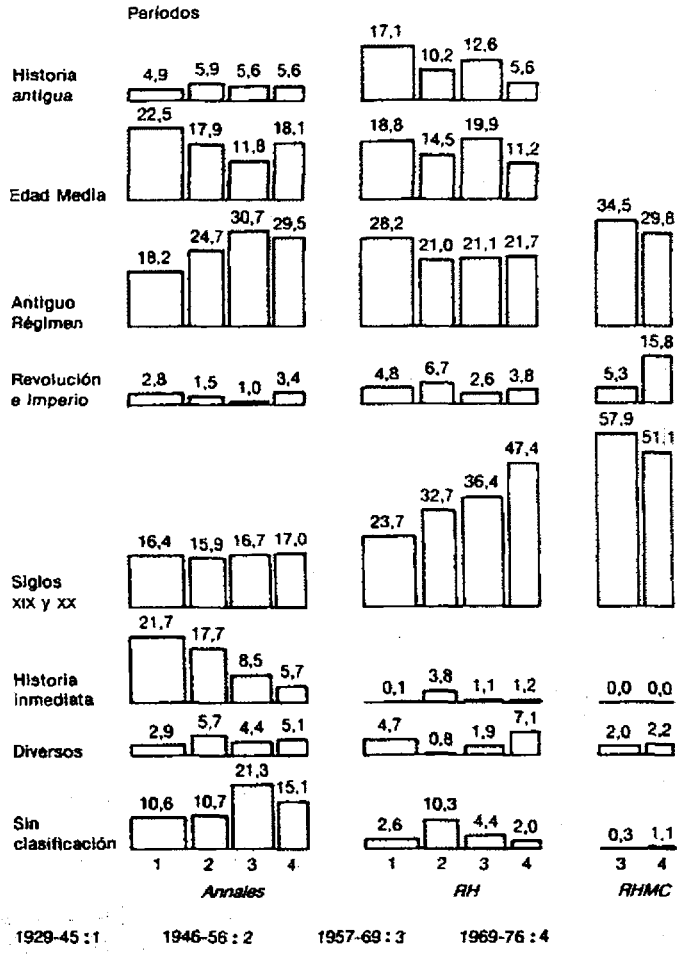
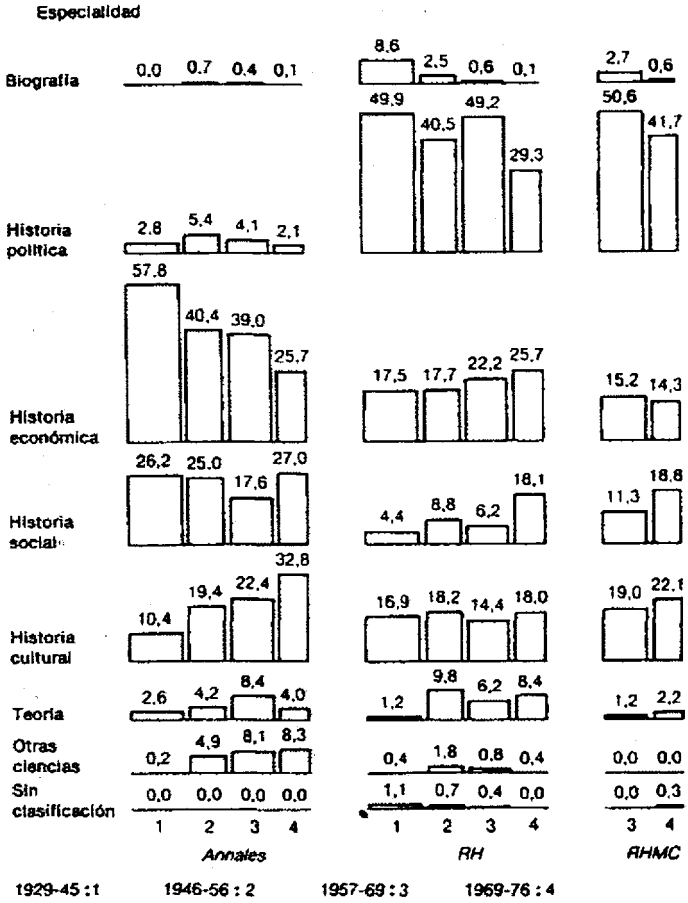


FIGURA 2
Porcentajes del número de páginas de los artículos dedicadas a los diferentes periodos en Annales, RH *y* RHMC
(1929-1976)



"Los textos, evidentemente; pero no sólo los textos".[107] En esta ampliación hacia las otras ciencias humanas se puede captar la alianza que se les propone contra el historicismo, aunque sea para convertirse en sirvientas

[107] L. FEBVRE, "Leçon d'ouverture au Collège de France", 13 de diciembre de 1933, *Combats pour l'histoire, op. cit.*, p. 13.

de la historia. Tanto en sus trabajos como en sus reseñas, Marc Bloch y Lucien Febvre denuncian las insuficiencias de los antiguos maestros de la escuela histórica francesa. En *La Société féodale*, Marc Bloch se propone demostrar que ésta no puede reducirse a una definición política o jurídica: "En el uso corriente de hoy, feudalidad y sociedad feudal encierran un conjunto intrincado de usos en que el feudo propiamente dicho ha dejado de figurar en un primer plano".[108] La historia preconizada deja a un lado los campos de batalla, la preparación de los espíritus para la guerra, y prefiere, por el contrario, reconciliar los antagonismos; la germanofobia de la generación precedente ha sido superada:

> La tesis de la frontera predestinada no resiste, de hecho, ni el estudio del pasado ni la observación del presente. Francia no ha estado siempre vorazmente dispuesta a la conquista del río, ni tampoco Alemania, en tanto que ignora la mística del Rin, una creación reciente del sentimiento y del espíritu. Francia, Bélgica, Países Bajos, Alemania, Suiza: todos estos países se han comprendido, penetrado, fecundado mutuamente por el Rin.[109]

Subyacente al rechazo de lo político se inscribe ya la decisión de minimizar lo factual en beneficio de largos periodos que se corresponden mejor con el ritmo evolutivo de la materialidad histórica. Al reseñar la tercera parte de la tesis de Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, en 1950, obra que tiene por objeto los acontecimientos, la política, los hombres, Lucien Febvre califica, al igual que el propio autor, esta historia de "espuma", de "crestas de ola que animan superficialmente el potente movimiento respiratorio de una masa oceánica".[110] El tono, a menudo muy polémico contra el adversario designado; Seignobos, Langlois, Lavisse, Fustel o Halphen se convierten en los blancos a los cuales van dirigidos la combatividad y los argumentos "annalistas". Como en esta reseña maliciosa de Lucien Febvre de un libro de Charles Seignobos, Ch. Eisenmann y P. Milioukov sobre la *Histoire de la Russie*, aparecido en 1932: "Abro la *Histoire de la Russie*, ¡vaya espectáculo!: zares fantoches, escapados de *Ubu Rey*; tragedias de palacio, ministros venales, burócratas-periquitos, ucases y *prikazes* a discreción... Lo que no encuentro en esta historia de Rusia, que ha nacido muerta, es la historia".[111] El mismo Seignobos acababa el año anterior, 1933, de ser fustigado en la misma *Revue de synthèse* por Lucien Febvre a propósito de una *Histoire sincère de la nation française*.

[108] M. BLOCH, *La Société féodale* (1941), A. Michel, 1968, p. 13.

[109] L. FEBVRE, *Le Rhin, problème d'histoire et d'économie*, A. Colin, 1935, pp. 291-2.

[110] L. FEBVRE, *Pour une histoire à part entière* (1950), SEVPEN, 1963, pp. 167-79.

[111] L. FEBVRE, C. R. *Revue de synthèse*, VII, 1934, recogido en *Combats pour l'histoire*, *op. cit.*, pp. 70-74.

Más que un libro de historia, Lucien Febvre dice tener entre las manos un manual escolar: "Tras este libro no hay un historiador, sino una cierta concepción de la historia que condeno..., una concepción que rechazo con todas mis fuerzas".[112] Estigmatiza un acercamiento estadístico a la historia que hace de Francia un dato listo para ser consumido, un postulado, invariable, atemporal, preservado de los tormentos históricos. Esta polémica con la historia historizante será una constante en *Annales*. En 1946, Lucien Febvre la emprendió todavía contra "la historia diplomática en sí", a propósito del libro de A. Roubaud *La Paix armée, 1871-1914:* "Este libro se sitúa exactamente en las antípodas de lo que para nuestros *Annales* viene a ser un buen libro de historia contemporánea, nada de geografía, nada de economía, nada...".[113]

Segundo blanco de ataque, *Annales* la emprende contra el fetichismo del hecho por parte de los historiadores tradicionales, contra la pretendida pasividad del historiador ante los acontecimientos, los cuales debería transcribir sin otro objetivo: "En otros términos, se invita al historiador o al estudioso a desaparecer tras los hechos".[114] Marc Bloch y Lucien Febvre afirman, por el contrario, la necesaria intervención activa del historiador frente al documento, frente a los archivos. Como dijo Gaston Bachelard, fórmula que volvemos a encontrar en términos similares en el discurso de *Annales:* "Nada es por sí. Nada está dado. Todo se construye".[115] El historiador, según *Annales*, construye su material: los documentos, en series inteligibles, a las que integra en un cuadro teórico previsto, y que adapta a su investigación. Sin este quehacer problemático, el historiador es un inválido, un dactilógrafo, un arquitecto ciertamente, pero no un científico. Citando la fórmula del fisiólogo Dastre, Lucien Febvre afirma: "Cuando no se sabe lo que se busca, no se sabe lo que se encuentra".[116] El quehacer del historiador tradicional es, pues, el de la impotencia, el de la "ingenuidad" y el de la "pereza", calificativos que dan el tono de la polémica. Lucien Febvre insiste en el gran papel del historiador, en su necesaria subjetividad: "¿De lo dado? En absoluto, de lo creado por el historiador".[117] "No hay pasado que engendre al historiador. Hay historiador que hace nacer la historia".[118] Al cientificismo objetivista de Ranke o Seignobos, Marc Bloch

[112] L. FEBVRE, *Revue de synthèse*, V, 1933, recogido en *Combats pour l'histoire, op. cit.*, pp. 80-98.

[113] L. FEBVRE, *Annales, économies, sociétés, civilisations*, 1946, recogido en *Combats pour l'histoire, op. cit.*, pp. 61-9.

[114] M. BLOCH, *Apologie pour l'histoire* (1941), A. Colin, 1974, p. 117.

[115] G. BACHELARD, *La Formation de l'esprit scientifique. Contribution à une psychanalyse de la connaissance objective*, Vrin, 1970, p. 14.

[116] L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire, op. cit.*, p. 59.

[117] L. FEBVRE, "Leçon inaugurale au Collège de France", *Combats pour l'histoire, op. cit.*, p. 7.

[118] L. FEBVRE, presentación de *Trois essais sur Histoire et culture*, de Ch. MORAZÉ, *Cahiers des Annales*, A. Colin, 1948, p. 8.

y Lucien Febvre oponen el relativismo subjetivo de una práctica en la que el historiador elige, en función de las preocupaciones presentes, los hechos a cuestionar, los somete a un cierto número de hipótesis, sin las cuales el conocimiento histórico es una palabra vana. El historiador no debe hacer tabla rasa de su individualidad para ejercer la duda; por el contrario, debe confrontar sus hipótesis con los documentos recogidos. Para quemar la historia tradicional, *Annales* enciende toda la madera. La integración en el equipo de sociólogos, psicólogos, geógrafos no tiene nada de excusa del modernismo para proseguir la carrera de una historia semejante a sí misma. *Annales* va a nutrirse de conceptos, métodos e hipótesis de otras ciencias sociales. El proyecto estratégico de Marc Bloch y Lucien Febvre pasa por la recuperación de todos estos lenguajes y códigos nuevos, medio indispensable para ganar la batalla del poder. Esto comienza con una llamada a la apertura: salid de vuestras trincheras, es un pacto de confraternización lo que se propone a las otras ciencias humanas:

"Los muros son tan altos que a menudo impiden la visión... Contra estos cismas temibles creemos alzarnos".[119] Un agrupamiento se realiza contra algo, en este caso contra la vieja escuela historizante. Para ganar, la revista emplea nociones aptas para cubrir un campo vasto y evita con cuidado aparecer a sus aliados como el órgano de un nuevo dogma: "Una palabra tan vaga como social... parece haber sido creada como divisa de una revista que quería no rodearse de murallas".[120] *Annales* no se contenta con aliarse con otros especialistas, sino que integra sus métodos y sus conceptos. Lucien Febvre se inspira directamente en el lingüista Antoine Meillet, que colabora en *L'Année sociologique*, cuando pone a punto su noción de herramienta mental que, al igual que la lengua, designa "una gama de posibilidades"[121] que la sociedad pone a disposición de un individuo. Cuando Lucien Febvre establece las bases de una psicología histórica, utiliza los trabajos de psicólogos como Henri Wallon o Jean Piaget, y ofrece entonces al historiador una nueva perspectiva: la del estudio de la sensibilidad, de la vida afectiva de la historia, perspectivas sin un mañana inmediato pero que serán retomadas con éxito más tardíamente. Marc Bloch sitúa en el centro de sus análisis sobre la *Société féodale* categorías sociológicas a las que se somete así a la prueba de la historia. *Les Caractères originaux de l'histoire rurale* (1931), de Marc Bloch, constituye una ruptura historiográfica a través de la cual se traduce el concepto durkheimiano de *hecho social* como útil del proyecto histórico. Lucien Febvre se convierte en

[119] L. FEBVRE, *Annales d'histoire économique et sociale*, 1929.

[120] M. BLOCH y L. FEBVRE, À nos lecteurs", *Annales d'histoire économique et sociale*, 1929, pp. 1-2.

[121] H. D. MANN, *Le Febvre: la pensée vivante d'un historien. Cahiers des Annales*, A. Colin, 1971, p. 131.

el abogado de Vidal de la Blache contra la escuela geopolítica alemana de Ratzel. Integra el proyecto geográfico en el horizonte histórico: *La Terre et l'évolution humaine* (1922). Incluso proclama, en 1953, que fue la geografía vidaliana la que engendró la historia de *Annales*. Pero estas alabanzas disimulan la voluntad de someter a la geografía como ciencia auxiliar de la historia. El medio de reducirla consiste en integrarla a la historia y en limitar su territorio: "El suelo, no el Estado: eso es lo que la geografía debe retener..., en cuanto al resto, libertad a todos para extraer de los trabajos de los geógrafos... para fines que no sean geográficos".[122] Los geógrafos se sintieron amenazados por la empresa de Lucien Febvre y reaccionaron vivamente, hasta el punto de que Lucien Febvre debió explicarse: "Se me ha querido acusar desde diversos frentes, en estos últimos tiempos, de que yo tenía el proyecto, particularmente maligno, de estrangular a la geografía, con el agravante de estrangularla pidiéndole a ella misma la soga fatal".[123] De todas formas la partida estaba ya ganada antes de empezar, la escuela geográfica estaba ya en declive.

Más que un programa, *Annales* consiguió un reagrupamiento de las ciencias humanas bajo su bandera. De este combate contra el historicismo, resulta un núcleo permanente en el discurso "annalista", más allá de sus fluctuaciones: la relativización, si no el rechazo, del relato factual y del político. A partir de este rechazo, *Annales* se define como escuela, superando la diversidad de sus componentes. El adversario es siempre el mismo: la historia llamada positiva. Esto permite asegurar una continuidad y una cohesión del movimiento: "Ventaja suplementaria: no es un adversario peligroso, está muerto".[124] Los dos rechazos del primer periodo, el de la historia factual y el de la historia política, son aún reivindicados por el *Annales* de hoy. Esta condena sin remisión se verifica como una constante del análisis de contenidos llevado a cabo por Jean-Louis Oosterhoff sobre la revista *Annales* en sus diversos periodos. La historia política no representa más que el 2.8% de los artículos entre 1949 y 1945, el 5.4% entre 1946 y 1956 y el 4.1% entre 1957 y 1969, para recaer al 2.1 % entre 1969 y 1976. Desde este punto de vista el *Annales* de hoy es heredero del *Annales* de Marc Bloch y Lucien Febvre de 1929. Esta continuidad constituye el fundamento de la supervivencia de una escuela más allá de la diversidad de sus componentes.

[122] L. FEBVRE, *La Terre et l'évolution humaine* (1922), A. Michel, 1970, p. 78.
[123] L. FÉBVRE, *Pour une histoire à part entière, op. cit.*, p. 163.
[124] H. COUTAU-BÉGARIE, *Le Phénomène nouvelle histoire, op. cit.*, p. 296.

2
Los tiempos de Marc Bloch y Lucien Febvre

Historiadores del presente

Los historiadores franceses tienen por tradición ser "filosófobos". Encontramos este rechazo de toda filosofía de la historia en la escuela de *Annales:* "Nada de metodología abstracta a la alemana... Las ideas de un historiador se extraen de la propia historia".[1] Pero, lo quieran o no, Marc Bloch y Lucien Febvre son portadores de una concepción de la historia, de una filosofía de ésta, legible en los conceptos fundadores de su aproximación histórica. Aunque lo esencial de sus escritos ponga el acento en la metodología histórica dejando a un lado toda teoría de la historia, ellos no escapan a la regla, y el empirismo del que se consideran exponentes es ya una elección, una particular concepción de la historia. Más que otras escuelas históricas, *Annales* sufrió las gestiones, los requerimientos de la sociedad contemporánea, ya que sus fundadores habían restablecido el lazo unificador entre el pasado y el presente. Esta escuela no podía, pues, abstraerse de los valores dominantes de la sociedad técnica y moderna que se levanta en Europa a comienzos del siglo XX. Es en esta relación entre la modernidad y *Annales* donde se puede captar la coherencia de su proyecto.

Para comprender mejor el espíritu del "Frente popular",[2] es útil seguir el itinerario de los primeros "annalistas". Al comienzo de su vida intelectual, Lucien Febvre es un ferviente socialista; entre 1907 y 1909 escribe en *Le Socialiste comtois,* semanario de la federación de Doubs de la SFIO. El 21 de marzo de 1909 redacta más de la mitad de la primera página del diario con cuatro artículos: "¡Viva la vida, abajo la autoridad!", "¿Hasta cuándo?", "La propaganda en los campos" y "La manifestación

[1] L. FEBVRE, *Annales,* p. 501.
[2] R. BONNAUD, entrevista con el autor, 16 de enero de 1986.

Floquet". Su estilo y su propósito sorprenden más cuando se los pone en relación con sus posiciones futuras. Cuando frecuente los senderos del poder como profesor del Collège de France conservará mucha de la vehemencia de su tono polémico, pero su combate entonces se limitará a la historia, dejando a un lado la lucha política. No era así en 1909, como se puede ver en este artículo: "¡Ay, querido viejo Proudhon!, hay quien dice que estás muerto. Estate tranquilo: la personalidad humana que durante tantos siglos se corrompía, inmutable, en esta abyección, vuelve a ponerse en pie. Articula una voz aún débil pero no tímida, tu mismo grito liberador: ¡nada de autoridad!" Si Lucien Febvre, en el momento de la creación de *Annales*, no está ya comprometido en el plano político, no sucede igual con cierto número de colaboradores de la revista: Georges Friedmann, admirador de los logros soviéticos, multiplica los artículos a mayor gloria de los éxitos del estalinismo; Franz Borkenau pertenece a la escuela de Frankfurt; Georges Bourgin, historiador de la Comuna, es amigo de Lucien Herr y de León Blum; el sociólogo Halbwachs morirá en Buchenwald en 1945.

En cuanto a Marc Bloch, el homenaje que le rindió recientemente Borislav Geremek, historiador y consejero de Lech Walesa, terminaba diciendo: "Se puede morir por Dantzig",[3] recordando así que ni él ni Marc Bloch rehuyeron la historia cuando ésta se presentó ante ellos, sea contra el general Jaruzelski, sea contra el ocupante nazi. Uniendo reflexión con acción, este total compromiso de Marc Bloch le costó la vida en 1944. Él mismo afirmó su pertenencia a una generación, aquella con la que el caso Dreyfus llega a un punto extremo. Es favorable al Frente popular en 1936, hostil al pacto de Munich en 1938. Cuando la guerra le sorprende a los 53 años parte como capitán hacia lo que convendrá en llamar la guerra bufa, a la cual él calificará como *Extraña derrota*. Evita por los pelos el cautiverio y se reencuentra con su familia en La Creuse à Guéret. Entonces se trasluce la diferencia de trayectorias de los dos directores de *Annales*. Marc Bloch se opone a continuar la publicación de la revista, que sólo puede hacerse respetando las condiciones de las autoridades nazis de ocupación: una dirección de la revista por franceses sin ascendencia judía: "No creo que deba admitir ninguna apariencia de connivencia".[4] Esta no es la opinión de Lucien Febvre, que le responde: "Es preciso que *Annales* continúe. Es preciso".[5] La revista, pues, continúa, aunque cambia de nombre: *Mélanges d'histoire sociale* aparecería hasta 1944, con dos directores no judíos en la portada: Lucien Febvre y Paul Leuilliote. Sin embargo, Marc Bloch colabora

[3] B. GEREMEK, 8ª Conferencia M. Bloch, 17 de junio de 1986, texto leído por J. Le Goff (al haber sido Geremek retenido en Polonia por la policía).

[4] M. BLOCH, carta a L. Febvre, *Annales d'histoire économique et sociale*, I, 1945, p. 22.

[5] L. FEBVRE, carta a M. Bloch, *ibid.*, p. 23.

en la revista con el seudónimo de Marc Fougères. Sin estar allí, se compromete totalmente: "Lo digo francamente: deseo, en todo caso, que todavía nos quede sangre por verter, aunque haya de ser la de aquellos que me son queridos".[6] Rechaza marcharse como muchos otros intelectuales a la New School americana, que le invita a huir del nazismo y, por el contrario, en 1943 se compromete con la resistencia activa contra el ocupante en la región de Lyon. Se convierte en militante de *Francs-Tireurs*: "Este profesor eminente venía, con modestia y sencillez, a ponerse a mis órdenes".[7] Se convirtió en miembro del comité director de los MUR (Movimiento Unido de Resistencia) de la región lionesa con el seudónimo de Narbonne: "Pronto lo conoció toda la resistencia. Demasiado, pues veía, quería ver, a demasiada gente".[8] En la primavera de 1944, la Gestapo arrestó a buena parte de la dirección lionesa de los MUR. Marc Bloch fue arrestado, encarcelado en Montluc y torturado. Los aliados desembarcaron, y en venganza los nazis tomaron a los prisioneros de la prisión de Montluc con el fin de ejecutarlos. Entre los sacrificados se encontraba Marc Bloch. "Cerca de él un muchacho de 16 años temblaba: 'Esto va a doler...' M. Bloch le cogió afectuosamente el brazo y le dijo: 'Que no, pequeño, esto no va a doler', y cayó el primero gritando: '¡Viva Francia!'".[9] Marc Bloch dejó un testamento espiritual redactado en marzo de 1941 en el cual afirma ante todo su identidad francesa:

"Extraño a todo formalismo confesional, así como a toda solidaridad pretendidamente racial, me he sentido, durante mi vida entera, ante todo y simplemente francés... muero como he vivido, como buen francés".[10] Con todo, a pesar de este acto heroico, esta sensibilidad socializante del *Annales* de los años treinta es de poco peso en la medida en que el grupo fundamenta su existencia en el rechazo de la política: "Siempre me pregunto cómo un verdadero historiador podría hacerlo".[11] La adhesión republicana de la escuela historicista fue operacional, sirvió como discurso del poder; rechazando el discurso político, *Annales* falta a su misión de revista histórica que debe esclarecer, ayudar a comprender los fenómenos contemporáneos. Cierto que el Goulag aún no era conocido, pero el fenómeno estalinista sí y Trotski era la víctima célebre en el mundo entero desde 1927. Con todo, *Annales* continuó alabando el Estado totalitario estaliniano, ya que se ciñe al progreso de las fuerzas productivas, al crecimiento de la industria pesada, visión cuanto menos parcial de la

[6] M. BLOCH, *L'Étrange Défaite* (1940), ed. Francs-Tireurs, 1946, p. 191.

[7] J. P. LÉVY, Coloquio M. Bloch, 17 de junio de 1986.

[8] G. ALTMAN, *Annales d'histoire sociale*, 1, 1945, pp. 11-4.

[9] L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire*, *op. cit.*, p. 407.

[10] M. BLOCH, Testamento espiritual, Clermont-Ferrand, 18 de marzo de 1941, *Annales d'histoire économique et sociale*, 1, 1945.

[11] L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire*, *op. cit.*, p. 402.

realidad soviética. Georges Friedmann elogió el estajanovismo: "...el don cálido de su experiencia y de sus conocimientos que los estajanovistas manifiestan", y rindió homenaje a Stalin: "...entre los discursos de los políticos, los de Molotov y Stalin son los más sustanciosos y los más sólidos".[12] *Annales* descuidó, y esto es aún más grave, los fenómenos fascista y nazi. Esta laguna del discurso "annalista", por parte de una revista que se quiere progresista, es particularmente significativa y deriva también de su negación de lo político. Estas ausencias, originadas por los postulados erróneos de la escuela de *Annales*, fueron amargamente, aunque tarde, lamentados por Marc Bloch en su bellísimo libro escrito en 1940 y aparecido en 1946, *L'Étrange Défaite:* "No nos hemos atrevido a ser, en la plaza pública, la voz que clama en el desierto..., hemos preferido confinarnos en la temerosa quietud de nuestros talleres. ¡Ojalá nuestros muchachos puedan perdonarnos la sangre que hay en nuestras manos!".[13] Entre las intenciones de Marc Bloch, resalta una cierta autocrítica de las posiciones del grupo de *Annales:* "Para la mayoría de nosotros vale decir que fuimos buenos obreros. ¿Hemos sido buenos ciudadanos?".[14] En este momento cuestiona el fatalismo del discurso de *Annales* que privilegia el juego de fuerzas masivas y niega el papel de los individuos, de los compromisos, desviándose tanto de la acción individual como de la colectiva: "Esto era malinterpretar la historia".[15] Puede decirse que este texto es ya, en sí mismo, una crítica muy lúcida de las insuficiencias, de los ocultamientos del discurso histórico de *Annales*. Vale tanto más en cuanto que está escrito por uno de los maestros indiscutibles de esta escuela en un momento trágico en que la historia llama a la puerta del laboratorio de los especialistas que han pasado por su lado sin verla.

Si la sensibilidad de izquierda dominaba en el periodo de entreguerras en el grupo de *Annales*, no por ello se debe pensar que se trata de un nido de intelectuales marxistas como han creído algunos. Cierto que las orientaciones de la revista podrían a veces haber permitido pensar, por la valorización de lo económico, de lo social y de la materialidad histórica, en la primacía concedida a las estructuras subyacentes. Numerosos conceptos están próximos al marxismo, pero como bien ha visto T. Stoianowich la historiografía marxista "es a la vez una rival y una precursora del paradigma de *Annales*".[16] Hasta los años treinta el marxismo era poco conocido; cierto es que los partidos obreros lo reivindicaban, pero esencialmente

[12] G. FRIEDMANN, *Annales d'histoire économique et sociale*, citado por A. GUERREAU, *Le Féodalisme: un horizon théorique*, Le Sycomore, 1980, p. 122.

[13] M. BLOCH, *L'Étrange Défait, op. cit.*, p. 188.

[14] *Ibid.*, p. 189.

[15] *Ibid.*

[16] T. STOIANOWICH, *French Historical Method: The Annales Paradigm*, Ithaca London, Cornell University Press, 1976, p. 237.

como praxis. En los medios universitarios comienza a partir de los años treinta a conocer cierta difusión, sin duda gracias al *Cercle de la Russie neuve*, fundado en 1932 y dirigido por Daniel Challonge, Charles Parrain y Jean Baby; en este grupo colabora, entre otros, el "annalista" Georges Friedmann. A este círculo se debe la iniciativa de numerosas conferencias que permitieron, en 1937 y 1938, la publicación de varios volúmenes que llamaban la atención sobre la aportación del materialismo histórico: *À la lumière du marxisme. El* grupo de *Annales* tomó numerosas orientaciones de un marxismo difuso, mal conocido por sus iniciadores, para resistir mejor a la eficacia del materialismo histórico, en tanto que este último pretendía ser una historia global. En su voluntad de ampliación, *Annales* corre el riesgo de adherirse simple y llanamente al marxismo. El grupo sienta, pues, las bases de un discurso específico que es a la vez baluarte y máquina de guerra. Las reseñas de obras marxistas en *Annales*, escritas por Lucien Febvre, denuncian el "plan secreto", el estudio privilegiado de los movimientos populares, de los líderes revolucionarios. Lucien Febvre ve en el discurso marxista tanto una concepción tan voluntarista y factual como la historia tradicional, como una forma de espiritualismo económico. La reseña del libro de Daniel Guérin acerca de la Revolución francesa es reveladora de lo que Lucien Febvre reprocha sobre todo al marxismo: una historia de buenos y malos con pretensiones de juicio. Bajo el título "Un libro piafante sobre la Revolución", denuncia "este emparejamiento de Michelet y Marx, un incesto", y repite: "El historiador no es un juez".[17] Cuando en 1930 aparece la traducción de *La guerra de los campesinos*, de Engels, Lucien Febvre le niega cualquier mérito histórico. Bajo el título "Un libro pasado de moda", escribe: "Para conocer Engels, sí. Para conocer la guerra de los campesinos, es una tontería".[18] Con todo, Marx y Engels están lejos del oprobio actual y son objeto de una admiración no disimulada: "Tengo por Marx la más viva admiración. ¿Será porque sus lecciones sirven eternamente de armazón a toda doctrina?".[19] Por otra parte, los jóvenes historiadores marxistas de estos años, Pierre Vilar, Jean Bruhat, etcétera, acogen con mucha simpatía esta nueva revista que les parece tan cercana a sus preocupaciones. En 1934, en una revista católica, *Foi et Vie*, Lucien Febvre proclama los méritos de Marx: "El gran y grave problema de las relaciones del capitalismo y la Reforma... ¿quién ha sido el primero en reparar en él? No dudemos en responder: Karl Marx".[20] Con todo, critica

[17] L. FEBVRE, *Annales, économies, societés, civilisations*, 1948, t. 3 no. 2, pp. 167-70, recogido en *Combats pour l'histoire, op. cit.*, pp. 109-13.

[18] L. FEBVRE, *Annales d'histoire économique et sociale*, 1930, pp. 437-8, recogido en *Pour une histoire à part entière*, Publications EHESS, 1982, pp. 454-5.

[19] M. BLOCH, *L'Étrange Défait, op. cit.*

[20] L. FEBVRE, *Foi et Vie*, LVII, 1934, pp. 119-38, recogido en *Pour une histoire à part entière, op. cit.*, pp. 350-66.

el carácter profético de la tesis marxista, su voluntad de demostrar una verdad a cualquier precio y de no ver en el material histórico más que pruebas que sostengan su demostración, la de una reforma engendrada por el capitalismo. A este proceso causal, Lucien Febvre opone la noción de interdependencia de los fenómenos. Sin embargo, lo que Marc Bloch y Lucien Febvre tienen en común con el pensamiento de Marx es la voluntad totalizadora y globalizante de abrazar lo real. En este sentido, uno no se extraña leyendo de la pluma de Lucien Febvre: "Leed a Marx, diría yo con gusto... Leed también a Lenin y a todos aquellos que han prolongado el esfuerzo de Marx en algunos puntos decisivos".[21]

En la derecha el discurso historicista, en la izquierda el discurso marxista; el grupo de *Annales* ofrece una tercera vía, ocupa una posición central, ideal para su estrategia de poder. Le falta construir un paradigma original, un saber específico que legitime sus pretensiones de hegemonía. Al respecto, el discurso de *Annales* es un discurso de ruptura con la historia tradicional, innova y constituye lo que de hecho es una revolución historiográfica. Una de las innovaciones esenciales del *Annales* de la época consistió en romper con la concepción centrada puramente en el pasado del discurso histórico, poniendo en correlación pasado y presente al construir una historia que tiene como campo de estudio no sólo el pasado, sino también la sociedad contemporánea. Mientras que la escuela historicista consideraba la práctica del historiador de una manera cientificista, como desligada del presente, Lucien Febvre invita al historiador a inspirarse en problemas interpuestos por el tiempo presente en el cual éste vive, piensa y escribe. La interrogación sobre el pasado a partir del presente tiene para *Annales* un valor heurístico. La historia es una "respuesta a las cuestiones que el hombre de hoy se plantea por necesidad".[22] El presente ayuda a la investigación del pasado y permite valorizar una historia-problema, así como enriquecer el conocimiento del pasado. A partir de este valor heurístico del presente, *Annales* defiende una concepción relativista del discurso histórico; puesto que la historia está inmersa en su tiempo, atrapada por los problemas del presente, de ahí resulta una construcción del tiempo histórico, de los esclarecimientos y puntos de inflexión cuyos límites son los mismos que han permitido las investigaciones. Se trata, pues, de una construcción que ha de ser replanteada cada vez, en los mismos momento y lugar en que ha sido enunciada. Cada época construye su representación del pasado según sus preocupaciones. La historia "busca y da valor en el pasado a los hechos, los acontecimientos, las tendencias, que preparan el tiempo presente, que permiten com-

[21] L. FEBVRE, *Annales*, 1935, pp. 615-23, recogido en *Pour une histoire à part entière*, *op. cit.*, pp. 665-78.

[22] L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire*, *op. cit.*, p. 42.

prender y que ayudan a vivir... se construye el pasado que ella necesita".[23] Que el historiador deba, pues, reescribir la historia en función de las interpelaciones del presente no es, según *Annales*, contradictorio con el carácter científico que el proyecto histórico debe revestir. Si el presente contribuye a conocer mejor el pasado, la relación pasado-presente funciona también en sentido inverso. Un desconocimiento del pasado no permite una buena comprensión y, por tanto, una acción eficaz sobre el presente. Marc Bloch rechaza la definición reductora de la historia como ciencia del pasado: "En mi opinión esto es hablar mal".[23] El valor heurístico del presente en relación con el conocimiento del pasado es llevado lo más lejos posible por Marc Bloch, el cual preconiza un quehacer recurrente del historiador, un acercamiento retrospectivo. La historia parte del presente para remontar el hilo de los tiempos hasta las sociedades del pasado. Propone una lectura a contracorriente, "puesto que el quehacer propio de toda investigación es ir de lo mejor, o de lo menos malo, conocido hacia lo más oscuro".[25] Aplica sus propias investigaciones a este acercamiento recurrente. Cuando opone los campos del norte de Francia a los de Inglaterra,[26] comienza constatando el contraste entre los campos de labor desmesuradamente largos de la Picardie y la tierra fragmentada limitada por hayas o barreras de los prados ingleses. Es a partir de esta realidad tangible que él interroga al pasado para explicarse esta dualidad entre dos regiones tan próximas. Teniendo por objeto el estudio de los regímenes agrarios, Marc Bloch parte de paisajes contemporáneos para remontarse hasta el periodo medieval. Para *Annales* el pasado es, pues, consustancial al presente, y Marc Bloch se permite oponer el oficio de anticuario encerrado en el culto al pasado al del historiador que profesa el gusto de mirar todo lo que le rodea.[27] La importancia acordada al presente es muy sensible en la revista *Annales*, la cual, en este primer periodo, se dedica esencialmente al estudio de la sociedad contemporánea. Esta orientación diferencia fundamentalmente a *Annales* de otras revistas y particularmente de la *Revue historique*. La investigación realizada por A. Corbin acerca de la *Revue historique* entre 1929-1939 revela el peso dominante del periodo comprendido entre los siglos XIV al XVII: 33.8% de los artículos; el periodo contemporáneo en sentido amplio, o sea comenzando en 1789, sólo ocupa una cuarta parte de los artículos: el 26.6%. La investigación realizada por Olivier Dumoulin acerca de *Annales*[28] señala

[23] *Ibid.*, p. 117.

[24] M. BLOCH, *Apologie pour l'histoire*, A. Colin, 1974, p. 32.

[25] *Ibid.*, pp. 48-9.

[26] M. BLOCH, "Seigneurie française et manoir anglais", *Cahiers des Annales*, 1967 (curso de la Sorbona, 1936).

[27] M. BLOCH, *Apologie pour l'histoire*, *op. cit.*, p. 48.

[28] O. DUMOULIN, *Communication*, Seminario de la EHESS, 1980.

que, durante el mismo periodo, los artículos de historia contemporánea representan el 42.4% del total. Si tomamos como medida una historia aún más contemporánea, comenzando en 1871, la comparación en el mismo periodo, 1929-1938, da: 36% de artículos de *Annales*, 8% de los de la *Revue d'histoire économique et sociale* y el 7.5% de la *Revue historique*. La preocupación por los problemas contemporáneos es, pues, omnipresente en la revista *Annales*, tal como revelan algunos títulos del periodo 1929-1939: "El problema de la población en la URSS" (1929), "La crisis bancaria en Alemania" (1932), "La crisis bancaria de Europa central" (1932), "Las causas y los orígenes de la crisis mundial del trigo" (1933), "El descontento agrario en el Oeste americano" (1936), "La experiencia Roosevelt" (1936), "La crisis bancaria y la gran crisis de los Estados Unidos" (1936), "La colectivización agrícola en la URSS" (1938). Estos títulos revelan por tanto la presencia de cuestiones de actualidad, la ausencia de lo político y la preocupación mundialista en el discurso de *Annales*. La luz aportada por el historiador puede ser utilizada por el economista; aquél puede jactarse de la función de consejero del que ha de tomar decisiones. El uso que se hace del futuro y del condicional en los artículos de la revista nos revela esta voluntad de ser portador de un saber operacional, útil a los responsables de la sociedad: "Si se hubiese conocido mejor la historia económica, la situación económica, la situación contemporánea, habrían sido más pronto elucidadas".[29] El lazo pasado-presente se afirma sin cesar por ambos directores de la revista, hacen de él el sentido mismo del quehacer histórico: "¿Para qué hablar de pasado y de presente? La realidad es una. Que todos se acerquen a la unidad es, hoy como ayer, el objetivo de *Annales*".[30] "Entre el presente y el pasado. Nada de compartimentos estancos, ésta es la sintonía de *Annales*".[31] Los dos directores de *Annales* reivindican tanto más un lazo orgánico entre pasado y presente cuanto que se adhieren a una lógica cuestionadora del sistema capitalista. Cuentan con adaptar su aproximación historiadora a la era técnica en la que esperan jugar un papel útil. Con este espíritu se rodean de responsables, tanto del campo administrativo como del mundo de los negocios. La revista atrae especialistas cuyo propósito esencial es actuar sobre lo económico y lo social. Les invita a reflexionar sobre sus prácticas al mismo tiempo que a aprender, en contacto con los historiadores, la mayor o menor perennidad de los útiles que ellos manejan en lo cotidiano: "Dos clases de trabajadores hechos para comprenderse y que de ordinario se codean sin conocerse".[32] Banqueros y financieros escriben en *Annales* y

[29] Los directores, "Au bout d'un an", *Annales*, 1930, p. 2.
[30] *Ibid.*, p. 3.
[31] L. Febvre, *Annales*, 1932, p. 281.
[32] Los directores, *Annales*, 1929, t. I, pp. 1-2.

refuerzan así la tendencia tecnocrática de la revista. Su participación en el discurso "annalista" desmiente el análisis según el cual esta revista habría sido la expresión de un discurso marxista. *Annales* responde a la necesidad de un poder que no puede contentarse, en la postguerra, con la legitimación parlamentaria, sino que tiene necesidad de técnicos y de especialistas para asentar más sólidamente, más científicamente, una política en la realidad de las cosas: "Las leyes de la estadística han relevado al espíritu de las leyes".[33] Para responder a esta demanda social es evidente que las jóvenes ciencias sociales están mejor situadas que la historia, y a este reto responde *Annales* tratando de volver a conectar los intereses de los historiadores con los de los gestores. Se apela al presidente de la dirección general de la Banca mundial suiza de Zurich, G. Backman; al director de la Banca mundial para el comercio y la industria, A. Pose; al director de la Banca de países de Europa central, J. Chappey. El modelo americano inspira fuertemente a *Annales;* "¿Veremos un día sentarse en los despachos de estudios especializados de nuestras principales firmas, junto al jefe del servicio estadístico, a un historiador especializado?".[34] Los colaboradores también se reclutan en organismos internacionales de la SDM, aún más del BIT, dirigido entonces por Albert Thomas. Este último forma parte de la misma promoción (1899) de la École normale que Lucien Febvre. Viejos amigos, Lucien Febvre se dirigirá, apenas lanzada la revista, a Albert Thomas: "Vente a Ginebra, me escribía él dejando todos los demás asuntos en suspenso... Te ayudaré con todas mis fuerzas".[35] Estando el proyecto de creación de la revista en manos del editor, Marc Bloch entabla relaciones con los medios empresariales, con Raymond Bloch, director adjunto de la explotación de ferrocarriles de Orléans, entre otros. Creía que así se conminaba a colaborar a los administradores coloniales. *Annales* adopta, pues, una apertura bastante original hacia el *establishment;* este encuentro con la tecnocracia ascendente les incitará a privilegiar los mecanismos independientemente de la naturaleza del régimen. Los artículos de Georges Friedmann acerca del estajanovismo o las crónicas admirativas de Gerard Méquet sobre la Unión Soviética, son sendos signos de esta lectura economicista de la sociedad. Sin embargo, este eje se extingue a finales de los años treinta. En 1938, Lucien Febvre no deja de repetir a Marc Bloch como reproche: "Demasiado medieval, demasiados universitarios".[36]

[33] M. FERRO, *L'Histoire sous surveillance*, Calmann-Lévy, 1985, p. Q125.

[34] M. BLOCH, *Annales*, 1931, p. 1-3.

[35] L. FEBVRE, *Annales d'histoire économique et sociale*, t. 4, 1932, núm. 16, pp. 381-4, recogido en *Combats pour l'histoire, op. cit.*, pp. 348-52.

[36] L. FEBVRE, carta a M. Bloch, abril de 1938, citada por O. DUMOULIN, *Profession historien: 1919-1939*, 1984, p. 326.

INNOVADORES

Annales renueva pues, radicalmente, el discurso histórico. En primer lugar, como el mismo título de la revista hace suponer, privilegia los fenómenos económicos y sociales, hasta entonces abandonados. La estadística llevada a cabo por Jean-Luis Oosterhoff hace aparecer, en este campo, la oposición fundamental entre la revista *Annales*, la cual dedica, en el periodo 1929-1945, el 84% de sus artículos a la historia económica y social, la *Revue historique*, con el 29.9%, y la *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, con el 26.5%. El abandono de la historia política beneficia, pues, a los estudios de historia económica y social. Esta evolución se integra, pues, en un contexto favorable –lo hemos visto– y *Annales* se beneficia de la aportación de dos roturadores en este ámbito: Henri Hauser y François Simiand. Henri Hauser obtuvo, en 1927, la creación de la primera cátedra de historia económica de la facultad de Letras de la Sorbona. Jugó, pues, un papel pionero en la institucionalización de la historia económica en el interior de universidades literarias, del cual Marc Bloch se beneficiaría al sucederle en 1936. La enseñanza de la economía era reciente y estaba afincada entre los juristas de la facultad de derecho, donde en 1878 se habían introducido las ciencias económicas y sociales. De ello resultaba un cierto aislamiento de la economía, desligada de la sociología, de la historia social y de la geografía humana. Miembro de la *Revue d'histoire économique et sociale*, pero también del comité de *Annales*, Henri Hauser desconfía de las curvas estadísticas preconizadas por François Simiand. Aparece, a este respecto, como "el último valedor de una historia económica preserial".[37] El verdadero inspirador, en el ámbito de. la historia económica, no fue un historiador, fue, por el contrario, el sociólogo durkheimiano François Simiand, que es quien mantuvo la diatriba más exacerbada contra la historia. Él es el auténtico precursor de una historia económica fundada sobre un aparato estadístico que permite discernir unos ciclos regulares en los movimientos de conjunto que incluyen a toda la sociedad. Permitió establecer un puente entre los estudios monetarios, los estudios sociales sobre los niveles de vida, pero también con lo que él mismo califica como psicología colectiva, diferente según los grupos sociales. Desde 1930, Lucien Febvre invita a los historiadores a sobreponerse a su orgullo, herido en 1903, y a leer a François Simiand: "Para los historiadores, un libro de cabecera: el curso de economía política de Simiand".[38] Con ello, Lucien Febvre no cree que se deba trasponer tal cual el método de François Simiand a la historia, sino servirse de él como fuente de inspiración, como tentativa experimental. La verdadera revo-

[37] O. DUMOULIN, *Dictionnaire des sciences historiques*, PUF, 1986, p. 327.
[38] L. FEBVRE, *Annales d'histoire économique et sociale*, 1930, pp. 581-90.

lución historiográfica en este sentido, en la línea de la aportación de François Simiand, aunque adaptándola a la historia, proviene del historiador Ernest Labrousse.[39] Ejemplo de las dificultades de inserción de la historia económica en las universidades de letras es el *curriculum* de Ernest Labrousse. Estudiante de historia en la Sorbona, donde fue alumno de Aulard, preparó en 1913 un DES de historia revolucionaria: "El comité de investigaciones de la Comuna de París". Interesado por la economía política, tuvo que inscribirse en 1919 en la facultad de derecho. Cursó estudios de derecho y pasó su licenciatura. Seguidamente preparó una investigación para su tesis de doctorado acerca de la legislación social de asistencia desde 1789 al año III; pero en 1926 reorientó su trabajo volviendo a la historia propiamente económica, y en 1932 publicó su tesis, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle.* Este cambio estuvo fuertemente inspirado por los trabajos de François Simiand y de Albert Aftalion, del cual se convirtió en adjunto en la facultad de decho. Hay que esperar hasta 1943, con *La crise de l'économie française*, para ver consagrado a Ernest Labrousse como doctor en letras y convertirse en maestro de conferencias en 1955 y después en profesor de la Sorbona. Este recorrido de combatiente es altamente evocador de los tiras y aflojas necesarios para hacer una historia económica científica en la época. Ernest Labrousse, lector entusiasta de *Annales* desde el principio, quedó al margen de la historia de la revista. No escribiría en ella hasta 1945. Sin embargo, debe su nominación en 1938 como director de estudios de la VI sección del EPHE a Marc Bloch, que defendió su candidatura. Fue reivindicado después como uno de los grandes apóstoles de la nueva historia. Consiguió integrar el largo periodo, el estudio de las estructuras en su evolución y el estudio factual todo en un mismo conjunto, siendo su objetivo explicar la Revolución francesa de 1789. Gracias a su investigación sobre precios y rentas hizo manifiesta la promoción de la clase burguesa a partir de la prosperidad del siglo XVII, clase ascendente, candidata al poder; pero con ello no elude el estudio coyuntural de las turbulencias, crisis de subsistencia, que se revelan esenciales para la comprensión de las movilizaciones sociales. Poniendo en correlación la toma de la Bastilla, a mediados de julio, y el máximum de los precios de pan, supera el relato factual clásico de la escuela metódica, sin abandonar por ello la toma en consideración de los acontecimientos. Si Ernest Labrousse no ocupó en la época una posición central en el dispositivo de *Annales* es porque situó la política como horizonte de su aproximación económica y privilegió el estudio de los antagonismos de clases, mientras que *Annales*, aun

[39] E. LABROUSSE, *Esquisse du mouvement des prix et des revenus en France au XVIIIe siècle* (1932) y *Crise de l'économie française à la fin de l'Ancien Régime et au début de la Révolution* (1943).

teniendo lo social por objeto, aspiró a una sociedad de consenso: "Mi historia se refiere principalmente a lo socioeconómico y a lo sociopolítico".[40] Al no romper con lo factual, Ernest Labrousse, a los ojos de Marc Bloch y Lucien Febvre, no se distancia bastante de la historia tradicional. Permanece, para el gusto de *Annales*, demasiado abiertamente comprometido. Después de haber fundado en 1910, en Barbezieux, un "Club des jacobins", movimiento autónomo de jóvenes socialistas, y haber lanzado un periódico, *L'Avenir*, en 1911, constituyó el Grupo de estudios sociales de Barbezieux, cuya declaración de principios puede ser considerada como una incitación a la lucha: "La emancipación integral del proletariado", "La abolición de la miseria", "La república social y universal".[41] En 1916, en plena guerra, se adhirió al partido socialista. En 1919 fue redactor de *L'Humanité*, después del *Populaire*, finalmente de *L'Internationale*. Pero la bolchevización de la SFIO lo expulsó de *L'Humanité* en 1924 y abandonó el partido en 1925. Contrariamente a muchos en quienes se produce, como en Lucien Febvre, un movimiento de deslizamiento hacia la aceptación de poderes establecidos, hacia el descompromiso, Ernest Labrousse volvió al PS en 1938 y dirigió la *Revue socialiste* desde su fundación (1946) hasta que dimitió, en 1954, a causa del rechazo, por parte de la SFIO, a suscribir la defensa europea (CED). Al valorizar los antagonismos sociales, se mantuvo muy próximo a una historiografía marxista, a la cual sin embargo no se adhirió, encontrándose así marginado. "¿La historia de la conciencia de clases, en esta historia sociocultural, no debe figurar en buen lugar?... Uno de los grandes objetivos del estudio de las mentalidades colectivas es ciertamente el estudio social comparado de la toma de conciencia de estas diversas clases, de sus múltiples formas de trayectorias, de su grado de extensión en los límites de la clase".[42] Fue altamente reivindicado y casi santificado en vida por una escuela que vio en él al iniciador de una historia económica fundamentada en la estadística, la cuantificación, el estudio de ciclos de largas y cortas duraciones. *Annales* contribuyó a la promoción de esta historia económica no para añadir un nuevo vagón al tren de la historia, sino para integrar mayores elementos de implicación al estudio de las sociedades del pasado y del presente, puesto que la aproximación económica se integra en un proyecto más amplio que la estricta disciplina histórica y en un esfuerzo por racionalizar el sistema social. Cuando Marc Bloch se presenta al Collège de France, comienza por apelar a la historia comparada en su primera candidatura, pero en la segunda, en 1934, desvía su proyecto de enseñanza hacia la economía; es como historiador de la economía como Marc

[40] E. LABROUSSE, entrevista, *Actes de la recherche en sciences sociales*, abril de 1980, p. 115.
[41] *Idem.*
[42] *Ibid.*, p. 114.

Bloch escribe en su programa: "Al lado de las ideas y de los sentimientos, las necesidades... Con el sustrato económico estudiado según métodos plenamente conformes a su carácter propio, enriquecer la interpretación en profundidad de la vida social, en su conjunto".[43] Habiendo fracasado en el Collège de France, sucede a Henri Hauser en 1936 en la Sorbona, donde toma a su cargo lo que fue la primera cátedra de historia económica en una facultad de letras. Desde su llegada a París creó, con Maurice Halbwachs, un Instituto de historia económica y social en la Sorbona. La historia de los precios se convirtió en una preocupación privilegiada de la revista. Lucien Febvre saludó los trabajos de Earl Hamilton sobre la afluencia de metales preciosos de América y sus incidencias en los precios. Es el comienzo de una historia serial, aunque integrada en un conjunto social global. La subida tan precoz de los precios, "¿hay que imputarla por completo, directa y únicamente, a la afluencia de metales de América? No, evidentemente... Existen causas generales...".[44] No se habla aún de serialidad, pero *Annales* retorna por su cuenta lo que François Simiand llama la "fenomenoscopia seguida", es decir, la observación continua en el tiempo de un mismo fenómeno en una perspectiva diacrónica. El historiador pudo entonces apropiarse del territorio de la estadística. Si bien la revista siguió siendo el órgano esencial de esta captación, los directores de *Annales* comprendieron pronto que no habría cambio irreversible de la literatura histórica sin un cambio radical de los criterios exigidos en la disciplina histórica al nivel de la selección universitaria. El cerrojo que había que cambiar era la agregaduría de historia. Todavía en 1935 una presidenta de la agregaduría femenina en historia se indignaba ante la indiferencia de las candidatas hacia el género biográfico y su tendencia a ceder a la "moda" de la historia de los grupos sociales.[45] En 1932 aparecía una carta abierta en el *Bulletin de l'association des professeurs d'histoire, géographie* acerca de las pruebas de la agregaduría; cuestionaba los resultados de la oposición, por tanto los criterios de selección, que eran los de la escuela historizante. La carta iba firmada por Lucien Febvre, Marc Bloch, Georges LeFebvre, Charles-Edmond Perrin y dos geógrafos: Albert Demangeon y A. Cholley; o sea cuatro estrasburgueses y todos ellos colaboradores de *Annales*.[46] Dos veces más los directores de *Annales* retomarán el problema de la agregaduría. En 1934, Lucien Febvre evoca la urgencia de replantear los reglamentos, la práctica y el espíritu de la

[43] M. BLOCH, "Projet d'enseignement pour le Collège de France", 1934, citado por G. DUBY, prefacio a *Apologie pour l'histoire*, de M. Bloch, 1974, p. 11.

[44] L. FEBVRE, "Le problème historique des prix", *Annales*, 1930, pp. 67-80, recogido en *Pour une histoire à part entière*, *op. cit.*, p. 304.

[45] *Bulletin de l'association des professeurs d'histoire, géographie*, 1935, p. 130.

[46] O. DUMOULIN, *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, fuera de colección, "100 ans d'enseignement d'histoire", 1984, p. 24.

oposición, habla como si se tratase de un problema angustioso concerniente a todos. Una nueva requisitoria se redactó en común en 1937, pero *Annales* no consiguió que la institución universitaria, reticente a la aplicación de su programa, cediese. Ninguna voz influyente hizo suyas las proposiciones de Marc Bloch y Lucien Febvre, lo que muestra un contraste flagrante con la manera en que la escuela metódica había conseguido inmiscuirse en la institución escolar y universitaria con el fin de apropiársela. Cada uno tenía su lugar, inflexible, desde finales del siglo XIX, para aguantar mucho tiempo, en tanto que el periodo de crisis de los años treinta no era propicio a los grandes cambios. Haciendo de una debilidad una fuerza movilizadora, *Annales* cultivó a partir de este fracaso la idea de que eran parias, proscritos de la universidad; tesis poco creíble, pero que permite aglutinar con más facilidad a las ciencias sociales alrededor de los historiadores, sin que éstas teman ser absorbidas y dirigidas por un vecino demasiado poderoso.

Este deslizamiento de lo político a lo económico presupone una ampliación de las fuentes, un cambio radical del oficio mismo de historiador, que no puede contentarse con las fuentes escritas para tener acceso a los fundamentos de la sociedad. Marc Bloch fue el primero en escribir una historia agraria superando los marcos jurídicos que delimitaban las propiedades. No se limitó a trabajar los cartularios al modo de Henri Sée, sino que integró en su estudio histórico las transformaciones del paisaje rural, diferenciando en los planes parcelarios los campos en *lanières* y los grandes cuadrados compactos, integrando el estudio de poblaciones, de la demografía, de los instrumentos de trabajo, la composición de los suelos, las variaciones en la producción, las indicaciones sobre los flujos monetarios, los lazos familiares... Toda la aportación de la escuela geográfica, de la economía, se integra, pues, en el nuevo cuerpo del historiador. En cada número de *Annales* del periodo de entreguerras, un apartado consagrado a las investigaciones tiene por objeto llamar la atención sobre la historia económica y social y los nuevos materiales del historiador, que son documentos involuntarios, a diferencia de los archivos tradicionales. Esta ampliación de los centros de interés del historiador no debe sin embargo provocar un descentramiento del hombre en beneficio de un determinismo cualquiera, sea técnico o geográfico. Marc Bloch muestra así, a la vez, la importancia de la innovación técnica y su dependencia en relación a la demanda social. La integración de la aportación de las ciencias sociales no debe pagarse, en ningún caso, con una desintegración de la historia. Otro aspecto innovador de la escuela de *Annales* la encontramos en la valorización de la historia-problema. La historia, para Marc Bloch y Lucien Febvre, no puede contentarse con escribir al dictado de los documentos, debe plantearse interrogantes, insertarse en una problemática. Contra la historia-relato de Langlois y Seignobos, preconizan una historia-problema,

matriz teórica de la conceptualización futura de una historia estructural. La historia ya no se divide según los periodos clásicos, sino según los problemas planteados, a los cuales se busca una solución. La afirmación de una historia-problema es un elemento esencial del paradigma de *Annales* desde 1929, puesto que, aún hoy, a una pregunta de Bernard Pivot, en *Apostrophes*, en la que se pedía definir con una palabra la nueva historia, Jacques Le Goff respondió: "La nueva historia es una historia-problema". Por tanto, ¿realmente ha descubierto la escuela de *Annales* que un relato se organiza a partir de un cuadro conceptual preestablecido? De ninguna manera, hubo numerosos predecesores. ¿Por qué la bandera de la historia-problema es operativa y solidifica al grupo? "En primer lugar por su utilidad estratégica: les permite afirmar que hacen una historia nueva".[47] Cuando Lucien Febvre accedió al Collège de France, en su lección inaugural del 13 de diciembre de 1933 insistió esencialmente en la mirada nueva del historiador que rompe con la pasividad a la cual le invitaba la escuela historizante: "Elaborar un hecho, es construir". "Toda historia es una elección".[48] Ilustración de esta aproximación, si no nueva, sí opuesta a la historia-relato de los historiadores de la época, es la tesis misma de Lucien Febvre leída en 1911, *Philippe II et la Franche-Comté*. La hipótesis central sigue siendo política (el director de tesis fue Gabriel Monod); se trata de una obra "preannalista", anterior al rechazo de lo político. Pero cuando Lucien Febvre aborda el estudio de esta provincia en un momento de transición difícil, después de la sucesión de Carlos V, no se contenta con añadir una monografía más al estudio de los conflictos políticos locales; se acoge a la lectura de los conflictos locales subyacentes, a la resistencia que esa provincia opone al progreso del absolutismo: "Es la lucha, el combate encarnizado de dos clases sociales: nobleza y burguesía. Lucha por el poder, por la influencia, por la dominación política".[49] Tras este gran conflicto que envuelve a una región durante la segunda mitad del siglo XVI, se da también en Lucien Febvre un interés por las realidades cotidianas, por las transformaciones oscuras y hasta entonces desatendidas de la vida popular. De todo ello extrae un juego dialéctico: el de las diversas peripecias en que se produce un conflicto entre el poder provincial y el poder central. En este estudio, Lucien Febvre no elude la instancia política, sólo que la restituye en el mismo corazón de los problemas. La política no es, pues, ya el ámbito exclusivo de otras secciones de la realidad social y, sin embargo, no deja de ser central. Describe el entramado de tensiones sociales y políticas que estallan en el momento en que se rompe el equi-

[47] H. COUTAU-BÉGARIE, *Le Phénomène nouvelle histoire, op. cit.*, p. 52.

[48] L. FEBVRE, "Leçon inaugurale au Collège de France", 13 de diciembre de 1933, recogido en *Combats pour l'histoire, op. cit.*, pp. 7-8.

[49] L. FEBVRE, *Philippe II et la Franche-Comté (1912)*, Flammarion, 1970, p. 9.

librio establecido por Carlos V, y así ve al Condado comprometerse, a su pesar, en la política cada vez más española de Felipe II. Esta historia nos muestra, tras el combate entre los jefes, la miseria de una región, la alta demografía, la subida de los precios, las devastaciones provocadas por el paso cada vez más frecuente de las tropas reales, sin contar las calamidades naturales y la peste de los años 1584-1586, más violenta que nunca. Lucien Febvre no olvida cuál es el resultado del declive de la nobleza feudal y el progreso de una burguesía que hace fortuna gracias al desarrollo del comercio y de la usura: "De una tal tensión, la víctima era el campesino. Él, que ya hacía vivir al noble, creaba ahora la riqueza del burgués".[50] Es todo un cuadro de la sociedad condadina lo que Lucien Febvre nos presenta de manera problemática y dinámica en la medida en que se la aborda en el punto álgido de un conflicto de dimensiones sociales y políticas que provoca mutaciones irreversibles, al fin de las cuales la misma naturaleza de esta sociedad ha cambiado.

Si la historia-problema constituye la matriz teórica de una futura historia estructural, aún es más cierto en el caso de Marc Bloch, el cual quiso reconstruir la estructura de la sociedad feudal: "Lo que aquí tratamos de hacer es el análisis y la explicación de una estructura social con sus relaciones".[51] Ya en *Les Caractères originaux*, Marc Bloch se había pronunciado contra la sobreestimación de los efectos económicos de las epidemias en la explicación de la crisis del siglo XIV al XV; por el contrario, pone en evidencia el peso del descenso de rentas señoriales, concediendo así la primacía a las bases estructurales de un sistema social. Captó más tarde en *La Société féodale* una realidad total que englobaba con una misma coherencia lo económico, lo social y lo mental: "La evolución de la economía comporta una verdadera revisión de los valores sociales".[52] Anunciando todos los trabajos futuros sobre los lazos de parentesco, Marc Bloch piensa la relación entre los lazos de sangre y el feudalismo: "Se ve cómo se van sustituyendo las grandes parentelas de antes por grupos mucho más cercanos a nuestras reducidas familias de hoy..." Pero: "Guardémonos de pensar que desde los lejanos tiempos tribales se haya dado una emancipación regular del individuo".[53] Muestra así que el vasallo frente al señor, y a la inversa, teje de hecho lazos similares a los lazos de parentesco con todo lo que ello significa de derechos, pero también de deberes. En este sistema feudal la posesión del feudo no se transmite automáticamente a la muerte de quien lo detenta, y así la ley hereditaria tendrá razón de derecho, puesto que la realidad social acaba siempre por imponerse a la realidad jurídica, de la misma manera que el historiador

[50] *Ibid.*, p. 149.
[51] M. BLOCH, *La Société féodale* (1939), A. Michel, 1968, p. 16.
[52] *Ibid.*, p. 114.
[53] *Ibid.*, pp. 203-6.

social construye una realidad mucho más completa y rica que la del historiador que se limita al ámbito del derecho escrito. La delimitación de los marcos estructurales de una sociedad no significa para Marc Bloch la muerte del movimiento histórico, de la evolución, de las transformaciones. Percibe acertadamente una línea de fractura, de ruptura a partir de lo que él llama la segunda edad feudal. Se desarrolla así un mecanismo inverso al del primer periodo, de centralización, de concentración, de puesta en marcha de organismos con más amplias posibilidades de acción. Toda la estructura de la sociedad es trastocada, animada como está por el fin de las invasiones, el aumento demográfico, el impulso de los descubrimientos, el desarrollo urbano, la generalización de la circulación monetaria... De todo ello resulta la desaparición de lo que justamente fundamentaba al feudalismo, o sea el debilitamiento del Estado. Con todo, el señorío sobrevive al feudalismo. Marc Bloch inscribe, pues, su estudio estructural en una profunda dinámica histórica que la modifica tanto desde el interior como desde el exterior.

Otro campo particularmente fértil en la época sufrió también una verdadera captación en beneficio del territorio del historiador; nos referimos a la geografía transformada en geohistoria, nuevo modelo muy fecundo que servirá de marco obligado a todos los estudios monográficos de la segunda postguerra. Esta geohistoria nació del encuentro entre el vidalismo y el "analismo". Marc Bloch y Lucien Febvre se hacen cargo en este momento del desafío lanzado por una escuela geográfica brillante. No dudaron, como tampoco lo hicieron sus sucesores, en recorrer en todos los sentidos el territorio geográfico antes de apropiarse de él pura y simplemente, como ocurrió cuando la escuela geográfica perdió su vitalidad. Este matrimonio es acorde con el aire de los tiempos, el de la revalorización de la región y de la provincia en esta Francia en la que se comienza a tomar conciencia de la excesiva centralización, antes de que lo hiciese Jean-François Gravier. Esto pudo contribuir al éxito de una geohistoria, que tomaba por marco a la región y se interrogaba sobre la especificidad de ésta: "Los grupos sociales que expresan al hombre real son las unidades naturales geográficas y económicas: la región y la profesión".[54] El estudio demográfico, económico y el de relaciones sociales, que son los ejes de la investigación privilegiados por *Annales*, se adaptan mejor a un espacio restringido porque el conocimiento de los datos estadísticos y su síntesis son más adecuados para una región que para un espacio más vasto. La aportación esclarecedora propia de *Annales* se adapta bien a unidades geográficas de dimensión restringida. Para trabajar en profundidad, hay que elegir unidades de dimensión humana; ésta es la única manera de llevar a cabo la síntesis a la que aspiran los promotores de

[54] *Plans*, núm. 1, p. 16.

Annales. Lucien Febvre estaba particularmente próximo a la escuela vidaliana, condiscípulo de Jules Sion en la École normale, amigo de Albert Demangeon, colaborador de *Annales*, con quien en 1931 escribió una obra sobre el Rin. Vemos cómo se confía a la *Revue de synthèse historique* la responsabilidad de proseguir las producciones de la escuela geográfica francesa. En 1905 escribe para la *Revue de synthèse historique* una monografía sobre el Franco-Condado en el marco de una serie acerca de las regiones de Francia según los preceptos de síntesis marcados por Henri Berr. Antes de apoderarse del territorio geográfico en beneficio del historiador, Lucien Febvre utiliza sus recensiones para formalizar un diálogo interdisciplinario y difundir los méritos de los trabajos geográficos para que los historiadores se inspiren en ellos. Unir la escritura histórica a la permanencia, a la larga duración, en contacto con la geografía, y, por el contrario, mostrar por qué la naturaleza se ve obligada a modificarse a lo largo de la historia, tal es la doble perspectiva en la cual se inscribe la ruptura de *Annales*, que piensa en términos complementarios, en términos de solidaridad necesaria, las relaciones entre historicidad y geografía. Lucien Febvre, en sus recensiones, defiende los trabajos geográficos fundamentados en hipótesis, en problemas centrales; por el contrario, critica con vehemencia todo lo que resulta ser cajón de sastre, simple compilación.[55] Al igual que preconiza una historia-problema, reclama también una geografía-problema. En su estudio sobre el Franco-Condado, Lucien Febvre muestra por qué el nombre de esta región no es de origen geográfico, sino histórico; no designa a un país, sino a un Estado, y cubre una gran diversidad en cuanto a basamentos geomorfológicos, climáticos, de producciones y de poblaciones. Esta demostración permite que el papel importante del hombre aún destaque más: "La intervención del hombre continuaba siendo preponderante. Era él en definitiva quien, de fragmentos dispersos, había debido forzar una unidad política, un Estado".[56] Es una conclusión similar a la que extrae Marc Bloch en la misma serie sobre las regiones francesas, en la cual estudia la Isla de Francia: "La Isla de Francia está desprovista de unidad regional".[57] En 1922, Lucien Febvre intervino en el debate que oponía a sociólogos y geógrafos con *La Terre et l'évolution humaine;* tomó partido por los geógrafos, haciendo apología del vidalismo, aunque fuese para asimilar mejor su territorio. Refutó la OPA lanzada por los sociólogos durkheimianos, que pretendían integrar la geografía bajo el nuevo vocablo de morfología social: "No se puede pretender suprimir la geografía humana para su provecho".[58] Lucien Febvre

[55] L. FEBVRE, C. R. de la "Basse Normandie", de FELICE, *Revue de synthèse historique*, 1907.

[56] L. FEBVRE, *Philippe II et la Franche-Comté, op. cit.*, pp. 30-1.

[57] M. BLOCH, *L'île-de-France*, 1913, recogido en *Mélanges M. Bloch*, S. Fleury, EHESS, 1983, t. 2, pp. 692-787.

[58] L. FEBVRE, *La Terre et l'évolution humaine* (1922), A. Michel, 1970, p. 78.

retoma los argumentos de François Simiand contra la geografía, esta vez para reforzarlos. Los geógrafos no pueden llegar más que a condiciones posibles y no a explicaciones definitivas, a causalidades simples, pero esto no invalida en absoluto la riqueza de la geografía: "La geografía no pretende ser una ciencia de las necesidades".[59] Simplemente que, para Lucien Febvre, los objetos y los métodos de la sociología y la geografía están muy alejados. Por el contrario, la historia renovada, tal como *Annales* la entiende, está hecha para entenderse con la geografía de Vidal de la Blache. Esta doble revolución debía desembocar en una simbiosis en el cuadro de observación y de investigaciones experimentales: "Una inmensa perspectiva de trabajo se extiende ante nosotros, historiadores y geógrafos, en un futuro indefinido".[60] Lucien Febvre intervino también en el debate entre la geografía alemana de Ratzel y Vidal, tomando partido vigorosamente por este último. Asimila la geografía política de Ratzel, ordenada alrededor de nociones de posición y de espacio, a la historia política que él condena, y presenta, pues, la ruptura vidaliana como una prefiguración, en el terreno geográfico, de lo que hay que llevar a cabo en el terreno histórico en relación con la historia historizante. Lucien Febvre ajusta las cuentas también con el determinismo geográfico: opta por la noción vidaliana de posibilismo. La naturaleza no es una entidad neutra que condiciona la vida humana, está humanizada desde el comienzo, ya profundamente transformada por el hombre: "Nunca los hechos naturales ejercen sobre la vida humana una acción puramente mecánica, ciega e investida de fatalidad".[61] Aquí toma partido en el debate interno de los geógrafos, para condenar los estudios tradicionales de geografía, inspirados en un determinismo inexorable de las condiciones naturales. Aunque fuera en el mismo sentido que las tesis de la nueva geografía humana, la acogida que le estaba reservada fue cuanto menos crítica. Por eso se comprende que Lucien Febvre no intervenga como árbitro neutro, sino que lleve a cabo una maniobra de apropiación, bajo la égida de la nueva historia, de la herencia vidaliana. Camille Vallaux acusa a Lucien Febvre de querer "romper la crisma a la geografía humana"; incluso Albert Demangeon, futuro colaborador de *Annales*, intervino para denunciar en el caso de Lucien Febvre un "abuso de espíritu crítico", un "esfuerzo más negativo que positivo" y una voluntad de "ponerla en peligro por el simple gusto de denunciar".[62] Si Lucien Febvre pone aquí las bases para una colaboración orgánica entre geógrafos e historiadores, es el precio, voluntariamente querido, del aislamiento de los geógrafos en relación con los

[59] *Ibid.*, p. 84.
[60] *Ibid.*, p. 398.
[61] *Ibid.*, p. 393.
[62] A. DEMANGEON, citado por N. BROC, *Au berceau des "Annales"*, Presses de l'université de Toulouse, 1983, p. 258.

sociólogos. Si el resultado es el enriquecimiento del discurso histórico, de ello resulta una depredación del dinamismo geográfico, el cual, al entregarse a la historicidad, pierde a la vez toda reflexión epistemológica específica y la posibilidad de ver surgir una nueva geografía social o política, dejando a la historia la tarea de explicar, de sopesar, lo referente a las condiciones naturales, al lado de otros factores, y abandonando con ello las aportaciones sociológicas. La otra gran apreciación del territorio geográfico fue realizada por Marc Bloch cuando integró en *Les Caractères originaux de l'histoire rurale française* (1931) la historia del paisaje rural, sacando partido a los documentos que constituyen series de planes parcelarios. La simbiosis entre historia y geografía encuentra ahí su realización magistral, y los geógrafos, seducidos, no pueden más que alinearse.

Una de las características esenciales de la orientación del discurso de *Annales* hacia lo económico, la vida material y la geografía, es la ralentización de la noción del tiempo. El periodo breve de los regímenes y de los reinos será sustituido por el periodo largo. El historiador tiende a privilegiar lo que dura, lo que se repite, para poder establecer ciclos largos de tendencias seculares. Esta nueva historia rompe también, a este nivel, con la historia historizante, puramente factual, que dominaba aún a comienzos del siglo XX y cuya caricatura fue diseñada por esta tesina leída en la Sorbona en 1906: *La Révolution de 1848: études critiques sur les journées des 21, 22, 23 et 24 fevrier 1848*, transformado en una voluminosa tesis de 535 páginas en 1911 por Albert Crémieux. Por el contrario, el 45.9% de los artículos de *Annales* durante el periodo 1929-1939 tratan de largos periodos, contra el 30.7% de la *Revue historique* y el 25.3% de la *Revue d'histoire moderne et contemporaine*.[63]

Otra orientación asumida por *Annales*, y aún más por Marc Bloch, que con ello asume el desafío durkheimiano, es la historia comparada. Marc Bloch propone en Oslo, en 1928, un programa de historia comparada de las sociedades europeas. Precisa su objetivo y sus métodos. Los sociólogos fundamentan su disciplina como ciencia en la medida en que ésta accede a la comparación. Marc Bloch incluye esta perspectiva para los historiadores: "Quizá ése sea el porvenir de nuestra ciencia".[64] Las condiciones necesarias para el éxito de este proyecto son para Marc Bloch el comparar lo que es comparable, tratándose de sociedades que tengan entre ellas una cierta similitud de entrada. Para evitar una trayectoria no histórica, manejando grandes generalidades extraespaciales y temporales en grandes comparaciones de orden analógico, Marc Bloch limita la comparación a las sociedades del mismo tipo y considera este proyecto

[63] O. DUMOULIN, *Profession historien: 1919-1939, op. cit.*, p. 261.

[64] M. BLOCH, "Pour une histoire comparée des sociétés européennes", *Revue de synthèse historique*, dic. 1928, recogido en *Mélanges M. Bloch, op. cit.*, p. 16.

como mucho más científico que las exégesis acerca de las similitudes entre las sociedades primitivas y la sociedad antigua occidental. Importa, pues, partir de una proximidad, sea ésta espacial o temporal. La historia comparada debe permitir al historiador tener acceso a las causas fundamentales de los fenómenos observados, revelarle los auténticos resortes de las semejanzas y desemejanzas. El otro gran interés de esta historia comparada es sacar a la historia de las fronteras artificiales que fundamentan su investigación, transgredir los compartimentos topográficos, así como las fronteras nacionales de los Estados, aplicadas a la Edad Media u otras épocas en que constituyen un anacronismo. La historia comparada permite a Marc Bloch adoptar un gran horizonte para probar sus hipótesis. Nunca separa los elementos de la historia francesa de los de Europa, y no para hacer un conjunto uniforme, sino, al contrario, para revelar caracteres originales, diferencias. Partiendo de un punto de vista europeo en su estudio de la sociedad feudal, aparte una alusión hecha al Japón, constata una ruptura interna, a partir de la herencia común de la Antigüedad, entre la Europa occidental y el resto de Europa. Notable intuición la de un historiador anterior a Yalta que sugiere la existencia de una división mucho más antigua que la de 1945. Todo inventor es un poco profeta a su manera.

HISTORIADORES DE LO MENTAL

En su proyecto de captación, Marc Bloch y Lucien Febvre se apropiaron de otra región del saber, aquello que llamamos el estudio de las mentalidades y que llega a la historia desde otras disciplinas: la etnología y, sobre todo, la psicología. Lucien Febvre utiliza en este plano los trabajos de su amigo y condiscípulo de la École normale, Charles Blondel. Este último emplea la noción de mentalidad primitiva –ya presente en Lucien Lévy-Bruhl en 1910– desde 1926.[65] Este nuevo injerto disciplinario que permite que se constituya una psicohistoria, hecha posible por las carencias de una disciplina psicológica dividida entre su vocación práctica y su trabajo teórico, no tendrá una gran expansión en el futuro inmediato, a no ser en la orientación de las investigaciones de Marc Bloch y Lucien Febvre. Esta inflexión hacia las mentalidades prefigura las evoluciones futuras y el impulso irresistible de estas cuestiones en los años sesenta. En este primer periodo de *Annales* la parte de historia cultural en el sentido amplio es todavía limitada, y aún inferior al lugar que ocupa en la *Revue historique*. Se da una ruptura bastante visible entre las preocupaciones, cada vez más fundamentadas en lo mental, de Lucien Febvre y el contenido

[65] LÉVY-BRUHL, *Les Fonctions mentales dans les sociétés inférieures*, 1910.

de la revista, que sigue siendo, prioritariamente, económico y social. La obra de los dos maestros de *Annales* está, pues, muy impregnada por la preocupación de sacar de su cripta al universo mental. Se nutre de dos fuentes: la de la psicología, que era particularmente importante en la época en la que los historiadores quisieron renovar su disciplina: "La historia, en suma, es la psicología misma: es el nacimiento y el desarrollo de la psique";[66] pero también se nutre de la sociología durkheimiana. Esta doble inspiración marca de manera diferente a los dos directores de *Annales*. Lucien Febvre es más sensible a la preocupación puramente psicológica, a la confrontación entre hombre singular y universo mental en el cual interviene. Abre así una brecha crítica en la historia tradicional de las ideas al situar la tarea del historiador al nivel de la articulación entre la obra y las condiciones sociales y mentales que la ha hecho nacer. La orientación de Lucien Febvre está aún muy marcada por el humanismo clásico, por una percepción del hombre como individuo. Reacciona contra lo que considera como un exceso de cientificismo, de expulsión del hombre. El horizonte histórico de Lucien Febvre, el punto central de su investigación, resulta ser la psicología histórica. Para llevar a cabo la introspección de un universo mental y psíquico cada vez se ocupa más del individuo como objeto de análisis, trátese de Lutero, Rabelais, Margarita de Navarra, trátese del consciente, del consciente singular. Marc Bloch se adhiere a otro camino en su acercamiento a las mentalidades. Desde 1924, en *Les Rois thaumaturges*, se dedica, ante todo, a describir las prácticas colectivas, simbólicas, las representaciones mentales no conscientes de los diversos grupos sociales. Marc Bloch, para tener acceso a lo mental, se nutre más de la aportación de la sociología durkheimiana que de la psicología. Su proyecto se asemeja más al estructuralismo y anuncia los métodos de la antropología histórica. A este respecto, Lucien Febvre, que a menudo es presentado como iniciador de la historia de las mentalidades, no será quien tenga más herederos. "La orientación teórica que dominaba las ciencias sociales en los años cincuenta invitaba a seguir el camino trazado por Marc Bloch".[67] La psicología histórica pronto se volvió anticuada, mientras que, por el contrario, las investigaciones de las lógicas internas de lo cotidiano, de las representaciones colectivas no conscientes, de las condiciones de la producción cultural, de los fenómenos mentales en su articulación en la vida social, de los grupos sociales, todo ello alimentado por el estructuralismo, ha tenido un futuro de lo más fecundo. Un mismo interés por lo mental, pero dos vías, dos filiaciones para una misma escuela histórica.

[66] H. BERR, *La Synthèse en histoire*, 1911, citado por J. Revel, *Dictionnaire des sciences historiques*, PUF, 1986, pp. 450-56.

[67] A. BURGUIÈRE, *Y a-t-il une nouvelle histoire?*, Coloquio de Loches, Institut collégial européen, 1980, p. 28.

Esta dualidad se vuelve manifiesta cuando Lucien Febvre da cuenta de *La Société féodale* de Marc Bloch en *Annales* en 1940. A pesar de la amistad, la fraternidad intelectual y afectiva que une a los dos hombres, Lucien Febvre se muestra bastante crítico de cara al libro de Marc Bloch: "No estoy en absoluto satisfecho... Lo que me molesta por mi parte, una vez cerrado el libro, es que el individuo está casi completamente ausente..., y diría, a veces, si pudiese, que en la obra de Bloch se da una especie de retorno al esquematismo. Digámoslo claramente: hacia lo sociológico, que es una forma seductora de lo abstracto".[68]

La psicología es, pues, la gran inspiradora de Lucien Febvre, el cual reclama una historia de los sentimientos, del amor, de la muerte, de la piedad, de la crueldad, de la alegría, del miedo..., pero además, se precisa que esta historia se integre en el estudio global de una civilización y no arrancarla de sus raíces, como a un objeto sacado de su contexto en grandes generalizaciones diacrónicas o referentes a la naturaleza humana: "Cuando digo: no tenemos una historia del amor, ni de la alegría, que se entienda bien que no pido un estudio sobre el amor o sobre la alegría a través de todos los tiempos, todas las edades y todas las civilizaciones".[69] Se considera, pues, a la psicología como material del historiador en tanto que debe insertarse en el análisis de civilizaciones de las cuales no es disociable. En el centro de la problemática de Lucien Febvre tenemos el binomio individuo/sociedad, el cual se enuncia así: "El individuo no es nada más que lo que su época y su medio social permiten que sea".[70] En su *Lutero*,[71] Lucien Febvre confronta la psicología de un individuo, Lutero, con el universo mental de la Alemania del siglo XVI. De este encuentro nacerá la reforma de la Iglesia, la disidencia de Roma. Contrariamente a los estudios tradicionales, aquí ya no se valoriza el peso del individuo, puesto que Lucien Febvre rechaza con firmeza esta concepción de la historia; lo que prevalece es el universo mental, lugar de encuentro entre las aspiraciones individuales y colectivas. Sin embargo, Lucien Febvre, en este estudio de psicohistoria, tiende a abandonar las realidades sociales, presentes en su tesis sobre el Franco-Condado, en beneficio de lo mental. La psicología retrospectiva o psicología histórica pretende restituir los marcos mentales de los periodos pasados, romper con la concepción de una naturaleza humana intemporal, inmutable, así como con todo anacronismo, o sea la tendencia natural a transportar nuestras propias categorías de

[68] L. FEBVRE, *Annales, d'histoire sociale*, 1940, t. 2, núm. 1, pp. 39-41; recogido *en Annales d'histoire sociale*, t. 3, 1941; recogido en *Pour une histoire à part entière, op. cit.*, pp. 413-27.

[69] L. FEBVRE, *Annales d'histoire sociale*, t. 3, 1941, núm. 1-2, pp. 5-20, recogido en *Combats pour l'histoire, op. cit.*, pp. 221-38.

[70] L. FEBVRE, *Encyclopédie française*, "Histoire et psychologie", 1938, tomo VIII, recogido en *Combats pour l'histoire, op. cit.*, p. 211.

[71] L. FEBVRE. *Un destin: M. Luther* (1928), PUF, 1968.

pensamiento, de sentimiento, de lenguaje a sociedades donde no significan nada o no significan lo mismo. Este es el sentido de *Rabelais*, publicado en 1942: "Evitar el pecado de los pecados, el pecado entre todos irremisible: el anacronismo".[72] Lucien Febvre ataca en este libro la tesis de A. Lefranc, el cual hace de Rabelais un racionalista, un librepensador. Se interroga acerca de la posibilidad de la incredulidad en el siglo XVI y, a este efecto, reconstruye el utillaje mental de la época para deducir que Lefranc había caído en pecado de anacronismo, que había leído los textos del siglo XVI con los ojos de un lector del siglo XX. El utillaje mental del siglo XVI no permitía, a los ojos de Lucien Febvre, la irrupción de un pensamiento lógico que nace más tardíamente con el cartesiano siglo XVII, Galileo y la Gramática de Port-Royal. Muestra hasta qué punto el cristianismo impregna totalmente la vida colectiva e individual del siglo XVI: "Era el aire mismo que se respiraba".[73] Si el descubrimiento de las estructuras del pensamiento del siglo XVI puede parecer moderno y anunciador de las formaciones discursivas llevadas a cabo por Michel Foucault, tampoco faltan un cierto número de referencias a un evolucionismo centroeuropeo superado que evoca, en esta obra, "la deficiencia o laguna del pensamiento" en el siglo XVI[74] a propósito de vacíos de vocabulario en la época y de una sintaxis que produce una "impresión de mariposeo y de incoherencia".[75] La religión de Rabelais no puede leerse en relación al agnosticismo futuro, pero sí que puede ser referida a Erasmo, al pensamiento del Renacimiento, que trata de afirmar el absoluto valor de la naturaleza y de la humanidad. No será ésta, posteriormente, la investigación que sobre el mismo objeto, Rabelais, nos ofrecerá Mijail Bajtin.[76] Este nos brinda una lectura de Rabelais como síntoma y reproducción de toda una cultura popular, específica, e, incluso, en situación de marginalidad en relación con la cultura sabia, oficial. El utillaje mental de Lucien Febvre es exfoliado a partir del dualismo social. Rabelais, en este cuadro, se nos presenta como el escritor que ha conseguido reencontrar la espontaneidad, la pureza de una cultura vejada por las maquinarias opresivas del Estado. La importancia dada por Rabelais a las actividades corporales, a la vida material, no haría más que retomar la herencia de esta cultura, de este mundo aparte, lugar de resistencia. Este horizonte social escapa a un Lucien Febvre absorto por la perspectiva de construir una psicología histórica.

[72] L. FEBVRE, *Rabelais ou le problème de l'incroyance au XVIe siècle* (1942), A. Michel, 1968, p. 15.

[73] *Ibid.*, p. 308.

[74] *Ibid.*, p. 328.

[75] *Ibid.*, p. 332.

[76] M. BAJTIN, *L'Œuvre de F. Rabelais et la culture populaire au Moyen Âge et à la Renaissance*, Gallimard, 1970.

El segundo instrumento de acercamiento a lo mental, preconizado por Lucien Febvre, toma su origen de la construcción de una historia literaria, de la cual su *Rabelais* es una perfecta ilustración. Ahí también se trata de una tentativa de captación, referida esta vez a la disciplina con más implantación universitaria: el estudio literario. El primer número de la *Revue de synthèse historique* de Henri Berr en 1900 incluía un artículo manifiesto de Gustave Lanson, el cual exponía su objetivo: sacudir una cierta esclerosis de los literatos. Deseaba historizar el acercamiento a la literatura, pero no disponía de otro *partenaire* que no fuese una escuela historizante cuyo objeto privilegiado era ante todo la revancha contra los alemanes, más aún que la literatura. Si Gustave Lanson se ve, de alguna manera, fuertemente marcado por las posiciones de un Charles Seignobos y de un Charles Langlois, de quienes alaba los méritos y el método, no es menos innovador cuando se propone descubrir la realidad ignorada de la literatura de provincias, la de los anónimos, la de los olvidados... Sienta también las bases de una sociología de la literatura y de una historia de las mentalidades cuando intenta conocer las condiciones de la producción y de la circulación literaria, la relación que establece el lector con la obra y las razones del éxito de tal o cual novela. Rompe con la tradicional monografía de grandes autores o de grandes obras, ensalzados en nombre de la perennidad de la naturaleza humana: "Los libros existen para los lectores... ¿Quién lee y qué se lee? He ahí las dos cuestiones esenciales".[77] Si bien este programa no fue realizado por los literatos, sí que sería reivindicado por Lucien Febvre, pues ya se ve que su mayor preocupación era la misma que la de Gustave Lanson. En 1941, Lucien Febvre se extrañaba del abandono del programa de Gustave Lanson y de sus trabajos personales sobre Lutero y Rabelais: sostiene que los historiadores están preparados para llevarlo a cabo: "Una historia histórica de la literatura, en una época dada, en sus relaciones con la vida social de esta época..., se necesitaría para escribirla reconstruir el medio, preguntarse quién escribía y para qué, quién leía y para qué...".[78] Retorna punto por punto las perspectivas de investigación de Gustave Lanson, pero dirigidas, esta vez, por los historiadores. La literatura constituye, pues, un instrumento eficaz para comprender la sensibilidad de otra época, pero no es más que un elemento de un *puzzle* mucho más complejo. El historiador debe apropiarse de otros campos de estudio como es la iconografía artística, así como de una ciencia nueva, en pleno arranque, la lingüística. En este punto, Lucien Febvre fue influido por Antoine Meillet, cuyo estudio de la

[77] G. LANSON, "Programme d'études sur l'histoire provinciale de la vie littéraire en France", 1903, en *Essais de méthode et d'histoire littéraire*, Hachette, 1965, p. 83.

[78] L. FEBVRE, "De Lanson à Mornet: un renoncement?", *Annales d'histoire sociale*, 1941, recogido en *Combats pour l'histoire*, *op. cit.*, pp. 263-8.

lengua griega está todo él impregnado de historia: "Hacer la historia de los dialectos griegos, es hacer la historia de la colonización griega".[79] Esta ósmosis entre hipótesis históricas e hipótesis lingüísticas puede consolidar la posición central, rectora, de la disciplina histórica. Si la historia consigue asimilar a la literatura, la lingüística y la iconografía, puede aspirar a un futuro resplandeciente en el campo del conocimiento de la cultura.

Marc Bloch comparte con Lucien Febvre el interés por una historia de las mentalidades. También él concede, en la perspectiva de su construcción, un lugar central a la psicología. No está exento de tendencia mentalista cuando considera que a los hechos psicológicos, el historiador debe buscar antecedentes en la misma esfera psicológica. Cuando Marc Bloch preconiza una historia de las prácticas alimentarias,[80] encuentra la misma inspiración que Lucien Febvre, que había dirigido una investigación etnológica sobre las "fuentes gastronómicas" de las diversas regiones francesas; la de una historia de la civilización material que conocerá un gran éxito, aunque más tardío, en los años sesenta. Con todo, Marc Bloch no escribe la misma historia de mentalidades que Lucien Febvre. Su principal inspiración es otra. Más que la psicología, se nutrió de la antropología histórica naciente, de la que estuvo muy próximo. En efecto, fue condiscípulo en la École normale de Louis Gernet y de Marcel Granet, a quien volvió a encontrar posteriormente en la Fundación Thiers, donde fue pensionista de 1909 a 1912. Marc Bloch, en este trío, sufrió una influencia decisiva, la de un durkheimismo abierto a la historia. Louis Gernet, futuro gran helenista, colaboró con François Simiand en *L'Année sociologique*. Publicó su tesis en 1917 y su gran obra, *La Génie grec dans la religion*, en 1932 en la colección de Henri Berr. Defendió una concepción globalizante del estudio de los hechos sociales y mentales, realizó la simbiosis entre etnología e historia en la línea de Marcel Mauss, la del hecho social total. Louis Gernet no se limita solamente a influir a Marc Bloch, además anuncia la muy brillante escuela francesa de antropología histórica sobre la Grecia antigua: Jean-Pierre Vernant, Pierre Vidal-Naquet, Marcel Détienne, François Hartog, Nicole Louraux... Se volvió a encontrar junto a Marc Bloch en *Annales* y vio en este último, "más que en los sociólogos, al verdadero heredero de la tradición durkheimiana".[81]

Marc Bloch fue también influido por Marcel Granet, gran sinólogo cuyos trabajos se impondrían rápidamente a partir de la postguerra.[82] Marcel Granet atrajo a Marc Bloch hacia el interés por los ritos, los mitos, la psicología colectiva comparada, los sistemas de creencia; otros tantos

[79] A. MEILLET, *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, 1913, p. 174.

[80] M. BLOCH, "Technique et évolution sociale", *Europe*, 1938, pp. 23-32, recogido en *Mélanges M. Bloch, op. cit.*, pp. 833-8.

[81] R. DI DONATO, *Annales*, 1982, pp. 984-96.

[82] M. GRANET, *Fêtes et chansons anciennes de la Chine* (1919); *La Religion des Chinois* (1922).

temas que permitirán la aparición de la gran obra precoz de Marc Bloch: *Les Rois thaumaturges* (1924).[83] Marc Bloch no limita su acercamiento de lo mental al campo del pensamiento consciente estructurado, escruta las correlaciones entre actitudes religiosas y realidades sociales, con el fin de comprender las implicaciones sociales de la historia religiosa y las implicaciones religiosas de la historia social. La Iglesia pertenece, en esta estructura histórica, a la frontera entre los dos mundos, el ideal y el material. En estos dos órdenes, Marc Bloch no busca una relación de causalidad, sino relaciones de interdependencia en estudios sincrónicos. Contrariamente a Lucien Febvre, la psicología social de Marc Bloch no se aleja jamás de su sustrato social y se refiere siempre a sus diversas categorías. Está muy cerca, pues, de lo que se llamaría antropología histórica, y cuando explora la vía hacia la historia del cuerpo, de las edades de la vida, de las emociones, anuncia los futuros objetos privilegiados que se retomarán uno a uno por parte de la tercera generación de *Annales*, aunque sea olvidando la voluntad totalizante de Marc Bloch. Como Lucien Febvre, Marc Bloch reaccionó contra la concepción pasiva del historiador que prevalece en la escuela historizante y privilegió, por el contrario, el cuestionamiento, las hipótesis puestas a prueba de los hechos y no escritas bajo su dictado. Acerca de la historia de las mentalidades, abre, en este sentido, otra perspectiva muy rica cuando apela al historiador para que esté más atento a lo no dicho de los documentos: "Lo que el texto nos dice expresamente ha dejado, hoy, de ser el objeto preferido de nuestra atención".[84] Tomando el ejemplo de las hagiografías escritas en la Alta Edad Media, muestra que estas vidas de santos no nos enseñan nada acerca de los personajes que tratan de describirnos; en compensación, son una mina para el historiador que se interroga acerca de las categorías mentales de la época. Marc Bloch integra así nuevas fuentes, nuevos objetos para discernir las mentalidades de la Edad Media; no se limita al documento escrito, lo enriquece además con la iconografía, el estudio de los rituales..., como medios de acceder al inconsciente de las prácticas sociales. Encontramos aquí, tanto por sus objetos como por su voluntad hermenéutica, el mismo proyecto que el de la antropología. Una experiencia, existencial en este caso, condujo a Marc Bloch al estudio de estas estructuras profundas, de estas categorías mentales: se trató de la guerra de 1914-1918, en la que participó como soldado, pero también como historiador que reflexiona sobre lo que ve: "La psicología de los soldados y hombres de 1914-1918 esclarecerá la actitud de las gentes de la Edad Media frente al milagro real".[85] Así pues, por una trayectoria regresiva, el proyecto de su

[83] Véase prefacio de J. LE GOFF a la edición de 1983 de *Les Rois thaumaturges*, de M. BLOCH, Gallimard.

[84] M. BLOCH, *Apologie pour l'histoire*, *op. cit.*, p. 62.

[85] J. LE GOFF, prefacio de *Les Rois thaumaturges*, de M. BLOCH, *op. cit.*, p. VII.

futuro libro (1924), *Les Rois thaumaturges*, maduró durante la guerra mientras estaba dedicado a otros asuntos centrados absolutamente en la historia rural de la Isla de Francia. En 1919 confía a Charles-Edmond Perrin: "Cuando haya acabado con mis rurales, abordaré el estudio de la unción de la consagración real de Reims".[86] ¿Cómo es que la guerra ha podido conducir a Marc Bloch a interrogarse acerca de la capacidad de los reyes para curar a los escrofulosos? Mediante una reflexión acerca del testimonio, el rumor, la falsa noticia. La historia verdadera, autentificada, no es la única que tiene efectos sobre lo real: "Las falsas noticias... han llenado la vida de la humanidad".[87] Comprender el mecanismo de propagación, discernir el terreno favorable, tal es el objeto de estudio de Marc Bloch, el cual instiga el desarrollo de la psicología colectiva, una psicología del testimonio aún balbuciente. Cuenta la captura de un centinela alemán por su regimiento de infantería en septiembre de 1917 al norte de la ciudad de Braisne, nombre mal entendido y tomado por Brême; el alemán es considerado inmediatamente un espía establecido en Braisne. La transfiguración no se lleva a cabo en cualquier sitio, ni en el frente, ni en la retaguardia, sino en este lugar situado entre dos aguas, esta retaguardia relativa donde los grupos de diferentes regimientos se cruzan, donde la censura es total, donde la angustia de la muerte acecha y obsesiona a soldados que la esperan: "La guerra fue una gran experiencia de psicología social".[88] De esta experiencia, Marc Bloch, a partir de una trayectoria recurrente que preconiza como modélica, se pregunta por la creencia colectiva en el poder de curación de los reyes, para concluir que todo es cuestión de una "gigantesca noticia falsa". Sin embargo, cuando estudia su objeto de historia mental lo integra en una perspectiva global, amplia por el espacio que recubre, larga por la duración e integradora de todos los aspectos de la sociedad sin abandonar el estudio de lo político que se encuentra en el centro mismo del libro: "Lo que he querido ofrecer aquí es, esencialmente, una contribución a la historia política de Europa, en el sentido amplio, en el verdadero sentido de la palabra".[89] Se interroga sobre la fuerza, la vitalidad, la permanencia del sentimiento de lealtad frente al poder monárquico y ve en el carácter sobrenatural de este último una posible explicación. No se conforma con constatar esta práctica real de curación y se pregunta por la recepción del milagro: "Henos aquí lejos de la historia de las ideas tradicionales, de la tradición positivista e idealista".[90] Sin embargo, al igual que ocurría en Lucien Febvre con motivo

[86] Ch. E. PERRIN, prefacio, *Mélanges M. Bloch, op. cit.*, pp. X-XI.

[87] M. BLOCH, "Réflexions d'un historien sur les fausses nouvelles de la guerre", *Revue de synthèse historique*, 1921, recogido en *Mélanges M. Bloch, op. cit.*, p. 43.

[88] *Ibid.*, p. 57.

[89] M. BLOCH, *Les Rois thaumaturges* (1924), A. Colin, 1961, p. 21.

[90] J. LE GOFF, prefacio de *Les Rois thaumaturges, op. cit.*, p. XIX.

de su *Rabelais*, encontramos un cierto número de despojos de su juicio racionalista, por parte de Marc Bloch, a propósito del milagro real. Lo juzga en nombre de la razón y compensa el milagro de las paperas o de los escrófulos (equivalente de la adenitis tuberculosa) con un "sistema psicológico que, por una doble razón, podemos calificar de primitivo: en primer lugar, porque lleva la marca de un pensamiento aún poco evolucionado y totalmente inmerso en lo irracional, y también porque se le encuentra en estado particularmente puro en las sociedades que hemos dado en llamar primitivas".[91] Marc Bloch se inspira aquí en los trabajos antropológicos existentes, los de Frazer y Lévy-Bruhl, trabajos impregnados de positivismo y que oponen el espíritu superior de la lógica de Occidente a la mentalidad primitiva, a la mitología, consideradas éstas como expresiones de la debilidad mental, postura a la que Claude Lévi-Strauss ajustó las cuentas en 1962 en su obra *El pensamiento salvaje*. El utillaje mental de Marc Bloch sigue siendo, pues, en este campo, tributario de una antropología todavía infantil y encerrada en sus prejuicios eurocéntricos. Hay muchas dificultades para superar la doble explicación tradicional de los fenómenos religiosos que él rechaza: la explicación voltairiana, que valora la obra consciente e individual, y la explicación romántica, que privilegia las fuerzas profundas y oscuras de la sociedad. Tampoco falta en esta demostración magistral un poder cuya legitimidad no se limita a la afirmación de sus prerrogativas concretas, jurídico-políticas, sino que se apoya en el ideal, en los fundamentos mágicos. Marc Bloch sienta así las bases de una historia de las ideas renovada que se nutriría más de los hechos de la vida cotidiana que de la obras teóricas. Los rituales de curación, de consagración, de la unción real son otras tantas tramoyas conflictuales entre la Iglesia y los príncipes temporales. La lucha es dura en este frente donde se juega la primacía de las dos órdenes dominantes de la sociedad medieval: los que rezan y los que guerrean. Los gregorianos, en su voluntad de hacer compatible lo sagrado y lo secular, no han conseguido desenraizar el atributo mágico del poder real. El poder real, al multiplicar su fuerza en el curso de los siglos XVI y XVII, descansará más que nunca en el carácter divino de su representante. Luis XIV y los Estuardo, al otro lado de la Mancha, serán el objeto de una idolatría cada vez más popular: "El absolutismo es una especie de religión".[92] Fue la contestación política al absolutismo lo que hizo reparar en esta creencia tanto en Inglaterra, con la revolución del siglo XVII, como en Francia, con el desarrollo de las Luces en el siglo XVIII y la revolución de 1789. Con el progreso del racionalismo y el hundimiento del absolutismo desapareció una concepción del universo y nació un nuevo mundo. Marc Bloch, cuyo

[91] M. BLOCH, *Les Rois thaumaturges* (1924), Gallimard, 1983, p. 52.

mayor interés es el orden antropológico, realizaría plenamente una obra de historiador no sólo historizando esta creencia, sino resituándola en el tejido social del cual ha nacido y donde ha prosperado. De la misma manera, más tarde, cuando estudia la sociedad feudal, la aborda ante todo y sobre todo como mentalidad feudal. La acusación de sociologismo de Lucien Febvre no vale para esta obra, que quiere ante todo restituir una estructura mental específica. La mayor parte de su primer libro está dedicada a la "manera de sentir y de pensar".[93] Muestra una sociedad indiferente al tiempo, no a causa de la imperfección de las técnicas, sino revelada por ella. Bajo estos rasgos generales se identifican la mentalidad del campesino, del clérigo, del noble, en tanto que aspiraciones, modos de existencia muy diferentes y que, sin embargo, coexisten en una misma sociedad sin superar un cierto número de grietas, de conflictos que se desplazarán a lo largo de la evolución social. La tentativa de construcción de una psicología colectiva se asemeja, para Marc Bloch mucho más que para Lucien Febvre, a una antropología en estado de gestación, a un estructuralismo incipiente. Supone un jalón esencial en la historia de las ciencias sociales y conocerá la influencia más fecunda.

LA HERENCIA

Cuando leemos en Voltaire: "Sólo se ha escrito la historia de los reyes, pero no se ha escrito la de la nación; parece que durante 1400 años no haya habido en las Galias más que reyes, ministros y generales, pero nuestras costumbres, nuestras leyes, nuestros hábitos, nuestro espíritu, ¿acaso no son nada?",[94] uno se pregunta qué es lo que realmente ha inventado *Annales*, a no ser que se trate de realizar un programa ya diseñado en el siglo XVIII. Voltaire retorna este programa en *Nouvelles Considérations sur l'historie* (1744) y lo aplica en *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations historiques* (1740-1756). Chateaubriand, más tarde, en su prefacio a los *Études historiques* (1831) escribe lo que Jacques Le Goff califica de verdadero manifiesto de la nueva historia:[95] "Ahora la historia es una enciclopedia; hay que echar mano de todo, desde la astronomía a la química, desde el arte del financiero hasta el del manufacturero, desde el conocimiento del pintor, del escultor y del arquitecto hasta el del economista". Pero aquel cuya concepción aparecerá como más próxima a la de *Annales*, sin aparato estadístico pero con romanticismo, es Jules Michelet, presentado hoy como el papa de la nueva historia, bien que canonizado tardíamente. También

[92] *Ibid.*, p. 345.
[93] M. BLOCH, *La Société féodale*, 1968, t. 1, libro 2, cap. 2, p. 115.
[94] VOLTAIRE, *Lettre au marquis d'Argenson*, 26 de enero de 1740.
[95] J. LE GOFF, *La Nouvelle Histoire*, Retz, 1978, p. 223.

se desmarcó de la escuela histórica dominante: "Me di cuenta de que en Francia habían anales, pero no una historia".[96] Critica a Guizot, Thierry, porque les reprocha, como harían Marc Bloch y Lucien Febvre frente a Langlois, Lavisse o Seignobos, privilegiar una íntima película de la historia: "La historia... me parecía entonces débil por sus dos métodos: demasiado poco material al tener en cuenta las razas y no el sol, el suelo, el clima, los alimentos, tantas circunstancias físicas y fisiológicas. Muy poco espiritual al hablar de leyes y de actos jurídicos y no de ideas, ni de costumbres, ni del gran movimiento progresivo interior del alma nacional".[97] Michelet quiso crear una historia total, reuniendo todos los aspectos de la realidad en un mismo movimiento. Así, se comprende mejor por qué se rehabilita a Michelet en un momento en que rechazar fenómenos es la moda de la nueva historia. Fue el primero que comenzó a interesarse por la brujas, por lo irracional, por la herejía, por los marginados, por la cultura popular. ¿Ha habido pues revolución "annalista" o simple reactualización de una herencia cuyas bases habrían sentado Voltaire o Michelet? Se puede responder a esta pregunta con André Burguière, según el cual *Annales* es más original por la manera como sus iniciadores afirman su programa que por el mismo programa. No es menos cierto que este programa aparece como innovador confrontado a la escuela metódica dominante y es respecto a esta escuela como se considera la ruptura epistemológica codificada por *Annales*.

Marc Bloch y Lucien Febvre, en su voluntad innovadora, permanecen fundamentalmente fieles a ciertas orientaciones que fundamentan la historia como disciplina específica en el campo de las ciencias sociales. No incluyen totalmente a la historia en el terreno de las disciplinas vecinas. Por el contrario, consiguen atraer a las ciencias sociales al terreno de la historia. Nos falta comprender en qué han permanecido fieles aún a cierto número de orientaciones esenciales y cuáles son las rupturas que han efectuado.

Annales, lo hemos visto, no es portador de una filosofía de la historia y rechaza todo dogmatismo para mejor ganarse a su causa a las ciencias sociales vecinas. De esta difuminación artística resulta un cierto número de contradicciones en los mismos propósitos de los dos directores en cuanto a lo que encierra la globalidad histórica. En un mismo artículo, Lucien Febvre sostiene sucesivamente estos dos planteamientos contradictorios en el análisis de los lazos entre las diversas instancias de lo real: "En cada periodo histórico, es la estructura económica de la sociedad la que, al determinar las formas políticas, rige también las costumbres sociales e incluso la dirección general del pensamiento, así como la orientación

[96] MICHELET, *L'Histoire de France*, prefacio, 1869.
[97] *Ibid.*

de las fuerzas espirituales". Se diría que leemos la versión estalinista y economicista de Marx, pero poco después corrige: "La Reforma hija del capitalismo, o a la inversa, el capitalismo fruto de la Reforma: no, mil veces no. Sustituyamos el dogmatismo de una interpretación tan simple: ¿Precisa enunciarse la joven noción de la interdependencia de los fenómenos?".[98] Ni Marx ni Jesús, o más bien, ni Marx ni Weber, a los cuales Lucien Febvre opone la concepción de una totalidad-magma en la que todo depende de todo recíprocamente. Marc Bloch califica incluso al tiempo histórico de plasma: "El tiempo de la historia es el plasma mismo donde se bañan los fenómenos y algo así como el lugar de su inteligibilidad".[99] Para Marc Bloch, la deconstrucción de lo real es un medio para aprehender lo real, un primer estadio de análisis, pero con la condición de que tenga una perspectiva globalizadora: "El peligro comienza cuando cada proyector pretende, por sí solo, verlo todo; cuando cada cantón del saber se toma por una patria".[100] Por otra parte, el conocimiento histórico no puede resultar de un amontonamiento de los diversos fragmentos del saber estudiados en sí. Al igual que una muchedumbre no es una suma de individuos, la historia no es la suma de objetos estudiados sucesivamente unos con otros; sólo puede existir en la restitución de las interacciones entre los diversos niveles de lo real. Si la noción de plasma de Marc Bloch sigue siendo vaga acerca de la naturaleza de las relaciones internas de un sistema social, no concibe a este último como la yuxtaposición del *Homo œconomicus*, del *Homo religiosus*, del *Homo politicus*..., sino en el esbozo de una síntesis a partir de conceptos tales como el de régimen agrario en *Les Caractères originaux*, o del sistema feudal, del cual subraya la unidad, en *La Société féodale*.

Los historiadores de *Annales* se han preocupado poco de descubrir leyes en la historia. Su empirismo espontáneo les lleva a concentrarse en el *cómo* mucho más que en el *por qué* a pesar de su concepto de la historia-problema. Este rasgo enlaza también a *Annales* con una continuidad del discurso histórico. Marc Bloch y Lucien Febvre continúan siendo partidarios de una escritura antropocéntrica, donde el hombre es el único objeto de preocupación del historiador, el sentido mismo de su trabajo. Cierto que este hombre no es en absoluto el mismo que el de la escuela metódica, la cual privilegiaba a los grandes, a los más altos responsables del Estado; aquí más bien se trata del hombre de los trabajos y los días, del hombre medio; pero esto no quita que, a pesar de este desplazamiento espacial, la historia sea historia humana: "No hay más historia que la del hombre... la historia ciencia del hombre, y también de los hechos, sí, pero

[98] L. FEBVRE, *Pour une histoire à part entière*, *op. cit.*, pp. 364-5.
[99] M. BLOCH, *Apologie pour l'histoire*, *op. cit.*, p. 36.
[100] *Ibid.*, p. 126.

de hechos humanos; esa es la tarea del historiador".[101] Ese es *el leit motif* del discurso del *Annales* del primer periodo, a pesar de sus pretensiones cientificistas. Marc Bloch y Lucien Febvre no habrían apreciado, sin duda, que se desplazara el territorio del historiador hacia zonas que en el hombre no fuera el centro, o estuviera ausente, como ha hecho Emmanuel Le Roy Ladurie,[102] el cual presentaba su proyecto como la realización de una auténtica revolución copérnico-galileana de las ciencias humanas. Marc Bloch habría incluso negado al proyecto el calificativo de obra histórica: "La historia quiere comprender a los hombres. Quien no lo consiga será en el mejor de los casos un peón de la erudición".[103] El hombre permanece en el centro del discurso de *Annales*, es el objeto de la historia, como dijo Lucien Febvre, al igual que la roca lo es para el mineralogista, el animal para el biólogo o la estrella para el astrofísico: "Algo que se ha de explicar. Que se ha de hacer comprender".[104] El hombre de *Annales* es el hombre medio, no el hombre eterno, ni la naturaleza humana, sino el hombre social atrapado en la madeja de la sociedad circundante, ya que la historia de *Annales* de los años treinta no es esta mar calma, este tiempo inmóvil en que se convertirá después. La historia es entonces ciencia del cambio. Este tema retorna constantemente en las propuestas de ambos directores de *Annales*. Revista lanzada en un mundo en plena efervescencia, su práctica histórica consiste en explicar el cambio, en hacerlo inteligible. En términos parecidos, Marc Bloch y Lucien Febvre afirman esta vocación de la historia: "Historia, ciencia del cambio perpetuo de las sociedades humanas".[105] "La historia es en esencia la ciencia del cambio".[106] Marc Bloch denuncia el mito de la pretendida inmovilidad de la vida rural en *Les Caractères originaux*. ¿Qué diría de las tesis actuales acerca de la inmovilidad del tiempo durante cuatro o cinco siglos? Se comprende mejor ahora, después de ver el cómo, el porqué del éxito del proyecto de *Annales*. Se encuentran en este discurso bastantes cabos sueltos para unir las ciencias humanas al proyecto; pero tras estas innovaciones, el zócalo histórico permanece sólido y permite resistir cualquier disolución que perjudique la especificidad de la historia. Marc Bloch y Lucien Febvre deben su éxito estratégico tanto a lo que les ha hecho innovadores como a la herencia que defienden en la difícil confrontación con otras metodologías y otros conceptos, a menudo unidos a un aparejo de cientificidad más avanzado. El estudio de una duración global, que pone en su centro al hombre y que

[101] L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire, op. cit.*, pp. 12-3; "Leçon d'ouverture au Collège de France", *op. cit.*

[102] E. LE ROY LADURIE, *Histoire du climat depuis l'an 1000*, Flammarion, 1967.

[103] M. BLOCH, *Apologie pour l'histoire, op. cit.*, p. 35.

[104] L. FEBVRE, *Combats pour l'histoire, op. cit.*, p. 117.

[105] *Ibid.*, p. 31.

[106] M. BLOCH, *L'Étrange Défaite, op. cit.*, p. 137.

se preocupa fundamentalmente de los cambios: eso es lo que no pueden reivindicar las otras ciencias sociales que no son la historia.

Sin embargo, el discurso del *Annales* de hoy está en muchos puntos en contradicción, en oposición, con los de Marc Bloch y Lucien Febvre. La generación actual no duda en deshacerse del zócalo histórico resguardado por ambos fundadores de su escuela y se alinean en el terreno de las ciencias sociales, hasta el punto de que la historia se arriesga a perder su identidad.

¡A fuerza de querer conservar el poder, la batuta sobre todas las ciencias sociales, acaban los "annalistas" matando a la historia! ¿Qué dirían sus padres espirituales? Con tal de que sus sombras callen, se les ensalza con frenesí, se multiplican las coronas mortuorias, pero ¿no se hace eso para justificar la traición a la herencia? Falta estudiar un eslabón esencial antes de llegar al *Annales* de hoy: la época braudeliana.

II

Los años Braudel

I
LA EXPANSIÓN

LA ECLOSIÓN DE LAS CIENCIAS SOCIALES

Cuando la segunda guerra mundial toca a su fin un mundo nuevo se erige sobre las ruinas. La historia, con sus convulsiones, trastoca una vez más la conciencia histórica de Occidente. La nueva situación se asemeja a la posterior al periodo 1914-1918, pero cada elemento está llevado a su paroxismo. Asistimos a una ampliación de cada uno de los fenómenos ya observados en los años veinte. El declive de la Europa occidental es aún más manifiesto y la suerte del mundo, que se juega sucesivamente en Teherán, Yalta y Postdam, está en manos fundamentalmente de americanos y soviéticos. La reconstrucción de Europa, de ahora en adelante, pasa por Nueva York con el plan Marshall, o por Moscú; Europa está sujeta. Su preponderancia, ya dañada entre 1914-1918, se hunde a mediados del siglo XX. El signo más evidente de ese profundo cambio se encuentra inscrito en el proceso de descolonización, cuya potencia socava las antiguas bases imperiales. Se pretende cubrir el imperio con la hermosa palabra Unión; ésta se disgrega pieza a pieza a causa de la lucha de los pueblos de África y de Asia por su independencia. El discurso histórico fundamentado sobre el Estado-nación, sobre la vocación europea de una misión civilizadora universal, no resiste a estas nuevas evoluciones del mundo contemporáneo y la aspiración a una historia diferente se vuelve cada vez más apremiante. La barbarie desencadenada durante el segundo conflicto mundial había superado todo lo imaginable. Al recoger los cadáveres dejados por la Alemania nazi, se descubre el horror de sus atrocidades, la dimensión de sus crímenes contra la humanidad, el exterminio de seis millones de judíos. Esta barbarie perpetrada por una sociedad tan avanzada como la alemana destruye las certidumbres acerca del sentido de la historia, la marcha hacia adelante de la humanidad, hacia un estado de civilización siempre en progreso. La capacidad de destrucción desatada que revelan

los bombardeos de Hiroshima y Nagasaki refuerzan aún más la inquietud ante el porvenir: ¿podrá la razón triunfar contra la barbarie? Nada hay más inseguro al final de estos desastres.

El otro dato nuevo de la postguerra es la formidable revolución tecnológica. El crecimiento está a las puertas, después de la larga purga vivida durante cuatro años. "Los treinta gloriosos" van a transformar la economía y la sociedad no sólo de Europa o de los dos grandes, sino de todo el tercer mundo, puesto que la economía se mundializa, se ramifica, superando las fronteras, los pueblos y las civilizaciones más diversas con tal de imponer su propia racionalidad. Ante esta nueva situación, la necesidad de nuevas categorías de análisis que permita aprehender mejor las evoluciones en curso se hace sentir en historia. La mundialización no sólo de la economía, sino también de la comunicación, de la información entre los hombres de diversos continentes, hace necesaria una reorientación del discurso histórico que lo adapte a una nueva consciencia del tiempo histórico. Resulta de estas transformaciones un fenómeno de rechazo de una historia estrechamente nacional y una aproximación a las otras ciencias sociales. Este fenómeno es evidente un poco en todas partes, tanto en los Estados Unidos como en la Unión Soviética; por ello, en un contexto tal, la ruptura epistemológica llevada a cabo por *Annales* en 1929, prefiguración de futuras evoluciones, estaba destinada a conocer un éxito en expansión. Al salir de la guerra, la revista cambia bajo el impulso de las nuevas interpelaciones de la postguerra. Toma por título *Annales: économies, sociétés, civilisations*. La desaparición del término historia evoca la preocupación por ir más allá en el proyecto de aproximación a las otras ciencias sociales. Lucien Febvre evoca esta adaptación necesaria a las aspiraciones contemporáneas: "*Annales* cambia porque todo cambia alrededor de él: los hombres, las cosas, el mundo en una palabra". "Acabado ese mundo de ayer. Acabado para siempre... ¡Al agua, os digo. Nadad con ímpetu...! Expliquemos el mundo al mundo".[1] A partir de este momento, *Annales* puede datar su éxito decisivo sobre la historia historizante, la cual desaparece bajo los escombros de la segunda guerra mundial. Como dijo Arnaldo Momigliano en 1961, la escuela de *Annales* "estaba en vías de tomar la plaza ocupada antes en Europa por la escuela histórica alemana, en tanto que plantel de historiadores".[2] Esta concordancia entre el espíritu de la postguerra y los temas de *Annales* le asegura a la revista un prestigio internacional. En esta sociedad en crecimiento de la postguerra, en que los temas de modernización, equipamiento, inversión e inflación dominan la vida de las naciones, lo económico, más aún que en los años treinta, cubre

[1] L. FEBVRE, "Face au vent", *Annales*, enero de 1946.

[2] MOMIGLIANO, citado por G. BARRACLOUGH, *Tendences actuelles de l'histoire*, Flammarion, 1980, p. 66.

el conjunto del universo social y modela los marcos del pensamiento. La segunda generación de *Annales*, que todavía es encabezada por Lucien Febvre, eligió una parte de su herencia. Privilegia lo económico en detrimento de otras vías exploradas: la historia cultural, el estudio de las mentalidades, la psicohistoria, todos estos ámbitos se rechazan, a lo largo de este periodo, en beneficio de los estudios específicamente económicos. Este economicismo explica por qué un investigador como Philippe Ariès, iniciador del estudio del universo mental, ha permanecido solo y aislado. Su *Histoire des populations françaises et de leurs attitudes devant la vie*, que data de 1948, ha sido del todo ignorada. Una estadística de la *Revue historique*[3] muestra cómo los trabajos de historia económica y social representan, en el ámbito de la historia moderna y contemporánea en 1961, el 41% del total de las tesis y el 40% de las tesinas. Una preponderancia tal de lo económico revela el éxito de las tesis "annalistas" anteriores a la guerra. La pregunta se desplaza, pues, desde un estudio de los fenómenos de la crisis –problemática surgida de la crisis de 1929–, como son los trabajos de Ernest Labrousse, a una interrogación sobre el crecimiento económico y el impulso de las fuerzas productivas. Se concentra en el periodo moderno –siglo XVI al XVII– y deja a un lado la sociedad contemporánea como campo de estudio, así como la Antigüedad, las cuales se adaptan mal a la aplicación, durante un largo periodo, de métodos cuantitativos y de series estadísticas. Esta historia "annalista" abandona, pues, el terreno reivindicado con firmeza por la primera generación: el del mundo contemporáneo. Estandarte de la época histórica de *Annales*, esta historia económica tuvo su momento de gloria hasta los años sesenta con el progreso de la estadística y de la cuantificación. En este momento fue correlativa de otra disciplina en expansión: la demografía. En 1946, en la revista *Population*, Jean Meuvret puso en relación las crisis de subsistencia y las crisis demográficas en el Antiguo Régimen. Además, la demografía se dota de una capacidad y de una metodología y eficacia nuevas con Louis Henry.[4] Toda una generación de historiadores de la escuela de *Annales* se lanzará al asalto de las mercuriales de los precios y de los registros parroquiales, contabilizando, estableciendo curvas y ciclos. La serie demográfica, así como la serie de los precios, se convierten en el credo del discurso de *Annales* de los años cincuenta. Es el gran momento de las monografías regionales. Robert Boutruche leyó su tesis sobre la sociedad de Burdeos durante la guerra de los Cien Años en 1947; Georges Duby leyó la suya sobre el Mâconnais en los siglos XI y XII en 1953; Pierre Goubert sobre el Beauvaisis de 1600 a 1730 en 1960, el mismo año de la tesis de Paul Bois

[3] J. SCHNEIDER y Ph. VIGIER, *Revue historique*, 1961, p. 403.

[4] L. HENRY, *Une richesse démographique en friche: les registres paroissiaux*, 1953; *Des registres paroissiaux à la histoire de la population*, PUF, 1956.

sobre los campesinos del Sarthe; Pierre Vilar presenta su *Cataluña en la España moderna* en 1962, y Emmanuel Le Roy Ladurie su estudio sobre los campesinos de Languedoc en 1966. La historia es en este momento mezcla de demografía, curvas económicas y análisis de las relaciones sociales. La síntesis, tan querida por los creadores de *Annales*, se realiza en conjuntos regionales y se constituyen equipos para aumentar su capacidad de aprovisionamiento de datos en las universidades de provincias: en Caen, alrededor de Pierre Chaunu, el cual funda un centro de estudios cuantitativos; en Toulouse, en torno a André Armengaud; en Burdeos, en torno a Jean-Pierre Poussou. La valorización de la demografía responde a la posibilidad de integrar los datos en una cuantificación masiva, y corresponde a un cuadro de conceptualización hecho posible por una técnica, la del ordenador. La cuantificación de largos periodos privilegia la era preestadística de la Edad Media y de los tiempos modernos, en detrimento de la Antigüedad y de la época contemporánea. Lo político, por su parte, está tan proscrito como en el periodo de entreguerras. El economicismo triunfante privilegia aún más el papel del hombre, su capacidad de hacer la historia, de ser el sujeto activo y consciente: "La historia sufrida invade nuestro mundo; tenemos sólo la cabeza fuera del agua, y aún... La parte de libertad humana es muy débil; ésta es la constante de mi larga vida de historiador".[5] El humanismo de Marc Bloch y Lucien Febvre se desvanece, pues, ante el juego inexorable de fuerzas económicas y el hombre deja de ser el centro de los estudios históricos.

Esta reorientación del discurso histórico se alimenta de un desarrollo espectacular de las ciencias sociales. El crecimiento necesita del conocimiento de indicadores proporcionados por nuevos organismos dotados de potentes medios. Son los nuevos operadores, indispensables, de la buena marcha social. Se crea el INSEE en 1946, el INED (Instituto Nacional de Estudios Demográficos) en 1945 bajo la potestad del Ministerio de Sanidad, que tiene su propia revista, *Population*, dirigida por Alfred Sauvy. La estadística y la demografía se convierten entonces en ayudantes del poder político. La sociología se organiza también y progresa con la creación por el CNRS, en 1946, de un CES (Centro de Estudios Sociológicos) presidido por Georges Gurvitch, necesario por el fracaso persistente de esta disciplina, que no conseguía adentrarse en la universidad, quedando confinada, como simple especialización, en el marco de la filosofía. Georges Gurvitch lanza igualmente, en 1946, los *Cahiers internationaux de sociologie*. En 1947, fue la psicología la que ganó su independencia en el mundo universitario al obtener una licenciatura de enseñanza específica. En 1948, Georges Gurvitch, hasta entonces profesor

[5] F. BRAUDEL, debate en la FNAC organizado por *Les Nouvelles littéraires*, 7 de marzo de 1980, "Y a-t-il une nouvelle histoire?".

de Estrasburgo, eficaz trampolín, fue elegido profesor de la Sorbona, signo de la consagración del valor reconocido a la sociología. En el origen de esta eclosión de las ciencias sociales encontramos el papel propulsor del Estado y el de los organismos internacionales relacionados con la UNESCO, los cuales suscitan una demanda de investigaciones al impulsar encuestas sociales. Con esta misión, Lucien Febvre se sienta, en nombre de las ciencias sociales, en una comisión consultiva entre 1945 y 1946, y propone que la UNESCO "se preocupe de elaborar una lista de cuestiones que sean del interés de las ciencias sociales".[6] La UNESCO multiplica las publicaciones y las iniciativas. Funda en 1949 las Asociaciones Internacionales de Sociología y Derecho Comparado, así como la Asociación Francesa de Ciencia Política. Los responsables ponen el acento sobre el retraso que se da en Francia en lo que respecta a las ciencias sociales: "Hora es ya de recuperar el tiempo perdido conjugando los esfuerzos de demógrafos y sociólogos".[7] En este periodo la voluntad de transformar la sociedad y de pensar lo social se apoya sobre el crecimiento económico. Este impulso de las ciencias sociales no se limita a los años de la Liberación, continúa y se acelera incluso en los años sesenta. El número de investigadores de sociología en la CNRS pasa de 56 en 1960 a 90 en 1964. Se puede, pues, hablar de verdadera "política de las ciencias sociales"[8] por parte de organismos tan diversos como el Estado, las empresas y los sindicatos. Esta sociedad de los años cincuenta-sesenta, que se quiere más racional, que ambiciona dominar los datos económicos y sociales en la planificación del Estado, se dirige a las ciencias sociales para discernir mejor su objeto: "El planificador pide a los sociólogos que añadan a la planificación económica lo que a ésta le falta".[9] Del sociólogo se espera una competencia técnica, que se convierta en un experto, un especialista cuyo saber puede ser inmediatamente operativo en la buena marcha de la sociedad. Se espera de él un saber concreto y útil para el empresario, el administrador y el planificador. Este alud admirativo hacia las ciencias sociales desemboca en su institucionalización universitaria, al final de los años cincuenta. En la Sorbona se eligen profesores de sociología, de psicología social y de psicología. Se crean, en 1958, una licenciatura y un doctorado de tercer ciclo en sociología. El mismo año las facultades de letras se convierten en facultades de letras y de ciencias humanas y, en 1959, las facultades de derecho pasan a ser facultades de derecho y de ciencias económicas, y también se crea una licenciatura en ciencias económicas en 1957. Francia, que en 1955 no contaba más que con una veintena de centros de investi-

[6] L. FEBVRE, citado por A. DROUARD, *Revue française de sociologie*, enero de 1982, p. 58.

[7] J. STOETZEL, "Sociologie et démographie", *Population*, núm. 1, enero de 1946.

[8] A DROUARD, *Revue française de sociologie*, enero de 1982, p. 70.

[9] C. GRUSON "Planification économique et recherche sociologique", *Revue française de sociologie*, 1964.

gación de ciencias sociales, tenía más de trescientos unos diez años más tarde. Esta presión de las ciencias sociales sobre el historiador se vuelve muy fuerte y va a influir de manera decisiva en el discurso histórico, o sea, en el discurso de *Annales*, el más sensible a los cuestionamientos provenientes de disciplinas vecinas. El peligro es vivido por los historiadores incluso en sus relaciones con el gran público, puesto que las ciencias sociales acaparan las grandes tiradas y monopolizan los grandes acontecimientos intelectuales. Es el momento del éxito del *Curso de lingüística* de Ferdinand de Saussure, que data de 1928, pero cuya tirada no había excedido, en treinta años, los 15 000 ejemplares y que llega a los 10 000 ejemplares por año durante los sesenta. Irrumpe por igual la *Introducción al psicoanálisis*, de Freud, que supera las 165 000 ventas entre 1962 y 1967, mientras que apenas llegaba a los 30 000 en el curso de los treinta años precedentes. 1955 es también el año de la conquista del gran público por un antropólogo que inmediatamente se vuelve célebre: Claude Lévi-Strauss, con *Tristes trópicos*. El otro polo de impulso de las ciencias sociales se encuentra al otro lado del Atlántico. Los Estados Unidos brillan en Europa con todos los fuegos de la modernidad. En esta Europa de postguerra no sólo afluyen los dólares del plan Marshall, sino los métodos y las técnicas de investigación de las ciencias sociales americanas. La sociología empírica encuentra en Francia un terreno de aplicación[10] gracias a la mediación de Jean Stoetzel, director del CES, que crea en 1945 el IFOP después de haberse formado, en estancias en los Estados Unidos, en el Instituto Gallup. La investigación en ciencias sociales encuentra su finalidad y se centra alrededor de objetivos de rentabilidad y de racionalidad, para adquirir la eficacia americana. La psicología y la sociología son llamadas a convertirse en saberes eficaces en el seno mismo de la empresa, en el marco de la nueva religión de los años cincuenta: la modernidad. Como la música, deben suavizar las costumbres, evitar los conflictos eventuales del mundo del trabajo, sin dejar de impulsar al máximo las tasas de productividad. Aparece una tecnoestructura que necesita de un nuevo saber nutrido de ciencias sociales repartidas en escuelas especializadas en gestión de empresas[11] que se multiplican. Las ciencias sociales están mejor situadas que la historia para responder a esta demanda social; esta última se arriesga a ver pasar el tren del cambio y quedarse en el andén. En el ámbito universitario se puede cuantificar esta presión ejercida sobre la historia. Lo ha hecho Roger Chartier,[12] el cual ha establecido

[10] M. POLLAK, "La planification des sciences sociales", *Actes de la recherche*, junio de 1976, pp. 105-21.

[11] L. BOLTANSKI, "America, America. Le plan Marshall et l'importation du management", *Actes de la recherche*, núm. 38, mayo de 1981, pp. 19-41.

[12] R. CHARTIER, comunicación EHESS, en el marco del seminario sobre la historia de *Annales*, 1980.

las tasas de crecimiento del número de enseñantes entre 1963 y 1967 en las facultades de letras (véase cuadro). En sus cifras tiene en cuenta a los profesores titulares de cátedra, así como a los profesores de conferencias, profesores-asistentes y asistentes. Notamos aquí la diferenciación que se opera entre las disciplinas legítimas, dominantes en la primera mitad del cuadro, de las cuales forma parte la historia, pero también la presión que ejerce el crecimiento sensiblemente más rápido de las nuevas disciplinas, el cual amenaza con dar la vuelta a las cartas, invertir las posiciones establecidas, fundar una nueva jerarquía. Es este riesgo lo que los historiadores de *Annales* quieren evitar y lo que va a suscitar una reacción muy viva tanto institucional como a nivel de la definición de la disciplina histórica. Estas ciencias sociales en progreso soportan cada vez peor la dominación de las disciplinas legítimas, la sociología espera liberarse de la tutela filosófica, la historia se ve de nuevo contestada como ciencia social predominante. La reacción de estas ciencias sociales será aún más radical que la de François Simiand y los durkheimianos en los años veinte-treinta. Asistimos al nacimiento de una escuela que se convierte en dominante de las ciencias humanas, comprendidas las letras: el estructuralismo. Éste se define por su antihistoricismo y encuentra en el etnólogo Claude Lévi-Strauss a un líder que lo aglutina.

Fernand Braudel, antes de la guerra, actuando como embajador de *Annales* en la facultad de letras de São Paulo, había entablado relación con el antropólogo Claude Lévi-Strauss. Tuvo la oportunidad de calibrar el clima de rivalidad, de confrontación teórica, y no dudó en ironizar[13] acerca de las pretensiones científicas de los etnólogos, que serían incapaces de resolver una modesta ecuación algebraica. Cada uno, en esta facultad de São Paulo, sostenía la superioridad de su disciplina, espiaba los éxitos de unos y de otros. En esta época (1934), según Jean Maugüe, a quien llevaba a la facultad en un rutilante Chevrolet, había avanzado mucho su tesis sobre el Mediterráneo. No se separaba de sus ficheros y de los microfilms, que consultaba en una habitación suplementaria que había tenido que alquilar en el hotel Terminus y después en el Esplanade, antes de instalarse en una gran mansión con cocinera y chofer. Fernand Braudel ayudaría a Claude Lévi-Strauss a volver a Francia a fines de los años cuarenta. Cuando, en 1949, Claude Lévi-Strauss definió la antropología social, le asignó una vocación hegemónica aún más allá del campo estricto de las ciencias sociales. Debía extender sus dominios al centro mismo de las ciencias naturales, en la frontera entre la naturaleza y la cultura.[14]

[13] J. MAUGÜE, *Les Dents agacées*, 1982, p. 118.

[14] F. DOSSE, "Les habits neufs du président Braudel", *Espaces-Temps*, núm. 34-5, diciembre de 1986.

1963-1967

	Número de enseñantes	*Tasas de incremento*
Literatura	675	+ 200 %
Lenguas muertas	300	+ 168 %
Filosofía	227	+ 183 %
Historia	527	+ 170 %
Psicología	221	+ 325 %
Lingüística	250	+ 250 %
Sociología	98	+ 288 %

Fuente: R. CHARTIER, Comunicación EHESS presentada al seminario sobre la historia de Annales, 1980.

El historiador, para Claude Lévi-Strauss, se queda en el nivel empírico, de lo observable, incapaz de modelar y de tener acceso a las estructuras profundas de la sociedad. Destinado a permanecer ciego en su caverna, a menos que se provea de la antorcha del etnólogo, ya que los modelos conscientes se interponen como obstáculos entre el observador y su sujeto. La historia y la etnología están cerca por partida doble: por su posición institucional y por sus métodos. Cada una tiene a la otra por campo de estudio, sea en el espacio o en la duración. Claude Lévi-Strauss considera que estas dos disciplinas tienen el mismo objeto, la misma finalidad, que es comprender mejor las sociedades humanas, el mismo método. La distinción esencial se cifraría, pues, entre una ciencia empírica por un lado y una ciencia conceptual por el otro; se distinguen sobre todo por la elección de perspectivas complementarias: "La historia organizando sus datos en relación a expresiones conscientes, y la etnología en relación a expresiones inconscientes de la vida social".[15] La etnología realiza, con este desplazamiento hacia las estructuras inconscientes, un progreso de lo especial a lo general, de lo consciente a lo necesario, de lo ideográfico a lo nomográfico. Claude Lévi-Strauss utiliza la famosa fórmula de Karl Marx, según la cual "los hombres hacen su propia historia, pero no saben que la hacen", para asignar a la primera oración de la frase la función de la historia y a la segunda el campo de la etnología.

La ambición de Claude Lévi-Strauss, paralela a su proyecto de deshistorización, se sitúa al nivel del descubrimiento del modo de funcionamiento del espíritu humano, verdadera invariable, permanencia humana más allá de toda diversidad de épocas o de espacios. La tarea del antropólogo consiste en inventariar los registros mentales a partir de

[15] Cl. LÉVI-STRAUSS, *Anthropologie structurale*, 1958, p. 25.

invariables localizadas. Por eso los mitos muestran en última instancia, después de haber sufrido variaciones y motivaciones sucesivas, que es el espíritu humano quien los elabora. Claude Lévi-Strauss rehabilita, con una metodología muy innovadora y fecunda, una de las ideas más viejas que se creía enterrada desde mucho tiempo atrás: la de una *naturaleza humana*, dada ahistóricamente, inevitable, intemporal, aprehendida al revelar la existencia de estructuras inconscientes universales subyacentes. Lo hace en detrimento del estudio de las instituciones, de su funcionamiento y de las relaciones de producción o de poder. Sea cuestión del estudio de las estructuras de parentesco, o de la simbología mitológica, lo que se trata es de revelar las necesidades inmanentes tras las ilusiones de libertad, hasta el punto de que aparece como el menos tributario de las contingencias materiales, tal como la mitología: "Dejándose guiar por la investigación de los obstáculos mentales, nuestra problemática se une con la del kantismo".[16] La dialéctica se desvanece de este horizonte en tanto que lógica de contenido, para hacerle sitio a un neoaristotelismo sustancialista o, como lo llama Paul Ricœur, a un kantismo sin sujeto trascendental en que el inconsciente es más un inconsciente categorial que un inconsciente freudiano. En una perspectiva tal, los mitos, lejos de revelar la confrontación entre lo social y el psiquismo inconsciente, permiten valorizar la inmovilidad fundamental del espíritu humano más allá de sus diversas manifestaciones. El antihistoricismo y la invariabilidad culminan la obra de Claude Lévi-Strauss, quien concibe la mitología y la música como "máquinas de suprimir el tiempo".[17] Este cuestionamiento radical de la historia, relegada a material de base, contingencia de carácter aleatorio, azaroso, disciplina reticente a toda modelación, encontrará en Fernand Braudel a aquel que dará la réplica al presionar a las investigaciones históricas para dotarlas de un carácter estructural.

LA PLURALIDAD DE LOS TIEMPOS

Fernand Braudel opone la herencia de Marc Bloch y de Lucien Febvre a Claude Lévi-Strauss, pero innova al desviar las orientaciones primeras con tal de encajar la ofensiva estructuralista. La historia de *Annales* encuentra en Fernand Braudel al revitalizador de la misma estrategia, haciendo de la historia la ciencia rectora de las ciencias humanas al apropiarse de su programa. "Fernand Braudel debió llevar su reflexión acerca de la relación de la historia con las ciencias sociales mucho más lejos".[18] Fernand Braudel

[16] Cl. LÉVI-STRAUSS, *Le Cru et le Cuit*, Plon, 1964, p. 18.

[17] *Ibid.*, p. 22.

[18] J. HEXTER, "Braudel and the monde braudélien", *The Journal of Modern History*, septiembre de 1972, p. 499.

reconocía la herencia de las ciencias humanas en su manera de escribir la historia. De hecho, retorna sus ideologías para mejor estrangularlas. Se da en primer lugar la influencia de la Escuela Geográfica francesa: Demangeon, De Martonne. Extrae de su enseñanza la voluntad de hacer lo más lento posible el ritmo de la historia.[19] La ampliación del proyecto histórico, de lo social al estudio de la civilización, rasgo significativo en la postguerra, le fue directamente inspirado por Marcel Mauss: "Fui uno de los pocos historiadores que conocía a Marcel Mauss".[20] De la revolución de las ciencias sociales, que considera esencial, Braudel retiene, sobre todo, más aún que la revolución de la historia, la necesidad de abrir fronteras entre disciplinas, de romper las murallas edificadas por cada una de ellas. Es partidario de un librecambismo de ideas y de personas entre las diversas ciencias humanas. En cualquier momento, al evocar las ciencias sociales, Fernand Braudel las califica de imperialistas y considera que la historia no debe dejar de afrontarlas. La historia no puede sino salir favorecida de estas confrontaciones, ya que Braudel no duda de la capacidad de ésta para absorber, asimilar y reducir según un esquema convertido en ritual. El momento de su lección inaugural en el Collège de France, donde entró en 1950, evoca esas concurrencias: "Hemos visto nacer, renacer y desarrollarse, desde hace cincuenta años, una serie de ciencias humanas imperialistas".[21] En el prefacio de su tesis sobre el Mediterráneo, invita a la historia a mantenerse en unión con "las ciencias tan jóvenes, pero tan imperialistas, del hombre".[22] El tono está dado, se trata de una condescendencia paternal por parte de alguien persuadido de que el tiempo está de su parte, al defender una disciplina tan enraizada como la historia y la continuidad de una escuela que no cesa de afirmarse como dominante frente a los nacimientos y renacimientos efímeros, frente a las jóvenes plantas que son las otras ciencias humanas; con todo, la vigilancia es necesaria frente a las pretensiones de estas disciplinas. En la estrategia braudeliana habrá, pues, un doble lenguaje para aplacar estas jóvenes ambiciones. Por una parte afirma la unidad de esas ciencias del hombre a las que nada diferenciaría de la historia: "Sociología e historia son una misma aventura del espíritu, y no como el revés y el derecho de una misma tela, sino como esa misma tela en todo el espesor de sus hilos".[23] Con todo, a poco que el *partenaire* se rebele, desee escapar al proyecto "annalista" y reivindique abiertamente su independencia, Fernand Braudel abandona enseguida el tono condescendiente y litiga con él. Así pasa con la sociología rebelde a la anexión. Denuncia sus debilidades teóricas: "Apenas consigue definir

[19] F. BRAUDEL, "Lundis de l'histoire", *France Culture*, 3 de enero de 1977.
[20] *Ibid.*, 21 de enero de 1977.
[21] F. BRAUDEL, *Écrits sur l'histoire*, Flammarion, 1969, p. 31.
[22] *Ibid.*, p. 13.
[23] *Ibid.*, p. 105.

su objeto: ¿Qué es la sociedad?".[24] "El tiempo de los sociólogos no puede ser el nuestro; a la estructura profunda de nuestro oficio le repugna".[25] Por lo que se refiere al concepto de sociedad global de Georges Gurvitch, "se presenta como una especie de envoltorio general de lo social, tan fino como una campana de vidrio transparente y frágil".[26] El tono polémico se vuelve acerbo con tal de contener los progresos de la sociología. Georges Gurvitch creía superar la oposición entre estatismo y dinámica social reintroduciendo la dinámica social comprendida como un proceso constante de destrucción y de reestructuración: "La duración de una estructura social nunca está quieta, sino en combate, es un proceso a través de vías tortuosas abiertas por la multiplicidad de los tiempos sociales".[27] La aproximación sociológica, al reintroducir el movimiento, se volvía más peligrosa para la historia. Hoy, frente a los éxitos de la escuela de Pierre Bourdieu, compañero y adversario en la EHESS, denuncia el gusto inmoderado de la sociología por las ideas generales, su ausencia de sentido histórico, y se une a Lucien Febvre en su rechazo de la obra de Max Weber: "Sois víctimas de un atracón de presente... Lo que me gustaría serían sociólogos que trabajasen para mí".[28] Los territorios del historiador y del sociólogo están demasiado cerca como para evitar relaciones conflictivas, y Fernand Braudel muy próximo a exasperarse al contemplar la vitalidad del segundo independiente del primero.

La historia braudeliana se pretende ante todo síntesis, al igual que la antropología, pero con la superioridad de un pensamiento del espacio-tiempo. Retorna la herencia de la primera generación de *Annales*. El tiempo condiciona todas las ciencias sociales y confiere a la historia un papel central: "El tiempo, la duración, la historia se imponen de hecho, o deberían imponerse, a todas las ciencias del hombre".[29] La historia ambiciona reconstruir la globalidad de los fenómenos humanos, es la única que puede darles su lugar, sopesar su eficiencia en todos los saberes parciales. Comprender en un mismo movimiento la totalidad de lo social es la máxima aspiración de la historia braudeliana. Es la única que puede acceder a lo que llama "conjunto de conjuntos".[30] Esta globalidad tiene como característica, en el discurso braudeliano, el estar bajo la estrecha dependencia de lo concreto, de las realidades observables. Está, pues, muy alejada de los sistemas casi matemáticos instituidos por la antropología

[24] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle, économie et capitalisme*, A. Colin, 1979, t. 2, p. 408.
[25] F. BRAUDEL, *Écrits sur l'histoire, op. cit.*, p. 77.
[26] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle..., op. cit.*, p. 408.
[27] G. GURVITCH, *Cahiers internationaux de sociologie*, "Le concept de structure sociale", vol. XIX, 7 de diciembre de 1955, pp. 3-44.
[28] F. BRAUDEL, *Apostrophes*, A2. 21 de febrero de 1979.
[29] F. BRAUDEL, *Écrits sur l'histoire*, "Histoire et sociologie", *op. cit.*, p. 105.
[30] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle..., op. cit.*, p. 408.

estructural: "Preferimos a la búsqueda de una definición en abstracto, la observación de experiencias concretas".[31] El ideal, definido por Fernand Braudel, imposible de realizar, sería presentar todo en un solo y mismo plano y con un solo movimiento. Pero su concepto de globalidad entraña la simple suma de los diversos niveles de lo real, sin ser por tanto un instrumento conceptual capaz de comprender las jerarquías y determinaciones en juego. No supera pues el nivel de relato descriptivo, ambicioso por el campo que trata de aprehender, pero limitado en cuanto a su capacidad explicativa: "¿Acaso no es bueno que la historia sea ante todo una descripción, simple observación, clasificación sin demasiadas ideas preconcebidas?".[32] La totalidad defendida no se refiere a una concepción causal de la historia; no hay sistemas de causalidades, y lo más común es llegar a una simple acumulación de diferentes estamentos. Observar, clasificar, comparar, aislar son las grandes operaciones quirúrgicas practicadas por Fernand Braudel. Al igual que Linneo multiplica las clasificaciones sistemáticas de fenómenos observados y ordenados, según un orden lógico, después de haber sido inventariados. Tras el concepto de historia total a lo Braudel, se da la concepción de una historia que se presentaría como magma, el famoso plasma del cual ya hablaba Marc Bloch. La palabra clave del discurso braudeliano es "recíprocamente", todo influye sobre todo y recíprocamente. Con un tal encorsetamiento en la lectura del tiempo, se comprende que Fernand Braudel tenga alguna dificultad para elevarse de lo descriptivo a lo analítico: "Las ecuaciones siguientes podrían escribirse en todos los sentidos que uno quisiera: la economía es política, cultura, sociedad; la cultura es economía, política, sociedad, etcétera".[33] La historia braudeliana es necesariamente mundial, su objetivo es amplio y supone, pues, el dominio del método comparativo a través del tiempo más largo y del espacio más vasto posible.

La respuesta precisa al desafío lanzado a la historia por Claude Lévi-Strauss en su artículo "Histoire et ethnologie",[34] fue dada por Fernand Braudel en otro artículo-manifiesto que apareció en *Annales* en 1958,[35] el mismo año de la aparición de la *Antropología estructural*. En este año de 1958, Fernand Braudel afirma haber tenido grandes discusiones con Claude Lévi-Strauss, por quien siente una profunda admiración y algunos celos. Mientras que no muestra más que desprecio hacia la sociología, se guarda de polemizar abiertamente con Claude Lévi-Strauss, al que no

[31] *Ibid.*, t. 3, p. 199.

[32] F. BRAUDEL, *La Dynamique du capitalisme*, Arthaud, 1985, p. 25.

[33] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 3, p. 34.

[34] CL. LÉVI-STRAUSS, "Histoire et ethnologie", *Revue de métaphysique et de morale*, 1949, recogido en *Anthropologie structurale*, *op. cit.*, pp. 3-33.

[35] F. BRAUDEL, "Histoire et sciences sociales. La longue durée", *Annales*, 10 de diciembre de 1958, pp. 725-53.

ataca en ningún momento a pesar de la situación de concurrencia teórica aún más dura. Contrariamente al trato reservado a Georges Gurvitch, evoca la "proeza" de Claude Lévi-Strauss[36] por haber sabido desenterrar el lenguaje subyacente a las estructuras elementales de parentesco, a los mitos, a los intercambios económicos. El "director de orquesta" Fernand Braudel, que tiene por costumbre mirar por encima del hombro a estas jóvenes ciencias imperialistas, acepta por una vez abandonar su tarima y llega incluso a evocar a "nuestro guía" al hablar de Claude Lévi-Strauss, sin por ello bajar la guardia. Es el signo manifiesto de que ha comprendido la fuerza de atracción de este discurso antropológico que se presenta también como totalizante, pero además con el apoyo de un aparato matemático, con modelos que le permiten acceder al inconsciente de las prácticas sociales y, por tanto, adquirir rápidamente en el campo de las ciencias sociales una superioridad reivindicatoria frente a la historia. Fernand Braudel innova, pues, pidiendo prestado a Lévi-Strauss. Le opone la mejor baza del historiador: la duración, no la de la pareja tradicional acontecimiento / fecha, sino la de la larga duración que condiciona incluso las estructuras más inmutables que el antropólogo valora: "La prohibición del incesto es una realidad de larga duración".[37] Reconoce la propiedad de la crítica de François Simiand contra la singularidad del acontecimiento y su carácter fútil para las ciencias sociales: "A la ciencia social casi le horroriza el acontecimiento. No le falta razón: el tiempo corto es la más caprichosa y la más engañosa de las duraciones".[38] Así, propone reorganizar el conjunto de las ciencias sociales alrededor de un programa común que tendría como referente esencial la noción de larga duración. Ésta debe imponerse a todos, y puesto que es cuestión de duración y de periodización, el historiador continúa siendo el rey. Fernand Braudel presenta esta inflexión como una revolución copernicana de la misma disciplina histórica, el esbozo de una inversión radical de perspectiva que debe permitir a todas las ciencias del hombre hablar el mismo lenguaje. A lo largo de su vida va abandonando cada vez más el tiempo corto por la larga duración: "A medida que el tiempo pasaba, de 1960 a 1985, tendió a identificarse cada vez más con la historia larga".[39] Dos maneras de escapar de la historia se ofrecen a las ciencias sociales y, por ello, deben ser conjuradas: por una parte, una visión subtemporal que se limita a una actualidad desligada de todo espesor temporal; es, para Braudel, el caso de la sociología, cuyo proyecto es demasiado limitado para inquietar al historiador; en contrapartida, éste posee la visión supratemporal que trata de construir una ciencia de la comunicación a través de estructuras

[36] *Ibid.*, recogido en *Écrits sur l'histoire*, *op. cit.*, p. 70.
[37] *Ibid.*, p. 73.
[38] *Ibid.*, p. 46.
[39] M. FERRO, *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

atemporales. Se reconoce aquí la tentativa estructuralista y cómo ésta interpela al historiador, le cuestiona. Fernand Braudel responde refiriendo esta opción a la larga duración: "He tratado de mostrar –no me atrevo a decir demostrar– que toda la nueva investigación de Claude Lévi-Strauss sólo es coronada por el éxito cuando sus modelos navegan en las aguas de la larga duración".[40] Se apropia del concepto de estructura que toma prestado de Claude Lévi-Strauss, pero que significa algo bien distinto en la economía del discurso braudeliano. Al contrario de Lévi-Strauss, para Fernand Braudel la estructura es arquitectura, reunión, localizable en una realidad concreta y observable. Su concepción es fundamentalmente descriptiva, fiel en esto a una escritura tradicional de la historia. Tiene, con todo, el mérito de apropiarse de la noción de estructura y de conferirle una dimensión temporal: "Estas estructuras históricas se evidencian de una manera u otra como medibles: su duración es medida".[41] Así, en su tesis sobre el Mediterráneo, las estructuras que valoriza son la suma de entramados de relaciones, las rutas, los tráficos, todas la relaciones que animan el espacio que él describe sabiamente, del cual sopesa el peso relativo, aunque sin interesarse por la lógica interna de esas relaciones. Concluye su tesis adhiriéndose a un estructuralismo histórico específico:

> Soy estructuralista por temperamento, con poca curiosidad por el acontecimiento, y sólo a medias por la coyuntura, esta agrupación de acontecimientos del mismo signo. Pero el estructuralismo de un historiador nada tiene que ver con la problemática que atormenta, con el mismo nombre, a las otras ciencias del hombre. No le inclina hacia la abstracción matemática de las relaciones que se expresa en funciones, sino hacia las mismas fuentes de la vida, en lo que tienen de más concreto, de más cotidiano, de más indestructible, de más anónimamente humano.[42]

La estructura braudeliana es aparente, accesible en su inmediatez y tiene como característica regir los otros hechos, lo cual confiere a la larga duración una primacía en relación a los otros ritmos temporales y aún más a lo factual. El proyecto de Fernand Braudel se quiere, pues, deliberadamente acogedor, integra todas las posiciones para que haya sitio para todos en el gran laboratorio de las ciencias humanas, lo cual superaría todas las fisuras y las fronteras y realizaría, en torno a los historiadores, especialistas de la duración, la unificación del campo de investigaciones.

La respuesta de Fernand Braudel a Claude Lévi-Strauss y a las ciencias sociales en general no se limita a oponerles la larga duración como

[40] F. BRAUDEL, "Histoire et sociologie", *Écrits sur l'histoire, op. cit.*, p. 114.

[41] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle..., op. cit.*, t. 2, p. 410.

[42] F. BRAUDEL, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, A. Colin, ed. 1966, t. 2, p. 520.

estructura, sino que consiste en pluralizar lo temporal. Ya expuesta en su tesis de 1949, esta pluralización se teoriza como modelo en 1958. El tiempo se descompone en varios ritmos heterogéneos que rompen la unidad de la duración. El tiempo se torna cualitativo para adquirir una nueva inteligibilidad a varios niveles. La arquitectura braudeliana se articula alrededor de tres temporalidades diferentes, tres peldaños diferentes: el factual, el tiempo coyuntural y cíclico y, finalmente, la larga duración. Se pueden distinguir así niveles diferentes del tiempo y desajustes entre las diversas temporalidades. Este acercamiento contribuye positivamente a reinvertir la posición de la historia historizante, aunque esto no sea tan nuevo como se pretendía. Si es cierto que Fernand Braudel pluraliza la duración, no es menos cierto que es partidario de un objetivo histórico que desea reconstruir una dialéctica de las temporalidades, referirlas a un tiempo único. Acontecimientos, coyunturas, larga duración permanecen solidarios. Si la unidad temporal se subdivide en varios niveles, estos últimos permanecen unidos a una temporalidad global que los reúne en un mismo conjunto. Se distancia así del tiempo múltiple y sin espesor de los sociólogos. Falta dar un contenido al esquema tripartito braudeliano, sustantivar las rapideces del fluir del tiempo. La duración no se presenta pues como algo dado, sino como algo construido. La nueva tabla de la ley de Fernand Braudel, tripartita, está construida deliberadamente sin referencia a teoría alguna y se sitúa en el único plano de la observación empírica. Desde su tesis, atribuye a cada una de las duraciones un ámbito, un domicilio específico: "Distinción, en el tiempo de la historia, de un tiempo geográfico, de un tiempo social, de un tiempo individual".[43] El *Mediterráneo* se descompone así en tres partes, tres temporalidades, tres ámbitos. Comienza con una "historia casi inmóvil",[44] la de las relaciones del hombre con su medio geográfico; aquí interviene la aportación particular de Fernand Braudel integrando el espacio en la temporalidad. Después la historia lenta, la de la economía y la de la sociedad; aquí aborda la historia de los ciclos económicos, la aportación de la historia económica y social al modo de Ernest Labrousse. Y por fin una historia factual a la medida del individuo, con las oscilaciones breves y dramáticas de la historia tradicional. Esta tripartición temporal, según ámbito específico, es de hecho arbitraria, ya que lo político referido al tiempo corto puede muy bien encarnarse en una institución de larga duración; por el contrario, la geografía nos revela, a menudo dramáticamente, que el cambio no se opera siempre a escala geológica. La sucesión de las tres temporalidades no significa que Fernand Braudel conceda a cada una un peso igual. Sin duda, hay una temporalidad causal, fundadora de la evolución de hombres y de cosas,

[43] *Ibid.*, prefacio a la 1ª edición, 1966, t. 1, p. 17.
[44] *Ibid.*, p. 16.

es la larga duración, y como se refiere a la naturaleza, en el fondo es ésta la que juega el papel determinante. Encontramos entonces un discurso histórico en el vértice entre la naturaleza y la cultura. Si Claude Lévi-Strauss pretendía advertir de los misterios de la naturaleza humana en este cruce que permite la unión entre lo biológico y lo psicológico, Fernand Braudel le opone la irreductibilidad de la naturaleza física, la lentitud de la temporalidad geográfica. ¿Neuronas o geología? Lo factual es remitido a lo insignificante, aunque este nivel representa un tercio de su tesis sobre el Mediterráneo. Sólo es cuestión de "agitación de olas", "tormentas de arena", "fuego artificial de luciérnagas fosforescentes", "un decorado"... Se da la constante de un estado espiritual propio de *Annales* contra la historia historizante y la antipatía de Fernand Braudel por el acontecimiento, que Jack Hexter califica de "apasionada y en ocasiones falta de razón".[45] Justifica, pues, el rechazo que las ciencias sociales hacen del acontecimiento singular y se une a las críticas de François Simiand en 1903 y de Claude Lévi-Strauss en 1962. En lugar de situar el acontecimiento en la dinámica de las estructuras de donde ha nacido, Fernand Braudel prefiere remitir lo factual al orden de la *superficialidad, de la apariencia, para conseguir* así desplazar la mirada del historiador hacia evoluciones lentas, hacia las permanencias. La larga duración se beneficia, en relación a las otras duraciones, de una situación privilegiada. Es ella quien determina el ritmo factual y coyuntural, además de trazar los límites de lo posible y de lo imposible, regulando las variables más acá de un cierto límite. Si el acontecimiento pertenece al margen, la coyuntura sigue un movimiento cíclico, sólo las estructuras de larga duración pertenecen a lo irreversible. Esta temporalidad de largo alcance ofrece la ventaja de poder ser descompuesta en series de fenómenos que se repiten, de permanencias que dejan traslucir equilibrios, un orden general subyacente al desorden aparente del ámbito factual. En este optar por la permanencia se concede al espacio un *status* particular que parece estar acorde mejor con la noción de temporalidad lenta: "Hay, más lenta aún que la historia de las civilizaciones, una historia, casi inmóvil, la de los hombres en sus estrechas relaciones con la tierra que los acoge y los nutre".[46] En este contexto la parte de libertad del hombre es íntima, está inexorablemente atrapado en las contingencias de un medio natural, de costumbres, de gestos regulares que escapan a su consciencia y a su dominio.

El desafío de Claude Lévi-Strauss obliga a Fernand Braudel a conceptualizar una historia estructural de tiempo casi inmóvil. Lucien Febvre no apreciaba demasiado el concepto de estructuras: "¿Estructu-

[45] J. HEXTER, "F. Braudel and the monde braudéliene", *Journal of Modern History*, núm. 4, 1972, p. 507.

[46] F. BRAUDEL, "Leçon inaugurale au Collège de France", 1950, *Écrits sur l'histoire, op. cit.*, p. 24.

ras? Palabra de moda, lo sé; se deja caer a veces por *Annales*, un poco a causa de mi tolerancia".[47] Pero Lucien Febvre estaba en el otoño de su vida y Fernand Braudel comprendió muy bien el reto. Incluso antes de la antropología estructural, los historiadores de *Annales* habían construido totalidades estables, localizables. Bastaba con conceptualizar esta trayectoria para oponerse a la hegemonía de la antropología. El movimiento histórico se piensa entonces como repetición, la permanencia prima sobre lo transformado, y Claude Lévi-Strauss, al fin de esta inflexión, reconoce esta metamorfosis que hace retornar a la historia al mismo campo problemático que la antropología: "La idea de una historia estructural no tiene nada que pueda chocar a los historiadores".[48] Esta escritura de la historia que se sumerge en las profundidades de lo que constituye el ecosistema tiene, como primer efecto, el de reducir el papel del hombre como fuerza colectiva. Desplazado, remitido al margen, se ve cogido en la trampa, debatiéndose en la impotencia: "Lo que yo hago va contra la libertad humana",[49] afirma Fernand Braudel. El hombre nada puede contra las fuerzas seculares que lo oprimen, contra los ciclos económicos de larga duración. No hay escapatoria en la tela de araña en que el hombre se debate: "Uno no lucha contra una marea equinoccial... No hay nada que hacer frente al peso del pasado, a no ser tomar consciencia".[50] De manera subyacente a este descentramiento del hombre se produce una concepción abiertamente pesimista del destino del mundo: "Aplasta a los individuos".[51] "Por eso, frente a un hombre, siempre estoy tentado de verlo encerrado en un destino que apenas fabrica".[52] El hombre ha perdido todo dominio sobre su propia historicidad, ha sido absorbido y la sufre, espectador, objeto de su propia temporalidad. Su libertad se reduce a esta imagen trágica de la niña colombiana atrapada para siempre en una masa fangosa de erupción volcánica de la cual sólo se la sacará para dejarla morir...

Más allá de nuestra conciencia, nuestras costumbres infinitamente repetidas forman nuestras prisiones consentidas, suscitan fácticas decisiones perdidas en el dédalo de una cotidianidad inmutable: "La historia sufrida invade nuestro mundo; apenas si tenemos la cabeza fuera del agua, y no siempre".[53] No estamos lejos del "el hombre ha muerto" del estructuralismo. Este descentramiento, paradójico para un historiador, es el resultado de la operación de descomposición de la temporalidad

[47] L. FEBVRE, prefacio a la tesis de P. Chaunu, *Séville et l'Atlantique...*, SEVPEN, 1975, p. XI.

[48] Cl. LÉVI-STRAUSS, "L'anthropologie sociale devant l'histoire", *Annales*, julio-agosto de 1960, p. 634.

[49] F. BRAUDEL, *TFI*, 22 de agosto de 1984.

[50] *Ibid.*

[51] *Ibid.*

[52] F. BRAUDEL, *La Méditerranée*, *op. cit.*, 1976, t. 2, p. 520.

[53] F. BRAUDEL, debate FNAC, "Y a-t-il une nouvelle histoire?", 7 de marzo de 1980.

en tres ritmos heterogéneos por su naturaleza y por su *tiempo:* el tiempo geográfico, el tiempo social y el tiempo individual. Este estacionamiento de lo histórico tiene como consecuencia, reconocida por el propio Fernand Braudel, la descomposición del hombre en un cortejo de personajes.[54] La larga duración juega aquí como un punto de referencia para el hombre al introducir un orden fuera de su dominio. La retórica braudeliana continúa siendo, pues, humanista en la medida en que el hombre no es descentrado y no queda ausente de su construcción temporal, fiel, a este nivel, a la herencia antropocéntrica de Lucien Febvre y de Marc Bloch. Un humanismo organicista que no se otorga la realidad humana como finalidad, sino la pluralidad de sus órganos.

Fernand Braudel, como Claude Lévi-Strauss, invierte la concepción lineal del tiempo que progresa hacia un perfeccionamiento continuo, lo sustituye por un tiempo estacionario o pasado, donde presente y futuro no difieren ya y se reproducen sin discontinuidad. Sólo es posible el orden de la repetición, que privilegia las invariables y vuelve ilusoria la noción de acontecimiento: "En la explicación histórica, tal como yo la veo, el tiempo largo acaba siempre por imponerse. Negador de un mar de acontecimientos".[55] La permanencia mayor puesta de relieve por Fernand Braudel, cuyo objeto central ha sido siempre la sociedad humana, es la jerarquía social. La sociedad es ineluctablemente inigualitaria y toda intención igualitarista está, pues, condenada al fracaso por su naturaleza ilusoria. Se olvida de su relativismo para apoyarse en esta invariable por encima de las épocas y de las diferencias de lugar: "Toda observación revela esta desigualdad visceral que es la ley continua de las sociedades".[56] Ve aquí una ley estructural, sin excepción, al modo de la prohibición del incesto en Claude Lévi-Strauss. Se comprende hasta qué punto esta invariable es negadora de la historicidad, de toda tentativa de cambio. Toda realidad social se sitúa, pues, en el mismo plano de jerarquía y de desigualdad; sólo pueden cambiar las variantes de esta ley y así dar lugar a sociedades fundamentadas en el esclavismo, la servidumbre o el salario, pero estas soluciones remiten al mismo fenómeno de reducción de la masa a la obediencia. Por otra parte, para Fernand Braudel es bueno que sea así: "Las sociedades sólo sirven cuando están dirigidas por una elite".[57] La larga duración es aquí la negadora de la historicidad y, además, considera que no hay progreso entre la sociedad esclavista y las democracias modernas. La cima de la pirámide social es siempre restringida. ¿Para qué cambiar de forma de explotación si la explotación subsiste? La historia está hecha de estos cambios de elites en el poder, pero "nueve veces de diez para

[54] F. BRAUDEL, *La Méditerranée, op. cit.*, 1976, t. 1, p. 17, prefacio a la 1ª edición, A. Colin, 1946.
[55] *Ibid.*, t. 2, p. 520.
[56] F BRAUDEL, *Civilisation matérielle..., op. cit.*, t. 2, p. 415.
[57] F. BRAUDEL, *TFI*, 22 de agosto de 1984.

reproducir, o poco menos, el antiguo estado de cosas",[58] ya que el objetivo mismo de toda sociedad es la reproducción de sus estructuras como en las "sociedades frías" de Claude Lévi-Strauss. El orden se perpetúa, tornando vanas las tentativas de transformación de los hombres. Querer pasar de este estado de hecho significa pérdida de tiempo. Si la jerarquía social es un horizonte insuperable en todas las latitudes, Fernand Braudel no se detiene en una sola invariable: "El Estado, el capitalismo, la civilización, la sociedad existen desde siempre".[59] Atrapada la larga duración, la paradoja aparece manifiesta, nunca explícita, el historiador Fernand Braudel evacua la historicidad. La combinatoria de autorregulación de la obra a nivel de las estructuras de la sociedad permite la repetición de lo mismo y vuelve caduca toda tentativa de transformación, de ruptura o de simple cambio. Toda ruptura histórica remite al fracaso, a lo que permanece detrás de lo ilusorio. Así es, para Fernand Braudel,[60] en China, que conserva sus mandarines; en India, que ha tenido siempre sus castas, e incluso en Europa, sociedad más móvil, que, de hecho, evoluciona al ralentí. En el Mediterráneo del siglo XVI se manifiesta una agitación, pero no tiene otro *status* que el de "accidentes de carretera", "polvaredas de hechos diversos".[61] Los movimientos evocados están lejos de ser revoluciones más conscientes, al igual que las acciones del bandolerismo catalán, calabrés o de los Abruzzi. La voluntad de revolución social se reduce simplemente a una forma de delincuencia asesina. La lucha entre clases sólo es tenida en cuenta por Fernand Braudel bajo la forma de venganzas fratricidas perpetradas por marginados, vagabundos, delincuentes, todos ellos movimientos condenados a una revuelta sin salida. Sólo es cuestión de juego perpetuo entre el policía y el ladrón. La pauperización que conoció todo un proletariado del siglo XVI alimenta "un bandolerismo insistente, verdadera revolución social, larga, inútil".[62] Las revoluciones, como las heridas, se curan pronto y el organismo produce por sí mismo los anticuerpos que expulsan las tentativas de ruptura. Las dos grandes rupturas culturales de la Europa moderna, el Renacimiento y la Reforma, fueron retomadas y vueltas a introducir en el orden de lo repetitivo: "Todo se calla, se incorpora a los órdenes existentes".[63] El Renacimiento hace triunfar al Príncipe de Maquiavelo, y la Reforma desemboca en el poder de los príncipes territoriales en Alemania. Sólo se ha roto la vitrina a lo largo de estas revoluciones culturales; la sociedad y el poder permanecen intactos. Ocurre lo mismo con la historia contemporánea, y los protagonistas de 1968 han sido "re-

[58] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle..., op. cit.*, t. 2, p. 422.
[59] F. BRAUDEL, *Magazine littéraire*, entrevista, noviembre de 1984, p. 20.
[60] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle..., op. cit.*, t. 3, p. 48.
[61] F. BRAUDEL, *La Méditerranée, op. cit.*, t. 2, pp. 76-7.
[62] *Ibid.*, t. 1, p. 417.
[63] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle..., op. cit.*, t. 3, p. 542.

cuperados por una sociedad paciente".[64] Por otra parte, esta recuperación de lo nuevo por lo antiguo es una cosa positiva para Fernand Braudel, que recientemente la emprendía contra el movimiento de 1968, que, en su opinión, había desvalorizado la noción de trabajo, los valores morales y conducía a la desgracia, pues "no se puede ser feliz si no se está bajo la campana de los valores establecidos".[65] La larga duración braudeliana y sus diversas invariables aparecen aquí claramente como lo que son: una lectura de nuestra historia que permite exorcizar todo riesgo de cambio, pues es a través de su relación con el presente como el historiador utiliza tal prisma o tal otro, que le permite restituir el pasado.

El parapeto de Fernand Braudel al desafío lanzado por la antropología estructural ha tenido éxito en la medida en que la historia continúa siendo la pieza central del campo de las ciencias sociales, aunque esto ocurra al precio de una metamorfosis que implica un cambio radical. Al no haber conseguido desestabilizar a los historiadores como institución, Claude Lévi-Strauss volvió recientemente a su territorio para apropiarse de sus viejos trajes usados y abandonados: "Mientras que la nueva historia consideró que teníamos razón en interesarnos en una serie de cosas que ellos debían tener en cuenta, nosotros comenzábamos a interesarnos por ámbitos que la nueva historia despreciaba, como son las alianzas dinásticas o las relaciones de parentesco en las grandes familias, los cuales, en la actualidad, se convierten en terreno preferencial de los jóvenes etnólogos. Se da pues un auténtico cruce profesional".[66] La historia se ha hecho antropológica, la antropología se volverá histórica. Fernand Braudel habrá preparado así las inflexiones del discurso histórico de la tercera generación de *Annales*. Se trata de un eslabón irreductible en una evolución que ha permitido abrir ampliamente el campo de visión y de investigación del historiador. Pero nos podemos preguntar si de hecho no es que la antropología ha investido completamente el discurso histórico desde el interior. Caballo de Troya, *L'Homme nu* de Claude Lévi-Strauss habría conseguido desnudar a Clío.

BRAUDEL EL CONSTRUCTOR

Fernand Braudel es ante todo un constructor de imperios; orfebre en materia de organización, se preocupa ante todo por consolidar y ampliar el territorio del historiador. Gracias a él, *Annales* podrá resistir sin esfuerzo la ofensiva estructuralista, puesto que se apoya en un asentamiento

[64] *Ibid.*
[65] F. BRAUDEL, *TFI*, 22 de agosto de 1984.
[66] CL. LÉVI-STRAUSS, entrevista con el autor, 26 de febrero de 1985.

institucional cada vez más sólido. Aporta al desafío antihistórico una doble respuesta en el plano de las orientaciones de investigación y al nivel de las posiciones de poder. Así, "la guerra entre la historia y el estructuralismo no tendrá lugar".[67] Soberano, Fernand Braudel se ocupa de nombrar sus vasallos y delegar sus poderes en múltiples parcelas del territorio sobre las que reina como dueño. Este carisma ha sido reconocido por los discípulos más próximos como Marc Ferro: "Conducía [su proyecto] como un soberano, como un jefe de Estado".[68] Desde la postguerra, en 1946, la revista de *Annales* cambia de nombre y abandona en su título la referencia a la historia para llamarse en adelante: *Annales, économies, sociétés, civilisations*. Este cambio señala la voluntad de realizar con más facilidad la ósmosis entre las diversas ciencias sociales, siendo los historiadores artífices de esta síntesis, aunque sea escondiendo su pertenencia para que se discierna menos fácilmente su papel rector. La dirección de la revista se reorganiza a causa de las desapariciones de la guerra y del ascenso de nuevas estrellas en perspectivas. No hay más que un solo director, Lucien Febvre, pero éste se rodea, en el comité de dirección, de Fernand Braudel, que le sucederá al frente de la revista desde 1947, de Charles Morazé, de Georges Friedmann y de Paul Leuilliot. Este equipo comprende nuevos colaboradores venidos de los diversos horizontes de las ciencias sociales: a los historiadores (Pierre Chaunu, Pierre Goubert, Maurice Crouzet, Claude Folhen, Maurice Lombart e Yves Renouart), se añaden geógrafos (Pierre Gouron, Dion y Menier), economistas (Bettelheim, Fourastié...); la revista conservó, pues, su papel rector en la postguerra. De todas formas, la victoria no estaba del todo conseguida por los historiadores de *Annales*, ya que, en su larga marcha hacia la hegemonía, tropezaban con un oponente reacio a dejarse anexionar en tanto que desde largo tiempo atrás trataba de encontrar su lugar: la sociología durkheimiana. Cierto que en 1945 la escuela sociológica está en gran parte decapitada. Célestin Bouglé muere en 1940, Maurice Halbwachs fue deportado a Buchenwald y allí murió en 1945, Marcel Mauss se había retirado del Collège de France en 1942... Pero, al huir del nazismo, Georges Gurvitch constituyó en 1942, en Nueva York, en la Universidad de lengua francesa, la Escuela libre de estudios superiores, un instituto de sociología. El objetivo de Georges Gurvitch guarda parentesco con el de *Annales:* realizar la confrontación de las diversas ciencias sociales; pero aquí se trata de someterlas a la dirección de la sociología. Un entramado concurrente, formado por economistas, sociólogos y etnólogos, entre ellos Lévi-Strauss, formado en el trabajo en común al otro lado del Atlántico, podía pues disputar a los historiadores una posición de *leadership* en un

[67] A. BURGUIÈRE, *Annales*, número "Histoire et structure", 1971.
[68] M. FERRO, "Le laboratoire des *Annales*", *Magazine littéraire*, noviembre de 1984, p. 25.

momento en que, en 1945, la Fundación Rockefeller se proponía favorecer la investigación de ciencias sociales en Europa. Además, parecía que Georges Gurvitch ganase terreno a los historiadores al crear un centro de estudios sociológicos en marzo de 1946. Tenía la intención de crear una sección de ciencias sociales de la EPHE, o sea, una VI sección. No era la primera vez que una ambición así nacía entre los sociólogos. Marcel Mauss había presentado ya un proyecto de fundación de un instituto de ciencias sociales en la Universidad de París dependiente de la Fundación Rockefeller en 1929. La posibilidad de una VI sección de la EPHE se presentaba entonces como una solución transitoria de supervivencia en relación a un programa mucho más amplio.[69] El proyecto fracasa porque los americanos consideran que la situación francesa no es propicia para esta fundación y porque la personalidad socialista de Marcel Mauss de alguna manera atemoriza a los posibles mecenas. Georges Gurvitch parece mejor situado en el contexto de la postguerra y de la naciente guerra fría. La situación fue comprendida a la perfección por el director de la sección de ciencias sociales de la Fundación Rockefeller, J. H. Willit, el cual escribió en octubre de 1946: "Una nueva Francia, una nueva sociedad está a punto de surgir de las ruinas de la ocupación; la grandeza de estos esfuerzos es magnífica, pero los problemas son impresionantes. En Francia, el final del conflicto, o la adaptación entre comunismo y democracia occidental, aparece en su forma más aguda. Lo encontramos en el campo de batalla o en el laboratorio".[70] La situación era pues propicia a la creación de esta VI sección y los sociólogos parecían los mejor situados para llevar a cabo la empresa. Sin embargo, la dirección se les escapó en beneficio de los historiadores de *Annales*. Encontramos a Lucien Febvre entre el comité de dirección del Centro de Estudios Sociológicos, junto a investigadores de primer orden como Louis Gernet, Gabriel Le Bras, Maurice Leenhardt y H. Lévy-Bruhl, todos reunidos alrededor de Georges Gurvitch. Pero el director de enseñanza superior del momento, Pierre Auger, tenía como inspirador de sus proyectos de ciencias sociales al historiador Charles Morazé, miembro del comité de dirección de *Annales*. Los dos hombres se complementan, pues si, por una parte, Pierre Auger quiso crear una nueva sección consagrada a las ciencias sociales del EPHE, pero le faltaban los créditos que el gobierno francés era incapaz de darle, Charles Morazé, secretario del Comité Internacional de Ciencias Históricas, se había beneficiado ya de importantes subvenciones de la Fundación Rockefeller. Ambos constituyeron la primera lista de directores de estudios remitida a la Fundación en 1947: "De entrada, los historiadores constituían el gru-

[69] B. MAZON, *Fondations américaines et sciences sociales en France: 1920-1960*, tesis de tercer ciclo, EHESS, 1985, pp. 54-6.

[70] *Ibid.*, p. 103, "Archivos de la Fundación Rockefeller".

po mayoritario".[71] Esta evolución favorable a *Annales*, de donde se toman los principales colaboradores, se debe en lo esencial al peso de Charles Morazé en el proyecto de la VI sección. Ahora bien, éste no se encuentra sólo en el comité de dirección de la revista, sino que acababa de crear en 1947 la Asociación de Amigos de *Annales*, que más tarde tomaría el nombre de Asociación Marc Bloch. Sin embargo, Lucien Febvre no comprendió enseguida el gran interés en lanzarse a esta aventura y no se dejó convencer por Charles Morazé hasta el otoño de 1947, cuando éste le explicó que en caso de que *Annales* no tomase la iniciativa, Georges Gurvitch transformaría su Centro de Estudios Sociológicos en la VI sección: "La dirección institucional de las ciencias sociales se arriesga a caer en manos de los sociólogos".[72] Lucien Febvre fue elegido presidente del I Consejo de la VI sección en 1948. En esta ocasión, Fernand Braudel fue designado como el organizador de la hegemonía "annalista" en tanto que secretario de la VI sección y responsable de su organización; también se le confía la dirección del Centro de Investigaciones Históricas. Lucien Febvre vio en él, lúcidamente, capacidad organizativa, directiva y posibilidades de ganarse la confianza del otro lado del Atlántico. Para Fernand Braudel, la VI sección fue un instrumento decisivo en un proceso más amplio de ingestión de las ciencias sociales en beneficio del historiador; en su estrategia no dejó de haber canibalismo: "Hay que comprender lo que es la lección de *Annales*, de la escuela de *Annales*..., que todas las ciencias humanas sean incorporadas a la historia y se conviertan en ciencias auxiliares".[73] Fernand Braudel, hombre de poder, comprendió la maquinaria infernal que permite el reagrupamiento, deseado por la primera generación, al darle una base institucional. Si no fue, como él mismo reconoció, un hombre de revista, sobresalió por el contrario como promotor y constructor de una escuela. Además, a los ojos de los americanos ofrecía la seguridad de una adhesión al mundo atlántico, separándose cada vez más de la gran potencia soviética continental. La conclusión de su tesis, escrita en diciembre de 1948, otorgaba las necesarias garantías: "Por ejemplo, me parece que el Atlántico es el centro del mundo actual, ¿por cuánto tiempo todavía?... Quizás ya no hablemos así el día –esperemos lejano– en que una decadencia del océano creará, en contra de él, bien sea la fortuna de otros espacios líquidos, bien sea la fortuna monstruosa de unas tierras".[74] Detrás del monstruo reconocemos a la Unión Soviética. París no es Nueva York y Fernand Braudel no es Marshall; si bien se da en prenda a los americanos, no acepta convertirse en un feudo. Buscando economistas para la VI sección defendió a Charles Bettelheim en 1948 e hizo de él el primer director

[71] *Ibid.*, p. 128.
[72] *Ibid.*, p. 123.
[73] F. BRAUDEL, *Une leçon d'histoire*, Châteauvallon, Arthaud-Flammarion, 1986, p. 222.
[74] F. BRAUDEL, *La Méditerranée*, *op. cit.*, 1949, p. 1095.

de estudios elegido en marzo de 1948. De este último se puede decir que, aun siendo especialista en economía soviética, marxista, se corresponde con el perfil del atlantista de postguerra. Esta nominación revela la independencia de espíritu y de política científica llevada a cabo en la VI sección por Fernand Braudel, el cual no se dejará engañar incluso en el momento álgido de la guerra fría, cuando las presiones por parte de los americanos sean más fuertes. Se negará a separarse de Jean Chesneaux y les impondrá a los americanos a Annie Kriegel, Claude Frioux, Georges Haupt...[75]

A finales de 1951, Lucien Febvre y Fernand Braudel solicitaron de nuevo a la Fundación Rockefeller un programa de financiación. Hasta entonces los fondos entregados habían sido modestos: sólo una cuarta parte de las subvenciones puestas a disposición del Instituto Económico de Charles Rist. Se trataba, pues, de impulsar por segunda vez una VI sección todavía pobre, y la justificación de esta solicitud se hizo esta vez, abiertamente, en nombre de la prioridad concedida a la historia. Era cuestión de sostener, con una financiación de 13 500 dólares (4 500 000 francos) por un periodo de dos años y medio, comenzando el primero de julio de 1952,[76] la organización de coloquios interdisciplinares, así como el programa del Centro de Investigaciones Históricas dirigido por Fernand Braudel, el cual había puesto en marcha toda una serie de estudios acerca de los puertos, los tráficos, las rutas, los intercambios económicos internacionales a finales del siglo XV y a comienzos del XVI. Fernand Braudel no despreció, a lo largo de estos años cincuenta, la enseñanza de la historia dentro de las estructuras universitarias clásicas, de las cuales *Annales* reclamaba una transformación radical. Recuérdese la tentativa abortada de modificación en profundidad de la agregaduría pretendida en 1934 por los dos padres fundadores. Retomó la herencia en mejor situación, puesto que fue nombrado presidente del jurado de agregaduría de 1950 a 1955; ciertamente el concurso no fue modificado de manera radical, pero su presidente pudo utilizar su posición durante cinco años como tribuna / tribunal en nombre de criterios nuevos que eran los de la escuela de *Annales*. Michel Vovelle cuenta[77] que conoció numerosos candidatos que se presentaron a la agregaduría cuando Fernand Braudel presidía el jurado y a los cuales les dijo, con un cierto desdén, que su exposición no husmeaba suficientemente en el estercolero, al igual que Lucien Febvre había criticado *La Société féodale* de Marc Bloch proclamando que no husmeaba suficientemente en la tierra. El cambio de tono y de perspectiva son manifiestos en las relaciones rituales del concurso de agregaduría. Se apela, en lugar de a la constante sempiterna de la baja de nivel, a la

[75] O. DUMOULIN, "Un entrepreneur des sciences de l'homme", *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

[76] B. MAZON, *Fondations américaines et sciences sociales en France: 1920-1960, op. cit.*, p. 154.

[77] M. VOVELLE, *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

transformación de la enseñanza superior, a su apertura hacia la historia económica, a una mejor formación de las técnicas científicas, a un derribo de tabiques: "Cada vez más la historia implica, casi a título estructural, el conocimiento de los grandes resultados y de los métodos de las ciencias sociales vecinas (y no sólo la geografía)".[78]

Pero el gran proyecto, marcado por la personalidad de Fernand Braudel, fue presentado al término de su labor como presidente del jurado de agregaduría en 1956; en este momento propone un programa que va a dotar a la VI sección de un objetivo científico de larga duración y a asegurar a ésta un impulso irresistible. Este proyecto se apoya en la experiencia de las universidades americanas de las *area studies*, que consiste en organizar sobre este modelo de investigación alrededor de las áreas culturales. Éstas deben permitir el reagrupamiento de métodos históricos, económicos y sociológicos. Fernand Braudel había realizado, a finales de 1955, un largo viaje a los Estados Unidos con el fin de estudiar la experiencia de estas *area studies*; volvió escéptico acerca de las capacidades de los historiadores americanos para llevar a cabo su proyecto. Según él les faltaban tres dimensiones fundamentales: la filosofía, la historia y la geografía, a las cuales abandonaban en beneficio de estudios acerca de lo inmediato. En contrapartida, su tentativa pudo ser retomada con éxito por los investigadores franceses en el marco de la VI sección del EPHE.[79] Este programa de áreas culturales fue concebido en colaboración con Clemens Heller, muy pronto asociado (desde 1952) a Fernand Braudel y al desarrollo de la VI sección. Incluso se puede decir que aquél, diplomado en Harvard, residente en París desde 1949, fue quien tuvo la idea de adaptar el modelo americano de las *area studies* a Francia. Este programa debía no sólo permitir la colaboración orgánica de varias disciplinas, sino también realizar la conjunción de comprender el mundo contemporáneo y el pasado, gracias al espesor temporal que podían aportar en Francia, más que en los Estados Unidos, los historiadores en tanto que rectores de las ciencias humanas. El proyecto tuvo la adhesión de la Fundación Rockefeller después de un año de negociaciones difíciles; así, en 1955 la Fundación Rockefeller sometió a Clemens Heller y a Fernand Braudel a condiciones más duras de financiación; entre otras, rechazaban financiar los trabajos de Étienne Balazs acerca de la historia medieval china y las investigaciones de Jean Chesneaux, las cuales corrieron a cargo de la Educación Nacional. El programa de las áreas culturales vio la luz y se encontró dotado con 60 000 dólares por dos años, en diciembre de 1955,

[78] F. BRAUDEL, "Rapport du concours 1953", *Bulletin de l'Association des professeurs d'histoire-géographie*, 1954, pp. 226-84.

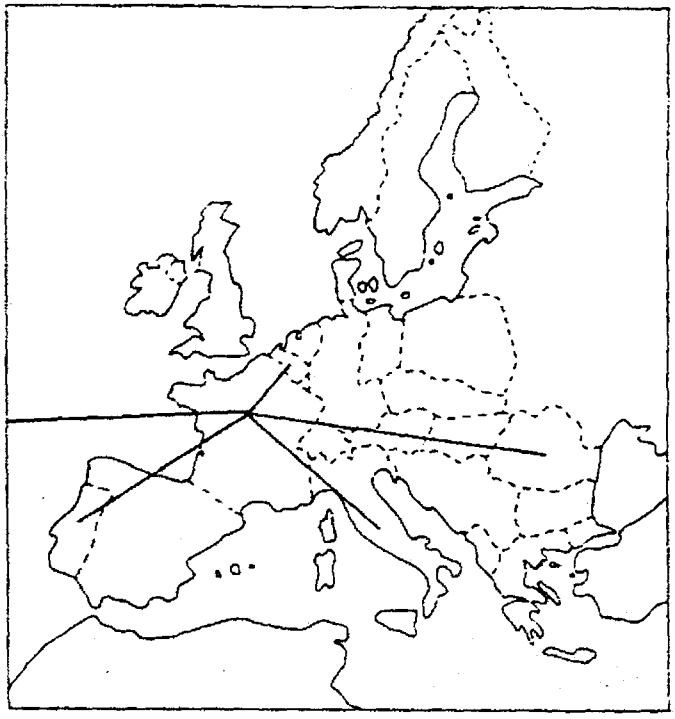
[79] F. BRAUDEL, "Rapport préliminaire sur les sciences humaines au ministère de l'Éducation nationale", 1956, citado por B. MAZON, en *Fondations américaines et sciences sociales en France: 1920-1960*, *op. cit.*, p. 167.

a los cuales la Fundación añadirá 80 000 dólares en 1958, por tres años.[80] Este programa de las áreas culturales permitió un impulso cuantitativo decisivo de la VI sección, ya que entre 1954 y 1957 ganó una cuarentena de direcciones de estudios nuevas, de las cuales la mitad iban dirigidas a la realización del programa de áreas culturales. En 1959, Fernand Braudel obtuvo del Ministerio de Educación Nacional la creación de sesenta puestos de directores de trabajos adscritos al presupuesto de 1960, prueba del éxito del anclaje institucional de la VI sección. Este programa, además, prepararía el terreno a una antropología conquistadora. En esta fecha, 1960, la VI sección dará aún un nuevo salto adelante. Contando con 67 direcciones de estudio en 1958, contabiliza 80 en 1960, beneficiándose de una verdadera política de las ciencias sociales por parte tanto del Estado como de los diversos organismos sociales que impulsan numerosas iniciativas. La VI sección parece el lugar más apropiado para responder a una fuerte demanda social no satisfecha por las instituciones universitarias tradicionales. Con todo, Fernand Braudel no se limita a una irradiación puramente hexagonal, juega también la carta de la influencia internacional. Esta mundialización de las orientaciones de *Annales* se hace sensible en el estudio comparado de la procedencia geográfica de las ponencias presentadas con ocasión del homenaje a Lucien Febvre que tuvo lugar en 1953, y veinte años después, con ocasión de las *Mélanges*, en honor de Fernand Braudel[81] (véase cuadro). Para Lucien Febvre, la zona de influencia sigue siendo francesa: setenta ponencias de franceses contra quince de historiadores extranjeros, nueve italianos entre ellos. Por el contrario, en el caso de Fernand Braudel, el espacio "annalista" se ha ramificado de manera importante: cuarenta trabajos de franceses y cincuenta de historiadores extranjeros. En los años cincuenta aparecieron, impulsadas por Fernand Braudel, las grandes colecciones de la VI sección: Puertos, rutas, tráficos; Monedas, precios, coyunturas; Negocios y hombres de negocios; Hombres y tierra; Sociedades y civilizaciones. "El sueño de F. Simiand... de un laboratorio de ciencia social en el cual un director supervisaría la investigación" se ha vuelto realidad.[82] Se comprende, a la vista de este éxito, hasta qué punto las posibilidades de éxito del proyecto de desestabilizar la historia, llevada a cabo por los estructuralistas, son mínimas, a pesar de la moda que se difundió en los medios intelectuales. *Annales*, apoyado por sólidas defensas, resiste a la nueva OPA lanzada a propósito de la historia a fines de los años cincuenta al igual que a comienzos de siglo. Fernand Braudel no se limita a dar vida a la VI sección: participa en la redacción del plan Longchambon en 1958, apoyado por Gaston Bergé, director de

[80] B. MAZON, *ibid.*, p. 172.
[81] J. HEXTER, "F. Braudel and the monde braudélien", art. cit., pp. 495-6.
[82] Georg G. IGGERS, *New Directions in European Historiography*, 1975, p. 61.

enseñanza superior. Propone la creación de una nueva universidad separada de la Sorbona y de las facultades de derecho, la cual se consagraría a las ciencias sociales. Pero se expone a una insurrección armada desde todos los flancos. En las facultades de derecho y de letras se denuncia el proyecto imperialista de Fernand Braudel. Juristas y hombres de letras se coaligan por una vez, superando sus querellas internas, para oponerse conjuntamente a la tentativa braudeliana, que por todas partes es calificada de nuevo Luis XIV. Impugnado por derecha y por izquierda, acusado de ser un esbirro del imperialismo americano y del plan Marshall por parte del PCF [Partido Comunista Francés], para los historiadores de derecha, anclados en la historia historizante, adopta la figura del revolucionario; así denuncia Pierre Renouvin el "plan Braudel". Sobre todo, fracasará ante la resistencia del *establishment* universitario. Con todo, no se da por vencido

Procedencia de las contribuciones
a las Mélanges *de Lucien Febvre y Fernand Braudel*



Procedencia de las contribuciones a las *mélanges* de Lucien Febvre

es agregado de historia tres años después de su bachillerato, ¡a los 21 años!, de 1924 a 1932; enseña en el Instituto de Constantine, después en el de Argel y, extasiado, descubre, hombre del noreste, los encantos de un Mediterráneo al cual dedicará una buena parte de su vida: "He amado el Mediterráneo apasionadamente".[2] Fue en 1923 cuando decidió el tema de su tesis, que parecía ser de los más clásicos, puesto que se trataba de estudiar la política diplomática mediterránea de Felipe II. Inició entonces una relación epistolar con el autor de otra tesis sobre Felipe II, Lucien Febvre, el cual se encontraba interesado por el tema y dispuesto a dirigirla, pero le sugiere el cambio decisivo que significará la revolución historiográfica: "Felipe II y el Mediterráneo, buen tema. Pero ¿por qué no el Mediterráneo y Felipe II? También un buen tema, puesto que entre estos dos protagonistas, Felipe y el mar Interior, no hay paridad".[3] La historia cambia entonces de tema; ya no Felipe II, sino el Mediterráneo, tema geográfico para un historiador, giro decisivo que el maestro Fernand Braudel lleva a cabo retomando la sugerencia y la herencia de Lucien Febvre. La escritura de su tesis forma parte de la leyenda del siglo, por supuesto gracias a Lucien Febvre, que dijo haber recibido 1 100 páginas de Fernand Braudel –prisionero en Alemania durante toda la guerra, primero en Mayence y después en Lübeck– escritas de memoria en pequeños cuadernos escolares. Hazaña ciertamente notable; sin embargo, según Jean Maugüe, colega y amigo de Fernand Braudel en São Paulo, entre 1935 y 1937 lo esencial estaba ya escrito y Fernand Braudel mismo apunta, con ocasión de la segunda edición de su tesis en 1963: "Estaba concebida en sus líneas maestras, si no escrita completamente, desde 1939, al término de la primera juventud radiante del *Annales* de M. Bloch y de L. Febvre, de los cuales es el fruto directo".[4] Es pues cierto que sin negar que una buena parte de *El Mediterráneo* fuera escrita como evasión, todo el trabajo y la arquitectura de ésta precede al segundo conflicto mundial. Lo cual resta solidez a la hipótesis según la cual la estructura del libro habría sido pensada como antídoto de las noticias alemanas acerca de la guerra, adoptando la perspectiva de los largos periodos históricos como forma de evasión frente a un boletín de noticias emitido por la radio nazi.

La herencia de Lucien Febvre la asume Fernand Braudel desde sus primeros trabajos con la construcción de una geohistoria en el mismo curso abierto por su maestro. No es menos heredero de Marc Bloch, e incluso se puede contemplar en su obra esta doble paternidad, esta síntesis de construcción en el curso de un itinerario intelectual que le conduce de la

[2] F. BRAUDEL, *La Méditerranée*, prefacio a la 1ª edición, 1976, p. 13.

[3] L. FEBVRE, carta a F. BRAUDEL, "La Méditerranée et le monde méditerranéen", *Revue historique*, 1950, pp. 216-224, recogido en *Pour une histoire à part entière*, *op. cit.*, pp. 167-79.

[4] F. BRAUDEL, *La Méditerranée*, prefacio a la 2ª edición, 1963, t. 1, A. Colin, 1976, p. 11.

geohistoria al estudio de las estructuras económicas, a los conceptos de la economía-mundo, a una reflexión acerca de las estructuras capitalistas y de la economía de mercado que, más sociologizantes y económicas, se emparientan en mayor grado con *La Société féodale* de Marc Bloch. Así, se puede observar una inflexión que le lleva de Lucien Febvre a Marc Bloch para, en el atardecer de su vida, retornar a sus primeros amoríos en *L'Identité de la France*. Esta última obra se inscribe en el ámbito de influencia de Lucien Febvre, que también tuvo un proyecto de libro acerca de la historia de Francia que no pudo realizar sino como esbozo en su *Honneur et Patrie*, curiosamente desaparecido. Fernand Braudel es, pues, el hombre puente, el hombre del equilibrio entre las dos filiaciones "annalistas", lo cual ha contribuido a asegurar su carisma en el conjunto de la escuela. En el momento de su entrada en la Academia francesa, él reivindica esta doble paternidad: "En primer lugar, reconozco gustoso a Marc Bloch y a Lucien Febvre como los más grandes historiadores de este siglo. Si he innovado, ha sido siguiéndoles a ellos".[5]

Es en la construcción de la geohistoria donde Fernand Braudel retoma la herencia de Lucien Febvre para conducirla a su paroxismo, naturalizando la historia con la recuperación de los axiomas de Vidal de la Blache, después de haber sido alumno en los años 1920-1923 de los maestros de la escuela vidaliana: "Una de las obras más fecundas para la historia, quizás la más fecunda de todas, habrá sido la de Vidal de la Blache".[6] Fernand Braudel descubre así durante estos años veinte el libro de Lucien Febvre *La terre et l'évolution humaine* (1922) y "la luz se hizo".[7] El medio o el espacio, términos equivalentes en Braudel, como en Vidal de la Blache, se convierten en la clave de su escritura, fundamento del transcurrir de las civilizaciones, hasta el punto de que Fernand Braudel, contradiciendo su rechazo de los sistemas de causalidades, utiliza el espacio como factor explicativo de los diversos aspectos de las civilizaciones: "Una civilización es, en su base, un espacio trabajado por los hombres y la historia".[8] He ahí la hoguera que con sus fulgores ilumina la realidad humana a partir de una nueva lectura: la geohistoria. Entonces la temporalidad se tambalea en la espacialidad hasta desaparecer, y que nadie se extrañe de que la historia, en este proceso de naturalización, se quede clavada en el suelo. La civilización se define, y a veces se reduce, al espacio: "¿Qué es una civilización sino la antigua ordenación de una cierta antigüedad en un cierto espacio?".[9] La geohistoria arbitra, determina, funda

[5] F. BRAUDEL, Discours du récipiendaire, Académie française, *Le Monde*, 2 de junio de 1985.
[6] F. BRAUDEL, *Écrits sur l'histoire*, *op. cit.*, p. 31.
[7] F. BRAUDEL, *Magazine littéraire*, entrevista, noviembre de 1984.
[8] F. BRAUDEL, *La Méditerranée*, *op. cit.*, t. 2, p. 107.
[9] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 1, p. 495.

el horizonte insuperable, no se deja encerrar en un estrato de la realidad humana, engloba tanto los fenómenos de orden climático como los hechos de cultura. La geohistoria absorbe todo y permite la realización de esta historia total que Fernand Braudel reclama firmemente. El mundo vegetal, este entre-dos-mundos, colocado entre las condiciones pedológicas y el universo humano, es el terreno ideal trabajado por Fernand Braudel. Allí ve el ejemplo del "determinismo de civilización" del cual habla Pierre Gourou.[10] Paso a paso sigue el itinerario y el movimiento de estas plantas de civilización que son el trigo, el arroz, el maíz, las cuales han dominado la vida material de un extremo a otro del globo. Estas plantas se convierten en los personajes principales de la saga que se nos cuenta en el primer volumen de *Civilisation matérielle.* Ellas imponen sus leyes intangibles a las sociedades humanas condenadas a componerse o a descomponerse. Son entonces capaces de desplazar las montañas, de hacer retroceder las fronteras de lo imposible; así pasa con el maíz, planta milagrosa: "Sin el maíz no habrían sido posibles las pirámides gigantes de los mayas y aztecas, los muros ciclópeos de Cuzco o las maravillas impresionantes del Machu Pichu".[11] La geografía como clave de lectura de la sociedad, como sólida roca a la cual los hombres se amarran; así es la geohistoria según Fernand Braudel, una mirada más espacial que temporal.

La geohistoria reviste, para Fernand Braudel, otro interés que él dice haber comprendido sólo dieciocho años después del comienzo de su trabajo, es decir, en 1941. La geografía le permite valorizar la larga duración, disminuir el peso del hombre como actor de la historia, sustituyéndolo por un sujeto espacial; en estas circunstancias, el Mediterráneo se eleva al rango de sujeto histórico: "La geografía era el medio por excelencia de hacer la historia más lenta".[12] Con su tripartición temporal, Fernand Braudel puede acceder a esta historia casi inmóvil, que él considera como primordial, en una arquitectura donde la geohistoria se identifica como la más larga duración. Antes de él había ya un estudio sistemático de los fenómenos largos, de las repeticiones; en lo esencial, sin embargo, era el modelo de Ernest Labrousse, se trataba de lo económico, de la evolución cíclica de los precios, de las producciones. Con Fernand Braudel y la geohistoria, el estudio de las repeticiones se amplía al conjunto de los fenómenos, al recorrido a menudo subterráneo y no espectacular. Conviene entonces sacar a la superficie esta capa de historia subyacente que se comprende tanto en el estudio del espacio como en el de la vida material, lugares estos privilegiados en cuanto a la resistencia al cambio. La observación y

[10] P. GOUROU, "La civilisation du végétal", *Indonésie*, núm. 5, pp. 385-96.
[11] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 1, p. 133.
[12] F. BRAUDEL, *Magazine littéraire*, entrevista, noviembre de 1984, p. 18.

clasificación de estas oscilaciones lentas de la geohistoria determinarán el ritmo de las temporalidades, la propia historiografía.

La otra dimensión de la geohistoria consiste en identificarse con aquello que Fernand Braudel denomina las estructuras de la historia. En este sentido ocupa una posición central en tanto que luz explicativa de los fenómenos humanos. La estructura, en su opinión, pertenece al orden de lo observable, se emparienta con los límites de lo posible, con la existencia de impedimentos de los que el hombre es prisionero, de los que el tiempo, sólo muy lentamente, corroe los contornos. Esta estructura, accesible al historiador, no es otra que el cuadro geográfico del cual los diversos elementos –climáticos, vegetales, animales– forman un equilibrio casi permanente. El sistema de causalidad se encuentra pues al nivel de las condiciones naturales, marca los límites que el hombre no puede transgredir: "Retengamos la fragilidad congénita de los hombres frente a las fuerzas colosales de la naturaleza".[13] Cierto que el posibilismo vidaliano utilizado por Fernand Braudel permite volver a introducir el cambio en lo inmutable, superar ciertas barreras. Obligado por la necesidad, el hombre, en ocasiones, ha superado lo que se le aparecía como horizonte inmutable. Esto no impide a Fernand Braudel atribuir a la geografía como limitación un *status* privilegiado: "Geografía en primer lugar", escribe a propósito de las compañías comerciales.[14] La primacía concedida a la naturaleza induce a una regresión estética de la escritura histórica braudeliana, a la pérdida de dialéctica, de movimiento, ya que la relación no es contradictoria sino complementaria: "Un paisaje está siempre lleno, centrado en sí mismo, sin otras afinidades o relaciones con los otros paisajes que no sean las de coexistencia o de yuxtaposición".[15] La espacialización de la temporalidad y de la economía en Fernand Braudel tiene como efecto el disolver las fuerzas contradictorias internas, las fuerzas de escisión de la obra en el cambio. Los diversos cortes operados en el espacio sitúan los subconjuntos de esta coexistencia. Estos espacios constriñen al hombre, describen los alrededores de las permanencias inmanentes a las civilizaciones. Más allá de las mutaciones asignadas a lo inesencial, uno puede leer los rasgos constantes que, a grandes líneas, dividen el espacio, los puntos inalterables a partir de los cuales las civilizaciones se acercan. De este modo, Fernand Braudel evoca "una línea esencial del mundo mediterráneo"[16] que se situaría a nivel del Rin y del Danubio, cicatriz antigua donde no sólo se encuentran los límites europeos de la Roma antigua, sino también la era de influencia de la Reforma, que se da de bruces contra esta línea

[13] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 1, p. 33.
[14] *Ibid.*, t. 2, p. 394.
[15] B. BARRET-KRIEGEL, "Histoire et politique", *Annales*, noviembre de 1973, p. 1 444.
[16] F. BRAUDEL, *La Méditerranée*, *op. cit.*, t. 1, p. 107.

de división de las aguas. De la misma manera, entre Oriente y Occidente existe la barrera inmutable que pasa entre Zagreb y Belgrado, "cicatriz sumamente llamativa".[17] En este espacio complementario, Fernand Braudel hace gran uso de las metáforas organicistas. Éstas revelan todavía la herencia vidaliana de una geografía cuyas nociones se han constituido a partir de conceptos biológicos. Este organicismo se encuentra en la obra, y no sólo a un nivel metafórico: "La debilidad de Génova es congénita".[18] "La Europa occidental, minúscula y sobrecargada de tensión".[19] y "Los Países Bajos e Inglaterra son más ágiles, más fácilmente unificables".[20] "Es una razón para que el corazón de España lata a un ritmo más lento que los otros".[21] El vidalismo funciona pues como modelo en la escritura braudeliana, y Francia o Inglaterra aparecen, al igual que otros países, como sujetos orgánicos con su circulación arterial, su corazón, sus miembros y también su conciencia: "Inglaterra, sin haber tenido consciencia de ello en su momento, se convirtió en una isla".[22] En cuanto a Francia, deja de lado una carrera imperial durante el siglo XVI, en gran parte a causa de su temperamento, de su prudencia, de su gusto por los valores seguros. El medio geográfico tiene como función mantener el conjunto, agrupar los elementos dispersos del organismo general, producir una vida común, determinarla.

Si Lucien Febvre y Marc Bloch habían seguido las enseñanzas de Vidal de la Blache, Fernand Braudel puede ser leído, completamente, desde el interior de la herencia vidaliana. Su última obra, *L'Identité de la France* (1986), supone una ilustración notable: "Para el geógrafo contemporáneo, leer, en 1986, *L'Identité de la France* posee el encanto de un desván antiguo donde se redescubriera *Le Tableau géographique de la France*".[23] En efecto, como heredero de la generación de sus padres ha ignorado la evolución de la disciplina histórica, la cual, más que atraerle, le ha desconcertado. El hecho de pensar la geografía como ciencia del espacio de las sociedades, más que como ciencia de los medios naturales y de los paisajes, no ha influido en la escritura braudeliana. El debate que enfrentó en Châteauvallon, en el otoño de 1985, al geógrafo Étienne Juillard con Fernand Braudel es, en este sentido, sintomático de un desfase epistemológico generacional. Fernand Braudel se presentaba como el heredero de un determinismo geográfico que, sin embargo, Lucien Febvre había rechazado violentamente en 1922:

[17] *Ibid.*
[18] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 3, p. 134.
[19] *Ibid.*, p. 332.
[20] *Ibid.*, p. 269.
[21] F. BRAUDEL, *La Méditerranée*, *op. cit.*, t. 1, p. 343.
[22] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 3, p. 302.
[23] C. GRATALOUP, "L'appel des grands espaces", *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

"¿Si no hay determinismo geográfico, dónde encontrar la ciencia geográfica?".[24] Acusa a los geógrafos de desespacializar la historia al relativizar las exigencias físicas, resituándolas históricamente. Para Fernand Braudel, estas exigencias juegan, por el contrario, el papel de última instancia, fundamento más esencial de una historia profunda. Admite acogerse a una geografía antigua y a veces determinista. Las exigencias naturales juegan el papel de condicionamiento primero de las diversas civilizaciones. Su modo de adaptación permanece estrechamente tributario del entorno, del ecosistema. La geomorfología y las condiciones climáticas diferentes, en una parte y otra de la cuenca mediterránea, parecen determinar, mecánicamente, la existencia de dos civilizaciones opuestas. Si el Imperio bizantino vivió más que el Imperio otomano se debe a que "estaba en el lado bueno del Mediterráneo".[25] La primera ventaja del Imperio turco, lo que fundamenta su autonomía, viene representado por sus dimensiones espaciales, un espacio más que abundante. El Mediterráneo, como sujeto, parece animado por la voluntad de desarraigamiento. Para suplir sus carencias, vencido por su pobreza natural, parte en busca de mundos lejanos a explotar, en expansiones imperialistas "como instintivas".[26] Cierto que el conocimiento de las exigencias del medio es necesario y a veces muy esclarecedor cuando Fernand Braudel divide el año del mundo mediterráneo en dos épocas. El buen tiempo autoriza la guerra mientras que el invierno obliga a la tregua, ya que el mar enfurecido no permite a los grandes contingentes militares desplazarse de un punto a otro del espacio mediterráneo; éste es el tiempo de los rumores insensatos, pero también el tiempo de las negociaciones y de las resoluciones pacíficas. Se discute de paz en invierno, se firma en primavera, se rompe en verano; tenemos ahí una temporalidad estrechamente unida a las variaciones climáticas. Pero muy a menudo el argumento espacial sirve al determinismo absoluto. El Mediterráneo está atravesado por estas rutas comerciales que unen las ciudades mercantiles entre sí, de ahí la valorizaación del intercambio en Fernand Braudel, el cual tiende a esta superdeterminación espacial en su esquema explicativo. Unicidad en el clima, por tanto en la ordenación de las civilizaciones agrícolas los países mediterráneos forman una sola realidad, más allá de sus divisiones: "La naturaleza y el hombre han trabajado siempre conjuntamente".[27] A menudo el determinismo espacial se utiliza en un sentido y en su contrario, sin justificación particular. Así, la prosperidad de las ciudades italianas en los siglos XIV-XVI tiende a la homogeneización de un espacio restringido a su alrededor, que les permite

[24] F. BRAUDEL, *Une leçon d'histoire*, *op. cit.*, p. 175.
[25] F. BRAUDEL, Châteauvallon, 18 de octubre de 1985.
[26] F. BRAUDEL, *La Méditerranée*, *op. cit.*, p. 224.
[27] *Ibid.*, p. 215.

obtener nuevas rutas. Estos pequeños Estados urbanos son conquistadores en la medida en que, rápidamente, puede movilizar todos los recursos. Por el contrario, los grandes Estados territoriales se mueven con dificultad, encorsetados por su ruralismo, cogidos en su gigantismo. Por tanto, este determinismo espacial, en el siglo XVI, cambia de dirección y provoca la caída de estas ciudades mercantiles que se difuminan ante la supremacía de los grandes Estados territoriales como España, Inglaterra o Francia. En el cuadro espacial de Fernand Braudel, el puerto de Génova debe su esplendor a su geografía difícil que le condena a la aventura: por un lado, una cadena montañosa estéril; por el otro, una costa peligrosa visitada por los piratas berberiscos. Los genoveses transforman este cuadro en ventaja, lo que explica "la ductilidad, la agilidad, la disponibilidad, la firmeza del hombre de negocios genovés".[28] Pero ¿basta con estar rodeado por una montaña para conocer el esplendor genovés? El fracaso del capitalismo genovés se debe también a la geografía, a una revolución geográfica que valoriza el espacio atlántico y provoca la ruina de los centros neurálgicos del Mediterráneo. La hegemonía inglesa y de su libra esterlina también se debe, en lo esencial, a una base geográfica que guarda relación con la "tensión agresiva de un país obligado por su insularidad".[29] Los hombres y las organizaciones pasan, el Mediterráneo permanece. El Ática es pobre por naturaleza, está condenada a superarse, y nace el milagro griego. La geohistoria provoca hechos de civilización sin mediación. El retraso de Francia en la época moderna se atribuye a su gigantismo: "¿Acaso, en el caso francés, no es su mayor fuente de inercia la misma inmensidad de su territorio?".[30] Una jerarquización del mundo se articula así en una dialéctica de los espacios, único determinante racional. Si Francia es demasiado grande, no hablemos ya de Rusia, Asia o África. La geografía retrospectiva implica pues una clave de lectura de la realidad a menudo muy mecánica; se trata, para Fernand Braudel, de una aproximación privilegiada a la que considera mucho más fiable que "una sociología retrospectiva bastante aberrante".[31] La definición que da de la identidad de Francia valoriza también los factores naturales. El Macizo central se ve así realzado no en su altitud, sino en cuanto a su peso en la constitución de la unidad nacional en tanto que macizo montañoso: "Finalmente, en mayor grado de lo que se cree, Francia se explica por estas tierras centrales altas".[32] Los ejemplos que toma para sostener su tesis sobre Francia son otros tantos signos de un proyecto mecanicista. A propósito de Besançon

[28] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 3, p. 134.
[29] *Ibid.*, p. 312.
[30] *Ibid.*, p. 269.
[31] *Ibid.*, t. 2, p. 507.
[32] F. BRAUDEL, *L'Identité de la France*, Flammarion, 1986, p. 49.

y de su emplazamiento, no duda en afirmar: "Aquí, el determinismo geográfico no es en manera alguna una palabra vana".[33] La utilización de este determinismo le permite percibir la presión que soporta el hombre y que encuentra su origen en el medio, la naturaleza, la tierra. Pretende así dar una lección, en nombre de la geografía de ayer, a los geógrafos de hoy: "Los geógrafos, desde hace mucho tiempo, se han retirado".[34] No, el elemento decisivo no es la historia, ni el hombre, al contrario de lo que pensaba Lucien Febvre. Y al recuperar lo que articula el cuadro geográfico de Francia de Vidal de la Blache, el istmo francés, el eje rodaniano que representa una "notable fijeza"[35] es la ruta principal del comercio francés, no central, sino fronterizo.

En la base de los movimientos crecientes o decrecientes de la población encontramos el mismo determinismo geográfico con sus variaciones climáticas: "La época de Luis XIV es el pequeño periodo glaciar".[36] Hay coyunturas geográficas como las hay económicas, tienen incluso una influencia sobre los más amplios espacios. Un solo razonamiento parece plausible a Fernand Braudel para explicar el crecimiento general de población, tanto en Europa como en otros puntos del globo, en el siglo XVIII: se trata del cambio climático, la suavización del clima después de la glaciación del siglo XVII. La larga duración es así indisociable del espacio que la sostiene: "Si se quiere comprender la larga duración, lo más fácil es evocar la necesidad geográfica".[37] Fernand Braudel, al no utilizar concepto teórico, flota al nivel de lo descriptivo de las diferentes instancias de la realidad, donde lo único que se puede afirmar es que el hombre, las clases, los grupos sociales sólo juegan un papel insignificante. Para el resto aplica un determinismo, las más de las veces mecánico, a partir de las condiciones naturales (clima, suelo, geomorfología) o del estado de las técnicas. Todo, en su relato, se acepta como causa. De hecho, esto recuerda el discurso de la historia positivista, tan criticado por *Annales*, en el que la colección de hechos, su clasificación, su superposición hacían las veces de sistema de causalidad. La diferencia se sitúa simplemente en el hecho de que la perspectiva ya no es la misma. En la tradición vidaliana, del campo espacial se excluye lo político como objeto de estudio. Pierre Chaunu expresa bien lo que le entusiasma al leer la tesis de Fernand Braudel, un espacio despolitizado: "Era, maravilloso descubrimiento, el espacio separado del Estado, el espacio verdadero, o sea el paisaje, el diálogo del hombre con la tierra y el clima, este combate secular del hombre y las

[33] *Ibid.*, p. 169.
[34] *Ibid.*, p. 237.
[35] *Ibid.*, p. 241.
[36] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. I, p. 30.
[37] F. BRAUDEL, *L'Express*, entrevista, 22 de noviembre de 1971.

cosas, sin el trasfondo del Estado".[38] La historia política se ve relegada al papel de decorado, de comparsa, de apéndice, y el paisaje asume el papel de la *vedette*. A propósito de la división del mundo mediterráneo, en el siglo XVI, entre un Imperio turco del Este y un Imperio hispánico del Oeste, Fernand Braudel hace corresponder mecánicamente la dualidad climática a la dualidad de civilización: "La política no hace otra cosa que calcar una realidad subyacente".[39]

¿"HISTORISTA" O "ECONOMISTA"?

El segundo objeto privilegiado por Fernand Braudel, además del Mediterráneo, ha sido el capitalismo en la época moderna (ss. XV-XVIII). En el origen de esta orientación hacia una historia economicista, volvemos a encontrar a su maestro, Lucien Febvre, que le confió, en 1952, la redacción de un volumen de la colección "Destins du monde" acerca de la Europa preindustrial, tema "amistosamente impuesto".[40] Lucien Febvre se proponía escribir el paralelo complementario a la obra de Fernand Braudel: un libro acerca de los pensamientos y creencias de Occidente durante el mismo periodo. La tarea de Fernand Braudel consistía en hacer balance de las tesis en vigor acerca de la economía europea. Las mentalidades puestas al descubierto por Lucien Febvre, la economía por Fernand Braudel; ésta es la división del trabajo que influirá durante un largo periodo en las orientaciones de Fernand Braudel, el cual, en 1967, publicará el volumen *Civilisation matérielle* en la colección "Destins du monde", pero que no se quedará ahí, puesto que esta historia económica le va a ocupar hasta 1979, fecha de publicación de su trilogía. Así, añade dos volúmenes suplementarios a una primera revisión. Mientras tanto, hace de la economía y de su historicidad una especialidad reconocida por los mismos economistas, los cuales le citan con deferencia. Los economistas, al constatar el fracaso de las terapias anticrisis, encerrados a menudo en modelizaciones matemáticas sofisticadas y, con todo, ineficaces para solucionar las perturbaciones económicas, se han vuelto recientemente hacia Clío, y han dado con Fernand Braudel. Se pueden distinguir dos tipos de utilización de la obra de Fernand Braudel por los economistas. Hay, por una parte, los que buscan en él una manera de hacer histórica, un espesor temporal en su análisis del presente; son los economistas más "braude-

[38] P. CHAUNU, *Histoire, science sociale*, SEDES, 1974.
[39] F. BRAUDEL, *La Méditerranée, op. cit.*, t. 1, p. 125.
[40] F. BRAUDEL, *La Dynamique du capitalisme*, Arthaud, 1985, p. 9.

lianos que Braudel"[41] en la medida en que, al empujar la lógica braudeliana hasta el extremo, le hacen decir a Fernand Braudel lo que él no dice. A este respecto, se puede mencionar a Alain Minc, para el cual el futuro del capitalismo se encuentra en el subsuelo de la construcción ternaria de Fernand Braudel, en las estructuras de lo cotidiano, a nivel de trueque, de intercambio primario; y a Jacques Attali, que propuso a Fernand Braudel para el premio Nobel de economía (1979); aquél retoma el esquema braudeliano de la sucesión cronológica de los centros de economías-mundo y prevé un desplazamiento de éstos hacia el Pacífico. Fernand Braudel se ha convertido así en una referencia obligada de aquellos que pueden ser llamados economistas de la regulación:[42] Michel Aglietta, Robert Boyer y Alain Lipietz, los cuales ven en su obra una doble raíz espacial y temporal del desigual desarrollo del capitalismo en la perspectiva más larga de un sistema mundial. Fernand Braudel se ha enfrentado pues a las diversas interpretaciones acerca de la génesis del capitalismo; menciona y discute las tesis existentes sin por ello adoptar ninguna en particular. Obra infrateórica, desconfía de todo enclaustramiento conceptual y prefiere la observación, la clasificación de hechos económicos, refutando aquí y allá los argumentos de los teóricos para oponerles los hechos en su irreductibilidad. Fiel a su orientación general, privilegia por supuesto los equilibrios de larga duración. Gracias a su condena de una articulación global y causal, a menudo se ha visto obligado a practicar un puntillismo factual que le viene de su definición de estructura como entidad observable, empírica. La economía, se ha visto ya, no es más que accidentalmente el terreno de predilección de las investigaciones de Fernand Braudel, para el cual sólo hay historia si es global. Cuando escribe una reseña de la tesis de Pierre Chaunu[43] felicita a su autor, pero niega la filiación directa que éste reivindica con las ambiciones de *El Mediterráneo*. Pierre Chaunu yerra al limitarse a una historia serial, puramente económica, ya que la realidad histórica desborda este campo por todos sus lados. Por la misma razón la emprende contra su discípulo Emmanuel Le Roy Ladurie, representante de las orientaciones de la tercera generación "annalista", el cual se deja fascinar por la historia cuantifica da: "Temo, por discutir a propósito de Emmanuel Le Roy Ladurie, que no haya alguna ilusión, o alguna coartada, al afirmar, hablando de una historia estadística, que el historiador del futuro será programador o no será. El programa del programador es lo que me interesa. Por el momento, debería apuntar

[41] J. M. GOURSOLAS, "Les jeux de l'échange entre l'histoire et l'analyse économique", *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

[42] *Ibid.*

[43] F. BRAUDEL, "Séville et l'Atlantique: 1504-1650", *Annales*, 1963, recogido en *Écrits sur l'histoire*, *op. cit.*, p. 137.

a la reunificación de las ciencias del hombre".[44] Aunque más de veinticinco años de la vida de Fernand Braudel tendrán como horizonte sólo la economía, no hay que olvidar por ello su voluntad, siempre reafirmada, de realizar una historia total. Su aproximación a la economía va a consistir, de entrada, en una yuxtaposición factual más que en una explicación de tal o cual factor dominante. Una morfogénesis en la que se insertan los hechos económicos. Utiliza el horizonte económico en un proyecto globalizante que le permite dinamizar su triple temporalidad. Como historiador no puede satisfacerse con su última instancia geográfica, casi inmutable, ni con la espuma factual. *Homo œconomicus* le ofrece pues una temporalidad del en-medio, coyuntural, cíclica, indispensable para reimpulsar movimientos significativos entre las profundidades insondables y la espuma de los días. El posibilismo histórico, en versión de Fernand Braudel, es pues el "producto del determinismo geográfico y de la necesidad económica"; se arriesga a terminar en un callejón sin salida: "el de un fijismo social".[45] Lo económico sólo tiene eficacia para Fernand Braudel a partir de una reintroducción del movimiento, de la dinámica histórica. Esta posición esclarece la crítica, muy acerba, que escribe a propósito de la tesis de Pierre Goubert acerca del Beauvaisis, a la que considera como "una aguja en un pajar".[46] No es sólo que esta tesis no le satisfaga, ya que cree que el espacio estudiado es demasiado exiguo; está además la limitación cronológica al trágico siglo XVII, a una fase de recesión; así, ofrece una visión estática de la economía, mientras que el historiador debe, más bien, dedicarse a los fenómenos de crecimiento: "En la tercera parte, yo habría tratado de poner de manifiesto un crecimiento de Beauvaisis",[47] al modo que, un año más tarde, realizó René Baehrel en relación a la Baja Provenza desde finales del siglo XVI hasta 1789. Sin embargo, Fernand Braudel, confrontado al aparato teórico del análisis de la economía moderna, se ha visto obligado a discutir las diversas tesis que se le presentaban. En este ámbito se ha tenido que determinar, sobre todo en relación al análisis que hace Marx del capital. Se diferencia del marxismo, de manera fundamental, en la medida que concibe el capitalismo como fenómeno en situación de exterioridad con respecto al desarrollo del mercado. Además, sitúa la génesis de la era capitalista mucho antes de lo que lo hace Marx, para el cual la ruptura cualitativa sólo se produce con la masificación de la producción de mercancías sostenida por la explotación del trabajo de los asalariados, separados de la posesión

[44] F. BRAUDEL, *Écrits sur l'histoire*, *op. cit.*, prefacio.

[45] C. GRATALOUP, "L'appel des grands espaces", *Espaces-Temps*, art. cit.

[46] F. BRAUDEL, *C. R. de Beauvais et le Beauvaisis de 1600 à 1730*, de P. GOUBERT, *Annales*, julio-agosto de 1963, pp. 767-78.

[47] *Ibid.*

de los medios de producción. Por el contrario, Fernand Braudel, al situar el capitalismo en la esfera de circulación del capital, puede remontar el origen de este sistema económico a mucho antes. La tesis más utilizada y discutida por Fernand Braudel es la de Werner Sombart.[48] Fue este último quien introdujo, según el concepto de capital en Marx, el de capitalismo. Él critica la concepción idealista de Werner Sombart, a quien discute el privilegio acordado al "espíritu" capitalista. Ve, en esta supervaloración de las mentalidades que encontramos tanto en Werner Sombart como en Max Weber, una falsa puerta para escapar al esquema de Marx. Fernand Braudel la sustituirá por su cohete de largo alcance de tres cuerpos. A sus ojos, Werner Sombart es víctima de las herramientas conceptuales de su época –comienzos de siglo–, el cual tendía a presentar la historia occidental como el punto de llegada lógico y natural de la historia mundial a través del sistema económico más activo: "Hemos perdido esta seguridad".[49] La historia del mundo habría podido ser de otra manera, nos dice Fernand Braudel, si los juncos chinos hubiesen doblado el cabo de Buena Esperanza en 1419... y en la hora de un capitalismo mundial en crisis, de una Europa descentrada en relación a los motores esenciales del mercado internacional, hemos perdido nuestro complejo de superioridad. En relación a la tesis de Joseph Schumpeter acerca de las cuatro fases sucesivas que conoce el desarrollo capitalista –las cuales se articularían alrededor de dos factores: la innovación y el crédito–, Fernand Braudel critica la subestimación del Estado, de las instituciones. En cuanto a la tesis de Max Weber,[50] según la cual la Reforma ha liberado el impulso capitalista, parece en principio verificable de cara a la correlación entre países protestantes y lugares impulsores del capitalismo, pero la sistematización sociológica tampoco agrada a Fernand Braudel, el cual, aunque reconociéndole un pensamiento rico, confiesa "ser tan alérgico como lo era el mismo Lucien Febvre".[51] Queda la tesis del antropológo Karl Polanyi, para el cual el mercado no habría existido antes de 1834, fecha en la que se vuelve autónomo, autorregulador, pero sólo durante un corto periodo que termina en 1929; con anterioridad y posterioridad, sólo habría un comercio administrado. Tesis poco convincente para Fernand Braudel, el cual rechaza el hecho de englobar en una misma explicación realidades tan diversas como la antigua Babilonia, las islas Trobriand y la Europa medieval. Cierto que la historia debe ayudarse de las otras ciencias humanas para reconstruir una historicidad del intercambio, debe aceptar su aportación; pero aun así, sólo el historiador puede

[48] W. SOMBART, *Der Modern Kapitalismus*, 1902.
[49] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 2, p. 517.
[50] M. WEBER, *L'Église protestante et l'esprit du capitalisme*, 1904.
[51] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 2, p. 506.

ser el artífice, porque todos los conceptos de las ciencias vecinas son engañosos: "Sociólogos y economistas ayer, antropólogos hoy, nos tienen acostumbrados, desgraciadamente, a su desconocimiento casi total de la historia".[52] Si los economistas se han preocupado poco de la historia, Fernand Braudel abandona el aparato conceptual de éstos y su reciente éxito esconde, de hecho, lo que Serge C. Kölhm califica de "gran encuentro frustrado",[53] puesto que los economistas, incluso aquellos que comparten la problemática general de Fernand Braudel –la de la investigación de los fenómenos irreversibles de las primicias del capitalismo–, no encuentran en él los conceptos que necesitan, sino nociones demasiado vagas para serles útiles. Así, la noción de intercambio desigual, concepto clave de la economía, tiene dos sentidos distintos. Por una parte, significa una transferencia de plusvalía de la periferia hacia el centro, en el caso de Arghiri Emmanuel, pero remite al deterioro de los términos de intercambio en detrimento de los países con producción de productos primarios, tal como analiza Pierre Jalée o Gunther Frank. Fernand Braudel utiliza la noción sin definirla nunca, y así, decepciona a los economistas al nivel conceptual. Cuando Serge C. Kölhm estudia la economía veneciana del siglo XVII, el uso del préstamo en Rialto, no encuentra los materiales de su reflexión en Fernand Braudel, quien, con todo, concede gran importancia a Venecia, sino en Frédéric Lane, cuyo estudio histórico se articula a partir de conceptos económicos.[54]

Fernand Braudel localiza el capitalismo en la esfera del intercambio y de la circulación, no en la de la producción o del mercado de trabajo, al contrario de los economistas. Ahora bien, en el capitalismo hay sobre todo capital, es decir, medios de producción. Se puede constatar a este nivel una sobreestimación del peso del intercambio en detrimento del proceso de producción. Así, el comercio a larga distancia, que parece dar ritmo a los ciclos coyunturales, no representa, para Immanuel Wallerstein, más que una parte ínfima del consumo europeo, en el cual el 95% de los productos consumidos proviene de un radio máximo de 5 kilómetros. Esto no impide a Fernand Braudel afirmar: "Es en la circulación donde el capitalismo se encuentra más en su casa".[55] A este fetichismo del intercambio corresponden dos orientaciones de la investigación. Por una parte, no define al capitalismo a partir de relaciones sociales de producción; por otra, privilegia lo que es observable, medible en los archivos que consulta. Ahora bien, al contrario que la producción, "la circulación tiene la ventaja de ser de fácil observación".[56] El empirismo braudeliano

[52] *Ibid.*, p. 193.
[53] S. C. KÖLHM, *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.
[54] F. LANE, *Venise, une république maritime*, Flammarion, 1985.
[55] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle.... op. cit.*, t. 2, p. 200.
[56] *Ibid.*, p. 12.

conduce así a una visión particular de un capitalismo que se limita en lo esencial al campo de visibilidad. Con ello reduce su observación a un parámetro mayor: la evolución de los precios, no el mecanismo de su fijación, no su correlación con la esfera de la producción, sino la simple puesta en relación de sus fluctuaciones sobre los diversos mercados y en periodos diferentes. Ciertamente, esto vale antes de la era industrial, pero es en el comercio a larga distancia donde encontramos las especulaciones y las técnicas capitalistas más avanzadas. De ahí a limitar el territorio del capitalismo al intercambio, hay un paso que Fernand Braudel no duda en dar. Sólo ve pobreza, precariedad y tradición en la preindustria del siglo XVIII. Se aspira a convertirse en comerciante; por el contrario, en la época no se pasa de ser artesano por necesidad: "Éste es todo el problema, o casi, del valor matricial de la producción que está en discusión".[57] El sistema más común, el del trabajo a domicilio manual, coloca al comerciante en posición dominante en relación al artesano que adopta el papel de ejecutante. El estímulo: los capitales que vienen de la esfera del intercambio que domina la producción. Cierto que hay mucha explotación de minas que exige importantes capitales y transforma a los artesanos en obreros, pero las tentativas monopolísticas por parte de grandes comerciantes, como los Fugger, para apoderarse de este sector productivo fracasaron y llevaron a una participación activa del Estado. Los beneficios industriales quedan irremediablemente aplastados por la sustracción comercial: "El balance del capitalismo preindustrial es más bien negativo".[58] El campo de acción capitalista por excelencia se encuentra en el mar, es allá donde las apuestas son más fabulosas, en el sector de la distribución de bienes, verdadero eje del beneficio. El plan de la obra de Fernand Braudel sobre el intercambio[59] es transparente; diferencia el capitalismo según su asentamiento: la alta sociedad comerciante –las grandes sociedades y compañías comerciales– del capitalismo fuera de su terreno: la tierra, la preindustria, los transportes... Tras esta ocultación de la esfera de la producción, una zona esencial permanece en la sombra, la de la explotación, la de la extracción de plusvalía. Bajo el fasto de los palacios de los duques de Venecia, bajo el esplendor de una ciudad próspera, nexo de unión entre Oriente y Occidente, Fernand Braudel no evoca el sistema de eficaz explotación de una ciudad que utiliza abiertamente a los esclavos para fabricar y remar en sus galeras. De hecho, retorna la tesis clásica de Paul Manteaux y Henri Pirenne según la cual es el comercio quien guía e impulsa todas las iniciativas económicas. Procede a un estudio detallado de toda la sociedad mercantil: merceros, trigueros o pequeños vendedores

[57] *Ibid.*, p. 272.
[58] *Ibid.*, p. 327.
[59] *Ibid.*, t. 2, "Les jeux de l'échange".

miserables, hasta los grandes especuladores, pasando por la multitud de revendedores, tenderos y traficantes. Esta sociedad del intercambio eligió su asentamiento en lugares privilegiados como *les halles*, mercados permanentes que se multiplican en las ciudades urbanas, las ferias, que declinan en el siglo XVIII en beneficio de depósitos y almacenes. La aparición de las Bolsas disminuye las posibilidades especulativas, la fluidez y la publicidad de las transacciones. Una multitud de traficantes ocupan las brechas dejadas en este dispositivo mercantil institucionalizado al trasladarse de un lugar a otro con tal de sostener el movimiento mercantil. Pero respecto a estos ejes de intercambio que se estructuran, Fernand Braudel se limita a restituírnoslos en el espesor de su vida, sin evocar el sistema productivo subyacente, el valor añadido a esta mercancía intercambiada, y aun al estado de división del trabajo en los lugares donde tiene lugar el cambio. En esta circulación del valor en la época moderna, concede un lugar fundamental a la moneda. Permanencia de toda historia humana, la herramienta monetaria aparece sobre todo, en la escritura braudeliana, como una cosa, un soporte, y se asimila a menudo al circuito de los metales preciosos. Describe con detalle el duelo al que se entregan los dos grandes metales preciosos: el oro y la plata. Parece fascinado por este duelo y sobreestima su importancia, lo que alienta su esquema global que privilegia la esfera de la circulación. De la misma manera que se desprecia la producción en beneficio del intercambio, las prácticas monetarias desaparecen en beneficio de una descripción de las monedas como simple soporte en una aproximación a menudo instrumentalista o funcionalista. Así, no hay moneda antes del metalismo y la moneda sólo aparece cuando "los hombres tienen necesidad".[60] También ahí hay a menudo confusión en la importancia asignada a la moneda, entre el campo de visibilidad, las representaciones, las mentalidades distinguibles de una época y lo que verdaderamente ocurría: "El papel de los metales preciosos nunca ha sido tan considerable como en el siglo XVI. Los contemporáneos, sin dudarlo, les asignaron el primer lugar".[61] Los ritmos cíclicos de la economía europea dependerán de la producción de metales preciosos, provocando una primera detención a comienzos del siglo XVII, debida a una sensible baja en la producción de plata de las minas americanas y, por el contrario, un relanzamiento a fin de siglo cuando todo se vuelve a poner en marcha en el Potosí. Fernand Braudel cede pues, a menudo, a la magia del metal precioso, objeto por excelencia de la circulación de bienes escasos en la época moderna. Sin embargo, es muy consciente de que este cambio no basta cuando se trata de la península Ibérica, lugar privilegiado de llegada de todos estos tesoros, la cual permanece desesperadamente pobre,

[60] *Ibid.*, t. 1, p. 386.
[61] F. BRAUDEL, *La Méditerranée, op. cit.*, t. 1, p. 420.

sin poder hacer fructificar este dinero, es decir, de producir lo suficiente para asentar bases sólidas para un impulso económico del cual España se verá privada, confinándose en un papel de castillo de agua de los metales preciosos, redistribuidos en toda Europa y aún más allá: "La observación privilegiada de los flujos y de los *stocks* postula la adecuación entre funciones y relaciones monetarias, reduce el acto monetario a la transmisión del objeto metal precioso".[62]

El esquema que propone Fernand Braudel es una construcción ternaria. Al igual que hay tres temporalidades, habrá tres estadios de la actividad económica. "A ras del suelo, la vida material",[63] estadio de las inercias, estructura de una vida cotidiana que se despliega fuera de la conciencia colectiva, historia hecha de costumbres en el tiempo repetitivo; la de la demografía, la de los trabajos y los días que responden a las necesidades elementales de la población. El intercambio primario, el trueque, se integra en esta zona opaca que escapa al mercado. Es una cadena de realidad hecha de microacontecimientos. Este estadio se concibe, a la manera del inconsciente freudiano, como el fundamento que motiva lo esencial de los comportamientos, pero a diferencia de éste, esta estructura de lo cotidiano es accesible como objeto concreto, localizable por el historiador, a condición de ir más allá de la trama de grandes hechos de la crónica del tiempo y de investigar una vida más sufrida que realizada, la de los mudos de la historia en un universo rutinario. En la parte superior, la economía por excelencia, el mercado entendido como economía natural, "es una liberación, una apertura, el acceso a otro mundo. Supone salir a la luz".[64] Estos juegos de intercambio se descomponen en dos niveles. Por una parte, la auténtica economía de mercado se sitúa al nivel de los intercambios locales, de los tráficos a poca distancia, lugar de transparencia, a los cuales el burgo ofrece el marco más convincente. La ley es aquí la de la concurrencia sin trabas ni intermediarios, puesto que el lazo entre productor y consumidor es directo, pero el alcance espacial de este segundo estadio es necesariamente limitado. Esta economía de mercado supone un estrato superior. Es el nivel de la esfera de circulación, tomada a su cargo por los comerciantes itinerantes que han superado las relaciones directas entre productores y consumidores. En este momento nos encontramos en los confines del tercer estadio, el capitalismo. Se impone en el comercio a gran distancia, contramercado sofisticado que nace en la cima de los juegos de intercambio. El capitalismo, con todo, no aparece como prolongación de la economía de mercado y de la acumula-

[62] J. M. BALDNER, "La monnaie et l'historien", *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

[63] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 1, p. 8.

[64] *Ibid.*, t. 2, p. 12.

ción realizada, sino como la negación misma del mercado, especie de contramercado cuyo mecanismo clave está constituido por el monopolio que infringe las reglas de la libre concurrencia. La concepción braudeliana desemboca en una paradoja.[65] El verdadero mercado no sería más que un intercambio directo entre productor y consumidor, y el comerciante vendría a perturbar las leyes naturales del mercado. Sólo habría verdadero mercado en ausencia de comerciantes. Esta concepción funciona a partir de dos polos de opacidad: el de la infraeconomía, del trueque en la vida material cotidiana, y, al otro extremo, el de las grandes compañías, los monopolios y la especulación internacional. En el centro, un ámbito transparente parece gozar de un *status* privilegiado: el mercado. Confrontado a la noción de intercambio, y con el fin de explicar la doble realidad igualitaria y desigualitaria, Fernand Braudel aplaude al mercado, lugar de transparencia, y rechaza el capitalismo percibido como tumor maligno, cuerpo extraño al mercado, superestructura que da origen al intercambio desigual. Este injerto exógeno, que es el capitalismo, es una figura acrónica existente tanto en la época de los Fugger, de los Welser, en el siglo XVI, como en la edad actual de las empresas transnacionales. Hay, de un lado, "una economía de intercambio normal", y de otro, "una zona sombría, de claroscuro, de actividades para iniciados, un parasitismo social".[66] Los grandes comerciantes disponen de técnicas sofisticadas, se aprovechan de complicidades por parte de las autoridades políticas y sociales. Pervierten así el libre juego del intercambio natural de la misma manera que al Estado. Este esquema se ofrece como alternativa tanto de la visión marxista como de la visión liberal de Léon Walras o de Adam Smith, de un capitalismo constituido como prolongación lógica de la economía de mercado. Fernand Braudel, al oponer la singularidad del capitalismo a la sustancialidad del mercado, se ve conducido a subestimar el grado de mercantilización de la sociedad europea preindustrial. En esta concepción se puede leer un mercado transparente por encima de toda sospecha, un juicio moral que valoriza un intercambio etéreo, dentro de la norma, sin comerciante que falsee su juego natural, el de las pequeñas empresas. Sin reducir la tesis de Fernand Braudel a un neo-poujadismo arcaizante, no puede menos que apreciarse una oda a los pequeños comerciantes o, como en Alain Lipietz, la marca proudhomiana, caracterización plausible, en tanto que situaría a Fernand Braudel en directa filiación con las primeras posiciones de su maestro Lucien Febvre. Fernand Braudel no deja de plantear una cuestión central a la ciencia económica, al distinguir economía de mercado y capitalismo. Permite disociar dos lógicas en la obra de

[65] A. CAILLÉ, "Coment on écrit l'histoire du marché", en *Splendeurs et misères des sciences sociales*, Droz, 1986.

[66] F. BRAUDEL, *Civilisation materiélle...*, *op. cit.*, t. 2, p. 18.

los intercambios: la de un capitalismo internacional teniendo por finalidad la realización de un excedente, y el de esencia más local que tiene por función satisfacer una demanda solvente.[67] Immanuel Wallerstein considera además la arquitectura braudeliana como muy fecunda. Permite superar el análisis tradicional fundado en la sucesión de etapas, de estadios bien delimitados: el feudalismo al que sucede el capitalismo, sucedido, a su vez, por el socialismo. Immanuel Wallerstein piensa que una aproximación tal ya no es posible hoy cuando se conoce el papel nada despreciable del mercado capitalista en aumento en el corazón mismo del sistema feudal, menos autárquico de lo que se creía, y además, cuando parece que las sociedades que se reclamaban socialistas son conducidas a volver a introducir, en buena parte, la leyes del mercado, desde Liberman en la Unión Soviética a Deng Xiao Ping en China. Otro mérito de la escisión establecida entre la economía de mercado y capitalismo, para Immanuel Wallerstein, es que hace caer el falso problema de la distinción entre capitalista de especialidad específica, comerciantes, industriales, financieros... Los grandes capitalistas tratan de hacer de todo, sólo aquellos cuyos medios son limitados deben circunscribirse a un solo campo de inversión. La distinción a establecer se sitúa pues entre especialistas y no especialistas. El sentido de la escisión establecida entre economía de mercado y capitalismo se nos revela claramente por el propio Fernand Braudel en la conclusión de su trilogía, después de haber hecho el recorrido descriptivo de sus tres estadios: "Finalmente, al admitir sin reticencias la distinción entre economía de mercado y capitalismo ¿no debería evitarnos el todo o nada que invariablemente nos proponen los hombres políticos?".[68] El mensaje es transparente: conviene conservar el sistema con arreglos y ajustes. Pero, ¿qué es lo que permite reconocer esta escisión? Por encima de lo infraeconómico existe la economía de mercado, que se distingue, en primer lugar, como realidad consciente. El criterio que adopta Fernand Braudel para reconocer la existencia de una economía de mercado es la sincronía en la variación de los precios: "A mi entender, es preciso hablar, históricamente, de economía de mercado desde que hay fluctuación y unificación de los precios entre los mercados de una zona dada".[69] Ahora bien, este factor no parece convincente en la época estudiada por Fernand Braudel, ya que las fluctuaciones entre regiones son aún demasiado importantes para referirse a una entidad económica unificante. El único momento en que la realidad económica corresponde casi a la economía de mercado, según Braudel, se situaría a fines de la Edad

[67] G. M. GOURSOLAS, "Les jeux de l'échange entre l'histoire braudélienne et l'analyse économique", *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

[68] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle.... op. cit.*, t. 3, p. 547.

[69] *Ibid.*, t. 2, p. 195.

Media, momento en el que una clase comerciante llega a conquistar una autonomía en el sistema productivo. Sin embargo, como lo muestra Alain Caillé: "Instituir el mercado es instituir el capitalismo".[70] Esta continuidad en el impulso de uno a otro, su imbricación necesaria, contradice la tesis de Fernand Braudel, según la cual el capitalismo surgiría como una excrecencia artificial, extraña al mercado. El capitalismo aparece más bien como la desembocadura necesaria de la economía de mercado. Ricardo había apreciado ya este nexo indisoluble al considerar que todo mercado posee vocación monopolística, mientras que el esquema braudeliano procede al aislamiento de estos agentes capitalistas convertidos en monopolistas que se han distanciado de la era natural, de la concurrencia de buen gusto, como si el monopolismo no fuese el punto de llegada de las leyes inexorables del mercado.

El volumen que completa la trilogía acerca de la economía en la época moderna se consagra a la sucesión en el tiempo de las economías-mundo. Esta noción le viene a Fernand Braudel a causa de las dificultades de traducción de *Weltwirschaft*, que convierte en economía-mundo y no en economía mundial. Sin embargo, la conceptualización de esta noción la debe a quien se presenta como su discípulo: Immanuel Wallerstein.[71] Este concepto ofrece a Fernand Braudel muchas ventajas y le permite permanecer fiel a su particular aproximación a la historia, desde los tiempos de su tesis. En primer lugar, la economía-mundo se inscribe en un espacio, es un fragmento autónomo del planeta. La economía se piensa, ante todo, a partir de una geografía. Este espacio constituye una unidad orgánica, articulada, funcional. Se diferencia por tres espacios (siempre la cifra mágica del tres): un centro restringido, una zona desarrollada a su alrededor, medianera, y, por fin, toda una periferia. Las revoluciones geográficas juegan un gran papel en la evolución del mundo a partir de este esquema, donde los centros se desplazan según los periodos y donde nuevas jerarquías aparecen, redistribuyendo el espacio según los diversos centramientos y descentramientos. Estas economías-mundo recomponen indefinidamente nuevos centros de gravedad; estos organismos no pueden vivir sin las impulsiones decisivas de un corazón. Fernand Braudel reencuentra así, gracias al concepto de economía-mundo, su concepción de una larga duración inmutable, su investigación de invariables: "Desde siempre ha habido economías-mundo".[72] En esto se diferencia del análisis

[70] A. CAILLÉ, "Coment on écrit l'histoire du marché", en *Splendeurs et misères des sciences sociales*, *op. cit.*

[71] I. WALLERSTEIN, *Le Système du monde du XVe siècle à nous jours*, t. 1: *Capitalisme et économie-monde: 1450-1640*, 1980; t. 2: *Le Mercantilisme et la consolidation de l'économie-monde européenne: 1600-1750*, 1985, Flammarion.

[72] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 3, p. 14.

más historizante de un Immanuel Wallerstein, para el cual no ha existido sino una sola economía-mundo: el capitalismo europeo surgido en el siglo XVI; los otros conjuntos anteriores se califican de imperios-mundo, cuyos campos de división del trabajo y el área de extensión de los intercambios se corresponden con el sistema de dominación política. Por el contrario, la economía-mundo se yergue sobre un ambiente político descompuesto. También se vuelve a encontrar en Fernand Braudel toda su inspiración organicista a propósito de su confección del modo de funcionamiento de la economía-mundo "como un sistema arterial distribuye la sangre a través de un cuerpo vivo".[73] Valorización del intercambio en un espacio articulado, duración inmutable, organicismo, a partir de la noción de economía-mundo se reencuentra toda la temática braudeliana. Esta tesis le permite además perfeccionar su modelo frente a la explicación marxista, según la cual modos de producción de naturaleza diferente se sucederían. Por el contrario, con las economías-mundo se da ordenación, simultaneidad, sincronía, más que sucesión temporal. Fernand Braudel, en su tercer volumen, sigue pues paso a paso, del siglo XV al XVIII, los centros de la economía-mundo y hace que se sucedan la preponderancia genovesa, veneciana, holandesa, después inglesa, desplazando, cada vez, las zonas centrales y las periferias. Esta sucesión se relaciona, en lo esencial, con una cronología muy simple, muy factualista, y así el historiador Michael Morineau ironiza: "Haciendo caricatura, nos podríamos preguntar si esto no huele un poco a su Halphen y Sagnac, sustituyendo lo económico a lo político".[74] Lo factual al nivel diplomático de la tercera parte de *El Mediterráneo*, parece encontrar su correspondencia, en el plano económico, en la sucesión de los centros de la economía-mundo de la tercera parte de *Civilización material*. Esta geografía diferencial articulada a partir de las economías-mundo, que concentran las riquezas y explotan su periferia, permiten una clave de lectura válida para cualquier época. Así, la separación cultural entre países desarrollados y países subdesarrollados era ya una realidad entre los siglos XV y XVIII. De la misma manera que el Imperio romano reclutaba sus esclavos en la periferia de su imperio, los centros de la economía-mundo industrial han reclutado su mano de obra no cualificada en la periferia. Esta constante es aparentemente justa y permite una historia compara da, pero también permite anacronismos, ya que niega la evolución histórica, la emergencia de nuevos modos de producción cuya ley de funcionamiento es diferente. Este esquema llega a borrar de la historia europea la singularidad del capitalismo y del imperialismo como momentos históricos y los sustituye por una implacable ley geográfica inmutable y ahistórica.

[73] *Ibid.*, p. 66.
[74] M. MORINEAU, *Revue d'histoire moderne et contemporaine*, octubre de 1981, p. 665.

EL HOMBRE DE EN MEDIO

"El milagro para el historiador consiste en que todas las gentes con que tratamos están extraordinariamente vivas. Es una victoria sobre la muerte".[75] Justamente era esta muerte, que trataba de exorcizar, la que sorprendió al maestro indiscutible de *Annales* en plena actividad y lo arrancó de su proyecto prometeico de construcción de una historia de Francia que preparaba ¡a los 83 años! Su desaparición ha sido la ocasión de comprender la importancia que había conquistado en el mundo intelectual que le rindió un homenaje entusiasta. "Un príncipe de la historia", escribe Pierre Goubert en la primera página de *Le Monde*. "Un erudito epicúreo", para *Libération*. "El primero entre los historiadores", escribe Pierre Chaunu en *Le Figaro*. "El hombre que reinventó la historia", para *Le Matin*. "El hombre que había cambiado el curso de la historia", según *Le Quotidien de Paris*. "La epopeya del rey Braudel", para *Le Nouvelle Observateur*. "Braudel el innovador", escribe Emmanuel Le Roy Ladurie en *L'Express*. Con estos títulos se puede juzgar la existencia de un efecto Braudel que ha provocado una adhesión masiva en los años ochenta, adhesión que corrobora la curva ascendente de las ventas de su obra desde 1979. Este triunfo es el de un historiador que habrá asegurado el éxito de la escuela de *Annales*, legándole un patrimonio intelectual e institucional sin precedentes, permitiéndole atravesar el muro de incomprensión entre las investigaciones históricas y el público gracias a las posiciones de poder mediatizadoras que la nueva generación ocupa. Al pasarle la antorcha, después de 1968, a un equipo más joven, el mismo Fernand Braudel trató de desaparecer un poco, al menos en apariencia, del paisaje intelectual francés, aunque su notoriedad no ha dejado, a partir de este momento, de crecer en el extranjero. ¿Cómo explicar pues que en los años ochenta haya tenido lugar un retorno a la escena con tanta fuerza? Le hemos visto en televisión contar su vida con delectación; dirige una serie de doce emisiones de una hora acerca del Mediterráneo; uno se precipita sobre sus libros para regalarlos más que para leerlos de tan voluminosos como son, dejando aparte su pequeña obra reciente que, en las librerías, está colocada junto a las cajas registradoras: *La Dynamique du capitalisme*. Cualquier aficionado a los libros puede procurarse su pequeño Braudel de bolsillo. Este eco en un gran público al que conquista en las últimas horas de su vida corresponde, sin duda alguna, a una demanda social y no puede ser atribuido al mero hecho de haber entrado recientemente en la Academia francesa. A los 83 años adoptaba la figura del patriarca entre sus epígonos, seducidos por una cacofonía a menudo discordante, pero aplicados a embalsamarlo en vida. Esta celebridad sobrepasa en mucho

[75] F. BRAUDEL, "Les méthodes de l'histoire", *France-Culture*, 30 de julio de 1970.

los límites del hexágono, donde el maestro permanece un poco desconocido del gran público. El braudelismo se vende bien en todas las latitudes y algunos incluso adelantan la idea de que su éxito actual debe mucho a un efecto de retorno del éxito que conoció más allá del Atlántico. Tuvo la ambición de abrazar en una misma mirada los vastos horizontes del universo mediterráneo y, más recientemente, del conjunto del mundo. Con ello creía poseer el destino del mundo gracias a un proyecto totalizante que descarta con esmero todo espíritu de sistema. Más allá de todos los saberes parcelarios, de todos los especialistas, él se sentía un poco el maestro de este mundo caótico que pretendía restituirnos. Indudablemente, hay en esta ambición algo de desmesurado, no hay nada igual ni parecido en su generación, sólo hay modestos alumnos que "no le comprenden".[76] Como siempre, una excepción confirma la regla. Un hombre tuvo la audacia de ser más célebre que él y de conseguir en mayor medida encarnar su época, el único al que reconoció esta superioridad: Jean-Paul Sartre. Así, concedió Braudel: "Con respecto a mí, se ha equivocado en todo, pero se ha comprometido de manera más brillante en la vida francesa".[77] Jean-Paul Sartre es la conciencia de una generación, lo que Fernand Braudel, poco comprometido con la vida pública, hombre de aparato ocupado por completo en levantar una fortaleza inexpugnable –el imperio de los historiadores franceses–, no consiguió. El destino de Fernand Braudel tiene muchas posibilidades de ser más firme, pues más allá del hombre y de sus obras sobrevivirán las instituciones que dirigió, orientadas por él en todos sus aspectos o incluso creadas por él completamente. A pesar de sus posiciones, en las antípodas de las de Jean-Paul Sartre, reconocía a este último una ventaja, y en la reciente conclusión de su trilogía discute la posición sartriana: "J.-P. Sartre puede soñar con una sociedad en que la desigualdad desapareciese, donde no hubiese ya dominación de un hombre sobre otro hombre. Pero ninguna sociedad del mundo actual ha renunciado todavía a la tradición y al uso del privilegio".[78] Para Fernand Braudel no puede haber sociedad sin jerarquía, esto es una invariable. Pueden cambiar las formas y pasar de la esclavitud a la servitud o al salario, pero siempre subsiste la dominación de algunos hombres sobre otros. Al contrario de Jean-Paul Sartre, trata de demostrar que la libertad humana es una puerta estrecha que cada vez se reduce más. En primer lugar, para explicar este éxito no hay que perder de vista que Fernand Braudel sólo ha abandonado el primer plano aparentemente, porque permanece omnipresente entre los historiadores de la nueva historia que recogieron los frutos maduros del triunfo de su maestro, de

[76] F. BRAUDEL, Châteauvallon, 20 de octubre de 1985.
[77] *Ibid.*
[78] F. BRAUDEL, *Civilisation matérielle...*, *op. cit.*, t. 3, p. 544.

su incontestable jefe de fila. Marc Ferro, su antiguo alumno, codirector de *Annales*, cuenta que con ocasión de cada una de las decisiones que hay que tomar en la revista se pregunta con ansiedad: "¿Qué pensará Fernand?".[79] Bastaba verle pavonearse con gusto con ocasión de las tres jornadas que se le dedicaron en Châteauvallon para comprender las dimensiones de su poder: "No tengo más que amigos y trato de demostrarles que soy yo quien tiene razón".[80] Había mucho humor en todo este juego de complicidades, pero también transparentaba, bajo la sonrisa seductora del viejo maestro de melena blanca, la convicción de ser un jefe carismático. En el momento en que el discurso historiográfico de *Annales* tiende a sufrir fuerzas centrífugas, cuando cada uno se retira en su saber parcelario, él aparece como la única figura emblemática capaz de reunificar las personalidades más opuestas. Podía, sin dificultad, sentar a su lado a historiadores tan diferentes como Georges Duby o Pierre Chaunu, que tienen en común el reconocerle ambos como su maestro. El efecto Braudel ha conseguido la adhesión masiva, un reconocimiento del que hoy se beneficia el conjunto de la escuela histórica francesa. Habrá sido sobre todo el rey de este imperio situado en medio, eslabón esencial, frontera entre generaciones de la escuela de *Annales:* la de los padres fundadores de los años treinta, Marc Bloch y Lucien Febvre, y la actual, la de los herederos. Fernand Braudel es así, a la vez, el heredero directo y el innovador, el que ha permitido, con sus orientaciones, una serie de deslices que llevan a la eclosión actual del campo histórico. Al privilegiar una historia naturalizada y la larga duración, ha abierto la vía a la historia inmóvil. Al asimilar toda una serie de categorías de las ciencias sociales, anunciaba el posicionamiento completo de la historia frente a aquéllas. Al descomponer la unidad temporal, permitía el estudio de objetos heterogéneos, la fractura del tiempo, la historia en migajas. Con todo, permanece fiel a la preservación del surco histórico que sus sucesores han rechazado. La globalidad, la unidad del referente temporal, la interacción de los diferentes niveles de lo real, el lugar que ocupa la historia social en sus investigaciones, hacen de él, en estos ámbitos, un heredero fiel de sus padres espirituales Marc Bloch y Lucien Febvre. Fue el hombre puente entre la primera y tercera generación de *Annales* y, desde este punto de vista, la referencia obligada para todos. El segundo factor que explica su éxito en los años ochenta se encuentra en la situación de crisis económica de larga duración. El fracaso de los economistas, la impotencia de sus terapias, sean keynesianas o liberales, inducen a un cuestionamiento de nuestro pasado económico lejano, para comprender y ayudar a descifrar las manifestaciones presentes de la crisis. El historiador de la economía

[79] M. FERRO, *Magazine littéraire*, noviembre de 1984, p. 26.
[80] F. BRAUDEL, Châteauvallon, 19 de octubre de 1985.

Fernand Braudel se ha convertido así en referencia de los economistas. Hay un aspecto particular de la crisis que puede explicar el hecho de que se recurra a Braudel: el fatalismo, el pesimismo que pende sobre la eficacia de la acción humana, tributaria de fenómenos no dominables que la superan. Los gobiernos ya no controlan su economía nacional, las disfunciones del mercado mundial van en aumento y un historiador, Fernand Braudel, considera que no hay otra actitud que la espera: "El ciclo Kondratieff se soporta como se soporta la rotación de la tierra".[81] El hombre braudeliano es impotente, tributario de fenómenos geográficos y económicos que le arrebatan su centro: "Lo que hago va contra la libertad humana".[82] Todo el peso de la larga duración parece recaer en la especie humana, que se revuelve como una rata en una jaula cuyos límites son estrechos. Fernand Braudel ofrece un consuelo al mostrar que esta impotencia actual es el eco de una misma incapacidad en el mundo de ayer. A la sombra de la larga duración, todo voluntarismo humano es relegado a la insignificancia. Su triunfo es a la vez el del líder de una escuela y el de un nombre singular y único. Si ha legado un patrimonio floreciente, eso no quiere decir que tenga discípulos que retomen, por su cuenta, sus objetivos mundialistas y totalizantes. En este aspecto, Fernand Braudel, último vestigio del enciclopedismo, no tiene heredero. Es en este sentido en el que se muestra como un hombre solitario. En Châteauvallon hizo de sí mismo un retrato que parece el de un mártir. Uno temía la impresión de que este hombre, satisfecho por haber dado un nuevo impulso *a Annales*, se identificaba con un hermano predicador, era D. Fernando evangelizando a las muchedumbres, al margen de las Iglesias oficiales, incomprendido por todos, pero seguro del juicio final. A la cuestión planteada por Theodor Zeldin, que le preguntó quién le había comprendido, le respondió: "Una sola persona: un historiador ruso-argentino-judío, quizás a causa de esta mezcla".[83] "Me he pasado la vida siendo un incomprendido". Que nadie se engañe, para esta cabeza laureada no se trataba de la expresión de un despecho, sino de la afirmación, más allá de su pertenencia a una escuela, de su grandeza gaullista. Quiere encarnar la Historia de la misma manera que el general encarnaba Francia. Retomando cada una de las etapas de su vida intelectual, él no ha visto más que el despliegue de un complot en su contra. De la generación de sus maestros ha conservado este espíritu militante antiinstitucional en el momento mismo en que se encontraba en la cima de la institucionalización y de la consagración: "He tenido una vida muy difícil",[84] y pasa a evocar el

[81] F. BRAUDEL, *TFI*, 22 de agosto de 1984.
[82] *Ibid.*
[83] F. BRAUDEL, Châteauvallon, 20 de noviembre de 1985.
[84] *Ibid.*

momento en que, de vuelta del Brasil, trató de innovar en la Sorbona antes de ser separado de ella. Por otra parte, presenta su nominación en la institución secular del Collège de France como un "destierro", su Colombey-les-deux-Églises. Al intentar crear inmediatamente una facultad de ciencias sociales, vio coaligarse contra él a literatos y a juristas que respondieron a su iniciativa creando facultades de letras y ciencias humanas y facultades de derecho y de ciencias económicas. Para consolarse, tendrá que refugiarse en la creación de una Maison des sciences de l'homme, "vía muerta"[85] también ésta, al igual que la VI sección, en la época en que sus diplomas no eran reconocidos a nivel nacional. Se trata, pues, de un verdadero viacrucis, una travesía del desierto que nuestro mártir de las ciencias humanas había sufrido. Evidentemente, hay mucha distancia entre este cuadro apocalíptico y la realidad de un maestro ensalzado y canonizado en vida, pero todo está listo para la hagiografía. Ciertamente, Fernand Braudel se manifiesta siguiendo las huellas de Lucien Febvre, aunque deseando sobrepasar su enseñanza y llegar más lejos en la conquista del territorio del historiador: "Lucien Febvre decía: la historia es el hombre. Por mi parte, digo: la historia es el hombre y todo lo demás. Todo es historia, la tierra, el clima, los movimientos geológicos".[86] Se asiste pues a un descentramiento del hombre, lo cual le parece su aportación personal en relación a la escritura de la historia de la primera generación. Con todo, siente nostalgia por esta primera fase heroica de *Annales*, fase militante antes de acceder a una posición dominante en la historiografía francesa. El *Annales* de hoy "se me ha vuelto extraño",[87] revela, con ocasión de una entrevista concedida a la revista *L'Histoire*, sintiendo nostalgia por la época de marginalidad de una revista que cuestionaba y molestaba, mientras que el éxito la institucionalizó e hizo de ella una revista ortodoxa como las otras. Esta visión de una escuela que había estado fuera de la ley expresa, ciertamente, una reconstrucción legendaria del pasado, cultivada por Fernand Braudel en la medida en que él es uno de los héroes esenciales de esta leyenda. En Châteauvallon distinguía su propia concepción de la nueva historia de la de la tercera generación de hoy, que, en su opinión, construye una nueva historia diferente de sus opciones, "pues los discípulos no han seguido mis preceptos... Con mis sucesores se da una gran fractura".[88] Lo que, sobre todo, reprocha a sus discípulos es el hecho de abandonar las ambiciones de una historia total y restringirse al ámbito de las mentalidades sin referirse al conjunto. En su opinión, la historia pierde su vocación esencial de reunir

[85] *Ibid.*
[86] F. BRAUDEL, *Magazine littéraire*, entrevista, noviembre de 1984, p. 22.
[87] F. BRAUDEL, *L'Histoire*, entrevista, septiembre de 1982.
[88] F. BRAUDEL, Châteauvallon, 20 de octubre de 1985.

a su alrededor a todas las ciencias sociales. Por el contrario, contribuye al estallido de la historia por el recorte definido de los diversos objetos estudiados. Esta dispersión no puede menos que ser reprobada por Fernand Braudel, historiador de la totalidad. Heredero de Marc Bloch y de Lucien Febvre, aprovecha para su reflexión acerca de la larga duración y de las diferentes temporalidades las investigaciones de la generación actual, aunque estableciendo sus distancias con respecto a ella.

Su posición de hombre puente, posición mediadora, la debe también al hecho de situarse en el callejón entre la ideografía y la nomografía, sin elegir jamás del todo una de estas vías. Si fue, para contrarrestrar la ofensiva de las ciencias humanas, en busca del inconsciente de las prácticas sociales, estructuras y profundidades de la historia, no dejó de ser el promotor de una historia-relato de lo más clásico, no relacionado con el resto de su discurso. En la tercera parte de *El Mediterráneo* sólo se tratan acontecimientos en el sentido más tradicional del término. Ciertamente, pero hay que comprender que esta parte factual permanece en la obra como un relato residual del proyecto inicial de tesis muy tradicional, reducida, en última instancia, a la insignificancia. Este relato no es otra cosa que la espuma de los días bajo la cual la auténtica historia muestra su verdadero rostro. El acontecimiento no se comprende aquí como síntoma de fenómenos más profundos en una dialéctica entre los tiempos cortos y los tiempos largos, ausente de esta obra. Por el contrario, sólo es cuestión de un apéndice sin nexo necesario, a excepción de la coexistencia cronológica con el resto del libro. Además, Fernand Braudel no esconde la ruptura del ritmo y del objeto: "Esta tercera parte... se relaciona con una visión francamente tradicional. Léopold Von Ranke reconocería sus con ejos, su manera de escribir y de pensar".[89] Si conserva este relato de lo más tradicional, digno de los más bellos momentos de la historia-batalla escarnecida por *Annales*, es porque comprende que permanecer en la historia casi inmóvil llega a negar la misma historia; precisa pues reintroducirla de una manera u otra. Falto de una dialéctica que establezca la relación entre tiempo corto y tiempo largo, sólo queda presentar un cuadro del "polvo" factual de la época, aunque éste revista un carácter esencialmente ilusorio; constituye, al menos, la ilusión que comparten los contemporáneos de los acontecimientos relatados. Se reencuentran entonces las delicias de Capoue del historiador tradicional. Fernand Braudel no nos ahorra ningún detalle de una historia diplomática, año por año, hasta Lepanto y aún más. La necesidad ocupa entonces el lugar del azar y de los imponderables. La paz que conoció el Mediterráneo entre 1545 y 1550 se relaciona con las necesidades financieras, pero "también con algunos

[89] F. BRAUDEL, *La Méditerranée, op. cit.*, t. 2, p. 223.

poderosos azares: los grandes luchadores de la primera mitad del siglo desaparecían unos tras otros".[90] Se penetra entonces en una historia en la que los estados de ánimo de los grandes de este mundo y las uniones dinásticas constituyen la trama esencial. Este encadenamiento, que toma su origen de la psicología de Felipe II, revela los escollos más evidentes de la historia historizante. En esta historia se lucha, y Fernand Braudel no duda en mostrar su admiración. A propósito de la prueba de fuerza que tiene lugar en Malta en 1564: "El gran Maestre, Jean de la Valette Parisot, y sus caballeros se defendieron admirablemente. Su valentía salvó todo".[91] Como en la historiografía tradicional, Fernand Braudel remonta la decadencia del Imperio otomano a la muerte de Solimán el Magnífico (5 de septiembre de 1566) en la medida en que la herencia va a parar a manos de un "débil" Selim II, aficionado al vino de Chipre. Nos damos cuenta hasta qué punto Fernand Braudel se deja llevar por una historia que atribuye al hombre, en tanto que individuo psicológico, un peso fundamental en el destino de las civilizaciones. La historia combatida por *Annales*. Que se juzgue la responsabilidad que pesa sobre el duque de Alba. Éste no comprendió que el peligro para los Países Bajos españoles provenía más de Inglaterra que de Alemania: "Espíritu estrecho, este falso gran hombre llevó una política de miope que salta a la vista. Permitió que la reina de Escocia huyese a Inglaterra y que Escocia se convirtiese en protestante".[92] Por el contrario, las grandes figuras fuerzan el destino, como Pío V, sobre quien pesa la decisión que condujo en 1571 a formar una santa alianza entre Venecia, Roma y España, y que tuvo éxito gracias a su prodigiosa personalidad. Sin Pío V no habría habido Santa Alianza ni batalla de Lepanto en 1571. Así se puede juzgar la importancia del carácter del papa. En cuanto a la propia batalla de Lepanto, gran contienda entre cristianos y musulmanes, ¿a quién corresponde el mérito de la victoria cristiana?, "¿al jefe, a don Juan? Sin duda alguna".[93] Ahora bien, este acontecimiento está lejos de ser insignificante, como lo creía Voltaire cuando ironizaba sobre sus consecuencias. El peso inmediato de esta victoria fue enorme. Es preciso esperar a la muerte del héroe, Felipe II, en 1598, para que Fernand Braudel mencione los pocos nexos de unión entre su tema inicial y su tesis realizada, en la medida en que la muerte del prudente rey no es un verdadero acontecimiento para la historia mediterránea, horizonte que jamás preocupó verdaderamente a Felipe II, cuya política se limitaba a las fronteras hispánicas.

[90] *Ibid.*, p. 226.
[91] *Ibid.*, p. 322.
[92] *Ibid.*, p. 355.
[93] *Ibid.*, p. 395.

Cada estadio de la construcción braudeliana parece pues encerrado en sí mismo. Del horizonte casi inmóvil del tiempo espacial a este otro, precipitado, de la historia diplomática, el hombre, en tanto que fuerza colectiva, permanece fundamentalmente ausente, atrapado entre una factualidad militar que no afecta a los grandes de este mundo y el peso de un ecosistema y de las costumbres de la vida cotidiana que conforma su universo insuperable.

Esta posición mediadora de Fernand Braudel le permite ser apreciado tanto por un público especializado, gracias a sus cualidades de erudito, como por un público más amplio o de especialistas de otras disciplinas, gracias a las cualidades de su escritura: "Me gustan mucho los trabajos de Fernand Braudel no sólo por su aportación científica, sino por su estetismo".[94] Esta situación fronteriza de hombre puente, también Fernand Braudel la ha cultivado en el plano político. Nunca comprometido, ha mantenido el equívoco entre derecha e izquierda sin alinearse ni con la una ni con la otra. Fue el iniciador del descompromiso de la generación futura. En los años cincuenta-sesenta tenía a su derecha a Pierre Renouvin y a su izquierda a Ernest Labrousse; cualquiera sabe que la mejor posición es la mediadora que ocupa Fernand Braudel, presidente en aquel momento del Jurado de Agregación. Atacado por el PCF con acritud en 1951,[95] como importador en Francia de las tesis del imperialismo *yankee* contra el ámbito de la Unión Soviética y de los trabajadores, no fue menos vilipendiado por los historiadores tradicionales como el propagador de una historia marxista. Se comprende que una tal posición puede tener ventajas, al demostrar una gran independencia de espíritu. Además, su posición de martirólogo del centro le permitía reinar sin necesidad de compartir, constituía un pasaje obligado tanto para los historiadores de derecha como de izquierda, barriendo siempre en beneficio de una escuela "cogelotodo" que, con la tercera generación, va a reinar sin tener que manejar la espada que Fernand Braudel tuvo que utilizar para combatir, antes de llevarla, como académico, a la cima de su gloria.

[94] A. LIPIETZ, *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

[95] J. BLOT (J. CHAMBAZ) "Le révisionnisme en histoire ou l'école des *Annales*", *La Novelle Critique*, núm. 30, noviembre de 1951.

III

UNA HISTORIA EN MIGAJAS

I
LA ANTROPOLOGÍA HISTÓRICA

La moda del estructuralismo, a pesar de la contraofensiva braudeliana, se beneficia de un contexto favorable: la descolonización. Una consciencia etnológica descubre el interés que presentan las *otras* civilizaciones. Uno se interesa entonces por lo que constituye la fuerza de resistencia de estas sociedades, por la permanencia de sus estructuras, de sus valores, que parecen irreductibles al modelo occidental. Es el descubrimiento de lo otro en el espacio, erigido en ejemplo de una verdad humana que relativiza el eurocentrismo. Occidente tiene el sentimiento de que ya no hace la historia humana, sino la historia de una humanidad. Junto al Tercer Mundo, que rechaza esta historia en un combate a menudo radical, también los intelectuales occidentales están tentados de echar por la borda el pasado propio de su sociedad y dirigir una mirada, más espacial que temporal, sobre el mundo. Una tal inversión favorece el discurso antropológico, etnológico, estructuralista. La mayor parte de los etnólogos vuelven a la metrópolis y descubren entonces colonias en el interior del mundo occidental, baluartes reticentes a los cambios. La pasividad reduce al silencio y a la impotencia. A este ritmo, el pasado muere y sólo se le puede evocar para enterrarlo de nuevo o para experimentar una vaga nostalgia.

De esta manera los historiadores buscarán en el espacio, en el presente, las secuelas y los trazos de un pasado aún visible. Se descubre el exotismo en la propia casa, entre nosotros, como lo demuestra la investigación dirigida por André Burguière en Plozévet, en la que la población bretona local se ve abordada por todos los investigadores de diversas ciencias sociales, que les arrebatan sus despojos. Encontramos ahí el punto de partida de una moda de la memoria popular, de este matrimonio irreal entre la "mère Denis" y la lavadora. El discurso antropológico acerca de la reproducción de las estructuras, acerca de las invariables de la obra en las sociedades frías, consigue adaptarse al clima templado de Occidente, ya no parece que se deba localizar, únicamente, en las latitudes tropicales.

La orientación de las investigaciones hacia los límites, hacia las fases de equilibrio de la sociedad, se refuerza a partir de los años setenta cuando el *boom* y el crecimiento parecen perder su impulso por mucho tiempo y dejan su sitio a una crisis mundial particularmente profunda que sume al mundo industrializado en la recesión, el paro y la inflación. Occidente descubre los discretos encantos de los viejos tiempos, de una edad de oro perdida, de la *belle époque* que es preciso reencontrar. Se trata del tiempo reencontrado que los historiadores se encargan de reproducir pidiendo prestado a los etnólogos sus instrumentos de análisis, sus códigos. Lo rechazado se convierte en portador de sentido. Todo se convierte en objeto de curiosidad para el historiador, que desplaza su mirada hacia los márgenes, hacia el revés de los valores establecidos, hacia los locos, las brujas, los desviados...; el horizonte del historiador se resuelve en un presente inmóvil, ya no hay devenir: "Hay un signo que me anima... es el fin del progresismo".[1]

La crisis de la idea de progreso ha acentuado el renacimiento de las culturas anteriores a la industrialización. La nueva historia se ha atrincherado en la búsqueda de tradiciones, valorizando el tiempo que se repite, las vueltas y revueltas que dan los individuos. Esta investigación se hace más personal, más local, a falta de un proyecto colectivo. Se abandonan los grandes tiempos, los momentos voluntaristas de cambio, a cambio de una memoria de lo cotidiano de las gentes de a pie. De ahí el nacimiento de un neorromanticismo que recuerda los valores estéticos de comienzos del siglo XIX, época en que Chateaubriand, Prosper Mérimée y Augustin Thierry ya rehabilitaron el mundo medieval, el estilo "troubadour". Hoy la referencia a la Edad Media es preceptiva y se multiplican las colecciones que restituyen los textos antiguos, acerca de este periodo, en su autenticidad. Por la misma razón, actualmente una nueva topografía estética ocupa el lugar según se hable de un pueblo, de las mujeres, de los inmigrantes, de los marginados. La tercera generación de *Annales*, sensible como las otras a las cuestiones del presente, cambia su discurso al desarrollar una antropología histórica. Al responder al desafío de la antropología estructural, los historiadores de *Annales* aceptan una vez más los hábitos de los más serios rivales y confirman sus posiciones hegemónicas. El precio a pagar por esta reconversión es el abandono de los grandes espacios económicos braudelianos, el reflujo de lo social hacia lo simbólico y cultural. Nace una historia nueva que Daniel Roche llama "historia sociocultural".[2] La organización interna de la revista *Annales* sufre en este momento un cambio notable, ya que la dirección única, que ha marcado a la revista desde sus comienzos, se ve sustituida por una

[1] Ph. ARIÈS, *Un historien du dimanche*, 1979, p. 212.
[2] D. ROCHE, *Mélanges de l'école française de Rome*, Mouton, 1979, p. 19.

dirección colegiada en 1969. Los dirigentes de la segunda generación, Fernand Braudel y Charles Morazé, aun permaneciendo en el comité de dirección, dejan el poder a un directorio compuesto por André Burguière, Marc Ferro, Jacques Le Goff, Emmanuel Le Roy Ladurie y Jacques Revel. La marginalidad del discurso braudeliano se salda con una difuminación del personaje a nivel del poder, a pesar de la veneración unánime de la que es objeto. Esta historia sociocultural no es otra que una historia que ha pedido prestado el hábito etnológico, lo que permite a Claude Lévi-Strauss constatar: "Tengo la impresión de que hacemos la misma cosa. El gran libro de la historia es un ensayo etnográfico acerca de las sociedades pasadas...".[3] Esta historia etnográfica o antropología histórica acentúa aún más la ralentización de la duración operada por Fernand Braudel a propósito del tiempo espacial. El tiempo es aquí plenamente humano, pero tan inmóvil como la evolución geológica. La aproximación etnológica evacua la irrupción del acontecimiento a cambio de la permanencia, el calendario repetido de la gesta cotidiana de una humanidad cuyas pulsaciones se ven reducidas a las manifestaciones biológicas o familiares de su existencia: el nacimiento, el bautismo, el matrimonio, la muerte. La historia "annalista" se convierte en la especialista de un tiempo inmóvil en un presente fijo, petrificado por el temor ante un futuro incierto. Es la vestal de una sociedad angustiada en busca de certidumbres, que refluye hacia el pasado como hacia una nueva religión.

En esta etnologización del discurso histórico de los años setenta puede verse una respuesta a mayo del 68, una voluntad de exorcizar el riesgo, el acontecimiento-ruptura que puede estar en la base de las revueltas, pero también puede verse una recuperación de los temas de protesta de una sociedad de consumo que se interroga por la materialidad concreta de su pasado. Como escribe Jacques Le Goff: "Este éxito [el de la historia entre los estudiantes] me parece debido, claramente, al contragolpe de un desencanto posterior a 1968. Algunos, en 1968 y después, habían tratado de hacer la historia y, en cierta manera, habían fracasado De golpe se ha experimentado la necesidad de comprender mejor cómo se hacía. Para comprender mejor cómo se puede cambiar el curso de los acontecimientos. Comprender para transformar. Falta hacer la historia: hagamos la historia".[4] De ahí el reencuentro con Clío, musa que adoptaba el porte de un fantasma rondando nuestro mundo moderno...

También un contexto político favorable ayuda a la inflexión del discurso histórico en estos años setenta del postgaullismo, en los cuales se da la imagen de un cambio sin voluntad de cambio con Georges Pompidou y después con Valéry Giscard d'Estaing. La gestión y la preservación

[3] CL. LÉVI-STRAUSS, *Lundis de l'histoire*, France-Culture, enero de 1971.
[4] J. LE GOFF, *Le Monde de l'éducation*, mayo de 1980.

del sistema toleran algunas transformaciones acordadas por el poder a nivel de vida cotidiana, costumbres, relaciones matrimoniales... con tal de responder a las aspiraciones profundas defendidas, entre otros, por el movimiento de las mujeres, onda esta igualmente provocada por el movimiento del 68. El poder legisla acerca de los derechos respectivos de marido y mujer, la contracepción y el aborto, la mayoría de edad a los dieciocho años. El discurso histórico responde a una transformación concreta de la sociedad y otorga entidad temporal a estas medidas puntuales al interrogarse sobre el funcionamiento de la familia, el lugar y la imagen del niño, el papel de la disciplina, las prácticas anticonceptivas de tiempos pasados. El pueblo, eliminado como fuerza política potencial, inexistente como fuerza social capaz de hacer inclinar el orden dominante hacia otra sociedad, reaparece en este discurso antropológico como material estético en sus hechos y gestas cotidianos. Los humildes renacen en su singularidad, como mundo aparte, pero en el cuadro insuperable del poder de los poderosos. La etnologización del discurso histórico se presenta como el discurso de integración en la sociedad técnica de otros componentes, de otros valores a los que se les restituye su derecho de ciudadanía. Ello da a esta sociedad un carácter dualista más próximo a las realidades, más sólido en sus fundamentos. La omnipresencia de los *media* en la sociedad moderna desempeña así un papel en la inflexión del discurso "annalista". Valoriza, gracias a la comunicación oral, la historiografía no escrita, la de los usos y costumbres, la de las tradiciones orales. La escuela de *Annales*, al sufrir estas diversas influencias, se abre, en los años setenta, a nuevos horizontes: los del estudio de las sensibilidades y de la cultura material. El historiador "annalista" se calza las botas del etnólogo y abandona lo económico, lo social, el cambio.

La crisis modifica la perspectiva. Mientras en los años cincuenta la mirada se posaba en los fundamentos del crecimiento, en los avances técnicos, en el desenraizamiento espacial, en los años setenta, la mirada social se desplaza hacia los límites, las inercias, las permanencias de los sistemas sociales. Así, el número especial de *Annales* de 1948, acerca de América latina, privilegia el crecimiento brasileño, argentino y mexicano, descuidando la parte andina del continente. Ahí se puede apreciar una visión atlántica de la América latina que desemboca en una relación cada vez más intensa con Europa en el marco del desarrollo de los intercambios y de las producciones. Este número de *Annales* de 1948 sigue siendo profundamente eurocéntrico. Los artículos de la revista se concentran en el estudio de los tráficos, los puertos, el comercio, todo ello en la parte litoral del continente americano, entendida como clave del impulso europeo. Esta visión del mundo tiene su correspondiente en el otro lado del Atlántico, en Europa, con los trabajos de Pierre Chaunu sobre Sevilla y los de Pierre Vilar sobre Cataluña, que también valorizan las zonas con fenómenos

de crecimiento. El periodo actual es muy diferente y la mirada sobre el mismo continente de América del Sur se ha modificado sensiblemente. La revista *Annales* le ha consagrado un nuevo número especial en 1978. Los estudios, supervisados por Nathan Wachtel, se han concentrado en las permanencias del Imperio inca dentro del marco de la colonización, en los fenómenos de aculturación en la parte andina de América latina, en el estudio de las representaciones simbólicas de las sociedades amerindias y en sus transformaciones. La aproximación se ha vuelto antropológica. Se ve también una evolución similar con respecto a Italia. Después de haber privilegiado, en los años cincuenta, el estudio de las ciudades comerciales italianas, del crecimiento, del intercambio, del capitalismo, a mitad de los años sesenta, *Annales* se dedica a los frenos del desarrollo en el *Mezzogiorno*, el acento se pone en el mundo de la tierra, de los campos. La mirada económica, cuando subsiste, refluye hacia los límites.

Sin embargo, en general, la historia económica y social ha cedido su puesto a una historia cultural. Ésta ha progresado de manera espectacular en el último periodo. La investigación de Jean-Louis Oosterhoff[5] acerca del contenido de la revista *Annales* permite ver esta promoción de la historia cultural, que de representar el 22.4% de los artículos en el periodo 1957-1959, pasa al 32.8% en el periodo 1969-1976. En el mismo tiempo, la historia económica retrocede del 39% en el primer periodo al 25.7% en el segundo. La EHESS, laboratorio de *Annales* por su centro de investigación histórica, refleja esta evolución de lo económico hacia la antropología histórica. La investigación de Jack Hexter[6] realizada en el curso del año 1972-1973 concluye constatando un crecimiento del peso de la historia y un declive de la economía. Durante esta época, la parte de la historia, entre las once disciplinas de la Escuela, se elevaba a un 35%. La tendencia se ha acentuado, puesto que ocupa alrededor del 40% de los seminarios en el transcurso del año 1985-1986. En cuanto a la economía, importante con dieciocho seminarios en 1972 contra treinta y cuatro de los historiadores, se ha estancado con diecinueve seminarios contra setenta y cinco de los historiadores en 1986. Su debilitamiento se confirma en beneficio de la antropología histórica. Símbolo significativo de esta mutación profunda fue la elección, el 29 de junio de 1985, de un antropólogo para la presidencia de la Escuela: Marc Augé, quien sucede, durante cinco años, a François Furet. Incluso si el nuevo presidente de la Escuela considera que su elección, después de la dinastía de historiadores "annalistas", no representa un giro radical, no deja de reconocer: "A pesar de todo tengo porte de papa polaco".[7] La difuminación de lo económico se salda con

[5] Véanse las figs. 1 y 2, cap. 1, pp. 56 y 57.
[6] J. HEXTER, *Journal of Modern History*, núm. 4, 1972, p. 481.
[7] M. AUGÉ, entrevista con el autor, *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

su recuperación en el interior del discurso antropológico. Pensar lo económico desde el punto de vista antropológico, tal parece ser el objetivo de la dirección de la Escuela: "Se puede decir que uno se interroga antes acerca del sentido, del orden de lo cultural, esto significa algo; pero que lo económico forme parte integrante de este sentido o de este orden cultural, es lo que estamos tratando de descubrir".[8]

La captación del objeto etnológico por parte de los historiadores de *Annales* se ha vuelto posible gracias a la articulación de este objeto con las categorías al uso en historia económica y social. El nivel de las mentalidades, de los comportamientos, beneficia las operaciones cuantitativas ya en uso en la demografía o en las series de precios y de rentas. Este objeto, que era el ámbito predilecto de lo cualitativo, se ve suavizado por el estudio cuantitativo que orienta los cortes y privilegia, como en el caso de la demografía, la larga duración. La historia de las mentalidades, gracias a su aspecto integrador, es el objeto ideal a oponer a Claude Lévi-Strauss. Concepto vago, contiene muchas dimensiones diferentes. A los que relegan la historia a una simple discripción de fenómenos conscientes, *Annales* responde con la constitución de esta historia de las mentalidades que tiene por fundamento el nivel inconsciente de las prácticas sociales, el pensamiento colectivo y automático de una época o de un grupo social. Este concepto de mentalidad de *Annales* está antes más próximo a lo psicológico (la triple herencia de Durkheim, Lévy-Bruhl y Jean Piaget) que al intelecto, contrariamente al concepto de ideología al que incluye y supera. Esta historia de la psicología colectiva o social, propia de la primera generación "annalista", toma el nombre de historia de las mentalidades en dos artículos-manifiestos: el de Georges Duby en 1962 y el de Robert Mandrou.[9] En una segunda etapa, esto deriva hacia una antropología histórica. De sustantivo, la historia se ve relegada a adjetivo. La cuestión del investigador es entonces el cómo del funcionamiento más que el porqué del cambio. El acento se pone sobre las continuidades. La escuela de los medievalistas franceses adopta esta nueva mirada bajo la doble influencia de las escuelas alemana y anglosajona.[10] De ello resulta una disminución de las rupturas y un desplazamiento de lo social hacia lo cultural. Algunos abandonan así el concepto vago de mentalidad a cambio de la adopción de esquemas y modelizaciones en la antropología. Es el caso de medievalistas como Jean-Claude Schmitt,[11] quien, al estudiar el suicidio, parte de un artículo antropológico sobre la idea de muerte de

[8] *Ibid.*

[9] G. DUBY, *L'Histoire et ses méthodes*, 1961. R. MANDROU, "Histoire des mentalités", *Encyclopedia Universalis*.

[10] K. F. WERNER, *Histoire de-France*, vol. 1, dir. J. FAVIER, Fayard. P. BROWN, *Genèse de l'antiquité tardive*, 1983; *La Société et le sacré dans l'antiquité tardive*, Gallimard, 1985.

[11] J. C. SCHMITT, "Le suicide au Moyen Âge", *Annales*, enero de 1976.

Marcel Mauss. De la misma manera, la motivación es antropológica en Michel Sot en su estudio del episcopado postcarolingio, a partir de los *gesta episcoporum:* "¿Qué es lo que, finalmente, informará más mi aproximación y lo que la ha informado desde hace algunos años? La presencia de la antropología".[12]

El proyecto etnográfico de la historia tiene por efecto "la promoción de la civilización (o cultura) material".[13] *Annales* aborda la sociedad francesa como Claude Lévi-Strauss lo hizo respecto a las sociedades primitivas en *La Pensée sauvage,* excepción hecha de que se trata del pasado. Los conceptos de antropología histórica o de cultura material representan a menudo un proyecto descriptivo que abandona una dimensión del *Annales* de los comienzos: la historia-problema. En el centro del discurso "annalista" se encuentra una descripción de la vida cotidiana, tanto material como mental, de las gentes corrientes de las sociedades pasadas, que, en definitiva, se parece a la historia positiva en su aspecto factual, sólo que en otro campo, fuera de lo político. La repetición, el hábito, son sus bases esenciales, "hábitos físicos, gestuales, alimentarios, afectivos, hábitos mentales".[14] La historia de la cultura material tiene la ventaja de hacer renacer al hombre desaparecido bajo los escombros de series enrevesadas de demografía y de curvas económicas de larga duración: "A fuerza de estudiar los precios de los granos se ha olvidado a veces a aquellos que los consumían".[15] Se trata del hombre-consumidor de objetos materiales y culturales, no del hombre productor de sus objetos, no del hombre actuando en su entorno. El aspecto descriptivo de esta historia es, además, reivindicado por sus autores: "Se permanece aún en el plano descriptivo de la relación de hechos".[16] No se trata, en realidad, de articulación con los otros niveles de lo real. Jean-Michel Pesez reclama incluso más autonomía para el estudio de los hechos de la cultura material en relación a los hechos sociales subyacentes, cuyo estudio, a menudo, ha enmascarado su presencia. Su demanda es acogida por un investigador adalid en materia de nuevos objetos y que reclama una historia de gusto: Jean-Louis Flandrin. En el sentido de los trabajos de Jean Jacques Hemardinquer,[17] propone, en la revista *L'Histoire,*[18] una historia del gusto. El comportamiento en la mesa pasa del campo de observación etnológico

[12] M. SOT, *Espaces-Temps,* núm. 7, 1978, p. 76.

[13] J. LE GOFF, Coloquio de Venecia, 1972, *L'historien entre l'ethnologue et le futurologue,* Mouton, p. 241.

[14] A. BURGUIÈRE, *La Nouvelle Histoire,* "Encyclopédie", Retz, 1978, p. 45.

[15] J. M. PESEZ, *La Nouvelle Histoire, ibid.,* p. 130.

[16] *Ibid.,* p. 129.

[17] J. J. HEMARDINQUER, *Pour une histoire de l'alimentation,* Cahiers des Annales, núm. 28, A. Colin, 1970.

[18] J. L. FLANDRIN, *L'Histoire,* núm. 85, enero de 1986, pp. 12-9.

a la mirada de una historia antropologizada. De ello resultan consideraciones, ciertamente interesantes, acerca de la evolución del criterio de distinción social fundado en el buen decir del siglo XVI, que se reemplaza por la dicotomía buen/mal gusto del siglo XVII. El gusto alimenticio se convierte en el nódulo del conflicto entre la vieja aristocracia y la nueva, recién aparecida, surgida de la burguesía. El iniciador, el precursor de la prospección de la cultura material, reivindicado como "annalista" ante todo, es Norbert Elias,[19] cuyo libro sobre la evolución de las costumbres apareció en 1939. Su descripción gira alrededor de una tesis central. Quiere demostrar el progreso realizado, desde la Edad Media, en el control cada vez mayor del hombre occidental sobre su cuerpo. El interés de *Annales* se concentra en la descripción de las costumbres, del saber hacer y del saber decir, que Norbert Elias efectúa. El progreso, desde lo alto de la sociedad a lo bajo, del pudor, la autodisciplina, el rechazo de las manifestaciones del cuerpo, el distanciamiento progresivo frente a éste, son otros tantos rasgos de la vida cotidiana que se corresponden perfectamente en el espíritu del *Annales* de hoy. Cuando Emmanuel Le Roy Ladurie escribe *Montaillou*, cuenta la vida cotidiana del pastor de mediados del siglo XIV en un pueblo aislado del Haut Ariège y resucita a este gran ausente, a este ilustre mudo de la historia que es el hombre ordinario. Permite resituar las prácticas corrientes en el universo de representación de su época. Rupturas discursivas se aprecian al seguir los periodos: la enfermedad era, en tiempos de Molière, representada como un cuerpo nocivo infiltrado en un cuerpo sano. Por ello, el objetivo de la medicina era extirpar el mal a base de sangrías. Las comidas eran entonces la oportunidad de contrapesar el riesgo de enfermedades, ingiriendo buenos alimentos en cantidad, cuantos más mejor.

La microhistoria definida por Carlo Ginzburg se limita al ámbito de la etnohistoria: "Proponemos definir la microhistoria, y la historia en general, como ciencia de lo vivido".[20] La cultura material tiende, pues, a recubrir los otros niveles de la sociedad que se borran ante su expansión. Ni siquiera queda una apertura nueva e interesante del campo histórico, a no ser la historización de los descubrimientos, lo que no puede hacerse siempre, sobre todo cuando nos contentamos con una descripción. Esta historización del material etnográfico es, en contrapartida, realizada por Jean-Paul Aron, el cual muestra cómo el arte de la mesa y el consumo ostentatorio en los restaurantes se convierten en un lugar de inversión privilegiada de la burguesía,[21] imitando con esto a la aristocracia y estableciendo, por el refinamiento de sus comidas, su distinción con relación

[19] N. ELIAS, *La Civilisation des mœurs* (1939), Calmann-Lévy, 1974.
[20] C. GINZBURG, *Le Débat*, diciembre de 1981.
[21] J. P. ARON, *Le Mangeur au XIXe siècle*, Denoël, 1974

al pueblo. El burgués se afirma en la acumulación física de lo perecedero. La historia de la cultura material es ciertamente rica en descubrimientos, pero a condición de ser el lugar de "cruce"[22] de la historia económica, social, cultural. A este nivel, reviste el mayor interés, pero sirve, demasiado a menudo hoy, para cubrir, de manera asfixiante, lo real. La sociedad se ofrecería así como transparente a través de su cultura material, según una creencia empírica superada, que parece conocer una recuperación de prestigio.

La desaparición progresiva del acontecimiento, el fin de todo resorte histórico, la monografía etnográfica de una sociedad fija, hacen necesario que los historiadores "annalistas" hagan renacer una aproximación dinamizadora de lo real para especificar el proyecto histórico en relación a las otras ciencias sociales. El ámbito cultural valorizado, omnipresente en los estudios "annalistas" de los años setenta, funciona articulándose en una dicotomía entre cultura alta y cultura popular: "Es sobre todo, cuando la oposición entre cultura alta y cultura popular se toma como eje de la problemática, cuando el historiador se hace antropólogo".[23] El conflicto social y económico entre dominantes y dominados refluye pues hacia lo cultural, en un ámbito en que la evolución moderna y el progresismo sólo pueden venir de los dominantes, de la cultura alta que arrastra tras ella al conjunto social. Esta dicotomía en la lectura histórica permite reintroducir una cierta dialéctica interna en el funcionamiento de la duración, pero sólo a beneficio de las elites sociales. Además, esta oposición es formal, pues estas dos culturas en vigor en numerosas obras "annalistas" están lejos de ser externas la una de la otra. La valoración del nivel cultural tuvo primeramente por base una autonomización de éste en relación a las otras instancias de lo real, hasta tal punto que se le consideró como teniendo su propia temporalidad, su dinámica interna, independientemente del resto de la formación social. Incluso, lo cultural tendría tendencia a crear lo social. El desplazamiento del discurso "annalista" no se limita pues a una ampliación de lo social hacia lo cultural, sino que se traduce en una sustitución de lo uno por lo otro. El ámbito cultural, creador de lo social, se convierte en nódulo de conflictos, lugar de contradicciones, centro de inteligibilidad de una sociedad.

La nueva dialéctica "annalista" opone el tiempo –la cultura del pueblo, inmutable, incapaz de distanciarse de sus costumbres, tiempo repetitivo, etnográfico– al tiempo de la cultura de elites, creador, dinámico, fuente de la innovación histórica. La capacidad de cambio no se encuentra ya en lo social o en lo político, sino en lo cultural, es ahí donde la historia puede renacer y superar la descripción etnográfica de una repetición de

[22] A. BURGUIÈRE, *La Nouvelle Histoire, op. cit.*, p. 48.
[23] P. RICŒUR, *Temps et Récit*, Le Seuil, 1983, p. 156.

lo mismo: "El cambio se da esencialmente en el mundo cultural. Un buen día es la cultura lo que hace que todo se tambalee".[24] El binomio alta cultura/cultura popular se convierte así en el lugar de restitución de las sociedades del pasado. Emmanuel Le Roy Ladurie opone, en el caso de sus campesinos del Languedoc, el mundo urbano en que la alfabetización progresa, en que se renuncia a la violencia, en que la religión deja de estar en el primer plano, a las masas campesinas de cultura oral marcadas por la "violencia primitiva o por el fanatismo religioso con síntomas neuróticos".[25] Habría así una cultura intemporal, próxima de la naturaleza y de la animalidad; a su lado, una alta cultura. Es lo cultural quien crea lo social: el movimiento se encuentra de parte de la elite; la inercia, de parte de lo popular. La separación entre estos dos mundos parece infranqueable, dos culturas extrañas a pesar de su proximidad en el tiempo y el espacio. Tras un mismo binomio, captamos dos sensibilidades: una se apoya en la cultura de elites, portadora de progreso, es la lectura llevada a cabo por Emmanuel Le Roy Ladurie; la otra se inclina amargamente hacia los escombros de una cultura popular perdida, es la mirada nostálgica de Philippe Ariès. Con todo, esta escisión se adapta mal a la realidad histórica, pues aquello que se exhuma como elemento de una cultura popular, de hecho, tiene su origen en la alta cultura. La adecuación establecida entre una cierta cultura y el pueblo es facticia, pues esta cultura, en general, ha sido propuesta o impuesta por las clases dominantes en unas formas degradadas, específicas, destinadas al pueblo, pero que no llegan a enraizarse en las capas populares. Es inverosímil hacer marchar estas dos culturas como a dos realidades exteriores. Cesura tanto más simplificadora desde que nociones como "pueblo" o "elite" esconden categorías mucho más complejas. Robert Mandrou o Georges Duby ponen en guardia contra este nuevo sistematismo fundado sobre un postulado erróneo: "No estoy convencido del todo que ellas [las capas populares] hayan tenido los medios de producir una cultura".[26] Para Georges Duby, la cultura de una sociedad es una, funciona como ideología dominante segregada por los aparatos de poder y se difunde por la atracción y la adhesión que ella suscita, de uno a otro, entre todas las clases sociales. La cultura surgida espontáneamente de una sensibilidad popular, apareciendo desde el fondo del universo social, sin mediadores ni mediaciones, es, a menudo, un mito de moda en el discurso histórico de hoy. Las reticencias en la utilización de este esquema son, con todo, numerosas. Philippe Joutard muestra que la leyenda de los Camisards, si es que se apoya en una tradición oral, no deja de haber sido creada y difundida por relatadores profesionales

[24] E. LE ROY LADURIE, *Maintenant*, entrevista con el autor, agosto de 1979.
[25] E. LE ROY LADURIE, *Les Paysans de Languedoc*, Flammarion, 1969, p. 367.
[26] G. DUBY, *Dialogues avec G. Lardreau*, *op. cit.*, p. 79.

y haberse alimentado de fuentes escritas.[27] Pierre Bourdieu analiza este proceso jerárquico que va de la cultura legítima a la cultura popular, no siendo ésta más que la reproducción degradada y convertida en desecho de la primera, y afirma con razón: "El único terreno en donde se constituye una contracultura es el terreno político. Las tradiciones de lucha pertenecen a la cultura popular".[28] La expresión de esta verdadera cultura popular es, de hecho, completamente ocultada por *Annales*, puesto que la dimensión política desapareció de su discurso desde los años treinta y la dimensión social desde los años setenta. Por el contrario, cuando Marc Soriano estudia los cuentos de Perrault no se trata de dar con la expresión de una cultura popular reencontrada. Desmonta el mito del arquetipo que se transmite inmutable de generación en generación. Su aproximación al cuento es ante todo histórica. Historializa su objeto mostrando que cada transformación del cuento tiene su correspondiente en la vida social de la época.[29] Hay dos procedimientos para tratar la literatura popular: afrontar su proceso de producción como hace Marc Soriano –esto permite darse cuenta de que no es popular–, o limitarse a su funcionamiento al lado de los consumidores de esta literatura, con lo cual se llega al resultado inverso: va destinado a un medio popular, es popular, pero con ello se ahorra un análisis propiamente histórico de puesta en relación del discurso con un lugar social y geográfico precisos con tal de determinar su modo de elaboración y de producción.

Este debate se vuelve a encontrar, a propósito de la Biblioteca azul de Troyes, en dos proyectos, que son los estudios de Geneviève Bollème y Robert Mandrou, los cuales tienen el mismo objeto abordado de manera diferente.[30] Robert Mandrou considera esta literatura popular como un medio de sometimiento y de alienación de masas. Esta biblioteca, constituida por pequeños libros cubiertos de papel azul con el que se envolvían los panes de azúcar, está destinada al pueblo: "Estas obras han sido escritas para las clases populares".[31] Pero su fabricación, su temática, la finalidad de sus escritos no tienen nada de popular. Los impresores han extraído, de los antiguos fondos de la imprenta de Troyes, las publicaciones del siglo XVI. Han exhumado una cultura alta, superada, propia de la aristocracia medieval: libros piadosos, novelas de caballería, tratados de ocultismo... Las obras piadosas constituyen una cuarta parte de los fondos de esta

[27] Ph. JOUTARD, *La Lègende des Camisards, une sensibilité au passé*, Gallimard, 1977.

[28] P. BOURDIEU, *Lundis de l'histoire*, France-Culture, 25 de febrero de 1980.

[29] M. SORIANO, *Les Contes de Perrault. Culture savante et traditions populaires*, Gallimard, 1977.

[30] R. MANDROU, *De la culture populaire aux XVIIe et XVIIIe siècles. La Bibliothèque bleue de Troyes* (1964), Stock, 1975; y G. BOLLÈME, *La Bibliothèque bleue, anthologie d'une littérature populaire*, Archives-Julliard, 1975.

[31] R. MANDROU, *ibid.*, p. 21.

Biblioteca azul. La sociedad está ausente, a no ser que esté en tanto que visión social, según un esquema que la divide en tres componentes: los fuera de la ley (bandidos, vagabundos, soldados, brujas, judíos), el pueblo de las ciudades y de los campos, y los grandes, sobre todo los de extracción noble. Robert Mandrou subraya el conservadurismo de este discurso: "La biblioteca troyana cultiva el conformismo social".[32] Geneviève Bollème no discute el origen alto de estos libritos, pero para ella esto no es lo esencial. Habiendo captado esta biblioteca un público amplio, ella la considera popular. Esta biblioteca articula una economía particular de la escritura y la lectura que Geneviève Bollème califica de popular. Según ella, no hay mistificación ni alienación. La biblioteca que ella nos presenta está, por el contrario, resueltamente vuelta hacia lo real. Roger Chartier se interroga con razón sobre la validez de una tal separación: "Los historiadores franceses quizás hayan equivocado el camino tratando de describir los contenidos de una categoría, la llamada cultura popular, sin cuestionar de entrada la pertinencia de su clasificación".[33] Propone sustituir la apuesta fallida de una cultura auténticamente popular por la identificación de usos diferenciados de materiales comunes.

El ámbito cultural es en verdad fuente de confusiones y conflictos. Corresponde al historiador trazar las líneas fundamentales y las lagunas. Pero no lo puede hacer más que manteniendo los dos objetivos del análisis: el social y el cultural, pues la difusión de la cultura pasa por los grupos sociales y por una serie de mediaciones y mediadores cuyo conocimiento es indispensable para la caracterización de una cultura. El análisis social debe ser, a este nivel, particularmente agudo, pues lo más a menudo son las lagunas de las estructuras sociales quienes hacen, más eficazmente, de intermediario cultural. Hay dos especialistas en la difusión cultural, oficiales como la Iglesia o la escuela, oficiosos como el antiguo cabaret, que la Iglesia tanto combatió, puesto que era el lugar de otra cultura no controlada. Se ha pasado de lo cultual a lo cultural; en cuanto a lo real, queda confinado en los márgenes de lo inesencial. El *Annales* de hoy ha conseguido adaptar sus discursos al discurso y al poder dominantes.

La etnologización del discurso histórico se da porque el poder invade los *media*, impone su ley y sus normas y se convierte en portador de una historia cultural. El hombre serializado que sufre el poder mediador es un individuo impotente, pasivo y su pertenencia social desaparece. Este hombre no tiene otro futuro que el ser pasivo. Encontramos en la escuela de *Annales* un buen ejemplo de adaptación a esta sociedad mediadora. Se afianza como moda cultural al presentar una historia en migajas en una sociedad cada vez más fragmentada. Este refugiarse en el individuo y en

[32] *Ibid.*, p. 162.
[33] R. CHARTIER, *L'Histoire*, núm. 8, mayo de 1981, p. 95.

los tiempos inmóviles antiguos es sintomático de un futuro abandonado a la única lógica, quizás loca, de un impulso de las fuerzas productivas indomables. El apasionamiento del público por la historia "annalista" en los años setenta-ochenta se corresponde con este suplemento del alma necesario para la perpetuación del sistema, para la reproducción del mismo. La fragmentación del cuerpo social es tal que uno no piensa ya más que a partir de su propia historicidad en tanto que individuo; es la exaltación de cada uno para sí y del mercado para todos; el cineasta más lúcido de nuestro tiempo a la hora de describir nuestra sociedad, Jean-Luc Godard, acaba su film *Tout va bien* en 1972 constatando que los dos héroes, Jane Fonda e Yves Montand, "comienzan a pensarse históricamente". El trasfondo de este repliegue es la falta de coraje, el desencanto político. El compromiso toma la figura de arcaísmo. Nuestra sociedad, atrapada entre las contradicciones Norte-Sur y Este-Oeste, prefiere refugiarse en la glorificación de los valores individuales, en el exotismo ofrecido por las generaciones precedentes revificadas por una memoria popular, en una historia etnográfica y cultural que ya no tiene sentido al haber negado su relación con el futuro.

2
UNA HISTORIA SERIAL

Todavía no hace mucho la historia se escribía con mayúscula y en singular. Segura de su antigüedad y de su capacidad de realizar la síntesis, de racionalizar todas las dimensiones de lo real, buscaba, si no el sentido, al menos un sentido de la duración. La escuela de los *Annales*, recientemente, ha llevado a cabo una verdadera deconstrucción de la historia que en adelante se escribe en plural y con minúscula. Ya no es la Historia, sino las historias. Se trata de la historia de tal o tal otro fragmento de lo real y no ya de la Historia de lo real. Así, Pierre Nora dirige en Gallimard la "Bibiothèque des histoires" y subraya esta ruptura epistemológica, en relación a la ambición primera de los historiadores, al presentar su colección: "Vivimos el desmembramiento de la historia". ¿Enriquecimiento de los horizontes historiadores? Cierto que la multiplicación de nuevos objetos y la dilatación del territorio parecen sendos signos de una buena salud en la historia. Sin embargo, el historiador, al querer absorber todas las ciencias sociales, se arriesga a perder lo que fundamenta la especificidad y el interés de su mirada, a saber: su capacidad de síntesis a la que parece renunciar. Tras el expansionismo del discurso histórico, parece que haya confesión de impotencia en hacer inteligible el todo de lo real, es el precio pagado por una huida hacia adelante. El historiador ya no es el defensor de una sociedad que avanza sobre valores sólidos y universales, se ve sacudido, como el mundo que lo rodea, por la relatividad de los valores que Occidente ha producido. Además, la conexión de los espacios ha relativizado la duración. Es en este mundo, cada vez menos coherente, fundado sobre las singularidades, donde se desarrolla una historia desmembrada, efecto de un cambio de perspectiva del individuo historiador. Este historiador ya no busca hacerse con la totalidad de lo real: "Trata de encontrar el todo de la historia a través de su objeto".[1]

[1] P. NORA, *Lundis de l'histoire*, France-Culture, 12 de agosto de 1974; en *Faire de l'histoire*, Gallimard.

Artificio que permite a *Annales* reivindicar una filiación directa con los de ayer al continuar hablando de historia total, del todo, pero aquí hay que entender el todo del objeto como simple parcela de lo real. Ya no es cuestión de conectar en un conjunto racional los múltiples objetos de la historia. En este punto hay ruptura fundamental con las ambiciones de Marc Bloch, Lucien Febvre o Fernand Braudel: "Es esta noción de historia total la que me parece hoy problemática... Vivimos una historia en migajas, ecléctica, abierta a curiosidades que no hay que rechazar".[2] Michael de Certeau admite que hay cambio de perspectiva en relación con el *Annales* de ayer: "Se debe renunciar a una historia global, que era la ambición de Febvre".[3] El campo de investigación del historiador se inscribe en la duración. Ella es la que sufre todo un trabajo de deconstrucción. El tiempo único se multiplica en temporalidades heterogéneas. Bajo la influencia de la posible cuantificación del material histórico, gracias al ordenador, se ha lanzado una nueva aproximación al tiempo histórico, la historia serial, así calificada por Pierre Chaunu. Ésta nace de la posible articulación en series de hechos pertenecientes a conjuntos homogéneos, cuyas fluctuaciones se pueden medir en la escala de su propia temporalidad. En este estadio, "El tiempo ya no es homogéneo y ya no tiene significación global".[4] Krystof Pomyan conceptualiza esta evolución hacia la pluralidad temporal felicitándose del abandono que hace el historiador de toda cronosofía, de toda dirección preestablecida: "Son los procesos estudiados lo que, por su desarrollo, imponen al tiempo una topología determinada".[5] Según Jacques Revel la historia no debe vestirse de luto por la historia total. Considera que la fragmentación del saber histórico lleva a la existencia de un espacio científico diferente de aquel en que *Annales* se movió en los años treinta-sesenta: "El horizonte ya no es el de una historia total, sino el de la construcción totalmente articulada de objetos".[6] La historia total no tendría validez más que en un estricto plan programático, pero al pasar a la experimentación, la totalidad se fragmenta en una miríada de objetos singulares a especificar y a construir. Para Jacques Revel, esta inflexión del discurso histórico es la ruptura más fundamental con el periodo Bloch-Febvre-Braudel, que no han dejado de proclamar la función totalizante de la historia. Su modelo, Marcel Mauss, con su construcción del hecho social total, ofrece a los antropólogos los historiadores como ejemplo, ya

[2] P. NORA, *Le Nouvel Observateur*, 7 de mayo de 1974.

[3] M. DE CERTEAU, *Les discours de l'histoire*, France-Culture, 31 de julio de 1978.

[4] F. FURET, *Le Débat*, diciembre de 1981, recogido en *L'Atelier de l'histoire*, Flammarion, 1982.

[5] K. POMYAN, *L'Ordre du temps*, Gallimard, 1984, p. 94.

[6] J. REVEL, entrevista, *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

que permiten la conciliación de lo completo con lo concreto. Hoy, por el contrario, muchos historiadores tienden a confundir objeto empírico y objeto intelectual, desembocando en una dispersión cada vez mayor que vuelve vana toda tentativa de integración en una reflexión de conjunto.

Michel Foucault aplaude en *La arqueología del saber* la mutación epistemológica que se cumple en la historia gracias a la escuela de *Annales*. Reconoce esta obra de deconstrucción que él había teorizado desde *Las palabras y las cosas* y que aplica a análisis históricos concretos: la clínica, la locura, la prisión, la sexualidad. Se encuentra el mismo rechazo del pensamiento del uno, del centro, de la ruptura significativa, del todo racional: "Una descripción global apiña todos los fenómenos alrededor de un centro único-principio, signficación, espíritu, visión del mundo, forma de conjunto; una historia general, por el contrario, desplegaría el espacio de una dispersión".[7] Michel Foucault no apunta pues a la síntesis global y prefiere los fragmentos de saber, las instituciones y las prácticas discursivas, a las que estudia, en tanto que tales, como si fuesen islotes. Sus direcciones investigadoras ofrecen a *Annales* lo esencial del cuerpo teórico de las orientaciones actuales: "La introducción a *La arqueología del saber* es la primera definición de la historia serial".[8] Después de haber hecho descender al héroe de nuestra cultura –el hombre, el sujeto–, Michel Foucault la emprende contra el historicismo, la historia como totalidad y como referente continuo. Se decide a evitar todas "las continuidades irreflexivas con las cuales se organiza, por adelantado, el discurso que se cree analizar".[9] La historia debe renunciar a la elaboración de grandes síntesis y, por el contrario, interesarse en la fragmentación de los saberes. La historia no será ya la descripción de una evolución, noción prestada a la biología, ni la localización de un progreso, noción ético-moral, sino el análisis de las transformaciones múltiples de la obra, localización de discontinuidades como si se tratase de destellos. La inversión de la continuidad histórica es el corolario necesario del descentramiento del sujeto: "El ser humano ya no tiene historia, o más bien, ya que habla, trabaja y vive, encuentra en su ser propio, en modo bien comprometido, historias que no le son ni subordinadas ni homogéneas... El hombre que aparece a comienzos del siglo XIX está deshistorizado".[10] La conciencia de sí se disuelve en el discurso-objeto, en la multiplicidad de historias heterogéneas. Michel Foucault procede a una deconstrucción de la historia en una constelación convertida en informe y deshumanizada. La disolución

[7] M. FOUCAULT, *L'Archéologie du savoir*, Gallimard, 1969, p. 19.
[8] E. LE ROY LADURIE, France-Culture, 10 de julio de 1969.
[9] M. FOUCAULT, *L'Archéologie du savoir*, *op. cit.*, p. 36.
[10] M. FOUCAULT, *Les Mots et les choses*, Gallimard, 1966, p. 380.

del objeto pictórico por los cubistas traduce el concepto de discontinuidad en Michel Foucault. La unidad temporal no aparece más que como juego ficticio e ilusorio. Con todo, no elude la historia, ya que la toma por campo esencial de sus trabajos. Sin embargo, las discontinuidades que advierte, en la medida que evita toda forma de evolucionismo, son otras tantas figuras enigmáticas. Se trata de verdaderos surgimientos, desgarramientos, de los cuales se anota las modalidades y el lugar sin plantearse realmente la cuestión de su génesis. En esta aproximación, estos acontecimientos-advenimientos* permanecen fundamentalmente enigmáticos. Es una obra de deshistorialización: "Una tarea tal implica que se ponga en cuestión todo lo que pertenece al tiempo, todo lo que se ha formado en él..., de manera que aparezca el desgarro, sin cronología y sin historia, del cual proviene el tiempo".[11] La discontinuidad aparece entonces en su singularidad, no reductible a un sistema de causalidad en la medida que está separada de sus raíces, figura etérea surgida de la bruma matinal de la creación del mundo. El proyecto de Michel Foucault implica pues romper con la investigación de un sistema de causalidad. Lo sustituye por la multiplicación causal, un polimorfismo que vuelve imposible toda instancia global de lo real, toda totalidad a restituir: "Ni estamos ni nos debemos colocar bajo el signo de la necesidad única".[12] Se incribe así en continuidad con el pensamiento expresado por Raymond Aron, desde 1948, en su *Introducción a la filosofía de la historia*: "No hay primer motor del movimiento histórico total".[13] Raymond Aron rechaza así toda aproximación globalizante a lo real. Discierne en esta realidad histórica unas dimensiones tan equívocas e inagotables que no pueden ser tenidas en cuenta en una racionalización global. La historia debe replegarse en unas posiciones más modestas y abandonar su pretensión de ser una ciencia: "La historia no es jamás objetiva".[14] El discurso histórico no tendrá otro valor que no sea parcial, local e individual. En cuanto al sentido de la historia, para Raymond Aron se trata de un sentimiento imposible o giratorio. Michel Foucault corta lo real en lonchas de análisis de las cuales cada serie tiene su propio ritmo y sus rupturas significativas aparte del contexto general: "En adelante, el problema es constituir series".[15] Cada una de ellas constituye una entidad específica con una cronología propia. Ya no hay centros, sino estratos; ya no hay motor en una evolución, sino discontinuidades en revoluciones. El discurso histórico debe confinarse

* En castellano se pierde el juego de palabras *événements-avènements*. (N. Del T.).

[11] *Ibid.*, p. 343.

[12] M. FOUCAULT, *L'Impossible Prison*, Le Seuil, 1980, p. 46.

[13] R. ARON, *Introduction à la philosophie de l'histoire*, Gallimard, 1948, p. 316.

[14] *Ibid.*

[15] M. FOUCAULT, *L'Archéologie du savoir*, *op. cit.*, p. 15.

en la descripción del objeto y de la serie, se convierte en arqueología del saber. Este retorno a lo descriptivo, este rechazo de la totalidad inteligible, sin embargo, pide prestado un discurso, eminentemente científico, para descomponer el material histórico. Los términos foucaultianos de serie, discontinuidad, *corpus*, conjunto, campos, sistema de relación o de transformación, provienen de una región particular del saber científico: la matemática y la lógica fisicista. Con todo, a pesar de un aparato lingüístico, esta aproximación a la historia no permite ninguna posibilidad de racionalización global de lo real. Michel Foucault deviene el teórico de lo que se ha convertido en credo de la tercera generación de *Annales*: la historia serial: "Lo importante es que la historia no considere un acontecimiento sin definir la serie de la que forma parte".[16] Cierto que Michel Foucault, al privilegiar las discontinuidades, se distingue de la historia inmóvil de Emmanuel Le Roy Ladurie. Trabaja en el sentido de una factualización, mientras que la corriente historiográfica dominante tiende a marginar el peso y el papel del acontecimiento. Pero esa factualización alcanza a las investigaciones históricas actuales, puesto que se sitúa en el seno de las series y su significación llega al lugar ocupado en éstas. Es interesante que el documento no sea recibido pasivamente, sino que devenga monumento a construir a partir de los cortes en el tejido documental de conjuntos, de relaciones y de unidades. Pero la historia pierde su función globalizante: "Sólo hay historia regional" [17]

La figura del historiador de los nuevos tiempos, según Michel de Certeau, es la de husmeador que busca en los márgenes de lo social fantasmas del pasado, el discurso de los muertos. No tiene como finalidad captar el centro, sino el contorno de lo real. Se ve enviada a la periferia después de haber ocupado el centro distribuidor de los vasos sanguíneos que riegan la sociedad. En el punto de partida de esta historia serial estaba la historia económica, pero recientemente ésta se ha abierto a otras dimensiones de la historia humana. Las mentalidades, la psicología social, lo afectivo han entrado de pleno derecho en el tratamiento serial, todo lo que constituye el tercer nivel. Tal es el itinerario de la historia serial: "de los sótanos al desván", por retomar la expresión de Michel Vovelle. Esta serialización, aun apoyándose en técnicas más científicas, como el ordenador, desemboca en estudios puramente descriptivos, empíricos, donde, a falta de investigar un sistema causal que haga inteligible la totalidad, se utiliza tal o cual causalidad de manera mecánica y arbitraria según el grado de inspiración del momento. Esta indiferenciación de los sistemas de causalidades es posible en la medida en que las series evolucionan independientemente las unas de las otras; entonces la historia se jubila

[16] M. FOUCAULT, *L'Ordre du discours*, Gallimard, 1971, p. 57.
[17] M. FOUCAULT, *L'Histoire et les histoires*, France-Culture, 17 de julio de 1969.

para ocupar el terreno de lo empírico: "Nuestro objetivo ya no es buscar una verdad... Hemos decidido situar la verdad en una relación entre el que produce un hecho y el objeto así constituido".[18] Esta historia serial y parcial es también la de Paul Veyne. Cuando estudia el evento romano,[19] rechaza toda explicación finalista. El fenómeno se ve restituido ampliamente en todas sus dimensiones, pero se niega a buscar en la sociedad romana un factor primero, un motor central. En su libro de epistemología histórica, *Comment on écrit l'histoire*, Paul Veyne explica que la historia sólo puede ser intriga, relato. El empirismo alcanza así su cima al no reconocerle a la historia más que una función descriptiva: "La historia no es una ciencia, ya que está del lado de la *doxa*".[20] Ninguna tentativa de construcción jerárquica, de ordenación de haces de convergencias, puede permitir una racionalización. Cada estrato de acontecimientos conlleva su propia periodización y no se sitúa ya en una jerarquía de determinaciones. Lo real escapa en su lógica al historiador de hoy. La misma resistencia al esquema explicativo se percibe en Philippe Ariès: "Permanezco fiel a una aproximación impresionista..., el espectáculo del mundo y su diversidad me importa más, en el fondo, que las explicaciones que estoy obligado a dar".[21] A falta de explicaciones, Philippe Ariès cuenta, comenta, describe. Innova, ya que aborda el terreno desconocido de las mentalidades, aunque sea sin integrarlo en los esquemas de racionalidad. Dice que cuando un fenómeno tiene muchas causas, no tiene ninguna y permanece inexplicado.[22] A la historia total y masiva, contrapone la historia de las particularidades y de las herencias.[23] En la base de este desmembramiento se encuentra el descentramiento del hombre que ya no se considera sujeto activo en la base de la historia, incapaz de dominar el todo de su historia. Alain Besançon se sorprende del "espejismo de una totalidad histórica"[24] que fue el de su generación.

En vez de a la continuidad de una evolución histórica, los historiadores actuales se acogen a las discontinuidades entre series parciales de fragmentos históricos. A la universalidad del discurso histórico, oponen la multiplicación de objetos en su singularidad, surgidos de la exclusión en la cual el poder les mantenía; el loco, el niño, el cuerpo, el sexo, se vengan así del mundo de la razón que les velaba. Este rechazo de lo racional es, paradójicamente, reivindicado en el momento mismo en que el discurso histórico se pretende más científico. La fetichización de lo cuantitativo

[18] J. REVEL, *Lundis de l'histoire*, France-Culture, 12 de agosto de 1974.
[19] P. VEYNE, *Le Pain et le Cirque*, Le Seuil, 1976.
[20] P. VEYNE, *Comment on écrit l'"histoire*, Le Seuil, 1971.
[21] Ph. ARIÈS, *Un historien du dimanche*, *op. cit.*, p. 131.
[22] Ph. ARIÈS, *Magazine littéraire*, septiembre de 1980.
[23] Ph. ARIÈS, *Le Temps de l'histoire* (1954), Le Seuil, 1986, p. 244.
[24] A. BESANÇON, *Histoire et expérience du moi*, Flammarion, 1971, p. 71.

aparece como el taparrabo de retirada hacia el empirismo. Según Pierre Chaunu, todo comienza con esta historia serial, cuantitativa. Hay un antes y un después cuya línea divisoria viene dada por el ordenador que remite los trabajos antiguos al ámbito de la arqueología. La famosa fórmula de Emmanuel Le Roy Ladurie: "El historiador de mañana será programador o no será",[25] muestra bien esta creencia absoluta en los poderes milagrosos del instrumento tecnológico. Emmanuel Le Roy Ladurie, al proponer el método americano a los historiadores franceses, teoriza de la mejor manera la negación del historiador como maestro de obra entregado a realizar una síntesis de lo real: "El historiador es como un minero de fondo. Va a buscar al fondo del suelo los datos y los devuelve a la superficie para que otro especialista, economista, climatólogo o sociólogo, los explote".[26] No se podría describir mejor la (di)misión del historiador, su relegación a un papel de peón que trabaja a destajo, en abandono de lo que fundamenta su especificidad. Lejos estamos de los *Combats pour l'histoire*, de Lucien Febvre, o de *L'Apologie du métier d'historien*, de Marc Bloch, pero hay peligro en *la demeure* que obliga a adaptarse; es el famoso "desafío americano",[27] al cual es preciso responder adoptando elementos de la revolución tecnológica, único recurso del historiador de hoy. Contar y contar hoy y siempre, tal es el destino del historiador; tanta cantidad de trigo producida en tal región, cuántas invocaciones a la Virgen en los testamentos de tal pueblo, cuántos robos cometidos en tal lugar: "Al fin [...] sólo historia científica es la cuantificable".[28] Emmanuel Le Roy Ladurie retorna así, casi palabra por palabra, el punto de vista más antiguo de François Furet y Adeline Daumard: "Científicamente hablando, sólo historia social es la cuantitativa".[29] Este entusiasmo por el ordenador, oráculo de los Tiempos Modernos, aún acentúa más la propensión de la historia al desmembramiento, a la serialización. Ya que no se puede contar todo, el historiador se acoge a un territorio restringido para poder escribirlo en ecuaciones. El otro efecto perverso de la utilización del ordenador consiste en privilegiar la repetición de los fenómenos de una misma naturaleza, o sea, la larga duración permanente e inmóvil. La inercia, que caracteriza lo que se llama las "sociedades frías", define entonces a la civilización occidental. En contrapartida, otros historiadores, como Michel de Certeau, privilegiarán las discontinuidades de estas series repetitivas, las "excepciones", y harán renacer, en reacción contra este discurso fundado sobre las curvas medias de series estadísticas, los puntos de duda, los desechos

[25] E. LE ROY LADURIE, *Territoire de l'historien*, 1, *op. cit.*, pp. 13-4.
[26] *Ibid.*
[27] E. LE ROY LADURIE, *Le Nouvel Observateur*, 8 de mayo de 1968.
[28] E. LE ROY LADURIE, *Territoire de l'historien*, 1, *op. cit.*, p. 20.
[29] F. FURET y A. DAUMARD, *Annales*, 1959, "Méthodes de l'histoire sociale. Les archives notariales et la mécanographie", p. 676.

caídos del ordenador, los rechazos por parte de lo cuantificable: locos y brujas, fiestas y cultura local...

Jacques Le Goff y Georges Duby, aun reconociendo que la utilización del ordenador pueda aportar progresos decisivos a la investigación histórica, ponen en guardia contra toda fetichización, que consistiría en remitirse al ordenador con el fin de hacer historia: "El ordenador no es más que un instrumento cada vez más necesario. Hará la historia más científica por más documentada, pero eso no quita su carácter de arte", escribe Jacques Le Goff.[30] En cuanto a Georges Duby, evoca "la ilusión de la cientificidad" que otorga la cuantificación, el tratamiento aritmético.[31]

Con esta vasta descomposición de lo real al nivel de las descripciones, asistimos al renacimiento de un neopositivismo, no en el sentido comtiano del término, que buscaría la ley tras la repetición, sino a nivel de la escuela histórica francesa de comienzos de siglo con su fascinación por el hecho bruto, por lo factual como único punto de partida y único nivel de inteligibilidad, escuela positivista contra la cual, precisamente, cierta revista, *Annales*, fue fundada en 1929. La nueva historia enmascara, bajo un discurso modernista y tecnicista, la retirada del acercamiento histórico a lo descriptivo. Régine Robin ve, tras esta opción, "un nuevo surgimiento del empirocriticismo".[32] Este proyecto serial traduce una doble impotencia: la del historiador de pretender una visión global y la del hombre activo de la historia desgarrado entre series que se le escapan, que ha perdido toda eficacia, toda capacidad de actuar sobre lo real. La serialidad es la expresión de una nueva alienación que destruye toda praxis en las estructuras de lo práctico-inerte.

Esta marginalización del hombre, variable, poco manejable en una historia cuantitativa, es particularmente notoria en Emmanuel Le Roy Ladurie. La cuarta parte de su libro, *Le territoire de l'historien, 1*, lleva el siguiente título revelador: "La historia sin los hombres".[33] Emprende así un nuevo punto de ruptura esencial con relación al *Annales* de 1930. Marc Bloch no concibe historia que no sea humana, antropológica. Emmanuel Le Roy Ladurie le responde: "Hacer del historiador un especialista de la humanidad únicamente, es mutilarlo".[34] Lleva a cabo un estudio histórico concreto, el del clima desde el año 1000, sin tener por objeto central ni periférico al hombre. Elabora una periodización de las fluctuaciones climáticas en sí mismas sin preocuparse por su incidencia en la sociedad. Las influencias en el hombre de la historia climática pertenecen al reino

[30] J. LE GOFF, *Le Monde*, 25 de enero de 1969.
[31] G. DUBY, *Dialogues avec G. Lardreau, op. cit.*
[32] R. ROBIN, *Dialectiques*, 1975.
[33] E. LE ROY LADURIE, *Territoire de l'historien, 1, op. cit.*, p. 423.
[34] E. LE ROY LADURIE, *Histoire du climat depuis l'an 1000, op. cit.*, cap. 1.

de lo insignificante, "permanecen marginales".[35] A este descentramiento, Emmanuel Le Roy Ladurie le concede toda su importancia, ya que lo califica de verdadera revolución copernicana de la ciencia histórica. El concepto de historia serial es poco frecuente en Emmanuel Le Roy Ladurie, el cual prefiere la metáfora geológica de la estratigrafía. La historia se vería así dividida en capas estratigráficas independientes unas de otras, como series, en una realidad acumulativa donde, con el transcurso del tiempo, cada etapa histórica de una sociedad se asentaría sobre la antigua en un proceso continuo que preservaría del movimiento y del cambio al no sufrir más que una erosión diferencial.

La serialización del campo histórico tiene por efecto otorgar a cada objeto una independencia en relación a los otros elementos de lo real. Lejos de las contingencias de lo concreto, el objeto emprende así su vuelo, existe por sí, recuperando las otras dimensiones de lo real. Este objeto, liberado de sus cadenas, aparece entonces como una figura atemporal. Incluso si se siguen sus fluctuaciones en la duración, éstas nunca dependen del sustrato que las permite existir y los lazos con los otros niveles de la realidad se vuelven insignificantes. El discurso histórico se convierte en idealista. El aspecto positivo lo constituye el interés por nuevas direcciones de investigación y el descubrimiento de nuevos objetos, aunque siempre sin voluntad de racionalización global, sino microscópica.

Jean Chesneaux ha descrito la nueva religión del tiempo presente, la modernidad.[36] Ha mostrado cómo el ordenador lleva a cabo esta dislocación de la duración; el futuro se ve reducido a un simulacro en que los datos programables son invariablemente los mismos, sólo cambian las combinaciones. Ya no se puede pensar en ruptura: "La modernidad trastoca completamente la relación entre pasado, presente y futuro".[37] Jean Chesneaux presenta una Francia que, bajo la V República, vacila "entre el sin suelo y el sin tiempo de la modernidad".[38] El ordenador evacua el contenido real de sus simulacros, funciona por segmentación de un saber desarticulado. El hombre ya no es amo de las técnicas, las sufre porque está descentrado y es un mero auxiliar. Volvemos a encontrar, en sus características de modernidad, los resortes esenciales del discurso "annalista", que se adapta a nuestra sociedad moderna al devolvernos una historia en migajas, cuantitativa; al descomponer la totalidad histórica en objetos heterogéneos; al presentar un universo inmóvil en que el cambio sólo es técnico o cultural, nunca social ni político. Ya no hay en esta nueva historia racionalidad en la duración. Esta crisis de la conciencia histórica tiene

[35] E. LE ROY LADURIE, *Territoire de l'historien, I, op. cit.*, p. 513.
[36] J. CHESNEAUX, *De la modernité*, La Découverte, 1983.
[37] *Ibid.*, p. 48.
[38] *Ibid.*, p. 71.

profundas raíces más allá de las orientaciones de la escuela de *Annales*, en la modernidad que acaba por estructurar nuestra visión del mundo y del tiempo, en un capitalismo multinacional que congela toda ruptura potencial en nombre de las necesidades de producción del mercado. Así, la escuela de *Annales* traduce bien su temática, sus paradigmas, ese abandono de la ambición histórica de restituir una memoria colectiva.

Otro factor ha jugado un papel nada despreciable: el empeño por defender la disciplina histórica contra el éxito creciente de otras ciencias sociales, más nuevas y más renovadoras. Los historiadores han sido todos convocados a la delantera bajo la pancarta, cualesquiera que sean sus preferencias epistemológicas, de la escuela de *Annales* para hacer frente conjuntamente, para enarbolar el número y la antigüedad frente a los sociólogos, los economistas, los demógrafos, los lingüistas... Este contraataque disciplinario ha consistido esencialmente en despojar a las ciencias sociales de sus atributos, de sus métodos y de sus discursos con tal de apropiárselos. El procedimiento de rapto parece tener éxito para una historia que hoy se entroniza en l'EHESS frente a unas ciencias sociales estupefactas. Clío se ha vestido de ordenador y de serie, de rigor matemático por tanto. Ha podido cambiar la piel y presentarse ante un público habituado a la renovación, como nueva historia. Clío se ha convertido en una musa acogedora.

Nadine Fresco ha realizado un estudio cuantitativo de los autores citados en los tres volúmenes de *Faire de l'"histoire;* muestra hasta qué punto la historia se ha abierto a las otras ciencias sociales: a Michel Foucault, Lucien Febvre y Louis Althusser se les cita seis veces; a Max Weber, Claude Lévi-Strauss, Fernand Braudel y Emmanuel Le Roy Ladurie cinco veces; a Marx y Freud cuatro veces; siguen Raymond Aron y Paul Veyne con tres veces; y Michelet dos veces. O sea, cinco historiadores sobre doce autores, y no con la máxima frecuencia, en una obra de historiadores acerca de la historia. Esta apertura instantánea a los lenguajes de otras ciencias sociales, este préstamo de sus procedimientos se paga, sin embargo, con el alto precio de la descomposición de la unidad temporal propia del historiador y con la disolución de la historia en otras disciplinas. Si la confrontación y el enriquecimiento son necesarios, ¿no ha habido aquí abandono ciego de las funciones históricas y sobre todo de aquella que apunta a la comprensión totalizante de lo real, por el hecho de la ausencia de toda crítica en relación a las metodologías auxiliares prestadas? ¿Quién ha ganado esta partida? Parece que la disciplina histórica haya salido vencedora a juzgar por su nuevo esplendor, pero si esta victoria lo es al precio de la negación de lo que fundamenta su saber, bien puede tratarse de una victoria pírrica.

La deconstrucción de lo real que se opera hoy parece íntimamente unida al periodo actual: el de las ilusiones perdidas. En el momento que

soplaba el viento de la historia para construir una nueva sociedad, o sea, en el siglo XVIII y a mediados del XIX, los pensadores buscaban un sentido al devenir humano, inscribían su presente en una lógica racional. De Kant a Marx pasando por Hegel, se trató de la comprensión de los fundamentos de las batallas en curso por la libertad. Por el contrario, cuando triunfan las resistencias al cambio, en el momento en que las esperanzas se ven frustradas, en que la desilusión aparece, asistimos al rechazo de una racionalización global de lo real. Ya que lo real no realiza sus esperanzas, no puede ser racional. La historia pierde entonces todo sentido, se fragmenta en múltiples segmentos. Lo real sólo es racional cuando el hombre toma posición respecto a ello, y pierde esta racionalidad cuando escapa a la realidad humana.

Sin embargo, entre los nuevos historiadores hay muchos que no han renunciado a la historia total, que desconfían del actual movimiento centrífugo y persiguen, más allá de las modas, una investigación en el sentido de una mejor inteligibilidad de la globalidad histórica. Si prestamos atención al itinerario de ciertos historiadores como Georges Duby, constatamos que su trayectoria es sintomática de una generación, conduciéndole a franquear tres etapas sucesivas: partiendo de lo económico llega a lo imaginario, pasando por el estudio de lo social. Según él, estos tres niveles permanecen indisociables en su aproximación a los tiempos feudales: "Una sociedad forma un todo. No creo que sea posible disociar lo político de lo económico o de lo cultural. Es esta coalescencia lo que obliga a recurrir a todas las informaciones".[39] Considera operatoria la noción de "determinación en última instancia";[40] porque ha tenido, entre otras cosas, la eficacia de incitarle a comenzar su trabajo por los fenómenos económicos, no de manera arbitraria, sino porque son para él lo que hace posible el acceso a otros niveles de una sociedad. Con todo, Georges Duby, al igual que Maurice Godelier, desconfía del esquema simplificado de una superestructura reflejo de la infraestructura. Por el contrario, él sitúa el objeto privilegiado de la práctica histórica al nivel de las interferencias entre lo mental y lo material. Frente a la relación de causalidad simple, Georges Duby prefiere la noción de relaciones mutuas: "Trato de evacuar una mecánica de la causalidad: hablo más bien de correlación y no de causas y efectos. Esto me lleva a pensar que todo está determinado por todo y que todo determina a todo. Esta noción indispensable de globalidad me hace pensar así".[41] El historiador debe, pues, sopesar el peso respectivo de las costumbres mentales y de las presiones económicas y captar sus

[39] G. DUBY, *Le Magazine littéraire*, noviembre de 1982.
[40] G. DUBY, *Dialectiques*, núm. 10-1, p. 121.
[41] G. DUBY, *Vendredi*, entrevista con el autor, 4 de enero de 1980.

correlaciones, a fin de rendir cuentas sobre un periodo. Georges Duby muestra así que la posición, en las relaciones de producción, es ciertamente fundamental, pero también lo ético puede actuar sobre lo económico. En la sociedad medieval el modo de la prodigalidad del príncipe se propaga entre toda la nobleza, la cual estimula el surgimiento de un artesanado de lujo y el desarrollo del papel de los comerciantes. En este ejemplo es un modelo de comportamiento lo que influye sobre las bases de la actividad económica. También los lazos de sangre y de parentesco están en la base de una sociedad medieval en la cual Georges Duby constata hasta qué punto las metáforas sociales remiten sin cesar a la familia.[42] El historiador debe, pues, restituir una realidad pluridimensional [illegible] rogar tal sector de la actividad humana no sólo a partir de lo que se [illegible] conocer de ésta, sino también a partir de otras dimensiones de lo real. [illegible] resión fiscal de la Edad Media es integrada por Georges Duby en un [illegible] tulo acerca de "las actitudes mentales" y remitida al contexto del don y con[illegible]a-don de una sociedad aún no monetarizada. En este caso, lo económico no es afrontado –lo que constituiría un anacronismo– como actividad plenamente distinta de los otros niveles. En el mismo sentido, la lectura que ciertos historiadores hacen hoy de los hechos religiosos impone una nueva mirada que responde a una preocupación por la globalidad. La historia religiosa, en algunos de ellos, no se restringe únicamente a la exégesis de los textos teológicos confrontados en sus variaciones sucesivas a una verdad primera. Por el contrario, estos enunciados teológicos son puestos en relación con la sociedad de la cual son base de comportamiento y de jerarquía social: "Se han convertido en síntomas y signos de otra cosa de lo que pretenden decir".[43] La interrogación se ha vuelto externa, un diálogo entre lo concreto y las representaciones ideológicas de éste. Cuando Pierre Vilar trabaja sobre los teólogos españoles del siglo XVI, lo hace para buscar los primeros elementos de una teoría macroeconómica en gestación. Cuando Alain Corbin estudia la prostitución en los siglos XIX y XX,[44] articula su periodización sobre la evolución de las estructuras socioeconómicas. Por lo que respecta a la historia antigua, los que más han renovado los métodos de aproximación, y que se inspiran en los trabajos antropológicos desde Jean Pierre Vernant a Pierre Vidal-Naquet, pasando por Marcel Détienne, Pierre Lévêque, Moses Finley..., también afirman la necesidad de una aproximación globalizante a la historia. Tomando como ejemplo la religión en Grecia, Jean-Pierre Vernant[45] critica la concepción tradicional de ésta, que hace de ella un ámbito aparte, mientras que

[42] G. DUBY, *Dialogues avec G. Lardreau, op. cit.*, p. 180.
[43] D. JULIA, *Faire de l'histoire, op. cit.*, t. 2, p. 140.
[44] A. CORBIN, *Les Filles de noce: misère sexuelle et prostitution au XIX-XXe siècle*, Aubier, 1978.
[45] J.-P. VERNANT, *Le Nouvel Observateur*, 5 de mayo de 1980.

para comprenderla bien es preciso "pensar conjuntamente" lo político con lo religioso, la ética y la vida cotidiana. Éste es el único medio de comprender no sólo las articulaciones esenciales de una sociedad en su desarrollo dialéctico, sino también el medio de evitar todo anacronismo y la proyección de nuestras estructuras de pensamiento sobre una sociedad cuyos resortes eran otros. Jean-Pierre Vernant muestra cómo lo político se instaura en Grecia y engloba todas las relaciones de producción. Si se sirve de instrumentos de análisis de la etnología y de la antropología, lo hace siempre en el sentido de una historialización y de una dinámica, ya que: "Una etnología sin historia ¿sería otra cosa que una especie de turismo de elite?".[46]

Al contrario de este proyecto globalizante, la serialidad ha empobrecido el trabajo histórico en lugar de enriquecerlo; por suerte no todos la practican. La historia serial reduce el proyecto histórico a dos niveles: borra las estructuras bajo la serie factual y, por otra parte, no resuelve el problema del pasaje de una serie a otra. Se contenta con causalidades específicas de tal o tal otra serie. La vía abierta por cierto número de historiadores es, por el contrario, la de buscar, más allá de la multiplicación de las temporalidades y de los objetos históricos, un entramado dialéctico de éstos en una articulación que conviene de la mejor manera a lo que especifica tal o cual momento histórico.

[46] P. VIDAL-NAQUET, *Faire de l'histoire, op. cit.*, t. 3, p. 162.

3
UNA NUEVA CLAVE DEL TIEMPO

LA HISTORIA A TRAVÉS DE MALTHUS

Tras el escaparate de una historia desmembrada en historias se puede discernir, con todo, la aplicación de un esquema explicativo de la evolución histórica. La nueva historia retoma por su cuenta el modelo de análisis malthusiano. Emmanuel Le Roy Ladurie y Pierre Chaunu son al respecto las dos figuras de proa en la revitalización de un pensamiento que se creía superado. Asistimos a una "especie de rehabilitación general de Malthus en la historiografía contemporánea. Este autor supo proveernos... de los paradigmas esenciales que permiten dar forma a la historia económica y, especialmente, demográfico-rural de 1340 a 1720".[1] A la constitución de capas temporales sigue, entonces, la doble evolución de las fluctuaciones de población y de los recursos. La trama histórica se reduce a la existencia de un ecosistema implacable cuyas dos únicas variables marcan el curso y revelan las rupturas. Durante los periodos de crecimiento demográfico, como el siglo XII o el XVI, los recursos no siguen el ritmo. Se pone entonces en marcha un proceso de pauperización, la tierra escasea, se parcela por efecto de las particiones y la trilogía hambres-guerras-epidemias se cierne sobre una población que entra en fase de decrecimiento. Así pasa en el siglo XIV o en el XVII, momentos en que, al bajar la demanda, el nivel de vida de la población se ve mejorado y el equilibrio entre recursos y demografía se ve restablecido en periodo de crisis. El motor de la historia viene a ser esta mecánica de las fluctuaciones multiseculares. Las transformaciones decisivas entre las diferentes épocas se mantienen a un lado en nombre de una similitud en lo referente a las cifras de población. En *L'Histoire de la France rurale*, H. Neveu pone en un mismo plano el comienzo del siglo XIV y el fin del siglo XVI, en la medida en que la distorsión malthusiana

[1] E. LE ROY LADURIE, *Y a-t-il une nouvelle histoire?*, Coloquio de Loches 1980, Institut collègial européen, p. 5.

caracteriza a ambos momentos: la población aumenta un 50%, también lo hacen los precios y la producción, aunque no con las proporciones que lo hace la población. Las fluctuaciones de estas variables que caen y rebotan se articulan en una realidad inmóvil o, más bien, no tenida en cuenta. En estas curvas multiseculares se elude la dimensión social. El periodo que va del siglo XIV a la primera mitad del XVIII se sitúa en una "economía fría".[2] Michel Morineau responde a este esquema rechazando la existencia de una revolución agrícola en el siglo XVIII, fundada en la idea de una inmovilidad del mundo rural anterior a esta fecha: "A menudo uno se maravilla del siglo XVIII porque se abstrae de lo que ha pasado antes".[3] El ecosistema impone al hombre constricciones inexorables. La sociedad se ve atrapada por las redes de un ciclo agrario. Este ciclo impone al hombre no sólo su propio ritmo, sino que guía la economía, la cual se encuentra con que es tributaria del eje central de la problemática malthusiana: la evolución demográfica. Sólo queda leer la historia, contentándose con anotar al margen de los años las cifras globales de poblaciones. Al apercibirnos de que, durante este largo periodo, la población francesa no pasa de los 20 millones, se obtiene la fácil constatación de que: "Cuanto más se mueve esto, más se trata de lo mismo, en ambos casos: 1320 o 1680".[4] La historia económica y social pasa a ser la derivación directa de la historia demográfica, de la cual se ha convertido en reflejo. Al querer responder a la eficacia del concepto de modo de producción, la nueva historia encuentra refugio en Malthus y aplica un proyecto mecanicista que empobrece al máximo la mirada historiadora. La historia puede ser así más fácilmente cuantificada, sometida a una ecuación central que relaciona una producción estanca y una población fluctuante. Es paradójico constatar que esos mismos que critican el peso demasiado importante de la explicación económica en el pensamiento marxista se hayan provisto de un sistema tan reductor que se convierte en crisol de toda explicación. El territorio del historiador se despliega estrechamente entre las tijeras que unas veces se abren y otras se cierran según la única relación recursos-población en una sociedad impotente. A partir de entonces ya no hay periodos con leyes específicas de funcionamiento, ya que toda época es vista a la luz de estas dos únicas variables. Así, el siglo XVI "es la restauración del ecosistema medieval".[5] El siglo XVIII, a partir de 1720, el XIX y el XX hasta 1973 se integran en un mismo cuadro, el del crecimiento. En contrapartida, la crisis mundial, desde 1973, vuelve a sumirse en el ciclo multisecular del XIV al XVIII. La

[2] E. LE ROY LADURIE, *Histoire de la France rurale*, Le Seuil, 1975, t. 2.

[3] M. MORINEAU, *Pour une histoire économique rurale*, Presses universitaires de Lille, 1985, p. 356.

[4] E. LE ROY LADURIE, *Territoire de l'historien*, 2, *op. cit.*

[5] *Ibid.*, p. 165.

ley malthusiana se convierte en el alfa y la omega del análisis histórico. El aumento de las rentas hacendarias, la baja de salarios, la subalimentación, todo es visto a través del crecimiento demográfico: "La civilización rural, pongamos en el siglo XVII, es, primeramente, una demografía".[6] En su tesis *Les Paysans de Languedoc*, Emmanuel Le Roy Ladurie parte en busca de Marx y se tropieza con Malthus. Se separa entonces del camino trazado por Marc Bloch, cuya atención se había concentrado en la génesis del capitalismo hacendario en los campos, el modo de repartición de los suelos, las estructuras agrarias. Desplaza su objeto hacia otras variables y constantes. El "personaje central"[7] de su tesis viene a ser un ciclo agrario multisecular que se despliega del siglo XV a comienzos del XVIII. La acumulación de capital, que inicialmente perseguía, no acude a la cita, ya que sólo las pulsaciones demográficas poseen alguna incidencia significativa. Así, la concentración de tierras en el siglo XV no es en absoluto un comienzo de capitalización, el [illegible]nen de una nueva sociedad, sino, simplemente "la inevitable rees[illegible]ración de la tierra que acompaña la contracción demográfica de [illegible] 1450".[8] A la fase de estiaje en que los hombres escasean, sucede [illegible]se de actividad en el siglo XVI, la cual llega a la madurez hacia 160[illegible]s de declinar en el siglo XVII, y así hasta el rompimiento decisivo del siglo XVIII, que consistió en ordenar las prácticas de regulación de nacimientos en Occidente para reducir las necesidades de una sociedad confrontada a un techo insuperable, teniendo en cuenta el estado de las técnicas. La demografía histórica nos propone, pues, una periodización de larga duración a partir de un objetivo diacrónico sólo del equilibrio, con exclusión de otros parámetros de la evolución histórica.

También en Pierre Chaunu la demografía estriba en el hecho de tratarse de "un mundo lleno". La presión demográfica empuja a Occidente a jugar un papel universal. El esquema malthusiano, que parece conocer una recuperación de prestigio, con todo, se ha mostrado erróneo a partir del siglo XIX, cuando el crecimiento demográfico europeo, lejos de conllevar la miseria, ha alimentado un crecimiento sin precedente al favorecer la revolución industrial. Si se puede reprochar a Malthus no haber sido un buen profeta, se puede uno interrogar acerca de la validez de su cálculo, que tampoco es adecuado para el periodo medieval. La peste negra que diezmó un cuarto de la población europea de 1347 a 1350 fue el acontecimiento histórico a partir del cual construyó su esquema. Con todo, este claro corte de mediados del siglo XIV tuvo efectos opuestos, ya que, por un lado, Inglaterra conoció un periodo de prosperidad, mientras que, en el continente, la sociedad occidental refluyó hacia el feudalismo, la

[6] *Ibid.*, t. I, p. 147.
[7] E. LE ROY LADURIE, *Les Paysans de Languedoc, op. cit.*, p. 135.
[8] *Ibid.*, p. 24.

tradición, el bloqueo. Hay además otros parámetros con que contar, sin los cuales la mecánica malthusiana se muestra inoperante. En este esquema, la población se vuelve una abstracción sin valor. Tiene, pues, un papel particular según el tipo de sociedad, se descompone en clases y categorías sociales diferenciadas. La superpoblación del medio rural que puede ser fuente de crisis y de penuria, en el sistema capitalista se convierte en la base misma del impulso económico, de la acumulación de capital, que se apoya en la existencia de lo que Marx llama el ejército de reserva industrial. Tratar de la población sin referirse a las condiciones de producción y de intercambio, a la división social del trabajo, a los precios e ingresos... se convierte en una verdadera mistificación. Malthus ha olvidado, sin más, las posibilidades de la renovación tecnológica y las potencialidades de los progresos económicos que permiten un crecimiento muy rápido de los recursos. Todo el esquema malthusiano se derrumba, ya que se fundaba, precisamente, en la falta de elasticidad de la producción confrontada a un crecimiento inquietante de la población. Más que invocar un techo matemático contra el que la población se estrellaría, precisa buscar los fundamentos de un inmovilismo social y técnico que engendra la miseria, mientras que un cambio de relaciones sociales podría integrar nuevos descubrimientos y permitir a una población creciente situarse en un proceso de crecimiento. No se puede hacer una periodización económica sin que intervenga la evolución de la productividad, del trabajo y de las formas de extracción pública o privada... Cuando Guy Bois estudia, en su tesis, la crisis del feudalismo,[9] lo analiza no como el resultado de una simple confrontación entre recursos y población, sino como una crisis global de sociedad. Preconiza una metodología, de recambio al esquema malthusiano, que distingue tres niveles de análisis. Un primer estudio debe acogerse a los grandes índices económicos y demográficos, mirada puramente descriptiva que da cuenta de los resultados más que de los mecanismos. Después de este macroanálisis, pasamos a un segundo nivel, el del microanálisis. Conviene entonces estudiar las relaciones sociales y las relaciones de producción entre los sujetos económicos. Por fin, procedemos a una vuelta a la cronología de la evolución demográfica y económica con tal de emitir hipótesis de análisis acerca de los factores de esta evolución: "Sólo al término de esta triple trayectoria se avanzarán conclusiones tanto acerca del sistema socioeconómico mismo como del movimiento económico y demográfico en el periodo considerado".[10] La tarea se presenta más compleja cuando no se reduce a un esquema simplificador y mecanicista. Se comprende a Guy Bois cuando se levanta

[9] G. BOIS, *Crise du féodalisme: économie rurale et démographie en Normandie du début du XIVe siècle au milieu du XVIe siècle*, FNSP, 1976.

[10] *Ibid.*, p. 23.

contra el subrepticio deslizamiento desde un nivel descriptivo a un nivel explicativo "metodológicamente inaceptable".[11]

El hombre-sujeto, ya desposeído por el esquema malthusiano del que es prisionero, encerrado en un ecosistema que le supera, es aún más tributario de fenómenos biológicos que ya no domina. La unificación microbiana del mundo entre los siglos XIV y XVI se convierte para Emmanuel Le Roy Ladurie, después de Woodrow Borah, en un motor esencial de la evolución humana. La crisis del siglo XIV ya no es la traducción de una crisis social, sino simplemente el efecto de la peste de 1348: "La despoblación, nacida en primer lugar de las pestes como primer motor, engendra crisis económicas de malvender y de marasmo".[12] En cuanto al desastre que hundió a la población de América Central en el siglo XVI (México central pasó de 2.5 millones de habitantes en 1518 a 1.1 millones en 1608), se nos presenta como nueva ilustración de la unificación microbiana: "El factor central sigue siendo microbiano".[13] La colonización española, la desestructuración de las sociedades azteca, inca y maya se nos presentan como secundarias en relación al choque microbiano. Esta visión permite una irresponsabilización de las sociedades en sus prácticas; el holocausto, no siendo ya humano, se vuelve microbiano y escapa a la misma voluntad humana. Esto permite ahorrarse el análisis de las contradicciones internas de una civilización para explicar el declive y la caída: "El proceso que destruyó la sociedad antigua también parece ser un proceso biológico".[14] Esta entrada masiva de lo biológico como factor motor de la evolución histórica permite la multiplicación de transposiciones arbitrarias y sumarias al ámbito social del comportamiento animal. Así, Emmanuel Le Roy Ladurie retorna, para esclarecer el comportamiento malthusiano, los trabajos de los investigadores americanos Strecker y Emlen, de 1947, acerca de los ratones a los que sometieron a un régimen de hambre. La experiencia muestra que los ratones limitan sus tasas de fecundidad ante la crisis de subsistencia a la que se enfrentan. Emmanuel Le Roy Ladurie reconoce el comportamiento malthusiano de los humanos, y la similitud con el mundo animal le parece total: "En la mujer, al igual que en la rata hembra o en la hembra del ratón, los automatismos virtuales están siempre dispuestos a funcionar".[15] Se trata de una voluntad, a cualquier precio, de romper con el antropocentrismo. La historia tiende, a este ritmo, a convertirse en la derivación de lo biológico, después de haberlo sido de lo demográfico. Krystof Pomyan se felicita, en la Enciclopedia de la nueva

[11] G. BOIS, *La Nouvelle Histoire, op. cit.*, p. 387.
[12] E. LE ROY LADURIE, *Territoire de l'historien, op. cit.*, t. 2, p. 85.
[13] *Ibid.*, p. 90.
[14] P. CHAUNU, *Histoire, science sociale*, SEDES, 1974, p. 111.
[15] E. LE ROY LADURIE, *Territoire de l'historien, op. cit.*, t, 1, p. 346.

historia, por este nuevo matrimonio. Philippe Ariès, en sus estudios sobre la familia y la muerte, se sitúa al nivel "de la articulación de lo biológico y de lo social".[16] Privilegia este nivel, al que considera esencial para comprender la evolución de los comportamientos humanos: "He tratado de captar las actitudes al nivel más bajo de la escala cultural, o sea, a ras de lo biológico".[17] Al querer retrotraer la evolución humana a una realidad biológica, volvemos a privilegiar una invariable, a partir de la cual las modificaciones y las transformaciones se vuelven insignificantes. Diremos, con Jacques Ruffié, que "vivimos todavía sobre un equívoco ancestral que consiste en confundir lo biológico y lo cultural y que conduce a transponer arbitrariamente cierto número de leyes biológicas al ámbito social".[18] Este deslizamiento encierra al hombre en el inmovilismo de una naturaleza insuperable, sus acciones se convierten en agitación estéril e impotente, a imagen de una rata cogida en una trampa que se debate sin esperanza de salvación.

¿LO MENTAL FUERA DE LO SOCIAL?

El territorio del historiador se ha desplazado, recientemente, hacia la exploración de la psiquis humana, a través de la evolución de los comportamientos, de las sensibilidades y de las representaciones. Esta ampliación epistemológica se debe a la escuela *de Annales;* ésta ha jugado, indudablemente, un papel dinamizador en este ámbito. La evolución de las mentalidades se ha convertido en el objeto privilegiado de la nueva historia. Si, en cierto número de trabajos, se pretende separar las determinaciones de lo real y las visiones del mundo, hay que reconocer que, más a menudo, las mentalidades atraviesan la historia sobre un globo de aire, como entidades independientes de toda contingencia. Demasiado a menudo el nuevo historiador se contenta con transcribir la evolución de las representaciones, la manera como las gentes perciben su época, sin preocuparse de establecer una relación cualquiera entre estas representaciones y aquello que, en lo real, las ha suscitado. Este indispensable movimiento de vaivén entre lo mental y lo social, a menudo hace sitio a una simple sustitución, ocultación del universo social tras el universo mental. La mirada es conducida a una larga duración que no excluye las discontinuidades pero que, raramente, las integra en un conjunto social global. La serialidad se aplica aquí, como en las investigaciones de orden demográfico, al estudio de la muerte, de la fiesta, del miedo, de la fami-

[16] Ph. ARIÈS, *Radioscopie*, France-Inter, 4 de enero de 1974.
[17] Ph. ARIÈS, *Un historien du dimanche, op, cit.*, p. 172.
[18] J. RUFFIÉ, *De la biologie à la culture*, Flammarion, 1976, p. 501.

lia... Este modo de aproximación descansa sobre la idea según la cual la naturaleza humana se revela en su carácter eterno. En esta reorientación de la mirada hacia el campo de lo mental, parece haber constituido un momento esencial el coloquio de la Escuela Normal Superior de Saint-Cloud de 1965, bajo la presidencia de Ernest Labrousse. Rodeado de un amplio grupo de discípulos comprometidos, a través de las monografías regionales, en construir, gracias a la cuantificación, una historia social más científica, estructurada sobre categorías, grupos y clases sociales, Ernest Labrousse indica una nueva dirección de investigación, ya en activo en el caso de los sociólogos: el estudio de las resistencias, y aquello que es más irreductible al cambio: las mentalidades: "¿Queréis que os diga la verdad?... Vale pues, lo que hemos hecho hasta aquí es la historia de los movimientos y lo que no h[illegible]s hecho suficientemente es la historia de las resistencias... La resi[illegible]a de las mentalidades, en su lugar correspondiente, es uno de [illegible]andes factores de la historia lenta".[19] Estamos en plena ola estruc[illegible]sta que cae con todo su peso sobre el historiador, imponiéndole t[illegible] ritmo de la temporalidad como la elección de los objetos históricos. A partir de este momento,[20] gran parte de los investigadores labroussianos abandonan sus canteras sociográficas para orientarse hacia un estudio de lo mental. Abandonando el gran programa definido por Ernest Labrousse en 1955,[21] insatisfechos por las clasificaciones y jerarquizaciones sociales, los alumnos de Ernest Labrousse multiplican no las contribuciones a la historia social de Francia, como la de Pierre Goubert acerca del Beauvaisis (1960), sino los mismos jardines desde poco antes cultivados, obras históricas de las mentalidades, como la de Maurice Agulhon: *Pénitents et Francs-Maçons de l'ancienne Provence*, o la de Michel Vovelle: *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle* (1978). Este itinerario, que lleva del sótano al desván, del estudio de las estructuras económicas y sociales a la historia de las mentalidades, fue el de toda una generación. La larga duración encontró una mansión ideal en las estructuras de lo mental. La mayor parte de historiadores labroussianos, marcados por sus conocimientos precisos de la infraestructura, trataron sin embargo de mantener los dos extremos de la cadena y concentraron sus esfuerzos en el sentido de la investigación de correlaciones entre los diversos fenómenos sociales y mentales. No es el caso, ni de lejos, de todos los nuevos historiadores.

Un francotirador, Philippe Ariès, en Francia, fue un precursor en la exploración de mentalidades. Desde 1948 publica *su Histoire des populations*

[19] E. LABROUSSE, *L'Histoire sociale*, introducción al Coloquio de l'ENS de Saint-Cloud, 15-16 de mayo, PUF, 1965, p. 5.

[20] Véase entrevista con M. VOVELLE, *Espaces-Temps*, núm. 34-35, diciembre de 1986.

[21] E. LABROUSSE, "Voies nouvelles vers une histoire de la bourgeoisie occidentale aux XVIIIe et XIXe siècles (1700-1850)", *Congrès international des sciences historiques de Rome*, 1955.

françaises et de leurs attitudes devant la vie; con todo, permanece ignorado por *Annales* hasta un periodo tardío, ya que es preciso esperar hasta 1964 para que sea citado por Jean-Louis Flandrin en la revista por su estudio acerca de *L'Enfant et la vie familiale sous l'Ancien Régime.*[22] Su mirada continúa añorando profundamente la sociedad tradicional de ayer, de las grandes familias, hasta el punto de dar lugar, en ocasiones, a la imagen mistificada de una edad de oro. Cuando evoca[23] el poder económico de la mujer en la familia de la Edad Media –que perdería en el siglo XVIII en beneficio de un poder educativo–, estamos lejos de la sociedad medieval pintada por Georges Duby en que la mujer parece no ser más que un objeto de juego entre los que dominan: curas y caballeros. La familia se transforma en el siglo XVIII, el sentimiento de la infancia como edad específica aparece en esta época, el círculo se restringe. Philippe Ariès atribuye el paso de un modelo a otro no a una mutación global de una sociedad, sino que "se explica por un fenómeno psicológico que ha trastocado el comportamiento del hombre occidental a partir del siglo XVIII".[24] En la base de esta explicación encontramos, en el esquema de Philippe Ariès, al inconsciente colectivo como agente activo que determina las variaciones de mentalidades según las épocas. Su estudio se asemeja a las variaciones sobre un solo tema, al de la evolución interna de la idea de niño, de familia, y de los comportamientos que de ellas resultan. A este nivel, la aportación de Philippe Ariès está lejos de ser despreciable, ya que abre nuevas sendas a la investigación histórica, aunque sea permaneciendo en lo descriptivo del universo mental. Eludiendo la cuestión del porqué o, al menos, aportando una respuesta insatisfactoria, tiene el mérito de decirnos el cómo. El mismo proyecto, interesante en el plano descriptivo, pero también limitado al ámbito de las mentalidades, encontramos en Jean-Louis Flandrin acerca de la evolución de la familia y de la sexualidad durante la época moderna. Observa, al igual que Philippe Ariès, el mismo progreso de la intimidad, de la especialización y de la separación de las edades, de las funciones, de los lugares.[25] En el siglo XVII se pasa de la habitación con función múltiple a la diferenciación de funciones entre las diversas habitaciones del apartamento moderno. La casa ya no es la prolongación de una sociabilidad abierta en la calle y se impone el uso de la prevención, antes de cada visita, para no perturbar la intimidad familiar. Amor y matrimonio no formaban, realmente, buena pareja. Sin embargo, en el transcurso del siglo XVIII, la afirmación de la pareja, y de la familia restringida, va a reconciliar matrimonio y amor. La mirada que dirige el

[22] J.-L. FLANDRIN, "Enfance et société", *Annales*, 1964, pp. 322-329

[23] Ph. ARIÈS, *Radioscopie*, France-Inter, 4 de enero de 1974.

[24] Ph. ARIÈS, *Un historien du dimanche*, *op. cit.*, p. 136.

[25] J.-L. FLANDRIN, *Famille, parenté, maison, sexualité dans l'ancienne société*, Hachette, 1976.

historiador Georges Duby sobre la familia, el amor y el matrimonio es distinta. Consiste en restituir los comportamientos y las sensibilidades de la época medieval en las opciones contradictorias que representan para las categorías sociales dominantes. En la célula familiar ve el "seno materno"[26] de la sociedad medieval. Las metáforas utilizadas en la época para pensar la sociedad, encuentran en la familia lo esencial de su inspiración. Los monjes son hermanos, su jefe es su padre, los señores alrededor de su líder forman una *mesnie o* familia... Georges Duby no sucumbe, a pesar de todo, ante este panfamiliarismo, a una óptica serial en que la familia y el matrimonio fuesen el objeto de un análisis separado de otros aspectos de lo real. Bien al contrario, considera el matrimonio como conjunción de lo material y lo espiritual: "Por consiguiente, sostiene las infraestructuras; no es disociable".[27] En su tesis acerca de la sociedad maconesa en la Edad Media,[28] establece una relación entre el ritmo de las modificaciones de orden político y el carácter menos flexible de las relaciones y de las obligaciones familiares. Entiende el amor y el matrimonio como opciones. Muestra cómo la pasión y el amor han podido ser considerados como un nido de deseos a suprimir y a canalizar para mejor dirigirlos hacia la legitimación de la norma institucionalizada. El matrimonio tuvo pues muy pronto por función el ser una muralla de orden. Se encuentra investido de dos visiones en principio divergentes: la de los clérigos y la de los caballeros. Los clérigos de la Edad Media ven en el matrimonio el único remedio contra la fornicación y la lujuria. La unión de dos seres debe excluir el placer físico. Con todo, el matrimonio es, de entrada, un mal, ya que supone la unión carnal, mal necesario para la reproducción de la especie. Es preciso, pues, codificarlo, rodearlo de tabúes estrictos que lo regenten y, con ello, afianzar el poder de los clérigos sobre los laicos: "El matrimonio es un instrumento de control. Los dirigentes de la Iglesia lo utilizaron para mantener a raya a los laicos y con la esperanza de subyugarlos".[29] Tal es la opción del siglo XI, aspecto mayor de la revolución feudal, momento en que la desaparición del poder político central y el desmembramiento del cuerpo social tienden a favorecer a los clérigos. Lejos de imponerse a la sociedad medieval, el estudio de Georges Duby acerca del matrimonio permite hacerla transparente. Esta incursión en lo social por la mediación de las mentalidades no es posible más que planteando la cuestión del porqué de las mutaciones perceptibles, superando una aproximación puramente descriptiva y relacionando los diferentes aspectos de la actividad y del pensamiento humanos.

[26] G. DUBY, *Dialogues avec G. Lardreau, op. cit.*, p. 181.
[27] G. DUBY, *Le Chevalier, la Femme et le Prêtre*, Hachette, 1981, p. 23.
[28] G. DUBY, *La Société aux XIe et XIIe siècles dans la région mâconnaise*, A. Colin, 1953.
[29] G. DUBY, *Le Chevalier, la Femme et le Prêtre, op. cit.*, p. 303.

Volvemos a encontrar la misma oposición entre un proyecto predominantemente serial, que se sitúa al nivel del inconsciente colectivo, y un proyecto global, a propósito de los estudios sobre la muerte. Cuando Philippe Ariès estudia las variaciones de comportamiento ante la muerte, no diferencia la muerte católica y la muerte protestante, no tiene en cuenta ni los mecanismos de transmisión de la cultura dominante, ni los condicionamientos demográficos y sociales: "En mi opinión, las grandes consecuencias que siguen a las mentalidades, las actitudes frente a la vida y la muerte, dependen de motores más secretos, más escondidos en el límite de lo biológico y lo cultural, es decir, en el inconsciente colectivo".[30] Uno sigue pues, con Philippe Ariès, las oscilaciones del inconsciente colectivo según los mecanismos de adaptación, de recuperación y de inversión de los significantes. La referencia de base parece ser aquí también, como en el caso de la familia, "este mundo que hemos perdido", ese tiempo fetal original en que reinaba la placidez. Es el tiempo de la "muerte domesticada" en el transcurso de la Edad Media; en esa edad de oro reinaba una gran familiaridad con un muerto que no era objeto de temor ni para sí ni para los otros. El cementerio era lugar de sociabilidad, donde se bailaba y comerciaba, en medio de cadáveres, sin que el espectáculo de la muerte impresionase a los vivos. El que había de morir, organizador de la ceremonia pública de su propia muerte, se preparaba en ese momento sin drama alguno, en medio de sus allegados. Es el momento de una muerte acrónica, sin traumas, casi bienhechora. Más allá del interés innegable de su estudio, que nos revela mucho acerca de los comportamientos, podemos interrogarnos acerca de la legitimidad de una visión diacrónica, que abarca siglos, con un mismo impulso, alrededor de un parámetro central: la muerte, sin jamás investigar los fundamentos de sus inflexiones. Philippe Ariès no siente, por otro lado, la necesidad de situar estas sensibilidades sucesivas frente a la muerte, ya que, para él, sólo se trata de variaciones de un inconsciente colectivo que trascienden su entorno. Si hay autonomía en la evolución de las actitudes de los occidentales frente a la muerte, ¿puede por ello emprender la vía de una independencia total de una sociedad dada, en sus dimensiones tanto materiales como espirituales? Las actitudes ante la muerte, en esta visión idealista, se encuentran en estado de ingravidez, animadas por un dinamismo propio e irracional. Con todo, se puede encontrar una lógica interna de la evolución de nuestra sociedad que, por etapas, ha evacuado la muerte hasta hacer de ella un valor tabú. Michel Vovelle preconiza un método, completamente diferente al de Philippe Ariès, para hacer inteligible la evolución de las actitudes frente a la muerte. Su clave de lectura se articula de manera vertical y estudia sucesivamente "la muerte sufrida, la muerte vivida y el discurso

[30] Ph. ARIÈS, *Essai sur l'histoire de la mort en Occident*, Le Seuil, 1975, p. 222.

sobre la muerte".[31] Evita así toda explicación mecanicista al diferenciar claramente los factores infraestructurales, tanto la evolución demográfica como la de las estructuras económicas y sociales, el peso relativo del individuo y de la familia en "la muerte sufrida". En el otro extremo, el del "discurso sobre la muerte", restituye las orientaciones de ideologías coherentes frente a la muerte, la significación de éstas para la Iglesia y los poderes... Por último, entre estos dos extremos, sitúa el nivel de las mentalidades de la época con "la muerte vivida", en una descripción que tiene en cuenta las diferenciaciones sociales. Esta clave de análisis permite a Michel Vovelle comprender las convergencias y distorsiones que aparecen en estos tres niveles. Se puede hablar de una "muerte vivida" en la Edad Media sin situarla socialmente. Es lo que hace Colette Beaune[32] al describir los funerales de los nobles al fin de la Edad Media, en el siglo XV. Momento en que el cuerpo del noble es expuesto largo tiempo por el castillo, el rostro pintado y embalsamado, antes de ser reemplazado por la efigie. Esta teatralización de la muerte y este gusto por las pompas acentúan el carácter inigualitario de aquélla. Maurice Berthe, en el mismo coloquio de Estrasburgo, analiza la danza macabra como expresión de una manipulación ideológica con tal de enmascarar esta desigualdad cada vez más manifiesta. Estudios concretos pueden tener la muerte por objeto sin por ello afrontarla desde una perspectiva idealista. Es el caso del estudio de Michel Vovelle acerca de los 20 000 testamentos provenzales del siglo XVIII. Constata una mutación de las mentalidades en la época de las Luces: "Había pasado el tiempo de las pompas barrocas".[33] Las demandas de misas en los testamentos retrocede a la mitad, el ceremonial desaparece y la sepultura ya no está en el centro de las preocupaciones. Michel Vovelle no se limita a esta constatación: "¿Qué representa la evolución emprendida a mediados de siglo, bajo la presión de qué factores se produce, qué nombre se le puede dar?".[34] Rechaza el esquema de las elites que se oponen al bajo pueblo y demuestra el papel decisivo de la burguesía urbana en esta mutación de mentalidades que contrasta con la reacción defensiva de nobles y notables: "No apreciamos mucho el término elite, origen de confusiones y de recortes deformadores".[35] La descristianización invocada no es suficiente, según Michel Vovelle, para agotar las razones de esta mutación, aunque no nos podemos ahorrar su análisis en un estudio acerca de la "muerte vivida".

[31] M. VOVELLE, *Idéologie et mentalités*, Maspero, 1982, p. 103.

[32] C. BEAUNE, *La Mort au Moyen Âge*, Coloquio de Estrasburgo, 1975, publicado en 1977, pp. 125-45. Comunicación: "Mourir noblement à la fin du Moyen Âge".

[33] M. VOVELLE, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle*, Le Seuil, 1978, p. 275.

[34] *Ibid.*, p. 305.

[35] M. VOVELLE, *La Mort et l'Occident*, Gallimard, 1983, p. 216.

Otra cantera que se le abre a la historia de las mentalidades: el miedo, objeto privilegiado ya en el precursor Georges Lefebvre, que en 1932 escribió una obra acerca del gran miedo de 1789. Más recientemente, Jean Delumeau consagró un voluminoso libro al miedo de los siglos XIV al XVI en Occidente.[36] Pero Jean Delumeau ha abandonado el surco trazado por Georges Lefebvre: ya no se trata del estudio de un momento, de la cristalización efectiva alrededor de un evento, sino de una plasmación del inconsciente colectivo y de la naturaleza humana revelada por un estudio serial: el de las diferentes figuras del miedo en el transcurso del tiempo. Se trata del miedo como estructura, como inmanente al hombre de que se trata: "El miedo es natural".[37] "El hombre es naturalmente conservador".[38] Volvemos a encontrar el mismo hombre mental que en el caso de Philippe Ariès, estructuralmente apegado al orden y a su mantenimiento, mas esto no quita que podamos preguntarnos con Michel Vovelle: "¿la muerte es, verdaderamente, acrónica?".[39] Este hombre con sed de seguridad, hostil al cambio, es el sostenedor de una historia inmóvil. El proyecto serial de Jean Delumeau le conduce a encontrar su objeto, el miedo, en el origen de todos los fenómenos del fin de la Edad Media y de la época moderna. Las sediciones no serían más que la expresión de un nerviosismo debido al miedo, la misma acción perseguidora de los poderes tendría al miedo como único resorte. Habría sido preferible establecer una relación entre esta fiebre de miedos en todos los componentes de la sociedad occidental de fin de la Edad Media y el nuevo lugar marginal del cristianismo. El brazo secular se separa entonces de la Iglesia, el poder parece escapar a los clérigos que resisten difundiendo múltiples miedos entre sus fieles, teologizándolos alrededor de tres figuras: el herético, la bruja y el judío, además de anunciar la proximidad del juicio final.

El hombre mental aparece pues como el contrapeso indispensable de la historia cuantitativa. Es su doble. Permite volver a descender a las realidades más humanas e inscribirse en una lógica descriptiva. Lo mental tiende a recubrir el campo social al integrarlo en la permanencia de una naturaleza humana inmutable. Ya que el largo periodo apacigua las tensiones sociales, el estudio de lo mental relativiza las conciencias de estas tensiones y las oposiciones que se derivan. El hombre reducido a lo mental es objeto de su historia más que sujeto. Objeto de numeración, objeto de cuantificación, se vuelve objeto psicológico, objeto mental. El impulso de la acción humana a través de los siglos se diluye entre las descripciones que lleva a cabo el historiador. Al ahogar al hombre en la cuantificación,

[36] J. DELUMEAU, *La Peur en Occident*, Fayard, 1978.

[37] *Ibid.*, p. 9.

[38] J. DELUMEAU, *Dialogues*, France-Culture, 7 de marzo de 1979, "La peur hier et aujourd'hui".

[39] M. VOVELLE, *L'Histoire*, núm. 22, abril de 1980.

rehabilitándolo después a través de su mentalidad, se aparta del discurso histórico al hombre social, aquel que, en una relación individual con la sociedad, simboliza el proceso de dominación y las articulaciones de un modo de producción.

Un gran proyecto reciente trata de superar el concepto vago de mentalidades con tal de privilegiar el de vida privada que se asemeja a lo que, en otro tiempo, se llamaba la historia de las civilizaciones o de las costumbres. Es Michel Winock quien está en la base de la realización de este proyecto. Propuso la idea a Philippe Ariès y a Georges Duby: "El trío Ariès-Duby-Winock ha elegido a los directores de cada uno de los cinco volúmenes".[40] Esta nueva temática de la vida privada se inscribe en el movimiento de desmembramiento del objeto histórico y de ruptura radical con la historia social practicada en los años sesenta. Pretende ser un útil más operativo que la historia mental, para desconectarse del contexto social, concentrándose en una esfera privada, definitivamente separada de lo político. Paul Veyne, director del tomo 1, define los fundamentos del proyecto como la resultante de la desintegración de la pasión por la política y como la apuesta por una nueva ética postcristiana.

Otro medio reciente de escapar de lo real, de cortar todo lazo que une, infra y superestructura, es el refugio en el mundo de lo imaginario. Ya que la reconstitución del pasado es mitológica, los fantasmas tienen tanta eficacia como las instituciones y las relaciones sociales concretas. Así, Gilbert Durand, fundador de un centro de investigación de lo imaginario en Chambéry, tiene el proyecto de constituir un mitoanálisis: "Creo, como Nietzsche, que una cultura es un entramado de mitos".[41] Lo imaginario, para Gilbert Durand, es una estructura subyacente, inmanente al hombre. Habría un número delimitado y restringido de mitemas sobre un fondo común a todos los hombres. Los mitos unas veces aparecerían en la superficie, otras se verían rechazados al inconsciente. La figura prometeica vuelve así a sensibilizar al Occidente del siglo XIX. Lo imaginario, una vez convertido en figura ahistórica, permanente en su estructura y su función, puede entonces recubrir todas las otras dimensiones y ofrecerse como la clave de nuestro vivido contemporáneo. Gilbert Durand vuelve a utilizar una concepción que se creía definitivamente desacreditada –la de los arquetipos de Carl Jung–, con el fin de captar las estructuras y recurrencias de lo imaginario. Vuelve a un acercamiento fijista, acrónico e idealista de la historia: "La mayor parte del tiempo, uno se da cuenta de que las ideologías... conducen el mundo, más a menudo de lo que lo hacen los hechos positivos".[42] Con un espíritu un tanto diferente, Jacques

[40] P. VEYNE, *Magazine littéraire*, diciembre de 1985, pp. 106-9.
[41] G. DURAND, *Le Monde*, 15 de junio de 1980.
[42] G. DURAND, *Histoire et Imaginaire*, Poiesis, 1986, p. 143.

Le Goff privilegia también la historia de lo imaginario cuyo mayor interés reside, para él, en la extensión del campo histórico y en la posible multiplicación de sus objetos. El clima y los animales se cuentan entre los sujetos históricos desde Emmanuel Le Roy Ladurie y Robert Delors; entonces, ¿por qué lo imaginario habría de escapar al historiador? El otro resorte que puede contribuir al éxito de esta historia y que permite esperar que los historiadores de lo imaginario responderán a una demanda social, es el advenimiento de una sociedad de la imagen, gracias a los *media*. Paul Alphandéry y Alphonse Dupront han mostrado ya hasta qué punto la imagen puede ser movilizadora de energías. El origen esencial de la motivación de la cruzada estriba, para ellos, en la fuerza de la Jerusalén celeste.[43] Esta historia de lo imaginario, segundo tiempo de la historia de las mentalidades y su puesta de largo, permite al historiador nuevas ambiciones tales como la anexión de documentos literarios e iconográficos: "Va a haber verdaderamente, por fin, una desembocadura auténtica de la historia en el mundo del arte y de la literatura".[44] Este descentramiento de la aproximación histórica permite pues, por su carácter polimorfo, extraer las riquezas de las expresiones vecinas, pero el reverso de esta dilación puede conducir al abandono de todo referente, recubierto sólo por el mundo de las representaciones imaginarias. Esta evacuación de lo real no es llevada a cabo, ciertamente, para historiadores como Georges Duby o Jacques Le Goff, para quien lo imaginario representa una posible complejización del conocimiento de una sociedad medieval de la cual dominan los datos económicos. Se sitúan, en efecto, en ruptura con el proyecto dominante de historiadores de la misma escuela que preconizan asignar a la historia de las mentalidades y de lo imaginario un lugar que sustituye a lo social. El concepto de mentalidad ha permanecido siempre muy vago, por ello se abren con él muchas perspectivas, pero, en contrapartida, exige que se maneje con cuidado y con método. El peligro de la historiografía actual consiste en contentarse con describir las variaciones de representaciones, sin preocuparse en mostrar cómo éstas se articulan en una realidad histórica. A este respecto, Jacques Le Goff considera que este modo de aproximación ya no pertenece al historiador: "No se puede decir que se hace historia cuando uno se contenta con las representaciones".[45] Para Jacques Le Goff la historia de las mentalidades tiene su lugar en una totalidad histórica que recubre a su vez la civilización material y la cultura. Los dos niveles se interpenetran en una problemática que rompe con el mecanismo habitual de la teoría del reflejo de la superestructura en relación a la infraestructura. Cierto que él considera que las relaciones

[43] P. ALPHANDÉRY y A. DUPRONT, *La Chrétienté et l'idée de croisade*, Albin Michel, 1954-1959.
[44] J. LE GOFF, *Histoire et Imaginaire*, *op. cit.*, p. 13.
[45] J. LE GOFF, *Lundis de l'histoire*, France-Culture, 19 de agosto de 1978.

entre lo social y lo mental son más complejas que las que pueden existir entre lo económico y la sociedad, pero permanecen unidas en una misma estructura. Al definir el estudio de las mentalidades,[46] Jacques Le Goff lo integra en el movimiento histórico global. Contrariamente a la mayor parte de historiadores "annalistas", que ven en las mentalidades el medio de tomar las de Villadiego, de partir hacia otro lugar imaginario, orientando su mirada hacia las manifestaciones de lo irracional, hacia los márgenes de un cuerpo social percibido en sus lagunas. Para Jacques Le Goff, por el contrario, lo mental no es una escapatoria, un viaje al término de la noche, sino el medio de dejar entrar la luz del día. Sitúa la historia de las mentalidades no en refugios que escapan a toda racionalización, sino en el centro del cuerpo social.

Georges Duby ha definido también el lugar de la historia de las mentalidades.[47] No la afronta como entidad independiente, sino que, al contrario, considera que no nos podemos ahorrar la relación entre aquello que los marxistas llaman infra y superestructuras. Lo mental tiene, para Georges Duby, su propia temporalidad, que él subdivide, siguiendo la clave braudeliana, en tres ritmos: el rápido de las emociones del momento, de una coyuntura, del rumor de la pequeña frase en sus ecos momentáneos; viene después la evolución de los comportamientos y creencias compartidos por un grupo social determinado; por fin, en una más larga duración, los cuadros mentales más resistentes a los cambios, la herencia cultural, el sistema de creencia o modelo de comportamiento que perdura más allá de lo factual. Georges Duby ha debido, con tal de promover la historia de las mentalidades, desplazar la mirada histórica de la narración de hechos pasados y de la investigación de la veracidad de sus huellas dejadas a partir de genealogías, hagiografías y crónicas, para estudiar, a partir de esas mismas fuentes, las representaciones que una época tiene de sí misma y de su historia en su subjetividad. La fuente ya no es pantalla entre una realidad a restituir y el historiador, sino que se convierte en el objeto mismo que provoca la transparencia: "Trato de hacer la historia de las formaciones verbales",[48] escribe Georges Duby, que define aquí la primera etapa necesaria para conceder un *status* a un estudio de las representaciones durante mucho tiempo despreciado o considerado como simple reflejo. Pero añade al momento, distinguiéndose de una concepción nominalista, que está por ver la manera cómo "esta semiología social emprendida se articula con las condiciones económicas".[49]

[46] J. LE GOFF, *Faire de l'histoire, op. cit.*, t. 3.

[47] G. DUBY, *L'Histoire et ses méthodes*, "L'histoire des mentalités", Gallimard, "La Pléiade", 1961.

[48] G. DUBY, *Dialogues avec G. Lardreau, op. cit.*, pp. 136-7.

[49] *Ibid.*

No obliga a que la historia de las mentalidades funcione como un medio de sustitución en relación a las estructuras sociales. Ha sabido conceder un *status* histórico a un universo simbólico atravesado por los conflictos internos de la sociedad de la que emana. Los sistemas de representación son cada vez referidos al lugar del locutor. Georges Duby desconfía de los grandes frescos seriales que se agarran a la evolución de una larga duración de un comportamiento, de un concepto o de una representación: "El proyecto diacrónico se desprende muy a menudo de lo real".[50] El trabajo histórico consiste, por el contrario, en confrontar sin parar las diversas temporalidades y en evidenciar los desfases, las discordancias entre realidad social y representación ideológica, que no evolucionan en perfecta sincronía. Las mentalidades no se conciben como un objeto suplementario que permitiera al territorio del historiador desmembrarse en fragmentos dispares, éstas exigen restituir un conjunto y una coherencia a la vez más difíciles y más exaltantes.

Michel Vovelle sitúa así el trabajo del historiador de las mentalidades al nivel de las articulaciones entre diacronía y sincronía. A este respecto, la mejor posición acaba siendo descifrar las fases de la crisis, las mutaciones sociales más radicales, los movimientos tectónicos más profundos. Es en estas transiciones donde uno puede leer con la mayor evidencia el paso de un modelo mental a otro. Michel Vovelle, aun especializándose en la historia de la mentalidades, no lanza la historia al lado de lo inmutable y de lo inmóvil, sino que compagina la obra histórica y la antropológica. Ofrece así una definición de la historia de las mentalidades que integra a ésta como parte de una historia global. Este concepto de mentalidad, hoy de moda, recubre una dimensión más amplia que el de ideología. Es el pasaje del estudio de lo consciente y de lo formulado claramente por las instituciones o los individuos, a lo informulado, a las actitudes y representaciones inconscientes. El universo mental debe cargar en su cuenta lo ideológico aunque sea superándolo, en vez de que, como ocurre demasiado a menudo, sea presentado como un magma informe sin ninguna articulación. La temporalidad de las mentalidades evoluciona en general a un ritmo más lento que la sociedad, tal como lo ha visto Marx; se le ha podido calificar de "prisión de la larga duración" tal como hace Braudel, o de "resistencia" en el caso de Ernest Labrousse, pero Michel Vovelle subraya el aspecto innovador de los sistemas de representación: "Por el contrario, debemos hablar de la auténtica creatividad de este imaginario".[51] La complejidad es grande en este conjunto a reconstituir en que el movimiento es doble, de acción y de retroacción, entre lo real y lo imaginario. A cada cambio esencial se constata una crisis global de

[50] G. DUBY, *Vendredi*, entrevista con el autor, 4 de enero de 1980.
[51] M. VOVELLE, *Idéologies et mentalités*, *op. cit.*, p. 93.

la sociedad. Es lo que ocurre a finales del siglo XVIII, todo vacila de lo económico a lo político, pero también en las actitudes frente a la familia, la religión y la muerte. Por lo mismo, la llamarada macabra del siglo XV expresa la crisis de la sociedad feudal y de ninguna manera el retorno de lo reprimido ni el simple efecto de la peste negra. Las fluctuaciones de las representaciones de una sociedad son pues la prolongación, a veces en distorsión, a veces en armonía, de la evolución social. Es así como Michel Vovelle aborda la historia de las mentalidades, "viene a ser la fina nota de la historia social",[52] y la función del historiador consiste en "formular la interrogación, esencial para nosotros, de la jerarquía de acciones recíprocas, de causas y de efectos".[53]

Las mentalidades no son apreciadas como formaciones discursivas separadas de lo real, sino formando parte integrante del estudio de una sociedad. Es en este sentido como el historiador puede beneficiarse preservando su ambición de globalidad y rechazando el desmembramiento de su campo de análisis.

[52] *Ibid.*, p. 101.
[53] M. VOVELLE, *La Mort et l'Occident*, *op. cit.*, p. 23.

4
UNA METAHISTORIA DEL GULAG

La historia hace al historiador tanto como el historiador hace a la historia

J. MICHELET

UN DISCURSO SOCIOLIBERAL

En los años cincuenta numerosos historiadores identificaron su destino con el del PCF; era la época de la guerra fría. El mundo era pensado en términos maniqueos: los buenos en el regazo del dios soviético y los malos a su derecha y a su izquierda. Se comprende la decepción de aquellos que habían hecho de la Unión Soviética su modelo en el momento de las revelaciones que fueron llegando poco a poco hasta Soljenitsin, pasando por el XX Congreso; las intervenciones sucesivas del Ejército rojo, convertido en Ejército de opresión, han jugado un papel revelador al desmantelar la visión mitológica de esos historiadores comprometidos con el PCF. En 1952, el grupo de profesores de historia adheridos al PCF está particularmente nutrido de personalidades. Encontramos a Claude Mesliand, futuro rector de Amiens; Pierre Deyon, futuro rector de Estrasburgo; Jean Dautry, Jean Nicolas, François Furet, Robert Bonnaud, Jacques Chambaz, Denis Richet y Emmanuel Le Roy Ladurie. En el momento de conocerse los resultados de la oposición de agregaduría, François Furet y Jean Chesnaux, que estaban entre los admitidos a concurso, comentan en el patio de la Sorbona: "Hemos dejado algunas plazas para los burgueses".[1] Es la época en que el maestro en Revolución francesa, Albert Soboul, mantenía malas relaciones con el ala sectaria del PCF, cuyo portavoz era el joven historiador François Furet. Prolegómenos de una polémica que no cesará jamás entre ambos,

[1] R. BONNAUD, entrevista con el autor, 16 de enero de 1986.

aunque la línea de separación se haya desplazado seriamente. Entre estos historiadores del PCF, a los cuales hay que añadir a Alain Besançon y Jacques Ozouf, muchos se encuentran en las tribunas de más audiencia de la escuela de *Annales*, empleando su sentido de la organización al servicio de las conquistas, no del partido, sino de la escuela.

François Furet, antiguo presidente de la EHESS, se adhirió al PCF en 1947. Este periodo de militancia sigue siendo el horizonte insuperable que fundamenta su discurso histórico a través de su práctica estalinista de la época y del rencor que de ésta resultó. Recientemente reafirmó hasta qué punto este pasado ha contado para él y para sus camaradas: "Cuando trato de comprender, veinticinco años después, lo que queda de común entre nosotros, aparte de reminiscencias y sentimientos, me pregunto si nuestra adolescencia tardía en las filas del PC no jugó un mayor papel que nuestra actividad de historiadores en el marco de la Escuela de Altos Estudios".[2] Una experiencia tal lo vacunó y enseñó a François Furet los discretos encantos del liberalismo, hasta el punto de ingresar, después de mayo de 1968, en el gabinete de Edgar Faure: "Me siento bastante próximo a los representantes más preclaros del pensamiento liberal".[3] No hay otra salida que la del poder existente, el sistema en orden, la aceptación del orden establecido: "Quiero decir que no hay combate, en el siglo XX, que no sea dudoso".[4] Recientemente, François Furet se ha convertido completamente al aronismo y dirige desde 1984 un nuevo instituto creado por la Escuela de Altos Estudios: el Instituto Raymond Aron.

Su camarada de combate Emmanuel Le Roy Ladurie se ha convertido en el ídolo de masas historiadoras. Sin duda, posee el discurso más representativo de las tendencias actuales de la escuela de *Annales*. Este trotamundos del territorio del historiador procede del país normando, hijo del ministro de Agricultura y Abastecimiento de Vichy en 1942. Una infancia mecida por los cánticos, hasta el punto de que Emmanuel soñó con ser cura. Sin embargo, llegado a París como joven normalista, se adhiere al PC en 1949, donde permanecerá ocho años: "Había salido de mi concha de pequeño chuán. Pero, simultáneamente, me convertí en un crustácec estaliniano".[5] Ayudado por el caparazón ideológico, Emmanuel Le Roy Ladurie ingiere todos los tragos estalinistas sin problemas digestivos, con tal de purgar las faltas de su padre en Vichy. En 1956, el XX Congresc tocará el final de su tiempo de purga, habrá ganado el purgatorio para su padre y devolverá el carnet un año más tarde. El PCF conduce a todo, a condición de que uno se salga. Pero los tiempos son duros en estos años

[2] F. FURET, *Le Débat*, diciembre de 1981, pp. 113-4.
[3] F. FURET, *Le Nouvel Observateur*, 20 de noviembre de 1978.
[4] *Ibid.*
[5] E. LE ROY LADURIE, *Le Débat*, noviembre de 1981.

cincuenta. Era preciso hacer campaña duramente contra "Tito-policía", y Emmanuel Le Roy Ladurie participó plenamente como redactor del periódico estudiantil comunista *Clarté*. A propósito del asunto Slansky, cuenta[6] que debió demostrar que un niño debía denunciar a su padre cuando el interés del partido estuviese en juego. Este delirio estaliniano llegará a exigir a Louis Althusser, su camarada de célula, la ruptura con su mujer Hélène, acusada de haber sido herética por la dirección del PCF. Habiendo simpatizado con Charles Tillon, Emmanuel Le Roy Ladurie le dejará caer, sin una palabra, en el foso de los renegados de la clase obrera. ¿Cómo fue esto posible? Se explica muy bien: "Creía en el paraíso".[7] Esta fe le servía de guía, pero además estaba toda su vida personal, con raíces en esta familia en sentido amplio: "En el PC había, por fin, encontrado al otro, al camarada, al obrero. Ilusión, seguro, aunque no total: algunos de mis mejores amigos actuales, François Furet, Denis Richet, Alain Besançon y otros, ¿acaso no datan de esta época? Les debo también mi matrimonio, mi familia actual ...".[8] ¿Cómo, después de esto, no cambiar la chaqueta en sentido contrario? Hay entonces una gran tentación, como se dice en el PCF, de tirar al bebé con el agua del baño. Es lo que hizo Emmanuel Le Roy Ladurie con fervor. ¿Por qué la ruptura? "Mi padre tenía 120 vacas, las quería mucho, leí una revista en los años cincuenta en la que se decía que los rusos tenían menos vacas que en 1913. Con tan pocas vacas, les consideré infelices".[9] Toma partido claramente contra el programa común de la izquierda del año 1976; por el contrario, experimenta algunas debilidades por el régimen giscardiano: "Giscard es ante todo un liberal, un tocquevilliano. Es consciente, ciertamente, del aislamiento y de la fragilidad de sus posiciones liberales en el siglo XX de los fanatismos... entre la derecha clásica, que se quiere nacionalista y robusta, y los marxistas de cualquier pelaje".[10] En 1978, se adhiere a una nueva organización presidida por Eugène Ionesco: el Comité de los Intelectuales por la Europa de las Libertades (el CIEL), que se propone, frente a la crisis de valores occidentales, movilizarse para oponerse a toda perspectiva de revolución global de nuestra sociedad. El marxismo está presente como furriel de los pelotones de ejecución, o sea, como el enemigo número uno que hay que abatir. Él es entonces garante del orden y su escritura se convierte en un parapeto, después de haber sido el credo de la locura estalinista. Se reconoce admirador de un filósofo puesto de moda por denunciar el riesgo totalitario: "Karl Popper ha planteado bien el problema: las revoluciones no son controlables, puesto

[6] *Ibid.*
[7] *Ibid.*
[8] *Ibid.*
[9] E. LE ROY LADURIE, *Apostrophes*, 12 de marzo de 1982.
[10] E. LE ROY LADURIE, *Le Nouvel Observateur*, 23 de mayo de 1977.

que desencadenan procesos imprevisibles que conciernen al conjunto de la sociedad y adoptan inevitablemente un carácter totalitario".[11] Acabará dejando *Le Nouvel Observateur* por... *L'Express*.

Los años cincuenta son así capitales en la definición de una generación que hoy reniega de lo que ayer aduló, en una misma ansia de absoluto. El dios de ayer se ha convertido en diablo. Basta con leer a Alain Besançon, otro camarada de la misma época, sovietólogo después de haber sido sovietófilo, para comprender los resortes comunes de su toma de posición. Este último tenía 18 años en 1950: "Pertenezco a una generación que fue fuertemente marcada por la idea comunista".[12] Hoy su rechazo de la Unión Soviética es más que extremo: "El sistema soviético me parece el opuesto de lo que es la civilización... Calificar a la URSS de bárbara es una injusticia, no para la URSS, sino para los bárbaros".[13]

La historia vacila. Este fenómeno de adhesión mística, que preludia un periodo expiatorio, se ha vuelto a repetir en una parte de la generación de mayo del 68, sobre todo entre aquellos que se adhirieron al maoísmo. Al haberles decepcionado el gran timonel, despistados, han inventado la nueva filosofía construida alrededor del *Ángel* místico. La revolución ha sido declarada imposible o, más bien, de naturaleza totalitaria. Guy Lardreau, Christian Jambet, Bernard-Henri Lévy cazan en los terrenos filosóficos al hurón malhechor que lleva por nombre, en un proyecto regresivo, Marx, Hegel, Rousseau o Platón. Quitad capas, siempre quedará algo. La deriva de los unos comporta la de los otros en una dirección imprevisible que permite al gusto amargo del desencanto planear sobre las investigaciones en curso, sobre la actividad intelectual de los historiadores. Ya no es hora del compromiso y cuando Pierre Nora, responsable en Gallimard de publicaciones históricas, lanza en 1980 la revista *Le Débat*, precisa la naturaleza del proyecto: "*Le Débat* está en las antípodas de *Temps modernes* y de su filosofía de compromiso".[14]

La ideología aterroriza a los que tienen experiencia en su utilización como negación de lo real en nombre de intereses superiores. La mirada de estos historiadores se ejerce, pues, a partir del prisma deformante del Gulag; queda marcada por el post-Poznam, Budapest, el XX Congreso, Praga y el golpe de Estado de Jaruzelski, al mismo tiempo que pretenden sostener un discurso objetivo, científico, fuera de todo compromiso, por el bien único de la ciencia histórica. Cierto que el totalitarismo estaliniano exige de la historia una tentativa de elucidación, pero no asistimos a este esfuerzo necesario, sino a un repliegue friolero en el pasado con tal de

[11] E. LE ROY LADURIE, *Maintenant*, entrevista con el autor, agosto de 1979.
[12] A. BESANÇON, *L'Express*, 1978.
[13] A. BENSAÇON, *Le Quotidien de Paris*, 18 de diciembre de 1981.
[14] P. NORA, *Le Monde*, 2 de mayo de 1980.

preservarse del futuro. Los criterios con que se han elegido los periodos, los esclarecimientos, el ritmo diferencial de cada una de las secuencias son, muy a menudo, determinados por posiciones políticas de cada escuela histórica. Pierre Vidal-Naquet explica[15] las razones de su predilección por la Grecia antigua como campo de especialización. Su aspiración democrática le ha empujado, naturalmente, al estudio de la constitución de la ciudad. Claude Nicolet, preparándose para adherirse al partido radical, se encontraba más inclinado hacia el estudio de Roma, en la que la política politicastra era ya más jerarquizada, si no más hierática. En el siglo XIX, Guizot, Thierry y Thiers dirigieron su atención a la Revolución francesa para legitimar 1830, el liberalismo, el papel innovador y la misión universal de la burguesía francesa. Se detuvieron pues en los años 1789-1790. Mientras que Michelet o Louis Blanc, partidarios de una república social, valorizaron más, en su historia de la Revolución francesa, el año 1792. Como escribe Georges Duby, "nos apercibimos que cada generación de historiadores lleva a cabo una elección".[16] La joven generación de *Annales*, heredera del desencanto de sus maestros, aún va más lejos para investir a Clío con el papel de vestal del orden existente. Emmanuel Todd, discípulo de Emmanuel Le Roy Ladurie, miembro de las JC en 1968: "Fue una cosa de adolescente",[17] se emprende contra toda forma de militarismo, de izquierda, se comprende. Ataca "la debilidad doctrinal"[18] del PS, por su lenguaje marxista-leninista, y considera la adhesión comunista como "una manifestación psicológica mórbida de tipo esquizofrénico". Y para Laurent Theis, de la misma generación, la historia es un valor refugio en este mundo sin fe ni ley. Se siente huérfano de los buenos días de la bella época, de aquel tiempo en que "nuestros antepasados eran felices con sus velas, sus zuecos...".[19] Hace votos por un futuro nuestro de vuelta a los tiempos pasados: "Lo que me interesa: la sociedad en que las tradiciones y las reglas rigen todo".[20] Esta nostalgia es uno de los rasgos unificadores de numerosos trabajos históricos actuales. Es en nombre de esta reconquista del pasado, de la valoración de tiempos ancestrales, como los antiguos comunistas vacunados han podido llevar a cabo su encuentro con los historiadores conservadores en una misma práctica histórica que así se reclama, a pesar de compromisos diferentes, de una misma escuela y de una misma metodología.

A la vuelta del camino, nuestros escapados del estalinismo se han encontrado con el historiador más prolijo de su generación: Pierre

[15] P. VIDAL-NAQUET, *Le Nouvel Observateur*, 18 de abril de 1977.
[16] G. DUBY, *Dialogues avec G. Lardreau, op. cit.*, p. 40.
[17] E. TODD, *Radioscopie*, France-Inter, 12 de noviembre de 1976.
[18] E. TODD, *Le Fou et le Prolétaire*, Laffont, 1979.
[19] L. THEIS, *Radioscopie*, France-Inter, 11 de abril de 1979.
[20] *Ibid.*

Chaunu. Apóstol del protestantismo, Casandra de los tiempos modernos, pone en guardia a nuestra humanidad cristiana. La fortaleza occidental ha sido inexpugnable, pero el peligro acecha. La cruzada está en nuestros muros. Atención con no transformar el Occidente en desierto, pronto invadido por las hordas ennegrecidas del tercer mundo. También espera preservarnos del apocalipsis anterior al año 2000. Padre de seis hijos, exhorta al desarrollo de las tasas de natalidad de la población blanca, rechazando con disgusto el aborto, que para este militante de *Laissez-les vivre* es, naturalmente, un crimen. La supervivencia de la especie está en juego: "Estamos fabricando un polvorín, vamos a provocar guerras civiles, al fabricar hombres en el tercer mundo y mandarlos a trabajar al Ruhr o a París. En tanto que la tarea del historiador consiste en esclarecer las acciones del presente, os digo: es una completa locura".[21] Las posiciones ideológicas de Pierre Chaunu poseen el mérito de la transparencia. Después de haber denunciado los hospitales abortistas, declara: "No queremos nosotros, padres de tres o cuatro hijos, convertirnos en los limpiabotas, los esclavos, los *bougnoules,** *los* barrenderos, los criados de los otros".[22] Pretende demostrar la superioridad de nuestra civilización, llamada cristiana tradicional, "del mundo pleno", bajo la cobertura de mirada altamente científica de historiador.[23] Los cristianos blancos han tenido, sobre todo, el mérito de haber sabido socializar el ascetismo, el control de las pulsiones sexuales; han sabido erigir a la continencia en regla general, al precio de un loable esfuerzo de voluntad. De este modelo destacan dos aspectos significativos en la época moderna: el retraso de la edad matrimonial (25-28 años) y la afirmación de la familia matrimonial restringida. Esta práctica de continencia ha permitido el desarrollo de la inteligencia occidental: "Suscita agresividad y cerebralización. Provoca tensiones creadoras. Agresividad y creatividad van indisolublemente unidas".[24] Es, pues, gracias a la represión de sus pulsiones sexuales, como el Occidente cristiano ha podido asegurarse el papel de guía de los pueblos que le incumben, en el nombre de Dios, de la Biblia y de su mensaje universal "único". El nuevo cruzado, Pierre Chaunu, adopta la figura del papa en medio de sus hermanos de *Annales*.

Otro conservador cristiano, católico éste, ha sido entronizado tardíamente en la orden de *Annales;* se trata del especialista en la historia de las mentalidades, Philippe Ariès. Proveniente de una familia realista, ha permanecido realista, militante de Acción Francesa desde que era alumno

[21] P. CHAUNU, discurso con ocasión del premio de la fundación Louise-Weiss, concedido el 17 de enero de 1977 a su libro *La Peste blanche.*

* Argot que caracteriza a los trabajadores norteafricanos emigrados a Francia. (N. del T.)

[22] P. CHAUNU, France-Inter, 14 de diciembre de 1978.

[23] P. CHAUNU, *Histoire, science sociale,* 1974.

[24] *Ibid.*

de bachiller; tuvo el coraje de no esconder sus tendencias conservadoras a su interlocutor Michel Winock: "Soy un hombre de derechas, un verdadero reaccionario, estoy por la continuidad. He ahí lo que creo esencial".[25] Philippe Ariès se encuentra como pez en el agua en la escuela de *Annales*, en tanto que los temas de moda llaman a su corazón conservador. Con todo, fue ignorado durante mucho tiempo, a pesar de su apología del discurso "annalista", escrita en 1954.[26] Cuenta por qué, desde 1946, no estaba satisfecho con la historia estrechamente politizada y legendaria a lo Bainville, que fue la de su infancia desde la cuna. Opone a esta crónica indefinida de las memorias edificantes, una historia que encuentra el espíritu de las sociabilidades locales, de las solidaridades elementales, en una doble preocupación científica y mística: "La creación histórica es un fenómeno de naturaleza religiosa".[27] Descubre entonces con delectación el discurso "annalista", portador de una historia separada del Estado, al acecho de la vida cotidiana concreta, insertada en espacios particulares. Desde este momento, puede postular una asimilación, que será, con todo, tardía, en una historia "annalista" que le permite "conciliar sus fidelidades familiares y políticas con sus intereses científicos".[28] Esta palabra nostálgica que, anteriormente, descalificaba a los fósiles, encuentra hoy una connotación positiva. La vuelta a los colores de la sociedad preindustrial alcanza lo que él ha defendido siempre como mundo al que era preciso preservar contra todos los progresismos liberales o marxistas. El punto actual del pasado, de la comunidad tradicional de las antiguas solidaridades, se corresponde bien con su práctica histórica, como etnología del pasado. Uno comprende, al leer a Emmanuel Le Roy Ladurie, François Furet y tantos otros, cómo estos historiadores con itinerarios tan diversos se han encontrado definitivamente bajo la misma bandera. Emmanuel Le Roy Ladurie, maravillado por la constancia de la estructura familiar, agrícola y doméstica, que ha sabido perdurar más allá del hostal antiguo, nos ofrece reproducir modelos pasados, lejos de echar las bases de una sociedad del futuro: "Anuncio el color: soy *rouergophile*. Aprecio la manera como este pequeño país ha sabido, en siglo y medio, deshacerse de su miseria y de su subdesarrollo... ¿Por qué no invertir la utopía? Sin creérselo demasiado, ciertamente. Deseo para nuestro planeta, en su mayor parte campesino y pobre, una contrautopía de futuro, tan atractiva como irrealizable. Hago votos por un siglo XXI con un Aveyron global en su figura de 1925, a escala de toda la humanidad".[29]

[25] Ph. ARIÈS, *Un historien du dimanche*, *op. cit.*, p. 202.
[26] Ph. ARIÈS, *Le Temps de l'histoire* (1957), Le Seuil, 1986.
[27] *Ibid.*, p. 42.
[28] R. CHARTIER, prefacio, *Le Temps de l'Histoire*, de Ph. ARIÈS, *op. cit.*, pp. 18-9.
[29] E. LE ROY LADURIE, *Territoire de l'historien*, 2, *op. cit.*, pp. 335-6.

Estas dos corrientes ideológicas, una compuesta por exclaustrados del estalinismo y la otra por un grupo extremadamente conservador y nostálgico, se han encontrado con otra componente surgida de los cristianos de izquierda o de los intelectuales llegados al compromiso político en el momento de la guerra de Argelia: es el caso de Jacques Julliard, Pierre Nora, Pierre Vidal-Naquet y Michel Winock. Esta corriente es sensible a los temas autogestionarios, al discurso antiestatal, a la defensa de la sociedad civil y a la experimentación social. Este conjunto "cogelotodo" de *Annales*, hacia el cual los itinerarios convergen en un discurso consensual, no sólo ha permitido encuentros, sino una verdadera operación sincrética de las diversas opciones ideológicas para encontrar un credo común en el discurso "annalista". De ello resulta una pérdida de la dialéctica entre pasado-presente-futuro que fundamenta, a pesar de todo, el discurso histórico. Este abandono ha sido reivindicado expresamente por Jacques Juillard, "ya que, a pesar de él, 1968 nos ha liberado de la Utopía, es decir, del futuro, mientras que 1981 nos emancipaba de la doctrina, es decir, del pasado, podemos hoy tratar de vivir el presente".[30] Es la constatación de la era del vacío y Jacques Julliard se compromete en la obra de desenmascaramiento de los revolucionarios de ayer, emprendiéndola, recientemente, con una de las figuras más significativas de la Revolución francesa, Jean-Jacques Rousseau, como origen de los arcaísmos y de las derivaciones de la Revolución, además de los temas izquierdistas de los siglos XIX-XX. Sobre todo, recrimina el uso hecho de la obra de Rousseau, ya que hay, en su opinión, confusión de los espíritus. ¿Revolucionario, Rousseau? Desengañaos, no ha habido peor conservador; ¿constructor de una nueva sociedad fundamentada en el contrato social? Puro cuento de niños, parábola filosófica en el mejor de los casos. ¿Soberanía popular? Un monstruo salido de su antro, concepto inaudito, incongruente...: "¡Declaro al doctor Rousseau del todo incompetente!".[31]

Por no haber de construir ya modelos teóricos engañadores, el historiador puede hurgar en nuestro pasado y recoger las mejores recetas de nuestros antepasados. La historia cambia entonces de función; de ciencia de las transformaciones y de los cambios, pasa a ser especialidad en inercias de las sociedades inmóviles, lección de cosas para prevenirnos de las veleidades de los cambios, al proveernos de una vaga nostalgia por aquello que hemos perdido. La naturaleza reaccionaria de una historia tal es reconocida y asumida por François Furet:

> Este tipo de historia (la de los tiempos largos, la del hombre medio), en el fondo, es una historia a la cual reconozco gustosamente una vocación

[30] J. JULLIARD, *La Faute à Rousseau*, Le Seuil, 1985, p. 247.
[31] *Ibid.*, p. 242.

> conservadora, porque en el momento en que os ponéis a comparar no los eventos, que significan un cambio, sino los elementos, que son siempre los mismos a través de una cronología, se hace evidente que, por hipótesis y por definición, os arriesgáis a dar con las inercias; por consiguiente, este tipo de historia me parece que es una especie de buen antídoto contra la historia, digamos manchestero-marxista, del siglo XIX.[32]

Rechazados el horizonte revolucionario o la tentación restauradora, sólo queda conservar una historia inmóvil. La historia se arriesga a perder su identidad, a pesar de la abundancia de investigaciones actuales. Tiende a diluir el campo histórico en las diversas ciencias sociales. La duda escéptica se sustituye por una construcción, a partir del pasado, del futuro humano, en nombre de la pérdida de sentido. De ahí el reflujo del relato factual, cuyo *status* se derrumba, ya que no se inscribe ya en una problemática inteligible del antes y del después en la escala del tiempo. Nuestras sociedades, que se constituían a partir de una conciencia histórica, se revelan como materia inerte, "sustancia fría" a imagen de las sociedades primitivas estudiadas por Claude Lévi-Strauss. Régis Debray analiza este fenómeno como retroceso hacia la naturaleza en el siglo XX, en relación al voluntarismo histórico predominante en el siglo XIX. La naturaleza se concebía como un obstáculo a superar; hoy nos aparece como un ideal regulador o como paraíso a reencontrar: "Contradanza de un siglo a otro, de lo retro y de lo nuevo, de las nostalgias y de las expectativas".[33] Los hechos y gestos humanos se pierden entonces en un universo sin significación. Todo se reduce al mismo nivel, no hay discontinuidad global de una sociedad a otra, y esto permite establecer paralelismos entre realidades de épocas diferentes en sus manifestaciones repetitivas. Es así como Emmanuel Le Roy Ladurie analiza el fenómeno de crisis en la sociedad occidental;[34] el periodo que cubre de 1720 a 1973 sería globalmente un periodo de crecimiento, y conoceríamos hoy una penosa crisis del tipo de aquéllas de los siglos XIV al XVIII. Nada habría cambiado bajo nuestros cielos. Una misma crisis marcada por la rarefacción, una misma baja en la oferta; no ya de grano sino de petróleo. La demografía se ve igualmente afectada; por lo que respecta a la producción en bruto, baja en el siglo XX como en el siglo XVII; si las previsiones del Club de Roma se cumplen "será una vuelta al Antiguo Régimen". La historia ya no vacila, se repite. La reacción a la crisis debe tomar prestados los caminos al pasado. Nuestra reacción debe ser la de la sociedad del Antiguo Régimen. Conviene apretarse el cinturón,

[32] F. FURET, *L'Historien entre l'ethnologue et le futurologue*, Coloquio internacional de Venecia, Mouton, 1971.

[33] R. DEBRAY, *Critique de la raison politique*, Gallimard, 1981.

[34] E. LE ROY LADURIE, *Le Territoire de l'historien*, 2, *op. cit.*

soportar la austeridad y la rareza, con tal de preservar la continuidad y preparar el futuro, buscando abiertamente suplir los malos resultados económicos por la creación cultural. Es de esta manera como Occidente superó las crisis de los siglos XV y XVII, sólo hay que repetir las recetas de ayer. La inclinación hacia este abandono de todo lazo dialéctico entre presente, pasado y futuro es el ataque que sufren todos los acimuts del marxismo, denunciado como una teoría de la opresión, fuente de todos nuestros males. Se denuncia, cada vez con más firmeza, la teología marxista marcada por un talante judeocristiano, que se moviliza para crear un pseudo-paraíso terrestre. La historia del Gulag se daría en el pensamiento de Marx como si la historia se redujese a la producción de ideas. La práctica no sería más que un espejo, una simple excrecencia de la teoría. A este ritmo, a los tribunales no les queda tiempo para descansar. Jesús debe dar cuenta de la creación de la Inquisición, Rousseau del terror revolucionario, Nietzsche de lo abominable hitleriano, Sorel del fascismo italiano y Marx del horror estaliniano. En esta reducción de la historia y los discursos, uno se extraña de ver a gran parte de estos nuevos historiadores entonar el mismo canto de lo desaparecido que los nuevo filósofos. La diversidad de escuela de *Annales, su* heterogeneidad, nos permite generalizaciones abusivas. Hay quienes rechazan el marxismo y los hay que consideran sus trabajos consecuencia de aquél. Emmanuel Todd escribe para desterrar al marxismo del horizonte intelectual. Su libro *Le Fou et le Prolétaire* se presenta como ensayo de "reinterpretación no marxista de la historia europea, una contrahistoria". El marxismo se denuncia como síntoma de un estado psicótico de nuestra sociedad; vendría a ser una tentación mórbida, una variante totalitaria moderna del mismo sustrato psíquico que el platonismo o el protestantismo. Por otra parte, según Emmanuel Todd, habría correlaciones significativas por lo que se refiere a la naturaleza mórbida del marxismo, ya que se puede constatar que se difunde en las sociedades en que las tasas de suicidio, de alcoholismo y de alienación mental están en crecimiento y afectan, en particular, a la pequeña burguesía. Para Emmanuel Todd, el marxismo releva a la psiquiatría. No hay que desesperar, Billancourt, eso se cura. Para François Furet: "Marx, hoy, no escapa ya a su herencia, y el efecto *boomerang* es tanto más fuerte cuanto más tiempo ha sido aplazado".[35] La mirada de Emmanuel Le Roy Ladurie sobre el marxismo está teñida de ironía sarcástica. No ve razón para que historiadores marxistas que se consideren pertenecientes a *Annales*, como Guy Bois o Michel Vovelle, no tuviesen derecho a su pequeña "dosis" de marxismo,[36] no hay que confundir las drogas blandas con las duras. Sólo la escalada puede llegar al Gulag. Un coqueteo con el marxismo no ha

[35] F. FURET, *Le Nouvel Observateur*, 4 de julio de 1977.
[36] E. LE ROY LADURIE, *Le Monde*, 11 de marzo de 1977.

causado nunca un daño irreparable. Para Pierre Nora, el marxismo vivido como idea revolucionaria está destinado a la extinción.

Esta consecuencia ideológica no incluye, sin embargo, a todos los historiadores de la escuela de *Annales*. Un número nada despreciable de éstos consideran sus trabajos como continuaciones directas o indirectas del materialismo histórico. Georges Duby descubrió el marxismo en su clase de filosofía en 1937. Fue para él una aportación esencial que no ha dejado de confrontar con sus trabajos. También le ha influido mucho la lectura de Louis Althusser y de Étienne Balibar. El marxismo de Georges Duby tendrá siempre un valor heurístico, no será nunca la base de un compromiso político; este límite le permitirá escapar a las deformaciones de la losa de plomo estalinista y, después, a las elucubraciones actuales: "En mi evolución, la influencia del marxismo ha sido profunda. Reacciono muy violentamente contra estos que hoy pretenden, según moda parisina, que el marxismo no haya contado para los historiadores de mi generación. Ha contado muy fuertemente para mí *et je tiens à ce qu'on le dise*".[37] Guy Bois, otro medievalista, continúa también el proyecto marxista en una aproximación globalizante a la historia. Jacques Le Goff puede ser calificado de marxista incluso si, aun reconociendo en Marx a "uno de los maestros de una nueva historia",[38] se enfrenta a la primacía "grosera" de lo económico, que relega las mentalidades a las superestructuras condicionadas por la infraestructura. Cuando evoca el marxismo oficial, hace referencia a la utilización que se hace en el movimiento estaliniano y, a este nivel, no se puede hacer otra cosa que compartir sus prevenciones. Hasta los años cincuenta fue, gracias al atajo de la historia económica, como el marxismo influyó en la disciplina histórica. Cierto número de modernistas de la escuela de *Annales* se sitúan hoy en el surco del marxismo, como Michel Vovelle y Robert Mandrou, especialistas en historia de las mentalidades, o Pierre Vilar, que no ha dejado, a través del estudio de Cataluña, de buscar la mejora del sistema conceptual marxista.

Entre los especialistas de la antigüedad griega, el marxismo es también, para un gran número de investigadores, una herramienta de análisis fundamental. De Yvon Garlan a Pierre y Monique Lévèque, pasando por Claude Mossé o Jean-Pierre Vernant, la lista dista mucho de ser exhaustiva. Aparece, al mirar estas aproximaciones divergentes de la función histórica, que la escuela de *Annales* reúne a historiadores cuyas posiciones ideológicas están lejos de parecerse. En el centro de esta escuela se juega una confrontación fraternal entre sus diversas componentes. En el último periodo, preciso es reconocer que el discurso conservador y nostálgico ha superado a aquel otro que resiste a la marea de fondo de la

[37] G. DUBY, *Vendredi*, entrevista con el autor, enero de 1980.
[38] J. LE GOFF, *La Nouvelle Histoire*, Retz, 1978, p. 236.

desesperanza, con tal de mantenerse anclado en una historia unida a la constitución de un devenir colectivo.

LA NEGACIÓN DE LO POLÍTICO

Con el nacimiento de la ciudad, surgió la política. Este sentimiento de pertenencia a una comunidad que ultrapasa la unidad clánica y gentilicia, aparece bajo el aspecto abierto del ágora. Ruptura esencial en la historia de la humanidad de un mundo que se define por la apertura, el cuestionamiento de su identidad, las relaciones de la realidad y de la verdad. De lo político nació la historia, la necesidad de testimoniar y de dejar una huella para las generaciones futuras.

Con Herodoto,[39] el evento se convirtió en advenimiento de la historia a partir del relato de la guerras médicas. La temporalidad se humaniza y se comprende a partir de una concienciación helénica frente a los "bárbaros". El relato de Herodoto revela una nueva conciencia de la situación del hombre en el mundo. Opone el derecho griego del siglo V a. C. a la monarquía absoluta, la ciudadanía a la servidumbre, la civilización a la barbarie. Mundo binario, fuente de identidad, fuente de resistencia. Apología de la *diké* (la justicia) contra la *hybris* (la desmesura), de la *isonomia* (la igualdad), del *demos* en la cima de la gloria ateniense, presentada como modelo de civilización en el siglo V. Nacida de lo político, la historia fundamenta la política en una solidaridad y un destino colectivos.

De igual manera, Tucídides, otro padre de la historia, cuenta la guerra del Peloponeso para dar un sentido al devenir humano a partir del modelo ateniense, en tanto que régimen que se opone a Esparta. La explicación que da Tucídides de este cisma en el seno de los griegos es de naturaleza política. Es ya el conflicto entre una democracia y una estratocracia. El tiempo histórico lleva el ritmo de las voluntades políticas. Como ha mostrado François Châtelet, la crisis de la ciudad comportará la crisis del discurso histórico. Al no presentar ya coherencia, el conflicto Atenas-Esparta se diluye. La política se dispersa y se desmiembra y la antihistoria sustituye a la historia. Los sofistas abandonan la idea de evolución porque la salvación política parece haberse vuelto imposible. Invocan la vuelta al pasado, a los viejos buenos tiempos de la solidaridad helénica, y niegan todo sentido al devenir. La desagregación de la Hélade continúa en el siglo IV, el discurso histórico se difumina entonces, ante las problemáticas convertidas en individuales, en el caso de Jenofonte.[40] La temporalidad ha perdido su sentido político, la narración histórica ya no

[39] F. CHÂTELET, *La Naissance de l'histoire*, 10/18, 1962.
[40] *Ibid.*, t. 2, p. 118.

pretende alcanzar un cierto grado de inteligibilidad de lo real. La historia se vuelve contingente, asunto individual. Tanto Jenofonte como Aristóteles, atrapados en los conflictos y la incoherencia de su época, refluyen hacia un empirismo sistemático. La historia se descompone, ya en la época, en historias singulares en plural.

Esta vuelta a la Hélade clásica no es inocente. Nos reconduce a la relación de la nueva historia, desde 1929, con lo político y de este hecho a la definición de la función del historiador. Esta evolución-involución de los siglos V al IV en Grecia, de Herodoto a Aristóteles, se percibe también entre los siglos XIX y XX. Esta desaparición actual de lo político va unida a la pérdida de una conciencia de historicidad. Al no tener sentido el devenir, la conciencia histórica se disuelve, en nuestros días, en un mismo empirismo: "¿No hay nadie que se interrogue acerca de la contribución de la historia para una mejor lucidez política? ¿Es que la escuela de *Annales* no tomó el partido de no intervenir en este campo?".[41]

Michel Foucault, uno de los mejores historiadores del tiempo actual, ha elegido el poder –los poderes– como blanco. Pero, evolución sintomática, lo aborda en sus extremidades, allá donde se prolonga más allá de sus reglas internas. Pretende restituir la realidad de sus cuerpos periféricos, despreciados, hasta entonces considerados como epifenómenos. Este proyecto tiene la ventaja de descubrir, tras lo inorgánico, lo desordenado, la jerarquía y el orden. Pero el poder en Michel Foucault oculta su dimensión política al diluirla y dispersarla. El poder no se divide en entidades dicotómicas entre los que lo detentan y los otros, no puede estar acaparado por una clase, no es homogéneo. El poder circula, a partir de una red, entre los individuos, funciona en cadena, transita por todos, antes de reunirse en un todo. Si no hay lugar nodular del poder, tampoco puede haber lugar de resistencia a este poder. Omnipresente, no puede vacilar, está en nosotros: todo es poder. La resistencia a su ejercicio no tiene objeto. Sería erróneo negar la aportación de Michel Foucault, el cual nos invita a no confundir en una misma realidad el poder y el Estado, pero el mayor inconveniente de este planteamiento se encuentra en una ocultación del Estado. Este desplazamiento hacia la periferia está también influido por el fracaso de mayo de 1968 y su teorización. Toda liberación se vería reabsorbida, en su encadenamiento lógico, dentro de los dispositivos de este poder. La trilogía foucaultiana: cuerpo/discurso/poder funciona en sus extremidades. Cuerpo y poder son el equivalente del ser y del no ser. La libertad planta cara a la obligación, el deseo a la ley, la revuelta al Estado, lo múltiple a lo reunido y lo esquizofrénico a lo paranoico. La esclavización ineluctable del ser pasa por un tercer término y no por una

[41] F. EWALD, *Y a-t-il une nouvelle histoire?*, Coloquio de Loches, Institut collégial européen, p. 41.

relación de fuerzas, es el discurso, o también la discursividad perteneciente al campo del poder. Esta dilución-disolución de lo político es la huella de una repulsa frente al moderno monstruo estatal, fuente de la opresión, fuente del mal. Ya que no se le puede abatir, se le da un rodeo. Para evitar toda recuperación por contaminación, se niega su existencia.

El rechazo de lo político por parte del *Annales* de hoy está en total continuidad con la primera generación de la revista. Hay, en efecto, alguna analogía entre el espíritu de los años treinta, la antipolitización virulenta, el tecnocratismo, la planificación, y el clima de los años ochenta en que se presenta al Estado como una entidad exterior a la sociedad civil. Al hiperliberalismo de ayer responde hoy el eco del reaganismo, incluida la "segunda izquierda". Así, se da comunidad de pensamiento entre el nódulo de *Annales*, su centro dirigente, y esta sensibilidad de la segunda izquierda que denuncia "la edad bárbara del todo político".[42] La presencia masiva de esta escuela "annalista" en *Le Nouvel Observateur*, al menos hasta 1981, es la expresión de este acuerdo ideológico, de aceptación global de un consenso, de la abstención, tregua o paz de las clases resignadas a su suerte en el orden existente. Esta corriente de pensamiento permite, sin embargo, conceder al pueblo un derecho de ciudadanía gracias a la cultura popular y al reconocimiento de sus valores, a condición de que no se conviertan en dominantes. El pueblo ve, pues, su *status* reconocido, pero en una situación en que sigue dominado. Los tecnócratas deben tener en cuenta su identidad para mejor administrar, sin remilgos. Es este discurso ideológico socioliberal el que reagrupa a casi todo el nódulo de poder de *Annales*.

El rechazo del análisis político ha conllevado que *Annales* despreciase los fenómenos históricos esenciales de su época. Lo mismo pasa hoy. La enciclopedia sobre la nueva historia, aparecida en 1979, no trata de lo político. Precisa añadir el clima actual que empuja a la despolitización y confirma este rechazo de lo político. "La larga duración querida por la nueva historia es una larga duración despolitizada".[43]

Annales lleva a cabo el descentramiento de lo político. François Furet se coloca aparte de la historia de lo político, a lo que considera repertorio privilegiado del cambio.[44] La historia, que debe de comprender lo que perdura, más bien ha de ampararse en las ciencias sociales y abandonar la ilusión política. Cuando demuestra[45] que la alfabetización triunfó en Francia sin encarnarse por ello en la institución escolar, pone el acento

[42] E. MAIRE, citado por H. HAMON y P. ROTMAN, *La Deuxième Gauche*, Ramsay, 1982, p. 399.

[43] J. CHESNEAUX, *Du passé, faisons table rase*, Maspero, 1976, p. 129.

[44] F. FURET, *Le Débat*, diciembre de 1981.

[45] F. FURET y J. OZOUF, *Lire et écrire*, ed. Minuit, 1977.

en una relativización del peso del Estado y de sus aparatos ideológicos en el ámbito cultural. Philippe Ariès, decepcionado por la marginalidad progresiva de las ideas maurrasianas que había profesado, se ha recogido en una historia radicalmente despolitizada. Es esta investigación lo que le ha conducido a los caminos de la entronización en el seno de *Annales:* "Sí, existe una relación entre mi creciente adversión a la acción política y mi adhesión definitiva a una historia que reduciría el lugar del Estado y de las ideologías, en beneficio de una cultura más etnográfica".[46] Cuando Yves-Marie Bercé estudia los levantamientos campesinos en el siglo XIX, se limita a una "morfología" de carácter etnográfico, traduciendo el desarrollo de las violencias colectivas. Las abstrae de su contexto político y así puede mostrar las permanencias.

El Estado desaparecería en el vasto movimiento de planetarización de nuestros conocimientos. Por lo mismo, el dominio de las empresas multinacionales tiende a disminuir el papel de las entidades nacionales. Al nivel de las mentalidades, como ha mostrado André Burguière,[47] la más vieja de las nuevas ideas, la felicidad, tiende a privatizarse y a despolitizarse. Los maestros de la renovación contaban antes con el Estado para asegurar la felicidad humana. De Voltaire a Diderot, los filósofos de las Luces contaban con algún déspota ilustrado. Hoy, el placer, la independencia afectiva... se buscan fuera del marco del Estado. El periodo se presta pues al reflujo, en la larga duración, de la política y a que Emmanuel Le Roy Ladurie constate: "La investigación histórica debe ser separada de la política".[48]

Jacques Julliard, del cual no se puede decir que desprecie la política ya que dirige en Seuil la colección "Politique", reúne los argumentos que se pueden intentar contra la historia política y considera normal que una revista seria como *Annales* se mantenga aparte: "La historia política es psicológica e ignora los condicionamientos; es elitista, es decir, biográfica, e ignora la comparación; es narrativa e ignora el análisis; es idealista e ignora lo material; es ideológica y no tiene conciencia de serlo; es parcial y no lo sabe de antemano; se apega al consciente e ignora el inconsciente; es puntual e ignora la larga duración; en una palabra, pues esta palabra resume todo en la jerga de los historiadores, es factual".[49]

La dimensión política, con todo, no está marginada ni desplazada por todos. Algunos la tienen en cuenta como realidad esencial de la sociedad que estudian. Así, Georges Duby considera que la sociedad feudal se caracteriza, primeramente, por la descomposición de la autoridad

[46] Ph. ARIÈS, *Un historien du dimanche, op. cit.*, p. 98.
[47] A. BURGUIÈRE, *Le Nouvel Observateur*, 10 de septiembre de 1973.
[48] E. LE ROY LADURIE, *Maintenant*, entrevista con el autor, julio de 1979.
[49] J. JULLIARD, *Faire de l'histoire, op. cit.*, t. 2, pp. 229-30.

monárquica.[50] La incapacidad de los reyes carolingios de afrontar las agresiones exteriores provocó un desmembramiento de la autoridad política, una dispersión del poder: fundamento de los feudalismos locales sobre un fondo de difuminación de la autoridad real, central. Pero, en general, lo político sigue siendo el horizonte muerto del discurso "annalista" y su relegación tiende, en lo esencial, al abandono de toda dialéctica entre el presente y futuro. Es en el deseo de revolución y de cambio donde se inscribe el fundamento esencial de la existencia de lo político, al igual que en la disolución de toda perspectiva de ruptura, su hundimiento. Jacques Le Goff ratifica este rechazo de lo político a lo que remite a una concepción histórica elitista, ya que lo político participa para él de la ornamentación de un estilo aristocrático del ejercicio del poder ya superado. Con ello lo político se confina en una fina película que recubre la historia. Con todo, él apela a una rehabilitación del acercamiento a lo político en una perspectiva más amplia, antropológica, alrededor de la noción de poder: "La historia política, en tanto que historia del poder, recupera una dignidad verbal que remite a una evolución de la mentalidad".[51] Pero este proyecto de renovación de lo político evacua también las opciones de las clases alrededor del poder del Estado en beneficio de una historia puramente cultural, fundamentada en modelos antropológicos casi inmóviles.

El contexto de la modernidad ha agravado el corte entre presente y devenir, en el caso de estos franceses sin adhesiones, como los califica Gérard Mendel. Es en esta fase de repliegue individualista, de confinamiento en el iglú narcisista, cuando lo político refluye a los márgenes, cuando sus opciones pierden vida. El discurso histórico, fuera del campo político, se desarrolla tanto mejor en una sociedad fundamentada en la ampliación de lo privado y en la erosión de las identidades sociales. No existe proyecto histórico movilizador y se abre entonces la *era del vacío*, como bien ha visto Gilles Lipovetsky: "La sociedad postmoderna es aquella en que reina la indiferencia de las masas, en que el sentimiento de repetición y de estancamiento domina".[52] Si esta nueva era abre un periodo *soft*, sin crispación, no es menos cierto que se traduce en la atomización del cuerpo social, la falta de compromiso, la desindicalización, y desemboca en la indiferencia, expresión de la impotencia del hacer. Lo político pierde su razón de ser, a excepción de un cuerpo de especialistas, el de la clase política, como dicen los politólogos.

[50] G. DUBY, *Guerriers et paysans*, Gallimard, 1973.
[51] J. LE GOFF, *L'Imaginaire médiéval*, Gallimard, 1985, p. 338.
[52] G. LIPOVETSKY, *L'Ère du vide*, Gallimard, 1983, p. 11.

5
UNA HISTORIA INMÓVIL

UN ACERCAMIENTO ESTRUCTURAL

La lección inaugural de Emmanuel Le Roy Ladurie en el Collège de France el 30 de noviembre de 1973 llevaba el título revelador de "historia inmóvil".[1] Tras esta expresión un tanto provocativa, en que el fuego parece aliarse con el agua, se da la voluntad de reconciliar los contrarios, de reunir, bajo la batuta de la historia, los logros de la antropología y de la etnología, cuyos avances estuvieron marcados por el proyecto estructuralista.

Encontraremos en los trabajos de la nueva historia una adaptación al campo histórico de los operadores utilizados por Claude Lévi-Strauss para sus "sociedades frías". El tiempo inmutable se ve así privilegiado para comprender la estructura inconsciente de cada institución. Una serie de reglas combinatorias se ponen en marcha como medio de inteligibilidad de lo real: la exclusión, la inversión de los signos, la pertinencia, permiten al sistema en cuestión una autorregulación por la reabsorción de lo que se da como nuevo o contradictorio según operaciones lógicas e internas. El cambio y la ruptura, desde entonces, ya no son significativos. El movimiento histórico es pensado como repetición y permanencia en que lo invariable prima sobre lo transformado. Las diferencias advertidas en el seno del sistema no son más que diferencias de lugar, y la unidad prevalece sobre sus opuestos. Las contradicciones que pueden emerger del proceso histórico se reabsorben en la sustitución de un término por otro, preservando el sustrato inicial. La sociedad se reproduce, así, sin ruptura fundamental, con un movimiento de modulaciones contrapuntísticas, que se repiten en el cuadro de reglas de un sistema armónico que deja a un lado cualquier falsa nota. El sistema no puede ser pues modificado en sí mismo. Sólo un *shock* externo podría derruirlo, ya que no se ve atravesado

[1] E. LE ROY LADURIE, *Territoire de l'historien*, 2, *op. cit.*, p. 7.

por contradicciones internas. El conflicto entre lo estructural y lo histórico no data de hoy. Auguste Comte distinguía ya la estática social de la dinámica, y otorgaba prioridad a la primera. Como señala Henri Lefebvre: "El estructuralismo es la ideología del equilibrio... es la ideología del *statu quo*".[2] ¿Cómo es que el historiador, confrontado al estudio del movimiento, del proceso, del cambio, puede cargar en su cuenta esta herencia? Sólo lo puede hacer al precio de apostar por un equilibrio terminal, parámetro de su estudio, alrededor del cual se organizan las oscilaciones en que se manifiestan ilusiones, accidentes e insignificancia. La nueva historia se presenta, pues, como máquina de guerra contra el pensamiento dialéctico. Concede primacía al devenir sobre el ser y ve al motor y operador histórico en el proceso de escisión y no de fusión de contrarios. Esta distinción se ve dialectizada por una red de correlaciones que hace unitario el movimiento histórico en proceso de escisión o de afirmación de la contradicción. El pensamiento histórico sólo puede ser el pensamiento de la ruptura, aquella que insiste en la superación de la escisión y no en el retorno a un pasado en que la contradicción se viese reabsorbida en un devenir. Lo nuevo no se reabsorbe en lo antiguo, sino que se da como resueltamente nuevo en un pensamiento que apunta hacia la comprensión de lo que está a punto de dejar de ser, a saber: lo real en su transición hacia un real otro.

La antropología no hace más que profundizar esta tendencia y relativiza, aún más, los cortes operados hasta entonces en el campo histórico. Las continuidades seculares, las regulaciones constantes, constituyen el surco de investigaciones de la nueva historia: "Tras la historia plagada de gobiernos, de guerras y de hambres se dibujan las historias casi inmóviles para la mirada, historias con poco desnivel: historia de las vías marítimas, historia del trigo o de las minas de oro, historia de la sequía y de la irrigación, historia de la rotación de cultivos, historia del equilibrio, obtenido por la especie humana, entre el hambre y la proliferación".[3] El modelo de Emmanuel Le Roy Ladurie es el de Claude Lévi-Strauss aplicado a la sociedad occidental. En su opinión, la renovación sólo puede darse en la cima de la sociedad. Tanto a nivel cultural como al del Estado, es una elite quien obliga a caer a ciertos valores de lo alto de la jerarquía social. Los antagonismos, las luchas en pos de una hegemonía desaparecen en beneficio de esta nueva entidad social: la elite. La contradicción no ha lugar, pierde todo sentido. El sistema se adapta a sí mismo reemplazando sus estamentos dirigentes por un mecanismo de sustitución y de ósmosis que preserva su estabilidad y su continuidad. El tiempo de las estructuras no tiene el mismo ritmo que el de la historia a escala humana, porque es de larga duración. Impone valorizar no las cesuras, sino el carácter

[2] H. LEFEBVRE, *L'idéologie structuraliste*, Le Seuil, 1975, p. 69.
[3] M. FOUCAULT, *L'Archéologie du savoir, op. cit.*, p. 10.

repetitivo de las actividades humanas. La mirada se posa entonces sobre las regularidades, al tiempo de las estaciones, de los ciclos y de las constancias de lo cotidiano. La historia se convierte en estructural: "La ciencia social... abandona los acontecimientos, e incluso los hechos no factuales pero únicos, en beneficio exclusivo de las repeticiones".[4] Ésta impondrá nuevos límites, en el seno de los cuales la estructura social puede reproducirse, al eliminar de su horizonte todo lo que perturba y molesta al proceso de repetición. Los cimientos ideológicos de esta aproximación se encuentran en el pesimismo declarado que hace de lo real un mundo que escapa al hombre, un mundo destinado a perdurar sin mutación notable, conformándose según una naturaleza humana tan inmutable como la animal o vegetal. El historiador se sumerge en las profundidades de la historicidad, abandonando los fenómenos de la superficie en que se debaten los individuos. El *status* del acontecimiento se transforma. De síntoma significativo se convierte en cristalizador artificial y mitológico de lo insignificante. Se le rechaza hacia los márgenes, incluso uno puede muy bien "no estar interesado en todo".[5] La escuela americana de cliometristas construye esquemas de historia-ficción utilizando el ordenador. Elimina cierto número de acontecimientos considerados como mayores en la historiografía americana, por ejemplo la guerra de la Independencia, con tal de mostrar, al término de un estudio cuantitativo, que el crecimiento económico también habría tenido lugar en ausencia de aquélla. El acontecimiento se disuelve en la larga duración. En el mismo momento en que ciertos filósofos descubren la muerte del hombre, ciertos historiadores proclaman la muerte del acontecimiento: "La historiografía contemporánea... se ha visto obligada, con perjuicio, a matar para vivir: ha condenado a una casi muerte, desde hace muchos decenios, a la historia factual y a la biografía atomística".[6] La historia sería, pues, mitológica: "La relación del hombre con el hombre no es reductible, sino que está sujeta a un *status* geológico",[7] ilusión de una sociedad sin cambios. En el tiempo actual de lo repetitivo, toda tentativa revolucionaria se asimila, cualesquiera que sean su objeto y su periodo, a una tentación totalitaria. Pretender llevar a cabo una ruptura en la revolución en curso revela un comportamiento esquizofrénico, en la medida en que la emprende contra un funcionamiento considerado como atemporal en una sociedad inmutable. Emmanuel Todd sitúa al mismo nivel la Francia de 1793 y la de 1848, la Rusia de 1917 y la Alemania hitleriana de 1933. En cada toma de posición discierne, tras los autores de estas rupturas, la mano de una pequeña burguesía que sufre

[4] K. POMYAN, *L'Ordre du temps*, *op. cit.*, p. 158.
[5] K. POMYAN, *La Nouvelle Histoire*, *op. cit.*, pp. 543-4.
[6] E. LE ROY LADURIE, *Territoire de l'historien*, 1, *op. cit.*, p. 169.
[7] R. DEBRAY, *Critique de la raison politique*, *op. cit.*, p. 52.

una doble frustración, sexual y social. Se encuentra, por eso, bajo la acción de pulsiones histéricas y mórbidas, que se encuentran en la base de empresas totalitarias. Las *clases peligrosas* no serían las analizadas en los trabajos de Louis Chevallier, sino la "pequeña burguesía". Clase enferma, marcada por el etilismo y una tasa de suicidio elevada, consecuencia de un sadomasoquismo mórbido; de ahí el compromiso ideológico, que no es otro que la consecuencia de sus tendencias esquizoides. La pequeña burguesía es, pues, una clase social compuesta de enfermos mentales. El progreso, según Emmanuel Todd, engendra la regresión, además de desequilibrios mortíferos para el cuerpo social. Por ello el progreso de la alfabetización y de la lectura, del nivel cultural de la población europea, son portadores de intensos problemas psíquicos: "La tasa de alfabetización y de histeria parecen movidas por un mismo factor oculto".[8] El progreso y la historia, ¡he ahí el enemigo de estos... historiadores! El despecho no tiene límites y cuando lo real no se corresponde con la tesis demostrada es preciso eliminar lo real para exorcizar de una vez por todas estas tentativas suicidas. Un capítulo del libro de Emmanuel Todd se titula "Rechazar la historia de Francia". El rizo se ha rizado. Cuando se ha acabado, se vuelve a comenzar. Cuando la historia se mueve y presenta rupturas innegables más vale borrarla, considerando los momentos de cambio al nivel de delirios psicóticos. La vana agitación humana nada puede, el mundo es inmóvil, la naturaleza inmutable y el hombre insensato. Para inquietarse con una tal evolución del discurso histórico, paradójicamente, es preciso leer al historiador Philippe Ariès que, aun afirmando su punto de vista conservador, constata "que esta situación comporta un riesgo: la pérdida de sensibilidad respecto al tiempo".[9]

LA REVOLUCIÓN FRANCESA HA TERMINADO

La mirada histórica contemporánea tiende a borrar las fases de aceleración del proceso histórico, los puntos de incisión, aquellos momentos bisagra en que se deshace un sistema para constituir uno nuevo. La historia, convertida en estructura inmóvil, debe pues evacuar lo que, hasta entonces, fueron consideradas rupturas esenciales. Las fases revolucionarias son examinadas como tentativas restauradoras, fundamentalmente relacionadas con el pasado. Incluso serían reaccionarias en el sentido de que reaccionarían contra nuevos elementos que se ven contestados. Lejos de valorizar lo que parece innovador en cada tentativa de cambio, el historiador dirige su atención a lo que resiste contra la voluntad reformadora,

[8] E. TODD, *Le fou et le Prolétaire, op. cit.*, p. 61.
[9] Ph. ARIÈS, *Y a-t-il une nouvelle histoire?*, Coloquio de Loches, *op. cit.*, p. 21.

a las inercias. Por esto opera una reducción, si no una eliminación, de las rupturas constitutivas de los nuevos sistemas. Las discontinuidades se borran. El horizonte histórico se convierte en uniforme y repetitivo, cualesquiera sean la época y el espacio estudiados. Las transformaciones violentas de todo tipo se ven eludidas por perspectivas de larga duración. Bajo las perspectivas de la macrohistoria, lo factual se ve reducido a la impotencia y deja de ser motor y acelerador del proceso para convertirse en un puro símbolo, mito o fantasma.

Así sucede en relación a todas las fases históricas. Sin embargo, nos limitaremos a este acto fundador y objeto por excelencia de la polémica historiográfica que fue la Revolución francesa, como ilustración de esta nueva lectura negadora de rupturas. En vísperas del bicentenario de 1789, y en forma de exorcismo, el antiguo presidente del EHESS, François Furet, proclama la muerte de la Revolución francesa: "Cuando escribí: la revolución ha terminado, era una manera de expresar un deseo y una constatación".[10] No hay donde trazar la línea de separación de las aguas, por la que los franceses se situarían a derecha o a izquierda. ¿Acaso la investigación de los nuevos historiadores no ha llevado a que nos preguntemos si esta famosa gesta revolucionaria ha existido verdaderamente? ¿Si no era una pesadilla? Bastaría con cerrar los ojos para deshacerse de ella. La operación se ha intentado en dos tiempos. En primer lugar se ha puesto la revolución entre paréntesis, reducida a un episodio tan trágico como insignificante. Sólo faltaba deshacerse del monstruo una vez atrapado, ponerlo fuera de circulación. Lo que permitió en 1979 afirmar: "La Revolución francesa ha terminado".[11] La Revolución francesa molestaba en las perspectivas de la larga duración de una historia pacificada. Para François Furet, la revolución es sólo un mito, como ya lo decía el historiador inglés Alfred Cobban en 1955. Esta mirada actual se pretende aparte de las polémicas políticas, distanciada de los actores de la época para situarse en el diapasón científico. Con todo, echamos a faltar la defensa de un modelo de sociedad que funciona "por lo alto", modernizándose a sí misma gracias a sus elites. La revolución pacífica de las Luces del siglo XVIII, al realizar la ósmosis entre nobles ilustrados y burgueses cultivados, ofrecía un posible cambio sin conflictos. El capitalismo se afirmaba sin lucha de clases, sin intervención de las masas, cuya inclusión en la escena apareció como incongruente y retrógada. La economía de la revolución se hace posible en bien de una Francia comprometida con su pueblo en las guerras continentales del Imperio que dan la espalda al progreso económico.

[10] F. FURET, *Le Nouvel Observateur*, 28 de febrero de 1986.
[11] F. FURET, *Penser la Révolution française*, Gallimard, 1978.

Lejos de aparecer como un nuevo discurso acerca de la revolución, el discurso de la nueva historia retorna la larga herencia del pensamiento liberal hostil a la revolución jacobina. En el centro del pensamiento liberal existe un traumatismo, una fractura que se aprecia como necesaria y, sin embargo, oscura, la Revolución francesa. Los liberales se reivindican de los primeros momentos del Acto revolucionario, aunque para exorcizarlos mejor y alejar todo riesgo de conocer una fase de desbordamiento revolucionario. Se trata de repensar lo político para permitir considerar los acontecimientos revolucionarios como caducos. El pensamiento liberal francés es, ante todo, un pensamiento antirrevolucionario. Los caminos prestados son, con todo, diversos. Para Mme. De Staël,[12] se opera una cesura en el bloque revolucionario: 1789-1794. Para ella hay, como para la mayoría de liberales, dos fases bien distintas de la Revolución: aquélla vuelta hacia Inglaterra, la revolución liberal de 1789, saludada como portadora de progreso y de libertades; y la fase popular marcada por "el reino de los jacobinos". Para ella, el pueblo se sitúa entre los propietarios notables, base del orden social, y los salvajes. Por otra parte, dirige a este pueblo una mirada llena de condescendencia, a condición de que se quede en su lugar: "El secreto del orden social está en la resignación de la gran mayoría". Preconiza, con tal de evitar toda perturbación, la institución del bicamerismo con tal de ejercer como contrapeso frente a una ulterior presión popular. Guizot retoma esta separación entre 1789 y el Terror, oponiendo la buena y la mala tendencia de la Revolución, para mejor situar el régimen de la monarquía de julio en continuidad con los ideales de 1789. Toda su historia de la civilización europea no es más que un gran fresco que describe las diversas categorías de las elites en el poder. La Revolución es vista como la resultante de una evolución secular que desemboca en una sociedad de derecho e igualitaria, que lleva a la preponderancia de la clase media con vocación universal. Taine, en 1875, también puso entre paréntesis el episodio revolucionario que impide a las elites naturales, las clases altas, gestionar la cosa pública. La intervención popular es entonces la subida a la superficie de los bajos fondos, de la turba, el pueblo adopta la figura de bestia salvaje: "Gorila lúbrico..., enorme bruto desenfrenado...".[13]

François Furet y Denis Richet no son los innovadores que pretenden ser, retoman una tesis clásica, la del dualismo de la Revolución francesa. Colocan espalda con espalda a los dos turiferarios, Danton y Robespierre, Aulard y Mathiez, François Furet se presenta como historiador venido de otra parte, separado de la influencia directa de los discursos de actores de

[12] Mme. DE STAËL, *Considérations sur le principaux événements de la Révolution française*, 1818.

[13] TAINE, *Les Origines de la France contemporaine*, 1875.

una revolución a la que considera como expresión de un mito. Esta toma de posición le conduce a retomar por su cuenta el análisis de todos los que se apresuran a negar la ruptura revolucionaria. El análisis conjunto de Denis Richet y François Furet es, pues, plenamente ideológico y esto aparece con gran claridad en cada momento abordado.

El acontecimiento, en su versión de 1965,[14] es, primeramente, restituido en la larga duración, que le hace aparecer como irrisorio y en contracorriente con las tendencias generales que dominan el periodo 1750-1850. Con la gran ascensión del liberalismo, el Terror aparece como monstruosidad incongruente que es preciso poner entre paréntesis para discernir el sentido de la historia. Uno se puede extrañar al constatar que esos mismos que la emprenden contra una visión teleológica de la historia, niegan a lo real todo *status* significativo en nombre de un sentido preestablecido. François Furet y Denis Richet van pues, según un esquema en adelante clásico, a dividir la obra revolucionaria en dos actos: el tiempo positivo de la unidad, y el tiempo negativo del conflicto. Todo comienza bien y el año 1790 se califica de "año feliz",[15] la voluntad reformadora se encuentra encarnada en la Asamblea que detenta desde entonces lo esencial del poder. A los ojos de nuestros autores se trata de la única revolución válida, las otras dos revoluciones que se producen en el mismo momento, la de las ciudades y la de los campos, sólo son movimientos anacrónicos. Todo estaba listo para echar adelante sin ser molestado por las masas. Se olvida, de pasada, que, en este estadio, la revolución está aún lejos de la realización de los principios que preconiza. En el plano jurídico, la igualdad no ha sido alcanzada, ya que el sufragio es censatario, y, en el plano social, sólo algunos campesinos ricos, labradores, pudiendo probar la usurpación del derecho de percibir las tasas feudales y teniendo bastante dinero para acaparar la tierra, pueden pensar en liberarse. Pero la situación empeora, la guerra no está lejos y el hermoso equilibrio va a estallar con gran lamento de nuestros autores que titulan: "El desliz de la revolución".[16] Un accidente hace fracasar la evolución liberal y todo se tambalea. François Furet y Denis Richet tratan entonces, desesperadamente, de acercarse a los hombres y a los partidos que se oponen a una radicalización revolucionaria. En 1789, hacen la apología de monárquicos con opiniones razonables; después, en 1791, tienen otra carta con que jugar: la de los Feuillants, que hicieron todo lo posible por mantener la calma: "El último trimestre del año 1791 es el crepúsculo de una gran y bella época".[17] El fracaso de los Feuillants se atribuye sólo a

[14] F. FURET y D. RICHET, *La Révolution française*, Fayard, 1973.
[15] *Ibid.*, p. 99.
[16] *Ibid.*, p. 126.
[17] *Ibid.*, p. 145.

la persona del rey; explicación cuanto menos sorprendente por parte de historiadores que desean valorizar los fenómenos de las profundidades históricas. Con la eliminación de los Feuillants adviene el momento esencial del desvío de la Revolución francesa, que se encamina en sentido prohibido. En 1793, a las puertas del fracaso, los Girondinos adoptan a menudo una pose simpática e irresistible: "Los Girondinos rodean la revolución con una aureola de encanto, juventud y entusiasmo".[18] Su derrota del 2 de junio no es sólo la derrota de la Gironda, sino la derrota de la revolución. Los Montagnards dirigirán entonces la suerte de la revolución en el sentido de una radicalización de sus objetivos, apoyándose, al principio, en el movimiento popular que empuja hacia nuevas conquistas, teniendo como objetivo una igualitarización del cuerpo social, un cuestionamiento irreversible de los privilegios. Pero para nuestros autores, este capítulo se titula: "El tiempo de la miseria".[19] Lo abominable se encuentra para ellos, esencialmente, al nivel de los elementos populares. Los *sans-culottes*, reproduciendo las formas de acción de los movimientos urbanos de los siglos XVI y XVII, vendrían a ser resurgimientos arcaicos. Hébert se convierte en un vampiro con "sed de sangre".[20] En cuanto a la presión popular de la calle y de los clubes, lejos de ser la expresión de un antagonismo de clases, revelaría más bien los celos cara a las gentes capacitadas. La revolución se ha salido, pues, de las sendas trazadas por los reformadores iluminados: "Fuera del gran camino trazado por la inteligencia y la riqueza del siglo XVIII",[21] a causa de la intervención de la plebe, de la peonada... Al negar el mensaje universal de la Revolución francesa, retomado en cualquier lugar de Europa en el siglo XIX contra las autoridades dinásticas, François Furet y Denis Richet ven en la aventura revolucionaria un contrasentido histórico, una regresión militar-campesina que impone el bancal frente a la fábrica. Sólo se adhieren a un único modelo, única medida de toda comparación, la evolución inglesa, la conservación de la monarquía, un pueblo bajo el yugo, el compromiso desde lo alto, el debate más que el combate entre gentes de bien. Un discípulo de François Furet, Guy Chaussinand-Nogaret, acaba de confirmar que el compromiso era posible en 1789 y que la revolución no fue, al fin y al cabo, más que un trágico desprecio entre compañeros molestos por la intervención popular. Uno se imaginaba una nobleza francesa del siglo XVIII, ociosa, parasitaria, al margen de un espacio social renovado. A esta imagen, Guy Chaussinand-Nogaret opone[22] una nobleza dinámica, en el

[18] *Ibid.*, p. 201.
[19] *Ibid.*, p. 203.
[20] *Ibid.*, p. 232.
[21] *Ibid.*, p. 253.
[22] G. CHAUSSINAND-NOGARET, *La Noblesse au XVIIIe siècle*, 1976.

centro del progreso. ¿Apuesta? El autor se esfuerza por reinsertar a la nobleza en nuestro patrimonio nacional y trasladar sus cenizas a nuestro panteón. La nobleza ha sido víctima de un racismo virulento: "En 1789, el noble es el judío del reino".[23] En el plano económico, Guy Chaussinand-Nogaret nos presenta una nobleza que, después de haber integrado en su ética las nociones capitalistas de riqueza y competencia, tiende a identificarse con la renovación: "No había ninguna necesidad de la revolución para liberar las fuerzas productivas".[24] En el plano cultural, al que aún concede más importancia, las Luces serían indivisibles, patrimonio de la elite, nobles y burgueses confundidos. Esto es olvidar lo esencial, a saber: la cuestión de los privilegios que subyace en el centro de la crisis final del Antiguo Régimen. Ahora bien, las tentativas de fusión y de compromiso, en el centro del siglo XVIII, entre una nobleza liberal y una burguesía del Antiguo Régimen chocan con la crispación de la nobleza acerca de sus privilegios de casta, y así tenemos la oposición constante de los parlamentos que bloquearon toda tentativa de apertura. La instancia político-judicial se había convertido en un cerrojo insuperable para la burguesía, la cual, para triunfar, tuvo que apoyarse en la legitimidad popular. Contrariamente a la situación inglesa del siglo XVII, o también en Europa, a la de Alemania e Italia en el siglo XIX, la aristocracia francesa –como muy bien mostró Georges Lefebvre–, con su actitud conservadora, provocó el primer acto de la revolución. Es lo que se llama la reacción nobiliaria, o la revolución aristocrática contra el poder real. El mismo concepto de libertad oculta la firme voluntad de conservar intactos los derechos feudales y los privilegios honoríficos contra aspiraciones igualitarias. Cuando se abandonan las antecámaras de la corte aparece lo esencial de la nobleza: su declive, pero presta a la revuelta con riesgo de verse precipitada en una revolución. Fuerza de inercia e igualmente de resistencia, replegada en un universo codificado, esta nobleza, mayoritaria en su orden, encuentra en Boulainvilliers el discurso reaccionario de su legitimación recuperada que le permite, en nombre de su filiación histórica, de su origen franco y de sus libertades poco a poco recortadas por el poder real, imponerse frente a la doble amenaza del tercer estado y de la monarquía. La reacción nobiliaria frenará la penetración de la elite plebeya en las cimas del Estado, de la Iglesia y, aún más, de la armada. Guy Chaussinand-Nogaret querría hacemos creer que Francia habría podido, según el modelo inglés, ahorrarse una revolución. Como François Furet y Denis Richet, opone a la realidad dualista de una sociedad en revolución una visión monista con una pirámide dirigida, desde siempre y para la eter-

[23] *Ibid.*, p. 9.
[24] *Ibid.*, p. 122.

nidad, por su elite. Nuestro universo cotidiano se vería así sólidamente anclado en un pasado sin luchas de clases y permitiría deshacerse de fantasmas igualitarios provenientes de los bajos fondos de la sociedad. 1789, entre paréntesis, no habría sido más que un lamentable malentendido entre dos categorías de una misma elite.

François Furet no se detiene. Después de haber concebido la Revolución como algo fuera de lugar, un paréntesis, considera en 1978[25] que la esencia de esta revolución, como la de toda revolución, es totalitaria. Entre las dos tesis, se da la revelación del archipiélago Gulag con los escritos de Soljenitsin, que sirven de clave de lectura para François Furet. Es con la misma idea de revolución que se las ve, en nombre de lo que se ha convertido la Unión Soviética: "Hoy, el Gulag lleva a repensar el terror, en virtud de una identidad en el proyecto. Las dos revoluciones continúan unidas".[26] Esta relectura del antiguo militante del PCF despechado que es François Furet, es conducida en base a dos resurrecciones: dos pensadores hostiles a la revolución, Alexis de Tocqueville y Augustin Cochin. El paréntesis se convierte en deriva no ya a partir de 1792, sino de 1789. La revolución sigue una dinámica interna que nada tiene que ver con sus fundamentos económicos y sociales, ni con la coyuntura bélica en que se encuentra. La simbología revolucionaria funciona por sí misma, desarraigada de las oposiciones sociales, en un proyecto en que la misma historia parece ausente. El terror de la época del comité de salvación pública no se nos presenta como respuesta a una situación de fortaleza asediada por el levantamiento aristocrático interior y la Europa coaligada. Los acontecimientos contemporáneos, como las dos guerras mundiales, han mostrado la necesidad, en situaciones como éstas, de recurrir al dirigismo, a la requisación, al racionamiento... Pero para François Furet, el mal se encuentra en la propia voluntad revolucionaria: "Lo cierto es que el terror forma parte de la ideología revolucionaria".[27] Su perspectiva es entonces otra, Robespierre no aparece como un actor incongruente del drama, sino como la encarnación lógica de una dinámica totalitaria, que se volvió a producir en los años veinte en la Rusia estaliniana. La aproximación de François Furet se apoya en la obra de Tocqueville, ya sacada de las sombras por R. Aron.[28] Alexis de Tocqueville escribe en 1851, o sea, después del fracaso de la II República, cuando se vislumbraba el golpe de Estado del 2 de diciembre. Desencantado por la permanencia del Estado fuerte en Francia, que triunfa otra vez en 1851 con Luis Napoleón Bonaparte, emprende una reflexión acerca de la disociación entre libertad e igualdad, en tanto que Bonaparte

[25] F. FURET, *Penser la Révolution française, op. cit.*
[26] *Ibid.*, p. 25.
[27] *Ibid.*, p. 90.
[28] A. DE TOCQUEVILLE, *L'Ancien Régime et la Révolution*, 1856.

se ve plebiscitado por la casi totalidad del pueblo francés. Inicia entonces una reflexión acerca de la Revolución que desemboca en la publicación, en 1856, de *El antiguo régimen y la revolución*. Sitúa el acontecimiento revolucionario en un proceso de larga duración que data del Antiguo Régimen y que continúa en 1789 para acelerarse en el siglo XIX la centralización del poder, la mayor eficacia de la administración central sobre la sociedad. En esta construcción del Estado, la Revolución sólo interviene como epifenómeno. Completa simplemente una obra emprendida en el Antiguo Régimen: la edificación de un Estado centralizado, poderoso, regulador de la sociedad civil. Todo estaba en germen antes de 1789, la Revolución no ha hecho más que retomar la herencia en "un periodo transitorio y poco interesante".[29] Luis XIV, Robespierre y Napoleón se tejen ellos mismos un hilo continuo que los reúne alrededor de una misma consolidación de un Estado fuerte. La Revolución pierde su aspecto innovador, ya que no hace más que retomar por cuenta propia el absolutismo real. Tocqueville trata, de hecho, de extirpar la idea de revolución de un siglo XIX francés agitado desde 1848. Escribe en 1858: "Hay en esta enfermedad que es la Revolución francesa algo particular que no puedo describir ni analizar sus causas. Es un virus de una nueva especie desconocida".[30] La única vacuna posible para Tocqueville es reintegrar el acontecimiento en la historia nacional, evitando así toda fractura. La obra de la revolución es positiva, pero debería haberse cumplido sin conflictos, sin pasiones; reencontramos así la gran aspiración liberal: la reforma que preserva los intereses de los privilegiados, sí, la revolución, no: "Un pueblo tan mal preparado para actuar por sí mismo no podía emprender la reforma de todo a la vez, sin reformarlo todo, sin destruir todo. Un príncipe absoluto habría sido un renovador menos peligroso".[31] Tocqueville no encontró vacuna eficaz contra el virus, pero François Furet descubre una en la persona del integrista católico Augustin Cochin. Este último escribió, a comienzos del siglo XX, en oposición a la tesis republicana de Aulard. Relacionado con la civilización católica bajo su forma de la Edad Media, su modelo fue San Luis. Augustin Cochin es pues lo que se puede encontrar de más extraño a la idea misma de revolución. Denuncia el poder colectivista, la tiranía de las sociedades de pensamiento, el "magma popular". El jacobinismo es el espantapájaros enarbolado por Augustin Cochin como constituyente de un movimiento y de una ideología portadores de totalitarismo, en nombre de una irrealidad que sería la voluntad del pueblo, la voluntad general. François Furet ve en este concepto de pueblo-rey "la matriz del

[29] *Ibid.*

[30] A. DE TOCQUEVILLE, *Correspondance avec Kergolay*, carta del 16 de mayo de 1858, publicada en 1977 en *Œvres complètes*, Gallimard.

[31] A. DE TOCQUEVILLE, *L'Ancien Régime et la Révolution*, Idées-Gallimard, 1967, p. 265.

totalitarismo".[32] La obra de Augustin Cochin había sido ya exhumada por un divulgador ultrarreaccionario, Gaxotte. En 1929, retomando la tesis del terrorismo intelectual, denunciaba la "dictadura comunista" de los Montagnards como consecuencia lógica de la revolución jacobina. François Furet hace fuego con cualquier leña, recuperando una herencia cada vez más conservadora, evolución lógica en la medida en que quiere extirpar la misma idea de revolución: "1789 abre un periodo de deriva histórica".[33]

Si la Revolución francesa ha terminado, y si con ella se desvanece la historia política, el bicentenario comienza, y François Furet no quiere quedar al margen. Multiplica los estudios de casos para ilustrar su tesis de la deriva, del lazo orgánico entre revolución y despotismo. Se apoya, para sostener su tesis, en la obra de otro pensador del siglo XIX que, como Tocqueville, se encuentra desazonado por el golpe de Estado del 2 de diciembre, fecha de su exilio en Bélgica y después en Suiza. Edgard Quinet, diputado republicano, analiza el fracaso de la Revolución francesa a la luz del de la II República y publica en 1865 una *Histoire de la Révolution* inspirada por la teleología de las batallas perdidas: "Todo conduce al exiliado del 2 de diciembre a una meditación pesimista acerca de la herencia nacional".[34] Para Edgard Quinet, 1789 sigue siendo una ruptura progresista, pero el equilibrio que de ella resulta es precario, amenazado constantemente por una recaída, por un retorno de lo mismo, de la tiranía del Antiguo Régimen. Este retroceso tiene lugar en 1792 con los Montagnards, que se deslizan hacia la herencia centralista del pasado monárquico, con el comité de salvación pública. Edgard Quinet, al igual que François Furet, niega peso en esta evolución a las circunstancias exteriores y a la guerra: "No, no es la necesidad de las cosas lo que ha creado el sistema del terror. Son las ideas falsas".[35] François Furet obtiene una lección filosófica de la que proclama su carácter intemporal, o sea, el nexo indisoluble entre fenómeno revolucionario y despotismo de Estado.

Este proyecto de erradicación, denunciado recientemente por Max Gallo,[36] ha permitido que una nueva vulgata se instaurara como discurso dominante. A la cabeza de éste se encuentra el cruzado Pierre Chaunu, rodeado de jóvenes pretendientes del discurso oficial, nutridos de todas las acciones contrarrevolucionarias. Los maestros pensadores han sido repin-

[32] F. FURET, *Penser la Révolution française, op. cit.*, p. 232.

[33] *Ibid.*, p. 69.

[34] F. FURET, *La Gauche et la Révolution française au milieu du XIXe siècle*, Hachette, 1986, p. 30.

[35] E. QUINET, citado por F. FURET, *La Gauche et la Révolution française au milieu du XIXe siècle, op. cit.*, p. 96.

[36] M. GALLO, *Lettre ouverte à Maximilien Robespierre sur les nouveaux muscadins*, Albin Michel, 1986.

tados para pasar por modernos, pero provienen del catecismo tradicional del pensamiento hostil, desde 1789, a la revolución. Edmund Burke escribe contra la revolución desde 1790[37] y no necesita del pretexto de la Vendée para horrorizarse por lo que pasa en Francia. La emprende abiertamente contra el espíritu de abstracción de los franceses que tendería a negar lo real y la experiencia, en nombre de los valores metafísicos. Joseph de Maistre[38] denuncia también a 1789 como manifestación diabólica: "Se da en la Revolución francesa un carácter satánico". Entra así en el panteón de las referencias obligadas de aquellos que quieren estipendiar la esencia del fenómeno revolucionario. La tercera figura importante de los nuevos cruzados es el abad Barruel.[39] Según él, hubo un complot preparado por tres directores de orquesta: Voltaire, D'Alembert y Federico II: "El día de la insurrección se fijó para el 14 de julio de 1789".[40] La revolución sería un monstruo con tres componentes: el complot, la negación de lo real y la esencia totalitaria. Tal es la nueva versión que se debe inculcar e insistir en ella, tanto más cuanto elude circunstancias históricas, hasta tal punto que el propio François Furet, desbordado por su derecha, lo consideraría un argumento "débil". El abad Barruel se ha reencarnado en el hermano predicador Pierre Chaunu, nuevo evangelista a la manera de Billy Graham: "Nunca tuvimos orden por escrito de Hitler referente al genocidio judío, poseemos los de Barrère y Carnot relativos a la Vendée. Además, cada vez que paso frente al liceo Carnot escupo a tierra".[41] "La imaginación sádica de las columnas de Tureau iguala a la de las SS, Gulags y Khmers Rojos".[42] La Revolución nos es presentada como "minúsculo segmento peligrosamente canceroso de nuestra historia",[43] y como todo cáncer, necesita un tratamiento de *shock*. Pierre Chaunu da así el tono a obras que la emprenden punto por punto contra la Revolución, asimilada a una sed de hemoglobina fluyendo a mares en una violencia bárbara. Frédéric Bluche se ocupa de la masacre de septiembre de 1792; Reynald Secher, de la Vendée.[44] Junto a estas obras, encontramos la misma rabia que la que se manifestó con ocasión de una época siniestra, la del ciento cincuenta aniversario de la Revolución, en 1939, momento en que Pierre Gaxotte

[37] BURKE, *Réflexions sur la Révolution française*, 1790.

[38] J. DE MAISTRE, *Considérations sur la France*, 1796.

[39] Abbé BARRUEL, *Mémoires pour servir à l'histoire du jacobinisme*, Hamburgo, 1797-1799.

[40] Abbé BARRUEL, citado por M. GALLO en *Lettre ouverte à Maximilien Robespierre*, *op. cit.*, p. 48.

[41] P. CHAUNU, *France-Culture*, 24 de junio de 1986.

[42] P. CHAUNU, citado por M. GALLO en *Lettre ouverte à Maximilien Robespierre*, *op. cit.*, p. 22.

[43] *Ibid.*, p. 26.

[44] F. BLUCHE, *Septembre 1792, logiques d'un masacre*, Laffont, 1986, B. SECHER, *Génocide franco-française*, PUF, 1986.

en *Je suis partout,* Léon Daudet y otros se desmarraban para vengarse de 1936, del Frente Popular, de las vacaciones pagadas y de su miedo. Como dice Max Gallo, el rechazo de estos "nuevos petimetres" apunta, de hecho, contra el principio de igualdad inscrito en el frontispicio de la República francesa después de aquel 1789.

Ilusión de una política manipuladora, ilusión de una liberación, ilusión también de la fiesta revolucionaria. Mona Ozouf elige el terreno de la fiesta, lugar por excelencia de la transgresión de prohibiciones y de las normas, y de expresión de la espontaneidad, para demostrar que la fiesta revolucionaria, de 1789 a 1799, es la expresión del orden y no de la felicidad, de la coerción y no de la imaginación: "La festomanía revolucionaria es la historia de una inmensa decepción".[45] Eliminando de su campo de estudio las manifestaciones espontáneas de la alegría del pueblo que la violencia excluye del concepto de fiesta, es más fácil, para Mona Ozouf, retomar el esquema de Durkheim, el cual ve en la fiesta la manifestación unánime de un pueblo ensamblado por el poder. La fiesta es, en este momento, parte integrante de la ordenación de un sistema de encuadre y de control del individuo atrapado en un nuevo espacio investido por el poder político acaparador. Este poder se inscribe en el espacio de la transparencia, espacio abierto, al aire, sin límites, que se abre a las conmemoraciones, vaciando las iglesias, evitando las montañas, símbolo de la jerarquía. Esta transparencia permite controlar toda desviación, proscribirla. La fiesta distribuye a los individuos como la escuela reglamenta, según los rangos. Se convierte en escuela de sumisión. Es uno de los instrumentos del Estado Leviatán que revitaliza todas sus ramificaciones hasta querer dominar el tiempo. La opción por esta teatralización, el mensaje de columnas colosales erigidas alrededor de los altares de la patria, vendrían a ser el poder que acaba con la efervescencia revolucionaria, que suspende el tiempo en un presente contemplativo de la obra cumplida. Si es cierto que esto se vuelve posible cuando el poder rompe con la presión popular, el ritual de la fiesta se vuelve entonces efecto alegórico descarnado que desata la violencia revolucionaria: no es de Luis XIV de quien se hace burla en las plazas públicas, sino de la idea de realeza. Mona Ozouf niega realidad a la explosión creadora del año II, en el momento en que el pueblo irrumpe en la escena política con más determinación, rompiendo con los organismos de poder. Con todo, la profundización de la ruptura social hace posible una baja en la intensidad de los códigos, de los sistemas rituales, incluidos los de las nuevas autoridades. Ha nacido otra fiesta, la de la contestación, la de la imaginación discutida por Mona Ozouf. ¿Cómo no ver en las jornadas revolucionarias, cuando *les bras nus* de los arrabales van a la convención, una fiesta de devenir? Estas fiestas

[45] M. OZOUF, *La Fête révolutionnaire: 1789-1799*, Gallimard, 1976, p. 19.

espontáneas se multiplican. Desde 1780, las comunidades campesinas van los domingos de pueblo en pueblo, sacan los bancos de las iglesias, arrancan las veletas y danzan en las plazas públicas. Cuando se da la fase de descristianización, las pulsiones de deseo transgreden todas las prohibiciones. El pueblo transforma las iglesias en salones de baile, los curas se despojan de su casulla eclesiástica. Las explosiones de alegría se multiplican. Este movimiento, salido de la base, reúne a las poblaciones alrededor de hogueras erigidas para quemar los confesionarios, los ornamentos y los libros piadosos de las iglesias, alrededor de los cuales el pueblo baila la carmañola. El poder no está entonces en ninguna parte y el pueblo está en todas. La alegría nace de la mirada puesta sobre la acción resuelta de éste contra el orden establecido.

Decididamente el fuego revolucionario siempre sigue ardiendo para que suscite tales vocaciones que se dan por objetivo apagarlo por siempre del horizonte histórico. Como decía Georges Clemenceau en 1891: "Esta admirable Revolución, gracias a la cual somos, no ha terminado". La Revolución francesa, símbolo universal de liberación, por la magnitud de lo que significa, continúa siendo una opción y una línea de separación esencial entre los que quieren enterrarla para defender sus privilegios y los que desean construir un mundo más justo. No, decididamente, la Revolución francesa no ha terminado.

CONCLUSIÓN

Aplicando sus métodos a su propia historia, la escuela de *Annales* se define como una escuela de larga duración. Reivindica la continuidad, la permanencia que une en un mismo movimiento los combates por la historia de un Lucien Febvre y la historia en migajas de Pierre Nora. Al mismo tiempo, esta escuela se quiere indefinible, reacia a toda clasificación, nebulosa en su núcleo. Se da en ella la expresión de un doble imperativo: afirmar desde arriba su pertenencia a un grupo que tiene ya tras él un pasado y, a su favor, sus obras, sus aportaciones sucesivas; esto le permite consolidar sus posiciones de poder, reforzar las estructuras institucionales que son la fuerza de *Annales* frente a las ciencias humanas más jóvenes y menos ancladas en los aparatos del poder. La coherencia del conjunto, la identidad común, aunque en parte sea mítica, son necesarias para la gestión del poder y para su duración. Es un imperativo estratégico. Con todo, hemos visto que conviene, en esta escuela, disociar la sucesión de las tres generaciones o de dos grandes configuraciones en el campo de las ciencias humanas. La continuidad reivindica, esconde, de hecho, numerosas inflexiones, rupturas entre el discurso histórico de los años treinta y el de los años ochenta, incluso si cierto número de las orientaciones fundadoras se vuelven a encontrar hoy. La historia de la escuela de *Annales* no es una historia inmóvil. Bien al contrario, se adapta con éxito a las mutaciones sucesivas de nuestra sociedad a lo largo del siglo XX y resiste con la misma vitalidad a los asaltos de las ciencias sociales vecinas y concurrentes.

La historia ha atravesado ampliamente la escuela de *Annales*, influencia particularmente sensible para historiadores que son muy receptivos al mundo circundante, incluso a los efectos de las modas. Entre el *Annales* de los años treinta y el de los años ochenta, advertimos un cierto número de continuidades y discontinuidades. Una misma negación de

lo político, punto muerto del horizonte "annalista" desde su nacimiento, una misma estrategia de captación de las ciencias sociales, de todo lo que se presenta como nuevo, una misma referencia a la historia-problema, una misma tercera vía entre la historia historicista tradicional y un marxismo apergaminado, del cual *Annales* ha ocupado sus lagunas investigando en ámbitos inexplorados, a la vez baluarte de resistencia al marxismo y sustituto de éste: no ideología sino mentalidad, no materialismo sino materialidad, no dialéctica sino estructura... Igual situación en el vasallaje de adaptación a la modernidad, tanto en los años treinta porque, con una lectura economicista, quiere *Annales* jugar un papel activo y operacional en una perspectiva de gestión, como en los años ochenta cuando el poder dominante se desplaza hacia los *media*, el discurso sociocultural de *Annales* se adapta entonces al discurso dominante de la sociedad y se salda con una investigación sistemática de las posiciones de poder mediáticas, con una estrategia de conquista para controlar los puestos decisivos en materia de difusión y de comercialización de la producción histórica. Se da ya una primera inflexión evidente en el paso de una historia geoeconómica a una historia de mentalidades o antropología histórica. Se pueden advertir otras discontinuidades. En primer lugar, el hombre ya no es el primer horizonte del trabajo histórico; sin llegar al punto extremo de Emmanuel Le Roy Ladurie y su "Historia sin hombres", la perspectiva ya no es antropológica. Unida a este descentramiento, se pasa de una historia ciencia del cambio, para Marc Bloch y Lucien Febvre, a una historia "casi inmóvil" tal como la definía Fernand Braudel en su discurso inaugural del Collège de France en 1950, hasta la historia "inmóvil" de Emmanuel Le Roy Ladurie en 1973, en el momento en que sucede a Fernand Braudel en el Collège de France. Ahora bien, la historia no puede ser inmóvil, o no es historia. Otra discontinuidad importante la constituye el abandono de toda dialéctica entre pasado-presente y futuro. La historia ya no se considera como lugar de esclarecimiento de lo contemporáneo: "Para mí, la historia es, en cierta manera, una forma de evasión del siglo XX. Vivimos una época bastante siniestra", considera Emmanuel Le Roy Ladurie. Finalmente, la más importante de las continuidades se sitúa en la deconstrucción del saber histórico, el fin de toda perspectiva globalizante, no ya la historia, sino las historias. En tanto que los padres fundadores, Marc Bloch y Lucien Febvre, reiteraron su compromiso con una historia total, hoy gustan de describir una pluralidad de objetos y de métodos, el desmembramiento posterior a la fase transitoria de la pluralización de temporalidades en un mismo conjunto, que es la fase braudeliana. Este estallido del campo histórico no es, con todo, reivindicado por todos los historiadores "annalistas". En el mismo seno de la escuela hay trabajos que se enfrentan a esta evolución. Demuestran que es posible enriquecerse con los métodos de las ciencias sociales sin trasladar mecánicamente los procedimientos y, así, preservar

la ambición histórica de la síntesis, la articulación de los diversos niveles de lo real y una dialéctica entre los tiempos cortos y los tiempos largos.

La escuela de *Annales* debe su triunfo a esta notable capacidad de adaptación. A cada cambio encontramos desafíos, las OPA de las ciencias sociales frente a la historia. *Annales* ha cambiado, madurado para, finalmente, metamorfosearse, hasta el punto que para Pierre Vilar ya no hay escuela de *Annales:* "Está muerta".[1] Al desafío durkheimiano de comienzos de siglo, la historia "annalista" respondió destruyendo los tres ídolos, biográfico, político y factual, de la historia historizada. Frente al desafío de Claude Lévi-Strauss en los años cincuenta, *Annales* conceptualizó, gracias a Fernand Braudel, la larga duración como lenguaje capaz de unificar las ciencias sociales y, en los años setenta, la obra de un Michel Foucault ha permitido completar la deconstrucción histórica a partir de configuraciones parciales, regionales y provisionales del saber. A la recuperación, en los años treinta, de la escuela geográfica vidaliana, de la sociología durkheimiana y de la psicohistoria, sucedió, en los años cincuenta, la recuperación de la estadística y de la demografía, después, en los años sesenta-setenta, la de la etnología y la de la antropología. Esta historia en tres tiempos revela el profundo dinamismo de una escuela que se define por su apertura y que permite acceder a nuevos objetos y a nuevos horizontes para alcanzar un nivel, particularmente rico, de la producción histórica. Con todo, paradójicamente, la historia fertilizada por las ciencias sociales acaba por abandonar su identidad y arriesga mucho al ponerse en situación de perderse en una miscelánea de objetos diferentes y sin relación. Corre el riesgo de desaparecer como la zoología de ayer o de conocer la crisis de la marginalidad que la geografía ha conocido.

Si bien esta evolución se ha hecho en tres tiempos, se pueden distinguir dos grandes movimientos, dos configuraciones particulares de las ciencias del hombre, en las cuales se inscribe la historia de *Annales.* La perspectiva humanista globalizante es la de la primera y segunda generación, la de los dos fundadores de *Annales d'histoire économique et sociale,* creada en 1929 por Marc Bloch y Lucien Febvre, aunque también la de Fernand Braudel. Es la tentativa de un mercado común de las ciencias del hombre federadas alrededor de la historia, de su síntesis, en una escritura globalizante que daría lugar al nacimiento de una interciencia que Fernand Braudel reclamaba. El panorama cambia en los años sesenta. Los historiadores "annalistas", con el fin de resistir al nuevo asalto de las ciencias sociales, renuncian a su vocación sintética, deponen las armas y piensan en términos de recortes disciplinarios provisionales a partir de prácticas diversas y de diversos objetos históricos. El hombre se encuentra descentrado en una perspectiva en que la historia es deconstruida en prác-

[1] P. VILAR, entrevista con el autor, 24 de enero de 1986.

ticas parciales, y renuncia a toda meta globalizante. Entonces es cuestión de localizaciones a partir de procesos de segmentación de la sociedad con tal de transcribir constelaciones constantes que presenten un carácter sistemático. Serialización que podría resultar enriquecedora a condición de plantear la cuestión de la articulación de sistemas distintos, de situar en este mundo del ser las fuerzas del no ser, las fuerzas de destrucción interna de la obra, anunciadoras de fases de ruptura y de transición. Esta deconstrucción llevada a cabo por *Annales* de esta última generación ha inducido a una escritura histórica más descriptiva que explicativa, más positivista y empírica que científica. En esta nueva configuración del campo de la ciencias sociales, el historiador pierde su batuta de director de orquesta para convertirse en minero que aporta materiales de estudio a las otras ciencias sociales, en opinión de Emmanuel Le Roy Ladurie, un merodeador, a la manera de Michel de Certeau, especialista en los márgenes, atajos, reveses. En suma, renuncia a su magisterio social para mejor investigar el terreno mediático.

La historia ha estado siempre unida a los poderes. La fuerza de *Annales* ha consistido en engancharse a los nuevos poderes del siglo XX, diferentes de los del pasado. La historia nos da un discurso coextensivo al de la sociedad, es el espejo, la transparencia de un poder que busca en ella su legitimación. Próximo a estos poderes, el historiador les da un sentido, es el garante de su legitimidad. Las crisis del discurso histórico, incesantes, se articulan en las diversas fases de evolución de la sociedad, son, cada vez, periodos de adaptación al despliegue del dispositivo social.

Historiografía política en el mundo de la ciudad antigua, en el tiempo en que la *polis* dominaba la sociedad griega o romana, el historiador debía fundamentar la nueva identidad cívica frente a la tradición gentilicia. Clío ofrecía las bases de cohesión de la ciudad; en la perspectiva de su proyecto expansionista, de su defensa, de su radio de acción, se presentaba como un discurso político, como la glorificación de grandes gestas militares. En la Edad Media son los clérigos quienes dominan la sociedad y otorgan sentido al devenir de la sociedad occidental: "Los cristianos, llevados a la historia, honrarán a Clío bautizándola".[2] La historia se torna en este momento moral, se integra en una visión teleológica de visión cristiana de la realización del plan de Dios. Lo real se integra en una temporalidad espiritual. En el siglo V, San Agustín define la historia como cumplimiento de la voluntad divina. Los clérigos imponen, en esta época, su visión del mundo, del devenir humano, a la vez que asumen su papel dominador sobre las otras capas de la sociedad, los laicos. Es la edad de la historia en el plano ético, la de la vida de santos, la de las hagiografías.

[2] Ch. O. CARBONNEL, *L'Historiographie*, PUF, 1981, p. 26.

La historia es entonces plenamente religiosa, bajo la influencia del clero regular, de los monjes en sus *escriptoriums*. Pero en los siglos XIII-XIV, el discurso histórico se adapta a un desplazamiento del poder del monasterio a la ciudad, del castillo al Estado central (re)naciente, la historia sufre un proceso de secularización para mejor corresponder al nuevo poder dominante. La relación con el tiempo se vuelve más humana, la temporalidad se adapta a los ritmos y a las pulsaciones de estos nuevos Estados, ofrece un discurso legitimizador sobre el que se apoya para imponerse. La unión entre los dos órdenes dominantes de la sociedad, los clérigos y los nobles, se lleva a cabo para preservar el orden social, y los reyes de Francia comprometen a los monjes, en primer lugar, para que escriban la historia del reino. El poder real no puede limitarse a la expresión de la fuerza, necesita manifestar el sentido de su potencia, y esta misión incumbe al historiador. Durante este tiempo, los cronistas se encargan de la apología de la clase noble, ensalzan su coraje, su virilidad, su abnegación abiertamente con ocasión de las cruzadas, momento privilegiado en que se realiza la fusión de lo político, de lo religioso y del descubrimiento del otro: "Froissard es el espejo de la clase social para la que escribe".[3] Servidores de señores, estos cronistas de la Edad Media desplazan el discurso histórico de lo religioso a lo político. La historia "se había hecho mayor. Había conquistado su autonomía. Pero sólo había dejado el servicio de la iglesia para entrar al servicio del Estado".[4] El primer historiador del rey, como cargo oficial con pensión, data de 1437; esta función fue ocupada por el monje de Saint-Denis, Jean Chartier, bajo Carlos VII, y sólo desaparecerá con la Revolución francesa. El poder real orienta el trabajo histórico hacia la constitución de un discurso que le remite una imagen positiva y justifica sus ambiciones. La clase noble, al igual que el rey, basa su poder en la pertenencia a un linaje y a una sangre noble, la historia le aporta el fundamento manifiesto de estas raíces; es, pues, su corolario indispensable que justifica su posición presente. Hombre de poder al lado del poder, el historiador teje las continuidades del espacio político que organiza la nueva sociedad. Esta función del historiador, doble del poder, va a afirmarse durante mucho tiempo, hasta comienzos del siglo XX, adaptándose a los diversos regímenes políticos. Hemos visto cómo la escuela metódica, la de Lavisse y Seignobos, fue el instrumento eficaz de una república radical que preparaba su revancha contra Alemania. Historia esencialmente politizada con el fin de homogeneizar el tejido social de la nación en torno a un objetivo central, el de la defensa patriótica; la historia sirve entonces para hacer la guerra. Pero la sociedad francesa evoluciona

[3] R. FOSSIER, "Le discours de l'histoire", *France-Culture*, 2 de agosto de 1978.
[4] B. GUÉNÉE, *Histoire et culture historique dans l'Occident médiéval*, Aubier, 1980, p. 366.

al término de la primera guerra mundial, y la economía se convierte en el engranaje esencial del poder. Lo económico, siempre determinante, se convierte en la instancia dominante en los siglos XIX y XX, al englobar todos los aspectos de la vida social, estructura la sociedad en su conjunto. El discurso histórico cambia para adaptarse a esta evolución, eso es la revolución "annalista" de los años treinta, verdadero corte epistemológico, desplazamiento de la mirada de historiador de lo político a lo económico, primera fase de adaptación a la modernidad. Esta historia economicista encuentra en Fernand Braudel, durante la segunda postguerra mundial, su pleno desarrollo. *Annales* se hace eco de las transformaciones del mundo. ¿Qué queda hoy de *Annales*? Un acercamiento superficial podría invitar a pensar en la ausencia de relaciones entre los poderes dominantes, la tecnocracia, la tecnocultura y los historiadores actuales recogidos en una historia inmóvil y lejana. Nada de eso. El nuevo discurso histórico, como los antiguos, se adapta al poder y a la ideología ambiente. En nuestro mundo moderno, el deseo de cambio se ve rechazado a los márgenes, al *status* de fantasma, de delirio, cuando el cambio es pensado como cualitativo y no como simple transformación cuantitativa, reproducción del presente. El *Annales* de hoy presenta fases de rupturas, revoluciones a la manera de falsas maniobras en el seno de continuidades portadoras de una evolución lineal. En este discurso histórico, la revolución se ha vuelto mitología, y aquel que desease pensar el cambio no encontraría nada que le sirviese en los múltiples y, sin embargo, fecundos trabajos de la escuela de *Annales*, tal como reconoce Jacques Revel.[5] El discurso "annalista" traduce el predominio de los *media*, se adapta a sus normas y presenta una historia que es esencialmente cultural, etnográfica. Se trata de una descripción espectacular de la cultura material en una aproximación neorromántica en que los locos se condenan con las brujas, en que los márgenes y la periferia sustituyen al centro, en que una nueva estética aporta un revés necesario a la tecnocracia circundante. Esta historia integra los fantasmas y los rechazos para realizar un consenso alrededor de la construcción de nuestra modernidad, y es el historiador el encargado de rastrear todos estos desvíos para devolverlos a un universo compuesto en que cada uno tiene su lugar en un conjunto social sin contradicción. Esta escuela, bien adaptada al sistema, ha podido conquistar una posición hegemónica. El triunfo "annalista" es indiscutible y la amplitud de su radio de acción es tal que no hay lugar para el desarrollo de corrientes alternativas: "Apenas hay combate en el seno de la familia de historiadores".[6] Acabado el tiempo en que la historia a lo Lavisse era el adversario designado y movilizaba

[5] J. REVEL, *Annales*, nov.-dic. de 1979, p. 1371.

[6] J. GLÉNISSON, "L'historiographie française contemporaine", en *La Recherche historique en France de 1940 à 1965*, SEDES, 1965.

las energías, esta historia ya no existe. *Annales* se instala en su posición de poder, se autocelebra, construye ya su leyenda. Pero esta situación en la que una escuela se contenta con gestionar su patrimonio, se arriesga a desembocar en un periodo de crisis, ya que no hay otra homogeneidad interna que el rechazo a ver renacer la historia tradicional. Ya se levantan voces para entablar la crítica, primera etapa de las rupturas que vendrán. La moda actual de la historiografía expresa la necesidad de marcar el paso, debido al riesgo de ver resurgir la diversidad subyacente tras las siglas de *Annales*. Sintomática de la crisis que atraviesa el discurso "annalista", vencedor de todos los combates pero presa de fuerzas centrífugas internas, es la toma de posición muy acerba y muy crítica de uno de los representantes eminentes de la propia escuela, Alain Besançon, quien escribe:

> Existe desgraciadamente una manera muy inferior de escribir historia, que, desgraciadamente, prospera en nuestro país desde la guerra: la historia sistemática, o, más bien, la historia de sistema. En esta ocasión los acontecimientos ya no son apreciados por sí mismos, no provocan sorpresa, ni asombro, ni horror. Son atrapados en un esquema de conjunto, siempre el mismo, en una interpretación global a la cual deben servir de justificación. ¿Qué sistema? Menos el marxismo que un sociologismo que se deriva inconscientemente, empujado por el aire de los tiempos, el medio en que se recluta a los historiadores, las facilidades intelectuales que éste autoriza. *Économies, sociétés, civilisation.*[7]

No se puede ser más claro en la crítica dirigida al núcleo dirigente de *Annales*, acusado de un sistematismo que se debe expulsar. Un perfume de estallido emana, cada vez más, de una escuela en que cada uno pide prestado su propio camino de salvación, hasta el punto de que nos podamos preguntar qué es lo que une una historia convertida en antropología histórica a una historia demográfico-económica cuantitativa y a una historia conceptual.

La mayor fractura interna que atraviesa el discurso "annalista" opone a los partidarios de una historia en migajas, de una historia que se alinearía según cada uno de los procedimientos de las ciencias sociales, y los partidarios de una historia total, enriquecida por la aportación de las ciencias sociales, pero preservando el marco histórico, su ambición globalizante. El primer discurso es el de la mayor parte del núcleo dominante, ocupa una posición central, lo esencial del dispositivo de poder de la escuela. Jacques Le Goff afronta esta disolución de la historia en las ciencias sociales, como una de las tres eventualidades que pueden darse: una

[7] A. BESANÇON, prefacio al libro de M. MALIA, *Comprendre la révolution russe*, Le Seuil, 1980.

pan-historia que absorba a todas las ciencias humanas. En este conflicto de intereses que opone, desde comienzos de siglo, la historia, disciplina más antigua y legítima, a las nuevas disciplinas sociales, ésta, gracias a *Annales*, habría conseguido dominar y federar el conjunto, aunque fuese al precio de su disolución y de su pérdida de identidad. Otra vía es la preconizada por una segunda corriente "annalista", próxima al marxismo, aun reconociendo un valor estimulante a las orientaciones fundadoras de la escuela de *Annales*. Esta corriente de historiadores pone en guardia contra los peligros de despedazamiento de la historia e insiste en el necesario trabajo de síntesis, sobre todo en un momento en que la especialización se acentúa. Son muchos los que en la escuela de *Annales* permanecen partidarios, fieles en esto a la primera generación, de la historia total. Ven en el proyecto totalizador el fundamento mismo de la especificidad histórica. Lejos de llevar un combate de retaguardia, estos historiadores rechazan la dimensión a la que se les invita desde todas partes. En un momento en que la mayor parte de "annalistas" renuncian a una historia total, en nombre del riesgo totalitario, los que preservan la dimensión global ofrecen la mejor garantía contra este escollo. El hombre recupera su dimensión en el tiempo en que se sitúa, mientras que el fraccionamiento de éste en temporalidades múltiples y sin relación le priva de su posición central. Al estallido en temporalidades económicas, políticas e ideológicas estudiadas en su evolución propia e independiente, el historiador debe preferir un proyecto globalizante, un cuadro conceptual que permita una búsqueda de sistemas de causalidades, una puesta en evidencia de las correlaciones entre fenómenos de naturaleza diferente. Lo histórico se presenta entonces como una dialéctica entre una estructura lógica abstracta y lo real; movimiento que va de la estructura a la coyuntura y a la inversa, con tal de reconstruir una trama inteligible. La atomización del campo de lo real se salda en ocasiones con una pretensión de globalidad en el caso de ciertos historiadores que descomponen su práctica en dos tiempos: el primero es el del estallido, después viene el de la integración de los elementos atomizados en una totalidad ficticia que les yuxtapone. Esta ilusión neopositivista de proyecto globalizante sitúa la economía en un nivel esencial, el del análisis estructurante, el de la hipótesis causal sin la cual no puede haber historia total. El presupuesto subyacente en esta aproximación totalizante es el hecho de considerar que existe una racionalidad en activo de la historia. El historiador tiene como tarea descubrir los contornos de ésta tras el dédalo de hechos aparentemente confuso por lo que respecta a su significación. Es el pensamiento de la separación necesaria, de la elevación de lo abstracto a lo concreto, punto de llegada y no punto de partida para obtener la construcción de una red jerárquica de determinaciones de los diferentes niveles de lo real. "Toda nueva historia privada de ambición totalizante es una historia, de entrada,

envejecida".[8] La jerarquía causal a construir debe hacerse evitando dos escollos: el de la generalización teórica abstracta desconectada de lo real, y el de la descripción de casos singulares. Al contrario, la historia debe llevar a cabo un constante movimiento de vaivén desde lo factual al cuadro conceptual y desde el cuadro conceptual a lo factual. Su síntesis no es un simple *collage* de las diferentes partes presentadas, sino la investigación de sistemas de causalidades.

Estos historiadores partidarios de una historia global son hoy los verdaderos portadores de renovación para el discurso histórico de una verdadera nueva historia. Nuevas clasificaciones parece que se tengan que llevar a cabo según nuevos criterios. ¿Asistiremos a un estallido no ya de la historia, sino de la escuela de *Annales*? La respuesta a una cuestión como ésta no depende tanto de los historiadores como del movimiento social. Para que la historia vuelva a ser ciencia del cambio, como la calificaba Marc Bloch, le es preciso romper con el discurso "annalista" dominante del tiempo inmóvil, con la visión "pasota" de la historia que se prohíbe toda veleidad transformadora al presentar un mundo social dotado de respiración natural, regular e inmutable. Al convertirse en etnológica, la historia se ve negada y ataca su propio fundamento: la duración, con sus ritmos lentos y rápidos, sus trastornos. El renacimiento de un discurso histórico pasa por la resurrección de lo que se ha visto rechazado desde el comienzo de la escuela de *Annales:* el acontecimiento. Este rechazo del acontecimiento lleva a la historia al camino de disolución de lo que fundamenta su especificidad y su función. Ella es la única práctica que puede comprender la dialéctica entre sistema y acontecimiento, entre larga y corta duración, entre estructura y coyuntura. Claro está que no es cuestión de proclamar el retorno a lo factual de la historia lavissiana; ésta está irremediablemente relegada al *status* de objeto de diversión y de evasión, aunque algunos esperen su renacimiento con el retorno del viejo relato amable sobre nuestros héroes nacionales, nuestros hombres excepcionales y las correrías de alcoba. Volver a encontrar, al fin, tras esta historia masificadora acerca de los *culs-terreux*, los fastos de los salones mundanos, los lustros, satenes y camas con dosel, recorridos por las elites sociales de tiempos pasados. Es preciso rechazar esta falsa alternativa entre el relato factual insignificante y la negación del acontecimiento. Se trata de hacer renacer el acontecimiento significante, unido a las estructuras que lo han hecho posible, origen de innovación: "La verdadera ciencia moderna no podrá comenzar más que con el reconocimiento del acontecimiento".[9] Rehabilitar el acontecimiento se vuelve así indispensable para la construcción de una

[8] P. VILAR, *Annales*, enero de 1973, recogido en *Une histoire en construction*, Gallimard / Le Seuil, 1982.

[9] E. MORIN, *Communications*, núm. 18, 1972, p. 14.

nueva historia. El trabajo de historiador pasa también por la superación del corte presente-pasado, por una relación orgánica entre los dos, a fin de que el conocimiento del pasado sirva para una mejor inteligibilidad de nuestra sociedad. No olvidemos, con Moses Finley, que "lo que hay que cambiar es el mundo, no el pasado".[10]

[10] M. FINLEY, *Le Monde*, 14 de marzo de 1982.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

AFTALION, Albert 72
AGLIETTA, Michel 137
AGULHON, Maurice 191
ALEMBERT, Jean Le Rond d' 230
ALPHANDÉRY, Paul 198
ALTHUSSER, Louis 181, 204, 212
ALTMAN, Georges 64n
AMOUROUX, Henri 21
ANDREU, Pierre 29
ARIÈS, Philippe 101, 168, 177, 190-192, 194, 196-197, 207-208, 216, 221
ARISTÓTELES, 214
ARMENGAUD, André 102
ARNAUD, Dandieu 30
ARON, Jean-Paul 166
ARON, Raymond 14, 175, 181, 203
ARON, Robert 31, 227
ATTALI, Jacques 137
AUGÉ, Marc 163
AUGER, Pierre 120, 163
AULARD, Alphonse 72, 223

B

BABY, Jean 66
BACHELARD, Gaston 59
BACHIMON, Philippe 37
BACKMAN, Gaston 70
BACON, Francis 34
BAEHREL, René 138
BAINVILLE, Jacques 208
BAJTIN, Mijail 85
BALAZS, Étienne 123
BALDNER, Jean-Marie 143
BALIBAR, Étienne 212
BARRACLOUGH, Geoffrey 100
BARRÈRE, Bertrand 230
BARRET-KRIEGEL, Blandine 55, 131
BARRUEL (abate) 230
BAULIG, Henri 50
BEAUCOURT (marqués de) 42
BEAUHARNAIS, Joséphine de 21
BEAUNE, Colette 195
BÉMOND, Charles 42n
BERCÉ, Yves-Marie 216
BERGER, Gaston 123
BERNARD, Claude 40
BERR, Henri 23, 34, 43, 47-50, 54, 79, 86-87, 127
BERTHE, Maurice 195
BESANÇON, Alain 132, 177, 203-205, 239
BESNARD, Philippe 32, 35n
BESSE, Jean-Marc 37n
BETTELHEIM, Charles 119, 121
BILLANCOURT 211
BLANC, Louis 206
BLANCHARD, Raoul 33
BLOCH, Gustave 51
BLOCH, Jules 52, 54,
BLOCH, Marc 24, 27-28, 30-31, 34, 36, 38-40, 48-54, 58-68, 70-75, 77-82, 84, 87-95, 102, 107, 110, 116, 121-122, 127-129, 132, 150, 153, 173, 178-179, 234-235, 241,

BLOCH, Raymond 70
BLONDEL, Charles 50, 52, 54, 82
BLUCHE, Frédéric 230
BLUM, Léon 63
BOIS, Guy 188, 211-212
BOIS, Paul 101
BOLLÈME, Geneviève 169-170
BOLTANSKI, Luc 104
BONNAUD, Robert 202
BORAH, Woodrow 189
BORKENAU, Franz 63
BOUGLÉ, Célestin 29, 33, 119,
BOULAINVILLIERS, Henri (conde de) 226
BOURDÉ, Guy 45n
BOURDIEU, Pierre 109, 169
BOURGIN, Georges 63
BOUTARIC, Edgar 42n
BOUTRUCHE, Robert 101
BOUVIER, Jean 24
BOYER, Robert 137
BRAUDEL, Fernand 17, 24, 39, 54, 58, 96, 105, 107-119, 121-155, 161, 173, 181, 234-235, 238
BRÉMOND (abate) 54
BROC, Numa 38n
BROWN, Peter 164
BRUHAT, Jean 66
BURGUIÈRE, André 24, 92, 159, 161, 216
BURKE, Edmund 230

C

CAILLE, Alain 146
CARBONNEL, Charles-Olivier 39,
CARLOS V 22, 76-77
CARLOS VII 237
CARLOS X 44
CARNOT, Hippolyte Lazare 230
CASTIGLIONE, la 21
CERTEAU, Michel de 9-10, 15, 23, 173, 176, 178, 236,
CHALLONGE, Daniel 66,
CHAMBAZ, Jacques 202
CHAPPEY, Jean 70
CHARENCEY, Hyacinthe de 42
CHARTIER, Jean 237
CHARTIER, Roger 104, 170
CHATEAUBRIAND, François René de 91, 160
CHATELET, François 213
CHAUNU, Pierre 14-15, 28, 102, 119, 135, 137, 148, 150, 162, 173, 178, 185, 187, 206-207, 229-230,
CHAUSSINAND-NOGARET, Guy 225-226
CHESNEAUX, Jean 122-123, 180, 202
CHEVALLIER, Louis 221
CHOLLEY, André 74
CINTA, Marcela 19
CLEMENCEAU, Georges 232
CLEOPATRA 21
COBBAN, Alfred 222
COCHIN, Augustin 227-229
COLIN, Armand 52
COMTE, Auguste 33, 219
CORBIN, Alain 43, 68, 183
COURAJOD, Louis 54
COUTAU-BÉGARIE, Hervé 24n
COURNOT, Antoine 54
CRÉMIEUX, Albert 81
CROCE, Benedetto 27
CROUZET, Maurice 44, 119

D

D'ALEMBERT (Véase Alembert, Jean Le Rond d') 230
DANDIEU, Arnaud 30
DANIEL-ROPS 31
DANTON, Georges 223
DASTRE, A. (Dr.) 59
DAUDET, Léon 231
DAUMARD, Adeline 178
DAUTRY, Jean 202
DAVY, Georges 28
DEBRAY, Régis 210
DECAUX, Alain 21
DELORS, Robert 198
DELUMEAU, Jean 196,
DEMOULIN, Robert 54
DEMANGEON, Albert 33, 38, 53, 74, 79-80
DENG XIAO PING 145
DESCARTES, René 49
DÉTIENNE, Marcel 87, 183
DEYON, Pierre 202
DIDEROT, Denis 216
DION, Roger 119
DOLLINGER, Philippe 95
DONATO, R. di 87
DOSSE, François 9-11
DOUMERGUE, Gaston 28

DREYFUS (caso) 45, 63, 93
DROUARD, Alain 103
DUBY, Georges 14, 21, 101, 150, 164, 168, 179, 182-183, 192-193, 197-200, 206, 212, 216,
DUMOULIN, Olivier 68
DUPRONT, Alphonse 198
DURAND, Gilbert 197
DURKHEIM, Émile 31-34, 49-50, 164, 231
DURUY, Victor 42n, 45-46

E

EISENMANN, Louis 58
ELIAS, Norbert 166
EMLEN, Merrit 189
EMMANUEL, Arghiri 140
ENGELS, Friedrich 66
ENRIQUE II 44
ÉPINOIS, Henri de l' 42
ERASMO 85
ESPINAS, Georges 53
ESTUARDO, los 90
EUGENIA (emperatriz) 46
EWALD, François 214

F

FABRÈGUES, Jean de 30
FAUCONNET, Paul 34
FAURE, Edgar 203
FAVIER, Jean 164
FEBVRE, Lucien 13, 23-24, 27-31, 34, 36, 38-40, 48-54, 58-63, 66-67, 70-71, 73-80, 82-89, 91-96, 101-103, 107, 109, 114-116, 119-123, 127-129, 132, 135-136, 139, 144, 150, 152-153, 173, 178, 181, 233-235
FEBVRE, Mme. 54
FEDERICO II 230
FÉLICE, Pierre de 38n
FELIPE II 77, 128, 154
FERNANDO, D. (predicador) 151
FERRO, Marc 23-24, 119, 150, 161
FERRY, Jules 42
FINLEY, Moses 183 242
FLANDRIN, Jean-Louis 165 192
FLAUBERT, Gustave 54
FOLHEN, Claude 119
FONDA, Jane 171
FORD (Fundación) 126
FOSSIER, Robert 237
FOUCAULT, Michel 85, 174-176, 181
FOUGÈRES, Marc 64
FOURASTIÉ, Jean 119
FRANCK, Gunther 140
FRAZER, James George 90
FRESCO, Nadine 181
FREUD, Sigmund 181
FRIEDMANN, Georges 24, 54, 63, 65-66, 70, 119,
FRIOUX, Claude 122
FROISSARD, Jean 237
FUGGER, los 141, 144
FURET, François 14, 163, 178, 202, 203-204, 208-209, 211, 215, 222-230
FUSTEL DE COULANGES, Numa Denis 42n, 46, 58

G

GALILEI, Galileo 85
GALLO, Max 229, 231
GANCE, Abel 29
GARLAN, Yvon 212
GAXOTTE, Pierre 229-230
GÉRARD, Alice 69
GEREMEK, Borislav 63
GERNET, Louis 87, 120
GINZBOURG, Carlo 166
GISCARD D'ESTAING, Valéry 161
GLÉNISSON, Jean 238n
GODARD, Jean-Luc 171
GODELIER, Maurice 182
GOUBERT, Pierre 101, 119, 138, 148, 191
GOURON, Pierre 119, 130
GOURSOLAS, Jean-Marc 137, 145
GRAHAM, Billy 230
GRANET, Marcel 87
GRATALOUP, Christian 37, 132, 138
GRAVIER, Jean-François 78
GRUSON, Claude 103n
GUÉNÉE, Bernard 237n
GUÉRIN, Daniel 66
GUERREAU, Alain 31, 65
GUIRAUD, Jean 42n
GUIZOT, François 41-42, 92, 206, 223
GURVITCH, Georges 102, 109, 111, 119-121

H
HALBWACHS, Maurice 50, 53, 63, 74, 119
HALPHEN, Louis 42, 58,147
HAMILTON, Earl 74
HAMON, Hervé 215n
HARTOG, François 87
HAUPT, Georges 122
HAUSER, Henri 28, 47, 52-53, 71, 74
HÉBERT, [Jacques René] 225
HEGEL, Georg Wilhelm Friedrich 182, 205
HEILBRON, Jean 34
HELLER, Clemens 122,
HEMARDINQUER, Jean-Jacques 165
HENRY, Louis 101
HERÓDOTO 213-214
HERR, Lucien 63
HEXTER, Jack 114, 163
HITLER, Adolph 230
HUGO, Victor 127

I
IGGERS, Georg G. 47, 124
IONESCO, Eugène 204
IZARD, Georges 31

J
JALÉE, Pierre 140
JAMBET, Christian 205
JARUZELSKI 63
JAURÈS, Jean 47
JENOFONTE 213, 214
JESÚS 93, 211
JOUTARD, Philippe 168
JUILLARD, Étienne 132
JULIA, Dominique 183n
JULLIAND, Camille 54
JULLIARD, Jacques 209, 216
JULIEN, Charles-André 44
JUNG, Carl Gustav 197

K
KANT, Immanuel 182
KARADY, Victor 31
KERGOLAY, conde Florian de 228
KÖLHM, Serge-Christophe 140
KONDRATIEFF 151
KRIEGEL, Annie 122
KUHN, Hans 10

L
LABROUSSE, Ernest 28, 72-73, 101, 113, 130, 155, 191, 200
LACOMBE, Pierre 35
LAMOUR, Philippe 30
LANE, Frédéric 140
LANGLOIS, Charles 30, 44, 46, 53, 58, 75, 86, 92
LANSON, Gustave 86
LARDREAU, Guy 205
LAVAL, Pierre 28
LAVISSE, Ernest 30, 40, 42, 45-46, 58, 92, 237-238
LE BRAS, Gabriel 50-51, 120
LE GOFF, Jacques 14-15, 24, 27, 76, 91, 161, 179, 197, 198-199, 212, 217, 239
LEENHARDT, Maurice 120,
LEFEBVRE, Georges 39, 74, 196, 226
LEFEBVRE, Henri 219
LEFRANC, Abel 85
LENIN 28, 67
LEPETIT, Bernard 11, 16-17
LE PLAY, Frédéric 33
LERICHE, René 54
LE ROY LADURIE, Emmanuel 17, 24, 94, 102, 137, 148, 161, 166, 168, 176, 178-181, 187, 189, 198, 202-204, 206, 208, 210-211, 216, 218-219, 234, 236,
LEUILLIOT, Paul 24, 119
LÉVÊQUE, Monique 212
LÉVÊQUE, Pierre 183, 212
LÉVI-STRAUSS, Claude 90, 104-106, 110-112, 114-119, 161, 164-165, 181, 210, 218-219, 235
LÉVY, Bernard-Henri 205
LÉVY, Jean-Pierre 64n
LÉVY-BRUHL, Lucien 54, 82, 90, 120, 164
LIBERMAN 145
LINDENBERG, Daniel 33n
LINNEO, [Carl von] 110
LIPIETZ, Alain 137, 144,
LIPOVETSKY, Gilles 217
LOMBART, Maurice 119
LONGCHAMBON, Henri 124
LOURAUX, Nicole 87
LUIS XI 22
LUIS XIV 90, 135, 228, 231
LUIS FELIPE 41-42, 45

LUHMANN, Niklas 11
LUTERO, Martin 83-84, 86

M

MAIRE, Edmond 215n
MAISTRE, Joseph de 230
MAHN-LOT 24
MALIA, Martin 239n
MALTHUS, Thomas Robert 185-188
MANDROU, Robert 24, 164, 168-170, 212,
MANN, Hans-Dieter 60n
MANTOUX, Paul 35, 47, 141
MAQUIAVELO, Nicolo 117
MARSHALL, George Catlett 121
MARTIN, Henri 45n
MARTONNE, Emmanuel de 37-38
MARX, Karl 33, 66-67, 93, 106-107, 138-139, 181-182, 187-188, 205, 210, 212
MATHIEZ, Albert 223
MAUGÜE, Jean 105, 128
MAULNIER, Thierry 31
MAUSS, Marcel 33, 54, 87, 108, 119-120, 165, 173
MAXENCE, J. P. de 30
MAZARINO, cardenal Jules 21
MAZON, Brigitte 120n, 122n, 123n, 124n
MEILLET, Antoine 52, 54, 60, 86
MENIER, Ch. 119
MENDEL, Gérard 217
MÉQUET, Gérard 70
MÉRIMÉE, Prosper 160
MESLIAND, Claude 202
MEUVRET, Jean 101
MICHELET, Jules 54, 66, 91-92, 181, 202, 206
MIGNET, François 41
MILIOUKOV, Paul 58
MINC, Alain 137
MIQUEL, Pierre 21
MOLIÈRE 166
MOLOTOV, V. 65
MOMIGLIANO, Arnoldo 100
MONOD, Gabriel 35, 42-43, 48, 76
MONTAGNARDS (los) 229
MONTAND, Yves 171
MONTGOMERY, Gabriel, conde de 44
MONZIE, Anatole de 48, 52
MORAZÉ, Charles 24, 54, 119-121, 161
MORIN, Edgar 241
MORINEAU, Michel 147, 186
MORNET, Daniel 86
MOSSÉ, Claude 212
MOUNIER, Emmanuel 30

N

NAPOLEÓN I 22, 228
NAPOLEÓN III 45, 227
NARBONE 64
NAVARRA, Margarita de 83
NEVEU, Henri 185
NICOLAS, Jean 202
NICOLET, Claude 206
NIETZSCHE, Friedrich 197, 211
NORA, Pierre 14, 18, 172, 205, 209, 211, 233

O

OOSTERHOFF, Jean-Louis 54, 61, 71, 163,
ORLÉAN, André 17
ORWELL, George 21
OZOUF, Jacques 203
OZOUF, Mona 231

P

PARISOT DE LA VALETTE, Jean 154
PARRAIN, Charles 66
PASSERAT, C. 38n
PEGUY, Charles 9, 12
PERRAULT, Charles 169
PERRIN, Charles-Edmond 50, 74, 89
PESEZ, Jean-Michel 165
PFISTER, Christian 44, 51
PIAGET, Jean 60, 164
PIGANIOL, André 50, 53
PÍO V 154
PIRENNE, Henri 52-54, 141
PIVOT, Bernard 76
PLATÓN 205
POINCARÉ, Raymond 28
POLLAK, Michael 104n
POLANYI, Karl 139
POMYAN, Krystof 173, 189
POMPIDOU, Georges 161
POPPER, Karl 204
POSE, Alfred 70
POUSSOU, Jean-Pierre 102
PROUDHON, Pierre-Joseph 54, 63

Q
IINET, Edgar 229

R
BELAIS, François 83, 85-86
LE, Émile 54
MBAUT 42
NKE, Leopold von 46-47, 59, 153
TZEL, Friedrich 61, 80
MOND, René 21
NAN, Ernest 42n, 54
NAUDET, Augustin 52, 54
NOUART, Yves 119
NOUVIN, Pierre 123, 155
VEL, Jacques 24, 161, 173, 238
CARDO, David 146
CHET, Denis 202, 204, 223-226,
CŒUR, Paul 15, 17-18, 107,
OUX, J.R. 22n
ST, Charles 53, 122
OBESPIERRE, Maximilien de 223, 227-228
OBIN, Régine 179
OCHE, Daniel 160
OCKEFELLER (Fundación) 120, 122-123
OPS, Daniel 31
OOSEVELT, Franklin D. 28, 69
OTMAN, Patrick 215n
OUBAUD, A. 59
OUGEMONT, Denis de 30n
OUSSEAU, Jean-Jacques 205, 209, 211
UGGIERI, Eva 21
UFFIÉ, Jacques 190

S
AGNAC, Philippe 42, 147
AN AGUSTÍN 236
AN LUIS 228
ARTRE, Jean-Paul 149
AUSSURE, Ferdinand de 104
AUVY, Alfred 102
CHMITT, Jean-Claude 164
CHNEIDER, Jean 101n
CHUMPETER, Joseph Alois 139
ECHER, Reynald 230
ÉE, Henri 75
EIGNOBOS, Charles 13, 30, 34, 44-46, 53, 58-59, 75, 86, 92, 2
SÉLIM II 154
SIEGEL, M. 48n
SIEGFRIED, André 52
SIMIAND, François 27-28, 33-36, 44, 54, 71-72, 74, 80, 87, 105, 111, 114, 123
SION, Jules 33, 52, 54, 79
SLANSKY, Rudolf 204
SMITH, Adam 144
SOBOUL, Albert 202
SOLIMÁN el Magnífico 154
SOLJENITSYNE, Alexandre 227
SOMBART, Werner 139
SOREL 211
SORIANO, Marc 169
SORRE, Maximilien 38
SOT, Michel 165
SPENGLER, Oswald 29n
STAËL, Mme. De 223
STALIN, José 65
STENDHAL [Henri Beyle] 54
STOETZEL, Jean 104
STOIANOWICH, Traian 65
STONE, Lawrence 15
STRECKER, Edward A. 189

T
TAINE, Hippolyte 42n, 223
THEIS, Laurent 206
THÉVENEOT, Laurent 17
THIERRY, Augustin 160, 206
THIERS, Adolphe 41, 206
THOMANN, M. 51n
THOMAS, Albert 70
TILLON, Charles 204
TOCQUEVILLE, Alexis de 227-228
TODD, Emmanuel 206, 211, 221
TOUCHARD, Jean 29
TRABUC 24
TROTSKI, León 64
TUCÍDIDES 40, 213

V
VACHER, Antoine 33
VALLAUX, Camille 80
VALLENSI 24
VERCINGETÓRIX 45
VERNANT, Jean-Pierre 87, 183-184, 212
VEYNE, Paul 15, 177, 181, 197
VIDAL DE LA BLACHE, Paul 36-37, 52, 61, 80, 129, 132, 135

VIDAL-Naquet, Pierre 87, 183, 206, 209
VIGIER, Philippe 101n
VILAR, Pierre 38, 66, 102, 162, 183, 212, 235
VOLTAIRE 91-92, 154, 216, 230
VOVELLE, Michel 122, 176, 191, 194-195, 200-201, 211

W

WACHTEL, Nathan 163
WALESA, Lech 63
WALLERSTEIN, Immanuel 140, 145-147
WALLON, Henri 52, 60
WALRAS, Léon 144
WEBER, Max 93, 109, 181
WEISS, Louise 207n
WELSER, Markus 144
WERNER, Karl Ferdinand 164
WESSELING, Hendrik Loderwijk 55
WILLIT, J. H. 120
WINOCK, Michel 197, 208-209

Z

ZELDIN, Theodore 151